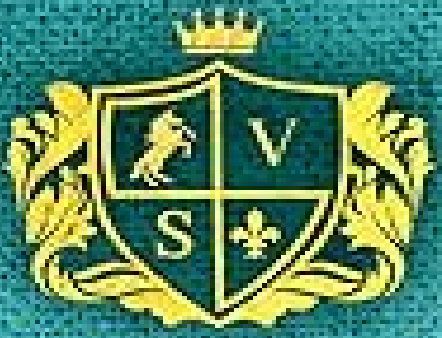
ELLE KENNEDY



Rogue

BIENVENIDOS AL INSTITUTO ST. VINCENT

wonderbooks

Elle Kennedy

Rogue

BIENVENIDOS AL INSTITUTO ST. VINCENT

Traducción de
Gemma Benavent



Capítulo 1

Casey

Fenn: ¿Cómo te va el día, guapa?

Una estúpida sonrisa invade mi cara y está a punto de partírmela en dos. Casi me repugna lo que un absurdo mensaje de Fenn Bishop le hace a mi pulso. He notado cómo el móvil me vibraba en el bolsillo durante la clase de francés, con una sucesión rápida de media docena de mensajes, pero no he podido echarles un vistazo, o me habrían confiscado el teléfono. Así que permanecí ahí, deseando que sonara la campana. Ahora, entre clases, estoy de pie ante mi taquilla y leo los mensajes, que me recuerdan que este sitio no es la vida real. Nadie en el St. Vincent me conoce. Los rumores y los cuchicheos que resuenan a mi alrededor cada vez que camino por el pasillo no importan. Sé la verdad, y Fenn también.

Eso es lo único que importa.

El vértigo se intensifica mientras echo un vistazo al resto de sus mensajes. Ha hecho lo mismo desde el día en que nos hicimos amigos. Me da los buenos días, pregunta cómo estoy y me envía estúpidos memes porque sabe que hace un tiempo que no sonrío.

Todavía me parece surrealista. Fenn fue un desconocido para mí durante mucho tiempo; solo otro chico mayor con el que mi hermana salía de vez en cuando. Y, entonces, el accidente de coche puso mi mundo entero patas arriba, y ahí estuvo él, con su sonrisa fácil y un hombro fuerte sobre el que llorar. Se hizo amigo mío por la sencilla razón de que yo necesitaba a alguien, y decidí que sería él.

Y, sin ningún motivo, lo dejé entrar.

De camino a mi clase de audiovisuales, tecleo una respuesta rápida.

Yo: Bueno, ya sabes. La mierda de siempre.

Fenn: ¿Quieres saltarte la última hora? Te recogeré.

Yo: Sloane te mataría.

Fenn y yo no hemos hecho público lo nuestro. Al menos, no en lo que concierne a mi familia. Mi padre y mi hermana apenas toleran que seamos amigos, así que no imagino cómo reaccionarían al descubrir que Fenn y yo salimos de manera oficial; la verdad es que no sé quién perdería más los papeles. La última vez que Sloane lo pilló conmigo, básicamente le dijo que haría que lo asesinaran si se atrevía a tocarme. Y papá, bueno, si no tuviera que aclararlo en la junta directiva, ya habría construido un foso alrededor de nuestra casa. No estoy segura de si lo pensó bien cuando decidió aceptar el puesto de director en un internado solo para chicos en el medio de la nada y llevarse a sus dos hijas adolescentes. Sloane y yo estábamos destinadas a enamorarnos de un par de los delincuentes de papá.

Fenn: Valdrá la pena.

Yo: Eso dices ahora.

Fenn: Nah. Pondría a prueba la ira de Sloane cualquier día de la semana.

El corazón me da un vuelco de la alegría. Eso se le da muy bien. O tal vez es muy fácil impresionarme. Fenn me lanza un piropo cualquiera y me derrito. Tengo náuseas. Últimamente se ha convertido en la mejor parte de mi día.

Yo: ¿Nos vemos después de clase?

Fenn: No puedo esperar. ¿En el lugar de siempre?

Yo: Sí. Te escribo cuando llegue a casa.

Aún sonrío mientras entro en clase y me siento en la penúltima fila. Ni siquiera la mirada severa de la hermana Patricia mina mi buen humor. Aunque, por supuesto, frunce el ceño al verme sonreír. Todo en este estúpido centro está mal visto. El St. Vincent lo dirige un grupo de monjas superestrictas y terroríficas que ven a las chicas como tuteladas más que como estudiantes. Las mañanas empiezan con quince minutos en la capilla. Cada clase tiene los asientos asignados. Mi profesora de introducción al cálculo, la hermana Mary Alice, incluso se golpea el muslo con una regla de madera mientras se pasea, lista para golpearte en la muñeca si no resuelves las ecuaciones lo bastante rápido.

Odio este sitio.

—Eh, Casey. —Ainsley choca contra mi mesa cuando se acerca—. ¿Hoy te has acordado de tomarte las medicinas? Supongo que lo harás a la hora del almuerzo para ingerirlas con comida.

Y, así, mi buen humor desaparece.

Rechino los dientes y finjo que no me doy cuenta de cómo sonríe ante la idea de pasar otra hora completa molestándome. Imagino que de pequeña era una de esas niñas que desmiembran a sus muñecas y les cortan el pelo. De las que lanzan piedras a las ardillas para oírlas gritar.

Qué suerte la mía por haberme convertido en su nuevo juguete favorito.

Se dice que, cuando una persona se enfrenta a un desafío en apariencia insalvable, tiende a crecerse para alcanzar su máximo potencial o a retroceder para escapar del problema. En mi caso, estoy atrapada en la indecisión. Ni lucho ni huyo, sino que aguanto el tirón. Cierro los ojos y trago. Si soy sincera, sin embargo, me parece que nunca he formado parte del equipo de la lucha. Antes de cambiarme al St. Vincent desde la Academia Ballard, creo que habría estado en el lado de la huida, así que supongo que ahora he avanzado un paso.

Ainsley se desliza en su silla, detrás de mí, y me da un toquecito en un hombro.

—¿Qué? —espeto mientras me vuelvo.

Ella me mira, inexpresiva.

—¿Qué? No he hecho nada.

—Señoritas. —La hermana Patricia nos reprende desde la parte delantera del aula, donde prepara el vídeo para la clase de hoy. Ya es octubre, y no creo que nos haya enseñado nada desde que ha empezado el curso. Lo único que hacemos es ver películas, por lo general musicales, que empiezo a pensar que proceden de su colección personal.

—Te imaginas cosas —añade Ainsley—. Será mejor que aumentes la dosis.

A su lado, su mejor amiga, Bree, se ríe.

—Sí, eso.

La morena mastica un chicle de forma sonora, y luego, tras atragantarse con él, se echa a toser. En general, no juzgo a las personas con bajos cocientes intelectuales, pero Bree Atwood es ese tipo de tonta por la que uno siente pena de verdad.

Unos minutos más tarde, la clase empieza. Y por clase me refiero a que nos quedamos sentadas en el aula a oscuras y vemos una conversión defectuosa de VHS a DVD de una producción del West End de *Los miserables* mientras la hermana Patricia, sentada a su escritorio, articula cada frase con los labios.

—¿Hermana Patricia? —llama Ainsley.

—¿Qué ocurre? —La monja, molesta, mira hacia nosotras.

—¿No deberíamos dejar las luces encendidas?

La hermana Patricia suspira con un ojo fijo en el televisor.

—Silencio, señorita Fisck.

—Es que no creo que sea una buena idea estar atrapadas en la oscuridad con una estudiante inestable.

Me trago un suspiro cansado. Pocos días después de mi traslado al St. Vincent, Ainsley ya había convencido al colegio entero de que yo era una enferma mental. Que estaba a un mal día de acabar con una camisa de fuerza.

No es que no se me haya pasado por la cabeza. No recuerdo qué ocurrió el día del accidente, así que, en un sentido cuántico, supongo que podría haber pasado cualquier cosa. Básicamente, soy el gato de Schrödinger dentro de una caja de veneno. Pero ¿qué es más plausible? ¿Que yo fuera el objetivo de un conductor fantasma o que, para llamar la atención, me pusiera hasta arriba en el baile de fin de curso y lanzara el coche al lago? Solo puedes quejarte del hombre del saco hasta que te ves forzado a creer que todo está en tu cabeza. Quizá estoy loca. Tal vez sí tuve una crisis aquella noche y simplemente no lo recuerdo.

La hermana Patricia frunce el ceño en respuesta, pero sigue centrada en la película. Hasta las monjas conocen los rumores, y estoy segura de que más de una los cree. Casi me sorprende que no me hayan agarrado a la salida del baño para llevarme a la fuerza a una capilla y realizarme un exorcismo improvisado.

—No quiero ser mala —dice Ainsley con inocencia fingida—. La oscuridad y los sonidos fuertes pueden ser un detonante, ¿verdad, Casey?

La ignoro y miro al suelo, muy concentrada en las marcas negras de los zapatos y el patrón de puntos de los azulejos. Ainsley se ha comportado así desde la primera clase del día. En historia, ha sacado a relucir los cordones de mis zapatos. Ya sabes, por si es una buena idea que alguien en mi condición vaya por ahí con ellos. En física, le ha sugerido a nuestra profesora que, tal vez, debería realizar las tareas con ceras de colores, por si me daba por convertir el lápiz en un arma.

—¿Cómo funciona? —continúa—. ¿Oyes voces? ¿Te hablan ahora?

Veo varias sonrisas en la oscuridad. Oigo algunas risitas. Las chicas pueden ser despiadadas. Siempre he conocido la teoría, pero, una vez que te conviertes en un objetivo, es difícil no sentir desilusión. No sentirte decepcionada con tus compañeras. Tal vez sea una anomalía en este mundo, pero siempre he procurado tratar a la gente de la misma forma que me gustaría que me trataran.

La hermana Patricia manda callar a la clase, aunque sin apartar la mirada de la pantalla. Su boca no deja de moverse en silencio.

—Una vez vi un *biopic* en Netflix —interviene Bree, la compañera inútil, que no encontraría una personalidad propia aunque tropezara con ella—. Trataba sobre una mujer que oía voces a través del microondas.

—Oh, lo conozco —comenta Ainsley—. Estampa su coche contra un autobús público porque cree que es una unidad de vigilancia del Gobierno que la está rastreando.

La esencia de la cuestión es que estoy loca. Que deliro, que soy peligrosa y que estoy a punto de estallar.

Ojalá. Si me ocurriera cualquiera de esas cosas, tal vez tendría el valor para vengarme de estas capullas. Por ahora, he hecho lo más sensato: ignorarlas. Cada día, me preparo para los comentarios sarcásticos y los rumores sin fin. Al principio, Sloane decía que no duraría más que unos días. Ainsley era solo una abusona y pronto se aburriría y seguiría con su vida. Pero su fascinación no se ha disipado y mi determinación se ha marchitado. Con cada asalto implacable, me he vuelto más consciente de mí misma. Me doy pena a mí misma. Estoy enfurruñada por la tristeza de convertirme en la protagonista de un instituto en el que solo la peor parte de mi reputación me precede.

—Casey. Eh, lo olvidaba. —Para ser sincera, su persistencia es casi admirable. Es extraordinario que Ainsley aún no se haya aburrido—. Doy una fiesta esta semana.

No es demasiado inteligente, pero lo que le falta de materia gris lo compensa con pura maldad. Ainsley no me guarda rencor desde hace tiempo. No le robé el novio en tercero. No hay ninguna historia entre nosotras. Solo es una persona podrida por dentro que disfruta de ser una perra.

Endulza el tono.

—Puedes venir si me prometes que no aparcarás en la piscina.

Me centro en el número musical de la pantalla y finjo no escuchar las risitas. Que les den a estas chicas. No necesito su aprobación. Ni su amistad. Aunque me hubieran dado la bienvenida en el St. Vincent y me hubieran recibido con los brazos abiertos en septiembre, no confiaría en ellas. Tenía un gran grupo de amigos en la Academia Ballard y mira cómo acabó. Todos ellos me traicionaron

después del accidente. Me sonreían a la cara y se reían de mí a mis espaldas. Hicieron correr rumores sobre la peor noche de mi vida hasta convertirme en el hazmerreír.

Tuve que aprender por las malas que la lealtad es algo raro en el instituto, y ese es el motivo por el que no me interesa hacerme amiga de ninguna de estas chicas, no cuando me demostraron su verdadera personalidad en la puerta de entrada. Solo hay dos personas en las que confío a día de hoy.

Mi hermana.

Y el único chico que siempre sabe cómo hacerme sonreír.

Así que permanezco inmóvil, mirando al frente, mientras cuento los minutos hasta que pueda ver a Fenn.

Capítulo 2

Casey

Después de clase, me pongo las zapatillas de correr y silbo a Bo y Penny, que apenas pueden esperar a que abra la puerta delantera para salir disparados carretera abajo, hacia el sol que se pone sobre la línea de los árboles. Para ser un par de golden retrievers grandes, tienen el motor de un caballo de carreras y la paciencia de unos niños hasta arriba de cafeína. Corren durante la mayor parte del camino hacia el sendero del bosque, entre las residencias y mi casa, en los límites del campus de Sandover, donde Fenn me espera.

No me canso de la forma en que siempre parece pensativo antes de alzar la cabeza, ni de cómo se le iluminan esos ojos azules. De esa sonrisa avergonzada que me dedica mientras me rodea los hombros con los brazos y me besa la parte de arriba de la cabeza.

—¡Eh! —saluda. Nada más. Pero es la forma en que lo dice lo que lo convierte en nuestro idioma secreto. Todo lo que necesitamos decir, resumido en un único sonido.

—Hola.

Lo abrazo por la espalda y me quedo ahí un rato. Porque, hasta en los días en los que recuerdo llevar la armadura, el instituto es extenuante.

—¿Estás bien? —pregunta Fenn contra mi pelo.

Es casi treinta centímetros más alto que yo, y eso me permite acurrucarme contra su pecho. Debe haberse dejado la americana en la habitación, porque solo lleva la camisa del uniforme de Sandover, con las mangas subidas. Huele de maravilla. El instituto privado no escatima en suavizantes para tejidos de calidad.

—Ajá —respondo—. Das buenos abrazos.

Siento su risa por encima de mi mejilla.

—Ah, ¿sí?

—Mmm.

—Vale. Sírvete.

Le doy un último apretón antes de soltarlo y me cubro los ojos del sol para ver a Bo y Penny, que acosan a un animalillo que se ha subido a un árbol.

—Chicos —los reprendo, y enseguida se alejan del tronco.

—¿Cuánto puedes quedarte? —Fenn se desabrocha la camisa y la coloca en el césped para que me siente.

No puedo evitar resoplar.

—¿Qué? Se llaman modales, Casey.

—Cualquier excusa es buena para quitarte la ropa. —No es que no me guste. Jugar al fútbol le ha proporcionado unos abdominales de infarto. Y no se avergüenza de ello.

—Mis ojos están aquí arriba, cariño. —Me guiña un ojo y se estira a mi lado.

Algo raro ocurre cuando el chico que te gusta te dice que tú a él también. Todo se vuelve muy real. Vívido. ¿Esos hoyuelos a los que no les había prestado suficiente atención antes? Ahora ocupan una cantidad indecente de mis pensamientos. No puedo dejar de mirarle los labios; el inferior es más grueso que el superior. O de darme cuenta de que, cuando se afeita, siempre se deja un pequeño trozo de barba rubia oscura en una esquina de la mandíbula.

Me resulta imposible evitar que mi mirada vague de nuevo hacia su pecho desnudo. Esos músculos esculpidos y la piel bronceada hacen que me escuezan los dedos por las ganas de tocarlo. Trago, aunque tengo la garganta seca, y me obligo a no comérmelo con los ojos. Sloane se refiere a Fenn como el chico de oro, en tono sarcástico, y es difícil no estar de acuerdo con esa afirmación, pero sin el tono despreciativo. Con el pelo rubio, la piel dorada y la complexión alta y musculosa, es la personificación de lo *sexy.*

Aún no me creo que sea mío.

—No puedo quedarme mucho rato —digo—. Tengo deberes. Y papá está preparando la cena, así que…

—Así que será mejor no perder el tiempo.

Con una risa pícara, me alcanza una mano y tira de mí para sentarme en su regazo. El chillido que suelto es una mezcla entre la sorpresa y el deseo. Se me acelera el pulso cuando Fenn me agarra

de la cintura para pegarme a él y presiona sus cálidos labios contra los míos.

Al principio es inocente. Un beso dulce. El delicado roce de sus labios. Mis dedos hallan el camino hacia sus hombros desnudos, continúan por sus firmes abdominales, y siento cómo los músculos se contraen bajo mi caricia. Mi lengua busca la suya mientras enreda las manos en mi pelo y luego las coloca sobre mis mejillas con cuidado.

Sé que me desea. Lo percibo en los suaves gruñidos amortiguados en su pecho. Lo siento cuando me roza la piel de la parte baja de la espalda. Me enderezo, le paso los dedos por el pelo y profundizo el beso mientras respiro con pesadez.

Fenn siempre es el primero en apartarse.

—Me vas a matar —susurra con los ojos pesados.

—No sé a quién tratas de impresionar al mantenernos atrapados en la primera base todo el tiempo.

—¿Atrapados? Maldición. —Me dedica una sonrisa indignada—. Nadie reconoce que me porto bien contigo.

—La verdad es que no.

—Ah, venga ya, Case. Déjame ser un buen tío. —Ahora me ofrece un puchero adorable—. Es todo lo que pido. No tenemos que correr.

—Seguro que eso se lo dices a todas.

—No hagas eso —me pide, y me aparta unos mechones de pelo detrás de la oreja y luego me acaricia el lateral del cuello con las yemas de los dedos—. Estoy aquí contigo. Eso es lo único que me importa.

Es adorable y a la vez un poco exasperante. Las hazañas de Fenn son tristemente célebres en el círculo de los colegios privados. No es que ignore cómo nos relacionábamos antes, y fingir lo contrario es absurdo. Y frustrante, porque él es el más experimentado de los dos y, aun así, insiste en frenar cada vez que lo tiento a ir más allá del jardín delantero.

—Lo sé, y no pretendo acelerar las cosas… —Me deslizo de su regazo y envuelvo la cabeza de Bo cuando se abre camino a empujones bajo mi brazo—. Pero empiezas a crearme complejo.

Frunce el ceño.

—¿Cómo?

—Cada vez que paras, me pregunto si es porque soy… —Siento que se me calientan las mejillas—. No lo sé…, mala en esto, o algo así. Lo que quiero decir es que mi currículum no es muy largo, que digamos.

Incluso antes del accidente, mi padre era un tirano que me prohibía salir con chicos. Y Sloane asustaba a cada chico de Ballard, y también de Sandover, que se me acercaba lo más mínimo.

—¿Tu currículum? —Fenn suena totalmente confundido.

—Sí. En primero, Corey Spaulding me invitó a ir con él al cumpleaños de Lisa Lesko y al final se enrolló con su prima en la casa para invitados. En segundo, me lie con el mejor amigo de Corey, Brad, pero solo para vengarme de su traición en el cumpleaños de Lisa Lesko. Y el año pasado, con A. J. Kooper, aunque creo que solo me besó para devolvérsela a Lisa Lesko por haberlo engañado. —Me detengo a pensar—. Oh, Dios mío. Acabo de darme cuenta de que Lisa Lesko es el común denominador en mi historial de besos. ¿Qué crees que significa eso?

Fenn me echa un vistazo antes de echarse a reír a carcajadas.

—¿Qué narices ocurre ahora mismo? ¿Adónde quieres llegar?

—Me avisarías si besara mal, ¿verdad?

Parpadea sin dejar de reírse.

—¿En serio?

—En serio.

Fenn se recompone cuando se percata de que no me río.

—¿Estás de broma? Besas bien. De hecho, eres excepcional. Un auténtico fenómeno. —Suspira—. No interpretes mis dudas como que hay algo en ti. Solo trato de hacer las cosas bien. Por una vez.

Lo dice a menudo, y me hace sentir un poco de lástima por él. Sí, ha tenido más rollos de una noche que un motel de carretera, pero no es un mal tipo. En algún momento se convenció de que es indigno de merecer amor.

—Vale.

—De verdad. —Me toma una mano y me besa el interior de la muñeca, lo que hace que me derrita por dentro a la vez que deseo

derribarlo. No sé dónde enseñan estas cosas a los chicos, pero ha prestado atención—. No cambiaría nada de ti.

Estoy a punto de estallar por dentro, pero me limito a asentir y a buscar un palo que lanzarle a Penny. No sé si me acostumbraré a él algún día.

—¿En serio solo has besado a tres chicos? —Parece intrigado—. ¿En Ballard no eras animadora?

Me río.

—¿Besar a miles de chicos es un requisito indispensable para ser animadora?

—Bueno, no, pero… —Me mira—. Vale. Es un estereotipo.

Sonrío ante su malhumorada concesión.

—Sí, era animadora —confirmo—. Y, sí, solo he besado a tres chicos.

Era un montón de cosas en la Academia Ballard: animadora, jefa del comité del anuario escolar, lo cual es un honor para una estudiante de primero, y tenía una mejor amiga, Gillian Coastes, con quien no he hablado desde primavera.

En Ballard era popular. Aunque con una popularidad distinta a la de mi hermana, a quien los chicos deseaban y las chicas temían. Sloane me picaba al decirme que yo era el tipo de chica insoportable a la que todos los chicos desean y ninguna chica odia, porque era auténtica. Lo que sea que signifique eso. Nunca he sido nada más que yo misma. Y creo que mi hermana me otorgó demasiado reconocimiento con lo de «que todos los chicos desean», ya que solo llamé la atención de tres de ellos.

No se equivocaba en una cosa: en Ballard, le caía bien a casi todo el mundo. Hasta que el molino de los rumores empezó a girar y me convirtió en una loca y, de pronto, me marginaron. Y sé a ciencia cierta que Gillian y mi anterior grupo de amigos aún hablan en susurros de mí. A veces lo veo en las redes sociales, en estúpidos comentarios sobre mí en publicaciones de otra gente. Es vergonzoso.

—No pretendo cambiar de tema —dice Fenn—, pero ¿has notado a Sloane algo rara? Porque RJ empieza a preocuparme.

Pienso en ello. Estaba menos parlanchina de lo habitual de camino a casa después de clase. Pero no le he dado importancia, porque significaba que podía saltarme el informe diario sobre cada una de las personas que me han tratado mal hoy. Para saber qué culo debe patear. Qué neumáticos hay que reventar. Mi hermana mayor es mi principal protectora, incluso cuando no necesito que me defiendan. Para ser sincera, le permitiría colocar bolsas llenas de caca de perro en llamas en todas las taquillas del campus si eso cambiara las cosas, pero, por muy intimidante que sea Sloane, no hay ninguna máquina, inventada por un hombre o una mujer, que detenga los engranajes de los rumores de instituto.

Sin embargo, no sé si, en general, definiría su comportamiento como extraño o si lo achacaría a que está enamorada. Desde que volvió con RJ ha estado algo obsesionada, deambula envuelta en el aura opaca de una neblina de amor. Me alegro por ella, pero da un poco de miedo. Sloane rehuía la idea del amor. Ahora se dedica a repartirlo por ahí, como si participara en un fraude piramidal de *marketing* puerta a puerta.

—Ha estado bastante distraída esta semana —respondo—. Lo único que hace es escribirle a RJ. Si no la conociera, pensaría que se preparan para largarse juntos.

Fenn se encoge de hombros.

—Si pasa, tendría nuestra habitación solo para mí, así que…

—Diría que es lo normal en una relación que acaba de empezar, pero no hay nada normal en Sloane últimamente, de modo que yo qué sé. Supongo que están en su propia burbuja.

—Sí, bueno, me alegro por ellos, pero RJ tiene que superarlo.

La preocupación de Fenn es algo adorable. Acaba de arreglar las cosas con su hermanastro, y tengo la sensación de que se siente un poco celoso. Hambriento de atención, quizá.

—No sé cómo describirlo —añade—. Cada vez que lo miro, me da la sensación de que trata de encontrar la manera de decirme que mi abuela ha muerto o algo parecido.

Ajá.

—Vale, es un poco raro. ¿Puede que solo sea su cara?

RJ es un chico majo, pero tiene fuertes tendencias antisociales. Una especie de cara de póker. Para un tipo extrovertido como Fenn, debe ser un completo alienígena.

—Hace un par de días, entré en nuestra habitación después de un entrenamiento y lo pillé al teléfono. Supongo que hablaba con Sloane. Sin embargo, me miró como un ciervo ante unos faros y luego apartó la mirada. Es una tontería, pero juraría que es la misma mirada que veía cada vez que alguien hablaba de la enfermedad de mi madre. Cuando todos temían contarme lo mal que iban las cosas.

—Lo siento. —Le tomo una mano y la entrelazo con la mía antes de llevármela al regazo. Sé lo que es perder a tu madre, aunque la mía no falleció por una larga enfermedad. Murió de repente, sin previo aviso. Un extraño ahogamiento que nadie vio venir. Y yo solo tenía cinco años, era lo bastante pequeña para no recordar demasiado de aquellos días. Solo breves momentos. Destellos del funeral, de que siempre había alguien en nuestra casa durante los siguientes días, mientras mi hermana y yo intentábamos asimilar el concepto de la muerte y la terrible idea de que mamá no volvería.

—Mi padre ya no estaba en ese punto —explica Fenn en tono ausente, mientras dibuja círculos en mi piel con el pulgar—. Por supuesto, estuvo a su lado cada segundo, pero yo era invisible para él. Sabía que ella tardaría en irse, así que se cerró en banda por completo.

El silencio se instala entre nosotros. Siento cómo la tristeza mana de él y desearía hacer que se sintiera mejor. Pienso en mi propia pérdida, en el inmenso agujero que quedó en mi vida después de la muerte de mi madre. Apenas la recuerdo, lo que hace que sea peor todavía. Ni siquiera tengo una colección de recuerdos cálidos y maravillosos a la que acudir cada vez que la echo de menos.

Utilizo un truco para sobrellevarlo, aunque es un poco vergonzoso. Aun así, me muerdo el labio y decido compartirlo, porque no soporto ver sufrir a Fenn.

—Yo a veces le hablo —admito con timidez—. A mi madre.

—Ah, ¿sí?

—Sé que es una tontería.

—No lo es.

Me encojo de hombros porque, por absurdo que parezca, no puedo evitarlo.

—Cuando me siento desbordada o asustada, o incluso cuando estoy muy feliz, imagino que me escucha, que está en algún lugar de mi habitación, y le hablo.

—¿Qué le cuentas?

—Cualquier cosa. Todo. Por ejemplo, cuando de pronto me di cuenta de que quería ser veterinaria, se lo conté a ella antes que a mi padre o a Sloane. —Una sonrisa amarga me tira de los labios—. Sé que debí imaginármelo, pero juraría que ese día sentí su presencia. Que estaba orgullosa de mí por haber escogido mi camino.

Fenn me rodea un hombro con un brazo y me acerca a él.

—Ojalá pudiera hacer eso. No he sentido a mi madre en mucho tiempo. Todo se quedó vacío cuando se fue. Nada más.

Se me cierra la garganta y me duele el corazón al reconocer su dolor. Apoyo la cabeza en su hombro desnudo y, una vez más, desearía ofrecerle algo más que tópicos y absurdos consejos para calmarlo. La muerte de su madre aún lo persigue. Siempre está ahí. Cuando cree que nadie lo mira. En la forma en que, sin decir una palabra, sabe cómo me siento cuando pienso en mi propia madre. En las mil maneras en las que se odia a sí mismo, incluso aunque crea que yo no me doy cuenta.

Al menos, me deja verlo. Soy una de las pocas personas a quienes se lo muestra, y lo agradezco. Requiere valentía mostrarse un poco vulnerable.

—Hola —dice, y me da una ligera sacudida.

—Hola. —Percibo la sonrisa en su voz. Estoy segura de que, cuando eche la cabeza hacia atrás, sus labios se habrán curvado en una sonrisa juguetona.

—¿Qué te parece si tenemos una cita de verdad? —pregunta en voz baja.

Se me detiene el corazón por un momento.

—¿Y cómo es una cita de verdad?

—¿Qué opinas de los pícnics? El sábado por la tarde podemos ir a pasear a los perros y buscar un lugar bonito donde sentarnos.

Me cuesta imaginar a Fenn Bishop brincando por el bosque con una cesta de pícnic, pero pagaría por ver qué se le ocurre.

—Me parece perfecto.

Capítulo 3

Fenn

Últimamente, mi hermanastro está sumido en un trance perpetuo. Era habitual que no alejara la mirada de la pantalla del ordenador, pero, al menos de vez en cuando, murmuraba una respuesta en una conversación. Ahora no consigo sacarle más que un gruñido mientras nos preparamos para ir a clase. Desde que se ha despertado, no ha levantado la vista del móvil.

—Tío. —Lanzo una pelota de tenis al otro lado del dormitorio, que le pasa volando junto a la cabeza y luego se estrella con un golpe seco en la pared.

RJ se gira en la silla de escritorio.

—Tío, ¿qué cojones?

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho en los últimos diez minutos?

—¿No? No lo sé. Jesús. ¿Qué quieres de mí antes de las ocho de la mañana?

—Entiendo que estés enchochado, pero ¿qué te parece dedicar un poco de tiempo a tus amigos de vez en cuando?

Mierda. Ha sonado muy dependiente. ¿Ha sido dependiente? No sé cómo llevar todo esto de ser hermanos. He sido hijo único toda mi vida. Y ahora tengo a un hermanastro que ha resultado ser más guay de lo que esperaba.

Cuando nos conocimos, cinco segundos antes de la boda de nuestros padres, y estábamos ahí de pie, con nuestros esmóquines, y nos evaluamos, jamás pensé que ese tío me caería bien. Joder, me llevó un par de semanas recordar su nombre. Pero entonces mi padre metió a RJ en Sandover, nos pusieron en la misma habitación y ahora…, bueno, supongo que hemos creado un vínculo. Suena muy ñoño, pero es cierto. Quizá tenemos trasfondos completamente distintos y somos polos opuestos en cuanto al tema de socializar, pero, de algún modo, esta extraña situación familiar funciona.

O, al menos, lo hacía antes de que se enamorara de la puñetera Sloane Tresscott. De todas las chicas tras las que podría haber ido, escogió a la hija del director. A la princesa de hielo. A la chica que me arrancaría las pelotas si se enterara de que mi lengua ha estado en la boca de su hermana cada día de esta semana.

—¿Quieres decirme algo o solo quieres que te haga caso? —RJ por fin deja el teléfono y se levanta de la silla de un empujón para empezar a vestirse. Tal como están las cosas, solo tendremos tiempo de tomar un bollo en el comedor antes de que suene el primer timbre.

—Necesito que me eches una mano este fin de semana. El sábado llevaré a Casey de pícnic.

Me mira por encima de un hombro. Creo que capto algo parecido a un mohín antes de que se vuelva hacia su armario.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Necesito que mantengas a Sloane ocupada. —Me siento en el sofá que hay en el centro del amplio dormitorio y me pongo los zapatos—. Sé que no está en el equipo Fenn en lo que a esto respecta, y no quiero que cada cita con Casey acabe en un punto muerto.

—Así que, ¿ha ocurrido? —RJ frunce el ceño mientras se cuelga la bolsa de un hombro. Lleva la corbata alrededor del cuello como si fuera una afirmación en contra del jefe. La verdad es que han pasado dos meses desde que llegó a Sandover y todavía no sabe anudársela sin mi ayuda—. ¿Casey y tú?

La pregunta me resulta extraña, y su actitud, cargada de misterio, me inquieta.

—Sí, ¿y…?

—¿Cuáles son tus intenciones? —pregunta.

—¿Intenciones?

¿Qué narices? Es evidente que no somos expertos a la hora de hablar con franqueza, pero creía que RJ entendería lo que siento por Casey. No es una conquista más. Esta chica es especial.

—¿Sloane te ha convencido para que hagas esto? —pregunto con cautela.

—Solo pregunto —dice, y se encoge de hombros de una forma más mordaz de lo que sus palabras sugieren.

No se equivoca del todo al sospechar. Ni siquiera un poco. Bajo la superficie de lo que sabe de mí, hay un cargamento de culpa que acecha en la oscuridad. Porque soy un capullo por desearla, y uno aún mayor por permitir que esto ocurra contra mi buen juicio. Con cada día que pasa, con cada beso, estoy un poco más cerca de destrozarla. RJ está de pie entre la puerta y yo, una señal no demasiado sutil de la sinceridad de su interés. Le he pedido atención y no saldré de aquí hasta que esté satisfecho.

—Nunca le haría daño —aseguro con la voz ronca. Quiero que sea cierto, y es el mejor tipo de sinceridad que puedo ofrecerle.

RJ me evalúa y hace amago de decir algo, pero me vibra el móvil en el bolsillo. Suelto un suspiro, sorprendido ante el alivio que me provoca haberme librado. Entonces, veo el número de mi padre en la pantalla y maldigo en voz baja.

—Es mi padre —murmuro, y pongo la llamada en altavoz con brusquedad—. ¿Sí?

Habría dejado que fuera al buzón de voz de no haber sido porque, de alguna forma, agradezco el rescate. Este juego de miradas con RJ se había vuelto intenso. No imagino de dónde procede tanto interés, a no ser que Sloane esté más preocupada por nuestra relación de lo que había supuesto. Una parte de mí se pregunta si habrá empezado una campaña para poner a RJ en mi contra mientras Casey y yo sigamos juntos. Sé que lo hace con buena intención, que desea proteger a su hermana pequeña, pero Sloane es despiadada cuando quiere.

—Buenos días —responde mi padre con un estúpido tono alegre, que supongo que se debe a que la madre de RJ está al otro lado de la línea—. ¿Os he pillado antes del desayuno?

—Sí, ¿qué quieres?

En los últimos días me ha llamado más veces que en los últimos años de mi vida. Todo forma parte de su repentina transformación en una imitación de padre de serie de televisión que es a la vez perturbadora e insultante. Desde que Michelle llegó, es como si hubiera descubierto sus sentimientos paternales e intentara

compensar una década de negligencia benigna. O, como mínimo, quiere que RJ y su madre crean que trata de ser un mejor padre.

No me lo trago. La gente no cambia de la noche a la mañana. Ni siquiera estoy convencido de que las personas puedan cambiar. Así que no, no creo que mi padre de pronto haya dejado de ser un cabrón egoísta para preocuparse por asuntos tan tontos como la «familia».

¿Dónde estaba el Señor Padre de Familia cuando mamá murió? A mi lado no, eso seguro. Antes de su muerte, estábamos unidos. Nos reíamos juntos e íbamos a navegar. Incluso conseguí que alguna vez jugara a videojuegos conmigo. Solíamos divertirnos juntos.

Entonces, ella se fue, y papá me ignoró por completo. Se encerró en el trabajo y me relegó a un segundo plano. Cuando a veces recordaba que yo existía, se sentía culpable, me daba dinero y se esfumaba de nuevo.

Al final, me acostumbré a estar solo. Es decir, ¿a qué adolescente no le gustaría volverse loco sin consecuencias? No importaba lo que hiciera, las locuras que cometiera, papá ni siquiera pestañeaba. El verano anterior a segundo curso, cuando todavía estudiaba en Ballard, como el setenta y cinco por ciento de los marginados que ahora están en el Sandover, celebré una fiesta en nuestra casa de Greenwich que acabó con basura por todas partes, y en la que la policía se presentó tras una docena de quejas por ruido. Pero a mi padre no pudo importarle menos. Contrató a un servicio de limpieza y luego se marchó a su estudio a cerrar un trato que estaba negociando con una empresa tecnológica de Japón. Cuando me expulsaron de Ballard y de ese internado pijo en Suiza ni siquiera parpadeó. Se limitó a rellenar otro cheque y me mandó a Sandover.

Así que, sea lo que sea esto, la molesta rama de olivo que no deja de sacudir ante mi cara, no me interesa. Perdí el interés hace años.

—Me gustaría hablar de las vacaciones de Navidad —dice papá—. Podríamos hacer un viaje en familia.

—Eh, sí. Creo que es un poco tarde para ir a Disney World, papá.

—Michelle me ha sugerido que vayamos a algún lugar en las montañas. Tal vez a esquiar.

—¿Y a mí qué me importa? Haced lo que queráis. Yo tengo otros planes.

—Piénsalo —me presiona, e ignora mi descarada grosería, como si fuera una especie de guerra psicológica—. Mientras tanto, a Michelle y a mí nos gustaría visitaros pronto. Podríamos llevaros a cenar. ¿Qué os parece?

—Paso.

Corto la llamada sin un ápice de remordimiento. Ni siquiera el destello de la desaprobación en los ojos oscuros de RJ hace que me arrepienta. Entiendo que ahora somos hermanastros y que esto también le afecta, pero sería mejor que no se metiera. No puede entender dieciocho años de historia cuando solo hace unos meses que conoce a David, y la mayor parte de ese tiempo lo hemos pasado en esta habitación.

—Eso ha estado mal —comenta mi hermanastro—. Podrías esforzarte un poco.

—Podría, pero no quiero. Créeme, no caigas en su trampa. No se merece que lo defiendas. Y estas conversaciones son mucho más breves cuando no finjo que me importa.

—A lo mejor no es una trampa —señala RJ.

Pongo los ojos en blanco. Por algún desagradable motivo, esta semana ha estado en mi contra con respecto al tema de la reconciliación. Pero no sabe que mi padre, o quien se levantó una mañana y descubrió que era mi padre, había decidido ignorar mi existencia. Al menos, el padre de RJ tuvo la decencia de acabar en prisión.

—Ya te lo he dicho, esta mierda del buen tío es solo eso, mierda. Que os cubra a ti y a tu madre de regalos y planes de viaje. Que trate de ser tu colega. Es falso. Intenta impresionar a tu madre. Quiere quedar bien con ella para que, cuando llegue el divorcio, ella no se quede la mitad de su dinero.

La vacilación crispa el rostro de mi hermanastro.

—¿Qué? —exijo saber.

—Nada… —Juguetea con la punta de la corbata.

—¿Qué? —repito.

—Una parte de mí piensa que este matrimonio va a funcionar —admite al fin.

Me quedo boquiabierto.

—Tío.

—Pues sí.

—¿Desde cuándo?

Se encoge de hombros.

—Parecen felices.

—Acaban de casarse. Claro que ahora son felices. Seguro que él se la ha comido en la encimera de la cocina esta mañana.

RJ palidece.

—Qué asco. Estás hablando de mi madre. Bueno, no digo que dure. Solo que no me sorprendería que lo hiciera.

Niego con la cabeza a modo de reprimenda.

—¿Qué ha pasado con tu cinismo? Era lo que más me gustaba de ti. La culpa de esto la tiene la puñetera Sloane.

—No me molesta ver a mi madre feliz —gruñe de camino a la puerta—. Ajo y agua.

Cuando llegamos al umbral, sin embargo, se detiene y me mira. Vacila otra vez y me bloquea el paso.

Levanto una ceja.

—¿Querías decirme algo más?

Tras un momento de silencio, rompe el contacto visual y sale de la habitación.

—Nada —responde sin siquiera devolverme la mirada—. Olvídalo.

Capítulo 4

RJ

Sloane está furiosa. Creía que la había visto enfadada antes, pero esto es más que eso. Una alarmante especie de quietud silenciosa que esconde el infierno de la rabia en su interior. Ni siquiera estoy seguro de que respire.

—¿En qué piensas? —pregunto, pero no recibo respuesta.

Hace una hora me ha exigido que fuera a nuestro rincón en el sendero del bosque cubierto de maleza, donde hay un viejo banco entre los arbustos. He venido directo del entrenamiento de natación, después de haberle pedido a Lawson que me cubriera ante el entrenador y de poner una excusa para justificar que tenía que salir antes. No me ha dado una sola pista de a qué se debe esta llamada de emergencia, pero estoy seguro de que está relacionada con la decisión que se ha cernido sobre nosotros durante la última semana.

Y que Fenn vaya a dar ese estúpido paso con Casey nos ha obligado a hacerlo.

Sabíamos que teníamos que hablar con él sobre su papel en el accidente de Casey, pero Sloane no se decide sobre si debe decírselo primero a su hermana. Lo justifica con que ella merece saberlo y que Fenn no debería tener tiempo para prepararse qué decir, pero sospecho que teme las consecuencias de que Casey lo descubra. La aterroriza que caiga en una depresión de nuevo y que, quizá, esta vez no sea capaz de salir de la oscuridad.

Y creo que le preocupa que los sentimientos de Casey hacia Fenn le nublen el juicio sobre qué hacer después. Sé que Sloane quiere entregar la cinta a la Policía. Sin embargo, la idea me provoca náuseas. No puedo chivarme de mi hermanastro.

Pero tampoco puedo ir en contra de mi novia.

Odio estar atrapado en esta encrucijada.

—Al menos, ¿puedes darme una pista? —insisto.

Encima de nosotros, un pájaro u otro animal empuja las copas de los árboles y mi novia se estremece y sale de su hechizo.

—Podría haber muerto —repite Sloane, como si estuviera en medio de una discusión en su cabeza de la que no he estado al tanto—. Fenn la dejó sola con un golpe en la cabeza. Casey podría haberse desangrado. —Retrocede ante la abrumadora imagen que le evoca y echa a andar—. Podría haberla matado, RJ.

—Vale, tal vez —admito con suavidad. Contradecirla ahora sería poner en riesgo mi vida, y no quiero morir esta noche—. Pero también se habría ahogado si Fenn no hubiera estado ahí y la hubiera sacado del coche que se hundía.

Se abalanza sobre mí.

—De modo que te pones de su lado.

—No, te doy otra perspectiva, para que pienses en todo el contexto.

—Que le den a tu contexto.

—Sloane. —Dejo escapar un suspiro—. Aún no sabemos quién es la otra persona del vídeo. La primera que corre por delante de la cámara. No tenemos ni idea de quién es ni de si conducía el coche. Y, a falta de esa información, es fácil querer culpar a la única persona a la que hemos identificado.

Sloane resopla y mueve las manos en el aire.

—No tengo que ser justa. ¡Mi hermana pequeña casi muere y Fenn hace meses que le miente! Es turbio, RJ. ¡Es turbio!

No se equivoca. No pinta bien para mi hermanastro. Y es mala suerte que Fenn fuera el único lo bastante tonto para mostrar el rostro a la cámara del cobertizo para botes. Si supiéramos quién llevó a Casey hasta allí en primer lugar, la decisión de Fenn de huir después de haberla salvado sería una nota a pie de página en todo este calvario. Algo para el epílogo del caso cerrado. En cambio, cómo se comportó esa noche, y cada día desde entonces, hacen que parezca más un sospechoso que un héroe.

—Creo que tienes que decidir a quién darle tu lealtad. —Avanza hacia mí, los ojos grises oscuros le arden como ceniza caliente. Indignada, me clava un dedo en el pecho, lo que me ofendería si lo hubiera hecho cualquier otra persona.

—Sabes que no puedo hacer eso.

Le tomo una mano, y ella la aparta enseguida. Estos días, le he dado una cantidad infinita de manga ancha, teniendo en cuenta las circunstancias. Pero tampoco aceptaré ningún ultimátum.

—Sloane, te quiero, pero de ningún modo escogeré entre mi novia y mi hermanastro. Sí, lo que hizo es jodido, pero, lo siento, no creo que debamos crucificarlo hasta que no conozcamos toda la historia. —Me encojo de hombros—. Llegados a este punto, creo que deberías contárselo a Casey y dejar que ella decida.

—No —responde, claramente insatisfecha por que no esté de acuerdo con alimentar sus planes de venganza. Arquea una ceja a modo de desafío—. Se lo contaré a mi padre e iremos a la policía. Ellos sabrán qué hacer.

Se me tensan los hombros. Me lanza la idea como un cuchillo a la garganta; y se me acaba la paciencia. Quiero encontrar una solución tanto como ella, pero culpar a Fenn porque no sabemos quién es el verdadero culpable no es la salida que más me entusiasma.

—No me interpondré en tu camino. —Me siento en el banco y le imploro que baje las armas—. Estás en tu derecho de hacer lo que creas, pero, si vas por esos derroteros, debes comprender que podrías destrozarle la vida a Fenn, quizá incluso arrebatarle su libertad, sin tener todos los detalles. Si aún no estás lista para contárselo a Casey, entonces, al menos, deja que yo hable con Fenn antes de hacer nada. Permite que admita la verdad. Que explique su versión de la historia.

Presiona los labios.

—Sabes que te mentirá.

—No, no lo sé. Creo que será sincero.

Sloane me mira a los ojos un momento, el tiempo suficiente para que el deseo de pegarme se le pase. Por ahora.

Se sienta a mi lado a regañadientes.

—Veamos el vídeo de nuevo —me ordena.

Saco el móvil para volver a ver la grabación de seguridad del cobertizo para botes de la noche del baile. No importa lo mucho que agrandemos la imagen o la ralenticemos, Sloane es incapaz de identificar nada que nos dé una pista de quién es la persona que

abandona la escena en cuanto el coche sale de la pantalla y cae al lago. Y observa a Fenn: cómo sale del plano corriendo para sacar a Casey del coche y, después, vuelve para tumbarla en el suelo con delicadeza. Cómo le escribe a Sloane desde el móvil de su hermana, lo que demuestra que esos puñeteros aparatos son resistentes al agua, porque se había sumergido por completo.

—Si no me hubiera escrito, de ningún modo habría pensado en buscar allí —murmura ella.

Casey desapareció del gimnasio, donde se celebraba el baile de la Academia Ballard, y el lago está lejos de ahí Nadie querría recorrer a pie, de noche, ese camino sin conocerlo. Tal como Sloane lo describió, el cobertizo era un lugar al que la gente iba a beber, a fumar, a enrollarse o a participar en cualquier otra actividad ilícita. Es decir, era el último lugar en el que alguien buscaría a una chica como Casey.

—Habríamos tardado horas en encontrarla —añade Sloane, que aún sostiene mi móvil en las manos. Pero siento que su furia helada se descongela.

—Mira, no quiero imaginar qué poseyó a Fenn para dejarla ahí —digo en tono brusco—, ni por qué no ha sido sincero en todo este tiempo, pero parece evidente que, cuando entró al agua, intentaba hacer lo correcto.

Sloane lo piensa un rato con el ceño fruncido. No es de las que perdonan. Mi novia es de esa clase de personas rencorosas que alimentan el resentimiento. No sé si sabe quién sería sin él. Lo entiendo. Perdonarme por cada error que cometí hasta lograr estar con ella le supuso un gran esfuerzo.

Solo necesito que se abra un poco más.

—Te odio —espeta con un resoplido.

—Lo sé.

Le rodeo un muslo con una mano y le doy un ligero apretón, porque siento que su determinación flojea, y me castigará menos si le recuerdo por qué está conmigo.

—Vale. —Suspira con resentimiento—. Sí, si él no hubiera estado allí, ella habría muerto en el coche.

Es ligeramente benévola, teniendo en cuenta que se refiere a un chico al que le encantaría descuartizar con sus propias manos. Aun así, es suficiente.

—Gracias por reconocerlo.

—Vale. Habla con él primero. Intenta averiguar su versión de la historia. —Sloane se levanta y da la conversación por terminada, por el momento. No hay nadie que odie tanto oír «no mates a nadie aún» como Sloane Tresscott. Es una luchadora empedernida—. Pero si no es sincero…

Asiento con severidad.

—Lo sé.

Le dará una oportunidad, y solo una. Por su bien, espero que Fenn se agarre a este salvavidas antes de que se convierta en una soga.

Capítulo 5

Fenn

—¿El señor Swinney? —pregunta Casey, boquiabierta—. ¿El tipo que parece un viejo abrigo de algodón carcomido por las polillas que se ha caído del perchero en el fondo del armario?

Es una descripción apropiada, y la risa casi hace que me atragante con la saliva mientras buscamos una bonita zona sombreada donde colocar la manta de pícnic el sábado por la tarde.

—Es la coartada perfecta —respondo—. Quién lo diría, ¿eh?

El campus del instituto Sandover es engañosamente amplio, pues se extiende decenas de hectáreas más allá de las instalaciones principales. La mayor parte lo ocupa un bosque virgen que la mayoría de nosotros apenas hemos explorado. Hoy nos hemos salido de uno de los senderos y hemos descubierto un claro entre los árboles de hoja perenne. El otoño está en pleno apogeo. En el resto del campus, las hojas empiezan a volverse de una variedad de colores rojos y naranjas y el suelo es ahora crujiente y marrón. Aquí, en cambio, todavía se ve mucho verde.

Nos sentamos y saco algunos aperitivos que he traído. Encontré una pequeña tienda *gourmet* a una media hora de distancia de aquí y les pagué para que prepararan un pequeño lote de productos y lo llevaran a los dormitorios por la mañana. Lo mejor de todo es que he conseguido que incluyan dos huesos de tuétano crudos de la carnicería de Calden, el pueblecito más cercano a Sandover.

No pierdo el tiempo en lanzarles los huesos a los dos *golden retrievers* de Casey, que no dejan de salivar. Los perros atrapan sus respectivos huesos y corren a buscar un lugar tranquilo donde atiborrarse. Bien. Eso los mantendrá ocupados un rato.

—Así que, ¿lo seguisteis? —pregunta Casey entre risas.

—Sí, y no fue fácil llegar allí. Aunque, claro, tiene sentido. RJ y yo nos pasamos la noche vagando por el bosque en plena oscuridad. Nos cortamos y tropezamos con las rocas cada pocos pasos.

—Yo me habría muerto de miedo —añade, nerviosa—. Podrías haber dado con su cabaña de la muerte o algo parecido.

—No creas que no se me pasó por la cabeza.

Me cuesta bastante concentrarme en la conversación, y no estoy seguro de que las palabras salgan en el orden adecuado. Casey está preciosa con la luz que se filtra entre los árboles, como un telón de fondo. Me distraigo cuando la brisa hace ondear su pelo rubio cobrizo, y cuando se chupa los dedos después de morder un gajo de naranja. Las cosas más simples tienen extraños efectos en mi cabeza. Lo consideraría una enfermedad si no fuera porque prefiero pasar tiempo con ella antes que hacer cualquier otra cosa.

—Lo realmente divertido fue salir por patas de allí, pensando que nos pillaría un grupo de narcotraficantes armados que nos cortarían los dedos y se los mandarían a nuestros padres.

—Todo eso para que RJ pudiera ver a Sloane. —Casey sonríe para sí misma.

—Es un personaje.

Saco una botella de *prosecco* de la mochila y dos copas que he robado del comedor. Por alguna estúpida razón, tengo problemas para servirlo, porque me tiemblan los dedos.

—¿Estás bien? —Ella me observa con una preocupación divertida —. Tiemblas mucho.

—Me pones un poco nervioso —confieso.

Casey inclina la cabeza.

—Me cuesta creerlo.

—Es cierto.

Últimamente, me he esforzado por no mentirle. Al menos, no más de lo que ya he hecho, ni más de lo necesario. Estoy probando este camino de total, e incómoda, sinceridad. Más o menos. Es complicado. No lo sé. Supongo que trato de compensar la forma en la que voy a destrozarla.

—Eso es absurdo.

Le tiendo una copa que, de algún modo, he conseguido no derramar por encima de la manta.

—Créeme, estás bastante fuera de mi alcance.

—Qué mono eres cuando dices tonterías.

Se ríe de mi comentario, intentando ser amable. Por algún motivo, esta chica está convencida de que soy un buen partido. No sé por qué. A veces, desearía confesarle todos los secretos podridos que la harían salir corriendo.

—Toma, prueba esto. —Casey me pone un taco de queso en la boca y observa mi reacción.

Mastico despacio.

—Oh, es raro.

—¿Verdad? Como el vino tinto.

—¿Cómo lo sabes?

Suelta una risita.

—¿Crees que eres la primera persona que me ofrece alcohol?

No sé por qué me encanta que se burle de mí.

Nunca me he sentido tan feliz como ahora y aquí, con ella. Casey tiene la habilidad de borrar todo lo que nos rodea y de hacerme sentir más ligero. Libre. Feliz. Sin embargo, no es algo ininterrumpido, pues, entre esos momentos puros, me recorre una corriente de temor que me recuerda que solo es cuestión de tiempo que la decepcione o que me convierta en una influencia tóxica que corrompa toda la bondad que la hace tan especial.

Casey no sufre de la apatía y el desencanto malignos a los que los demás hemos sucumbido. No es otra niña rica y hastiada, con el alma fría y vacía. Es optimista y dulce. Amable y generosa. En cierto modo, se las ha ingeniado para mantener todo aquello que a los demás nos han arrebatado, a pesar de las terribles pruebas que ha superado y que habrían paralizado a otros.

Es un poco mi heroína.

Y, si yo no fuera un capullo egoísta, la dejaría antes de romperla.

—¿Qué haces esta noche? —me pregunta mientras saca un minidónut recubierto de azúcar glas de un paquete—. ¿Te meterás en líos?

—Las peleas son esta noche. —Pongo los ojos en blanco—. RJ quiere que vaya con él, ya que, en teoría, tras haber destronado a Duke, debe hacer acto de presencia.

—No imagino a RJ dirigiendo las cosas. Siendo el nuevo Duke.

—Ya somos dos.

Mi hermanastro nunca quiso la responsabilidad ni el poder de ser el jefe de Sandover. Cuando retó a Duke por el liderazgo, peleaba por su propia autonomía contra un sistema corrupto. En otras palabras, quería llevar a cabo sus tretas criminales sin tener que darle una parte al puto Duke Jessup. Pero no había tenido en cuenta que la máquina no deja de girar, sin importar quién pilote. Les guste o no.

Casey se apoya en los codos y me lanza una mirada curiosa.

—¿Alguna vez has participado?

—¿Luchado? Sí. Un par de veces.

No soy capaz de leer su reacción, pero espero que esté decepcionada. Es una de esas cosas que deslucen. Participar en la tradición de Sandover en la que los chicos se dan palizas unos a otros cada sábado por la noche no es la característica más atractiva de un potencial novio.

—¿Fue por diversión o…?

—¿Te refieres a si lo hice por diversión? No.

Muchos chicos participan por las risas; otros, para demostrar algo, y a algunos les gusta. Ese no soy yo.

—Quizá sea un defecto, pero las dos veces que he entrado ha sido porque tenía algo que resolver. Una cuenta pendiente o algo así. Para acabar con el conflicto.

No obtengo ningún tipo de placer con la violencia. Sin embargo, a veces el conflicto físico es eficiente. Todo el mundo conoce las normas, y funciona. La mayoría de las veces.

—No te juzgo, pero no te imagino en medio de una pelea —dice, y se muerde el labio, como si le costara formar la imagen en su cabeza—. No con esa carita de ángel. —Me pasa un dedo juguetón, embadurnado de azúcar glas, por una mejilla.

Lo he escuchado toda mi vida. Fennelly Bishop, el niño bonito. Pero, cuando estoy cara a cara con un tipo que no tiene reparos a la hora de partirme la cara, no me contengo ni un poquito. Algo se desata en mi interior cuando pruebo la sangre. Me vuelvo despiadado. Es como si me desmayara y una parte de mí, reprimida en los más hondo de mi ser, tomara el control. Pero, de nuevo, es una especie de evasión, como si le echara la culpa a otro. Tal vez

disfruto dándole una paliza a alguien de vez en cuando. Quizá todos lo hacemos.

—¿Con quién te peleaste? —pregunta—. ¿Los conozco?

—El único al que conocerías es Gabe.

Se queda boquiabierta.

—¿No es tu mejor amigo?

Sonrío.

—No durante esos diez minutos en el *ring.*

Esa sí que fue una pelea tremenda. Gabe y yo nos conocemos desde párvulos, así que es evidente que nos hemos peleado una o dos veces a lo largo de los años, pero esa noche fue una pelea sangrienta, a puño limpio, que nos dejó a ambos destrozados. Ni siquiera sabría decir quién ganó. Tampoco recuerdo por qué nos pegamos esa noche.

Ah, sí. Me acosté con una chica que le gustaba. Rompí el código de los amigos. Cuando me retó en las peleas, ya me lo esperaba.

—¿Aún no has hablado con él desde que lo mandaron lejos? —pregunta Casey en voz baja.

—No. —Una oleada de tristeza me atraviesa, junto con una pizca de culpa—. Todavía no he descubierto adónde lo han enviado. Los padres de Gabe son estrictos hasta el absurdo, por lo que supongo que probablemente habrán escogido el único colegio militar del que es imposible obtener información.

—Ya. Lucas siempre se queja de lo insoportables que son sus padres. Lo vuelven loco.

La mención a Lucas hace que me erice por dentro, lo cual es una tontería, porque Casey puede tener amigos. Joder, ahora mismo, con toda la gente de Ballard que aún cuchichea sobre ella, a los que se han sumado las chicas del St. Vincent, quiero que tenga la mayor cantidad de amigos posible.

Pero no puedo negar que siento una pizca de celos ante el hecho de que sea tan amiga de Lucas Ciprian.

No es que el chico tenga nada de malo. Es un buen chaval. Gabe sentía debilidad por su hermano pequeño, sobre todo porque su padre siempre los comparaba. Es evidente que Lucas sufre el síndrome de vivir a la sombra de su hermano mayor, y sé que Gabe

percibía la envidia que le tenía, porque siempre intentaba reforzar su confianza.

—Al parecer, han empeorado desde que pillaron a Gabe traficando —me cuenta Casey—. El señor Ciprian es más duro con Lucas. Lo llama casi todos los días para aleccionarlo sobre el «trabajo honrado», y para que no siga los pasos de su hermano.

—Quizá Lucas necesita pelear —digo con suavidad—. Deshacerse de parte de la frustración.

—Eh, ¿y si voy esta noche? —sugiere, y se lleva la copa de vino a los labios—. Para ver de qué va todo eso.

Me estremezco ante la idea.

—Mala idea. Las chicas no asisten a las peleas. Créeme, no es el tipo de lugar en el que querrías estar.

—¿Por qué? —Arquea una ceja, combativa—. ¿Porque soy demasiado adorable y frágil?

—Sí, exacto.

—Capullo.

Me río ante el pequeño atisbo de su lado desafiante. Pagaría por ver cómo cree que es rebelarse.

—Si quieres revolcarte un poco en el barro, puedes luchar conmigo. —Entrecierro los ojos, como para desafiarla.

Ella los abre como platos.

—No te atreverías.

Le quito la copa y la pongo a un lado.

—Claro que sí.

Entonces me abalanzo sobre ella. Antes de que se aparte, la agarro por la cintura para recostarla sobre la hierba. Se retuerce mientras le hago cosquillas en las costillas y le beso el cuello a la vez que ella me golpea en la espalda y los hombros con toques suaves.

—Estás muerto, Fennelly —me amenaza entre risas histéricas—. Puedes intentarlo las veces que quieras, pero yo no tengo cosquillas.

Soy un buen deportista, por lo que le doy algo de ventaja para que me inmovilice. Rueda hasta colocarse sobre mí con una sonrisa triunfante en el rostro.

—Ahora estás a mi merced —declara, bastante orgullosa de sí misma.

Cuando le sujeto las caderas, debo hacer un esfuerzo significativo por no rozarla con mi erección.

—Vale, me rindo —digo con la voz ronca—. Sé despiadada.

Se inclina para posar sus labios sobre los míos. Tengo una semierección y ruego en silencio que no la note. No es que no quiera que me cabalgue, pero intento no forzar las cosas entre nosotros. No bromeaba cuando le dije que quiero ir despacio.

Sin embargo, sabe besar.

No sé qué clase de magia ha conjurado, pero saborearla casi hace que saque mi lado primitivo. Me vuelve loco a un nivel que podría colocarla debajo de mí y arrancarle la ropa ahora mismo. Así que, cuando me sujeta las manos y las coloca sobre sus costillas, no puedo evitar pasear los pulgares por encima del fino jersey y de sus pezones duros. Suelta un gemido suave en mi boca y pierdo los últimos resquicios de autocontrol. Busco sus pechos y los aprieto hasta que empieza a mover las caderas hacia delante y hacia atrás.

Con un gruñido, le doy la vuelta y me aparto. Lo bastante lejos para que las partes inferiores de nuestros cuerpos no se toquen mientras le beso el cuello. Porque, si me lo permitiera, se la metería aquí mismo, y sería increíble. También sería la forma más rápida de acabar con todo lo que podríamos ser.

—No tengas prisa —digo cuando se pone triste—. Tenemos tiempo.

No es lo que quiere oír. Aunque inclina la cabeza para besarme la espalda y me pasa las manos de un modo delicado por el pelo, sé que se pregunta si ha hecho algo mal. Por supuesto, no es así, y desearía explicárselo de una forma que lo entendiera.

Que la única persona destinada a destrozar esto soy yo.

Capítulo 6

Casey

Las cenas familiares en mi casa no son negociables. Eso incluye los fines de semana, sin excepciones. Si Sloane o yo queremos saltarnos la cena, se requiere un ensayo escrito o una presentación de PowerPoint que subraye todos los motivos de nuestra ausencia. Vale, no es así del todo, pero podría serlo. Papá se toma esta tradición muy en serio.

Mientras ayudo a Sloane a poner la mesa, sigo en una nube después de mi cita con Fenn. Papá da vueltas por la cocina mientras acaba los últimos detalles del plato que haya planeado forzarnos a comer esta noche. La verdad es que nuestro padre es un cocinero terrible. Todos los sabemos, pero él insiste en cocinar. Sloane cree que intenta cumplir con ambos papeles: el del proveedor estricto y el del padre cariñoso, pero las tareas del hogar nunca han sido su fuerte.

—¿Por qué sonríes así?

Alzo la cabeza y me encuentro con la mirada cínica de mi hermana.

—Oh, ni siquiera me he dado cuenta de que lo hacía.

Se relaja.

—Disculpa aceptada.

Se me escapa una carcajada.

—¡No me disculpo por sonreír! La gente sonríe, Sloane. Acéptalo.

Termino de colocar las servilletas y corro a la cocina a por los vasos. Unos minutos más tarde, los tres estamos sentados a la mesa del comedor. Bo y Penny se colocan cerca de la silla de papá para suplicar con caras tristes mientras él sirve una gran ración de lasaña en el plato de Sloane.

Ella se queja del tamaño que tiene.

—Papá —protesta—. Tengo entrenamiento de atletismo el lunes. ¿Intentas matarme con los hidratos?

—Creía que era una estrategia legítima que los corredores repusieran los carbohidratos antes de una carrera. —Le lanza una mirada inexpresiva—. ¿No es eso lo que dijiste el otro día?

—Sí, pero eso no significa que me sirvas media lasaña. —Parte su pedazo inmenso por la mitad, clava el tenedor en el centro y lo sirve en mi plato.

Me río.

—Gracias.

Mientras comemos, papá nos acribilla a preguntas, aunque la mayoría van dirigidas a Sloane. Y, por la manera en que no deja de poner muecas y de gruñir, sé que se arrepiente de la larga charla que tuvo con él la semana pasada, cuando le preguntó si lo mataría interesarse por su vida en lugar de dar siempre por sentado que está bien. Parece que le ha salido el tiro por la culata. Sloane es muy reservada, así que sé que este interrogatorio está matándola. Sin embargo, no me da ninguna pena. Bienvenida a mi vida. Papá siempre me hace preguntas.

Me trago una risa cuando aborda el tema de RJ.

—¿El señor RJ te trata bien?

—Oh, madre mía. No. No hablaremos de mi vida amorosa. —Sloane se mete un pedazo de lasaña en la boca y mastica muy despacio para evitar hablar más.

Papá se rinde, vuelve su atención hacia mí, y me pregunta qué tal me ha ido el día.

—¿El señor Bishop ha venido a pasear a los perros? —suelta.

Parece tan emocionado de que pase tiempo con Fenn como de que Sloane salga con RJ. Pero papá ya no se opone de manera verbal a mi amistad con Fenn. Mantiene su desaprobación para sí mismo porque sabe lo mucho que significa para mí estar con él.

Si no fuera por su amistad, tal vez seguiría encerrada en mi habitación, obsesionada con la noche en que mi coche acabó en el lago. Aún me revolcaría en la autocompasión. Me despertaría varias veces por la noche a causa de las pesadillas escalofriantes. Sí, todavía tengo pesadillas, pero ya no tan a menudo como antes. Y, en los días en los que me despierto, llamo a Fenn y él me

reconforta. Me dijo que no importaba la hora, ya fuera de día o de noche. Si necesitaba llamarlo, podía hacerlo.

Aun así, sé que a papá no le encanta esta idea. Incluso antes del accidente, siempre me vio frágil. Yo era el bebé, la que necesitaba que la protegieran. En cambio, Sloane era la roca. La resiliente. No siento celos de mi hermana, nunca ha sido así, pero no puedo negar que, a veces, siento cierto rencor. No hacia ella en especial, pero estoy cansada de que papá actúe como si yo no fuera tan fuerte como ella. Ni tan dura.

Puedo ser dura cuando lo necesito. Sobreviví a esa noche, ¿no?

—¿Case? —suelta.

—Ah, sí. Ha venido. Hemos ido al lago. Ha estado bien. —Más que bien. Aún lo saboreo en los labios.

Siento que se me calientan las mejillas y cambio de tema antes de sonrojarme.

—Se me ha olvidado preguntarte si Lucas puede venir a ver una película esta noche. Me ha escrito justo antes de que nos sentáramos.

Papá levanta el vaso de agua y da un trago. Luego asiente.

—Sí. Me parece bien. Lucas siempre es bienvenido. —Mira a Sloane—. Esta semana no he visto a Silas por aquí.

—Está ocupado con la natación. Y yo con el atletismo. No hemos hablado.

Conozco bien a mi hermana y sé que oculta algo bajo la superficie de esa respuesta evasiva. Pero no estoy segura de qué. Pienso en mis conversaciones con Fenn e intento recordar si ha mencionado alguna discusión entre mi hermana y Silas Hazelton, su mejor amigo en Sandover. Pero no me viene nada a la mente.

—Bueno, ya basta de hablar de nosotras —canturrea Sloane, y se gira hacia papá—. ¿Qué tal tu semana, director Tresscott?

—Caótica —responde mientras rodea la copa de vino con una mano. Papá se toma una copa de vino tinto cada noche, y nada más. Es la persona más predecible que jamás he conocido—. Necesito cubrir dos plazas de profesor. Solo he encontrado un candidato adecuado, así que los chicos tendrán a un sustituto en

literatura moderna hasta que se ocupe el puesto. Los sustitutos son como un grano en el culo.

—¿Dos plazas? —dice Sloane con una ceja arqueada—. ¿Cómo has perdido a dos profesores en una semana? ¿Qué haces? ¿Novatadas?

Papá parece divertido.

—No. Han tenido una emergencia familiar y han dimitido. Resulta que estaban casados.

—¿Ves? —contesta Sloane—. Ese es el motivo por el que la institución del matrimonio debería abolirse.

Después de cenar, mientras Sloane y yo llenamos el lavaplatos, llevo a cabo mi propio interrogatorio.

—¿Silas y tú habéis discutido?

Mi hermana se vuelve hacia mí y el pelo oscuro, recogido en una cola de caballo, le cae sobre un hombro.

—No. ¿Deberíamos?

—No, pero papá tiene razón, yo tampoco lo he visto por aquí.

Ella se encoge de hombros y se centra otra vez en enjuagar la bandeja de lasaña vacía en el fregadero.

—He estado con RJ. Hemos estado ocupados con sexo de reconciliación, ¿sabes de qué te hablo?

—No, no lo sé —respondo avergonzada, porque nunca he practicado sexo, y mucho menos del de reconciliación.

—Ya, bueno, que siga siendo así. —Mi hermana se pone en modo maternal.

—Veré qué puedo hacer —me limito a responder.

Lo que le hace levantar la cabeza de nuevo.

—¿Qué significa eso?

Me vuelvo para encontrarme con su mirada clavada en mi rostro. Parpadea con cinismo, y con algo más que no logro descifrar.

—¿Qué?

—¿Con quién podrías tener sexo de reconciliación, Case?

—Ay, Dios mío, con nadie. Era una broma. —No parece nada convencida, así que pongo los ojos en blanco—. No me he acostado con Fenn, si es lo que piensas.

«Aún».

«No me he acostado con Fenn aún», pero esa frase me la guardo para mí misma. No quiero discutir con Sloane esta noche. Además, si Fenn tuviera que opinar, el sexo quedaría descartado durante otra década. Está decidido a ir dolorosamente despacio.

Se estremece al escuchar su nombre. Abre la boca y se le oscurece la mirada. Parece a punto de decir algo que no me gustará, pero entonces suena el timbre.

—Ha llegado Lucas —anuncio, extrañamente aliviada por la interrupción—. ¿Te importa acabar tú?

Asiente tras un momento de silencio.

—Sí, claro.

En el vestíbulo, abro la puerta y Lucas Ciprian entra. Como de costumbre, papá revolotea cerca de la puerta de su estudio. Lo hace siempre que alguien con pene viene a casa. Necesita analizar la situación para decidir si cree que ese pene permanecerá en los pantalones de su dueño. Si algo le hace sospechar lo más mínimo lo contrario, aparece con una sonrisa alegre y suelta: «Eh, ¿por qué no vemos la película todos juntos? ¿No os parece divertido?».

Aún recuerdo la mirada en el rostro de Duke Jessup la primera vez que papá usó este truco. Estoy segura de que vino a casa con la idea de que follaría y, en cambio, pasó la noche viendo *Indiana Jones y el templo maldito* con papá entre él y Sloane. A mí ni siquiera me gusta Indiana Jones, pero bajé las escaleras para verla con ellos solo por el atractivo de la comedia. Y no hablo de los chistes malos de Harrison Ford.

Aunque papá no se mete con Lucas. De hecho, fue él quien me lo presentó, cuando lo convenció para que fuera mi tutor de química durante el primer semestre de segundo. A lo largo de cuatro meses, Lucas vino a casa dos veces por semana con sus libros de texto y su sonrisa fácil, y no tardamos en convertirnos en buenos amigos. Aparte de Fenn, Lucas es una de mis personas favoritas.

—Hola. —Lo saludo con un gran abrazo e ignoro la mirada láser de papá que casi nos atraviesa—. Pasa.

—Hola. —Me da un rápido apretón antes de retroceder y toparse con la mirada de papá. Lucas sabe cómo funciona—. Hola, señor Tresscott. Gracias por recibirme.

Agarro a Lucas por un brazo y casi lo arrastro por la escalera.

—Vamos arriba y elijamos algo que ver. Voto por una comedia romántica.

—¿Mi voto cuenta alguna vez? —pregunta con ironía.

Le sonrío.

—No.

—Deja la puerta abierta, Case. —La advertencia de papá resuena a nuestras espaldas mientras nos dirigimos a mi habitación.

Como nos ha ordenado, dejo la puerta abierta, pero solo un poco. Después, me tiro en la cama y abrazo uno de los cojines blancos y blanditos. Lucas se quita los zapatos y me acompaña. Se acomoda y se inclina hacia el cabecero.

—Pareces contenta —dice con los ojos entrecerrados.

—¿Hay algún problema?

—No, claro que no. Solo quiero asegurarme de que lo sabes.

—Lo sé.

Toma el mando de la mesita y accede a una de las plataformas de *streaming.* Filas de pósteres en miniatura de las películas llenan la pantalla, y se desplaza de unas a otras.

—¿Comedia romántica, dices?

—Sí, por favor.

Apoyo la cabeza en la almohada y observo el rostro de Lucas mientras examina las opciones. Me doy cuenta de que tiene un gran perfil. Somos tan buenos amigos que a veces olvido que, en realidad, es atractivo. Siempre lleva el pelo oscuro algo despeinado, de una forma adorable, como si acabara de salir de la cama. Tiene los ojos también oscuros, hoyuelos y una pequeña hendidura en la barbilla. No es tan alto ni musculoso como su hermano mayor, Gabe, pero es igual de guapo. Más atractivo, en mi opinión. No conocía bien a Gabe Ciprian, pero siempre me pareció muy engreído. Acepto que un chico sea un poco arrogante, pero, si lo es demasiado, se acerca al territorio de los capullos. Como el ex de Sloane, Duke. No puede ser más engreído y, por lo tanto, no puede ser más idiota.

El sonido de un mensaje de texto me saca de mis pensamientos.

Estiro un brazo hacia la otra mesilla de noche y alcanzo el teléfono. Sonrío cuando veo el nombre de Fenn en la pantalla.

Fenn: Ya te echo de menos.

El corazón se me acelera al instante. Estoy loca por este chico. Hasta las trancas.

—¿Quién es? —Lucas le echa un vistazo a la pantalla.

—Oh, solo es Fenn. —Elimino la notificación antes de que lea el mensaje.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué se cuenta?

—Nada. Va a las peleas de esta noche para acompañar a RJ. —Sonrío—. He escuchado que RJ no quiere tener nada que ver con el rol de líder.

Lucas responde con un bufido.

—No quiere. Pero, nos guste o no, es el nuevo rey de Sandover. Lástima que mi hermano no esté aquí para disfrutar del pase gratuito.

—¿A qué te refieres?

—Duke se llevaba una parte de cada venta que Gabe hacía —me explica—. Eso lo cabreaba un montón. Decía que era el único traficante de drogas que ni siquiera podía disfrutar de los frutos de su trabajo.

—¿Problemas de traficantes de drogas, amigo?

Lucas se ríe.

—A lo que me refiero es que Duke se quedaba parte del dinero solo porque es un imbécil codicioso, así que, sí, diría que eso es irritante. RJ, sin embargo, no quiere estar relacionado con ningún trapicheo. Desde que noqueó a Duke en esa pelea, los chicos insisten en pagarle, pero él solo quiere que lo dejen en paz.

Yo también me río.

—Te juro que los chicos del Sandover sois un desastre.

—No todos —protesta. Luego hace una pausa—. ¿ Fenn y tú aún salís mucho?

No sabe ni la mitad. De hecho, nadie sabe que Fenn y yo nos hemos pasado la semana comiéndonos la cara. Todavía no puedo contárselo a Sloane, a menos que quiera ser responsable del asesinato de Fenn, y posiblemente del mío propio. Tampoco tengo

ninguna amiga con la que compartir el secreto, ya que todo el mundo en Ballard está muerto para mí y todas en el St. Vincent creen que estoy loca.

No suelo hablar con Lucas de temas amorosos, pero estoy a punto de estallar porque necesito contárselo a alguien, y no puedo evitar que la confesión se me escape.

—Estamos saliendo.

Su expresión se convierte en sorpresa.

—¿En serio?

—Sí —admito con timidez.

—¿Desde cuándo? —pregunta.

Me incorporo y me coloco la almohada sobre el regazo.

—Desde hace una semana. Simplemente sucedió. Éramos amigos, luego nos besamos y… —Me muerdo el labio para evitar que otra sonrisa se me dibuje en la cara—. Bueno, ahora somos algo.

Lucas deja el mando a distancia sobre el colchón y se da la vuelta para ponerse frente a mí. Por su expresión, sé que la historia no le emociona.

—Alégrate por mí —suplico antes de que exprese su desaprobación—. Sé que no te gusta…

—La verdad es que no —acepta.

—Pero te pido que me apoyes en esto. —Le tomo una mano y la rodeo con los dedos—. He tenido un año de mierda, Lucas. Ya sabes lo malo que ha sido.

—Lo sé. —Su voz se suaviza.

—No hay demasiados rayos de sol en mi vida últimamente. —Le aprieto la mano y, al cabo de un momento, entrelaza nuestros dedos —. Tu amistad es una de ellas. Sloane es otra. Y ahora Fenn. Me gusta mucho.

—Lo entiendo. Es Fenn Bishop. Les gusta a todas las chicas, Case. Ese es el problema.

—Si insinúas que todavía se acuesta con unas y otras, te aseguro que no. Sé que antes era un mujeriego. No soy estúpida ni estoy ciega.

—Tiene su propio *hashtag* —gruñe Lucas—. Mujeriego no le hace justicia.

Alzo las cejas.

—¿Tiene su propio *hashtag?*

—Sí, es absurdo. Mira. —Lucas se saca el móvil del bolsillo y abre Instagram. Teclea algo y gira la pantalla para que la vea.

La curiosidad me supera. Por supuesto que #FennBishop es un *hashtag.* Fenn está etiquetado en lo que parecen cientos de publicaciones. No todas son de chicas. Hay muchas fotos de fiestas. Instantáneas de él con Gabe o Lawson o Silas en una fiesta u otra. Fotos de él en un campo de fútbol, con el pelo rubio reluciente bajo la luz del sol y los rasgos tensos por la concentración.

Pero…, sí…, también hay fotos de él con chicas. Mujeres muy guapas con las manos sobre su cuerpo. Él les rodea los hombros con un brazo. Juntan los labios en besos ebrios. No es la imagen más favorecedora de las fiestas de Fenn antes de que empezáramos a salir, pero tampoco es nada que no me haya contado.

—Ya conozco todo esto —digo en voz baja, y le devuelvo el móvil —. Y no me importa.

—No te importa. —Lucas suena dubitativo.

—No. Fenn ha sido sincero sobre su pasado. —Me acerco y apoyo la cabeza en su hombro—. Dale una oportunidad, ¿vale? No te preocupes por mí.

—Vale —acepta Lucas en tono reticente—. Intentaré no preocuparme, pero como te haga daño…

—Entonces te doy permiso para que le des una paliza —respondo divertida—. Gracias.

Sonrío contra el hombro de mi amigo.

—Ha sido bueno para mí. De verdad. Y siempre es franco y sincero, sin importar lo incómodo que lo haga sentir. Fenn no tiene secretos conmigo.

Capítulo 7

Silas

El lunes, después del entrenamiento de natación, me paso por la casa de Sloane, ya que hace unos días que no responde a mis mensajes. Durante la última semana se ha convertido en un fantasma, y he tenido que enterarme por Lawson de que ha arreglado las cosas de nuevo con ese capullo antisocial de RJ.

Nunca he pensado en Sloane como en alguien excepcionalmente razonable. Su zona de confort suele estar en el cruce entre la tozudez y el rencor. Por ejemplo, su relación con Duke fue como un combate a muerte en una pista de patinaje sobre ruedas. Ninguno de los que lo veíamos desde fuera entendíamos nada, pero parecía que el objetivo era infligir el mayor daño posible. A pesar de todas las idas y venidas, aguantaron más de lo que tenían derecho. Sloane, al parecer motivada por el desgaste, estaba dispuesta a morir de hambre con tal de agotarlo. Al menos, eso es más lógico que pensar que esos dos sentían auténtico cariño el uno por el otro.

Y ahora experimentaremos la secuela mediocre con RJ Shaw. Es como si fuera adicta a los hijos de puta. Por supuesto, tengo que mantener la boca cerrada, porque Sloane no encaja bien las críticas.

Para ser sincero, no lo entiendo. Una parte de mí no se sorprendería si todo esto fuera un largo engaño por su parte. Si maneja los hilos de Duke en busca de una nueva forma de meterse bajo su piel porque se ha cansado de dar vueltas sin fin en la pista de patinaje. Eso explicaría por qué RJ se embarcó en una misión suicida para destronar a Duke.

Cuando Sloane abre la puerta y me ve ahí plantado, deja escapar un suspiro cansado.

—Yo también me alegro de verte —digo. Las recompensas de ser amigo de Sloane son pocas y muy espaciadas en el tiempo.

—¿Qué pasa? Estoy haciendo los deberes.

—Hace tiempo que no sé nada de ti. —Me apretujo para pasar junto a ella, que finge estar demasiado ocupada para ponerse al día con su mejor amigo—. He venido a asegurarme de que seguías con vida.

—He estado ocupada. —A pesar de eso, me permite seguirla arriba. Fijo la mirada en su trasero, envuelto en unos pantalones negros de yoga. Debo admitir que me decepciona que se haya quitado el uniforme del colegio católico. Aunque tenga novia, eso no significa que no reconozca lo atractiva que está Sloane Tresscott con esa minifalda plisada.

Entramos en su dormitorio, me siento en el borde de la cama y ella se apoya contra el escritorio. La habitación de Sloane es el lugar menos femenino que jamás verás. No es una chica sentimental, así que no hay ningún corcho cubierto de fotografías y entradas de conciertos. La única obra de arte en la pared es el póster de su grupo favorito, Sleater-Kinney, y el color más brillante del dormitorio es el del cojín amarillo sobre el que apoyo los codos cuando me inclino hacia atrás.

—Bueno, ¿qué te ha tenido tan ocupada? —pregunto.

—Ya sabes, la vida y eso.

Arqueo las cejas.

—¿«Y eso» es RJ otra vez?

—Y otras cosas. ¿De qué va esto, Silas? Ahora mismo no puedo. —Juguetea con los dedos, impaciente, pero también distraída.

Hace años que conozco a Sloane, de modo que siempre detecto cuándo su pequeña cabeza está maquinando. Su atención cambia sin cesar de mí a un pensamiento misterioso que no deja de reclamar su atención.

—Ya te lo he dicho, quería saber cómo estabas. No es típico de ti desaparecer de este modo.

La ligera pulla penetra un poco bajo la dura coraza, y su comportamiento se suaviza. Se pasa una mano por el pelo oscuro y luego se lo coloca detrás de la oreja.

—Sí, perdona. No quería ignorarte. No te lo tomes como algo personal, ¿vale?

—Vale.

Se deja caer en la silla de escritorio y me lanza una sonrisita.

—¿Cómo está Amy?

—Está bien. ¿Cómo está RJ?

—Genial.

Algo en la forma en que su gesto se vuelve un poco soñador al oír el nombre de RJ hace que se me erice la piel.

—¿Qué? —Me mira con los ojos entrecerrados.

—Nada —miento. Luego recuerdo que es casi imposible engañarla.

—Suéltalo —me ordena.

A la mierda. En general, mantendría la boca cerrada, pero supongo que he perdido un poco la paciencia esperando que Sloane se aclare y deje de desperdiciar el tiempo con perdedores.

—Mira, sé que RJ te gusta, pero, si te soy sincero, creo que es una mala idea. Que seáis pareja, quiero decir. —Me enderezo y me encojo de hombros—. Creo que esquivaste una bala al romper con él después de aquella tremenda pelea. Deberías haber confiado en tu instinto en vez de volver con él.

—Bueno, no he pedido tu aprobación, pero gracias igualmente.

Responde como esperaba. Sloane odia que la contradigan. Tiene opinión sobre todo, pero Dios no permita que nadie critique sus decisiones lo más mínimo. Hasta cuando lo hacen por su propio bien.

—¿Para qué están los amigos? —exclamo.

Su frente se arruga de repente.

—Hablando de esa pelea —empieza. Luego hace una pausa; su expresión se vuelve cada vez más astuta—. ¿Cómo ocurrió?

—Bueno, te follaste a Fenn. ¿Qué esperabas?

Mi intento de decirlo en un tono algo sarcástico es en vano. Suena como una acusación, y sus rasgos se endurecen al instante. Eso solo hace que me enfade, porque, en serio, ¿qué esperaba? ¿Que RJ saltara de alegría y le diera las gracias por enrollarse con su hermanastro?

Y no quiero pensar en eso. Ella y Fenn. Sloane siempre ha sido reservada, pero no conmigo. Creía que nos lo contábamos todo, ¿y tuve que enterarme por Lawson de que se había acostado con Fenn?

—No hablo de eso. —Se separa del escritorio y se acerca a mí—. ¿Cómo se las arregló RJ para encontrarnos a Fenn y a mí hablando en el bosque aquel día? ¿No se suponía que tenías que interferir, amigo?

Su acusación queda suspendida en el aire, entre nosotros, y solo aumenta la tensión.

—Me pediste que le dijera a RJ que se reuniera contigo en el banco —respondo irritado—. Así es como lo recuerdo.

—Mentira. Te pedí que me cubrieras. En vez de eso, RJ apareció donde yo no quería que estuviera, y en el momento equivocado. Casi como si lo hubieras hecho a propósito. —Su sonrisa sarcástica carece de todo rastro de humor—. Raro, ¿no?

—O fue un simple malentendido.

—Vamos, Silas. Me insultas al pensar que soy tan tonta.

Es una dramática.

La negación suele ser la mejor política, pero es obvio que no se lo traga. Y hace un tiempo que una parte de mí desea tener esta discusión. Desde que RJ entró en nuestras vidas, no ha causado más que fricción en todas mis malditas relaciones. Lo más conveniente sería aclarar las cosas para que Sloane y yo podamos dejar esto atrás y seguir adelante.

—De acuerdo. Me has pillado. —Me levanto, porque no disfruto con la forma en que se cierne sobre mí, como si ella fuera la adulta y yo el niño al que regañan por haber robado galletas—. Pensé que habías quedado con Duke, así que le hice un favor a mi compañero de equipo. Consideré que RJ merecía saber si era otro peón en la interminable y disfuncional partida de ajedrez entre vosotros dos.

—Lo sabía, joder. —Alza las manos y se da la vuelta.

—Deberías apiadarte de él y dejarlo ir. Usarlo contra Duke…

—¡Eso no tiene nada que ver! —me interrumpe ella, con las mejillas teñidas de ira—. ¿Por qué estás tan obsesionado con esto?

—Lo hice por tu propio bien —respondo—. ¿De verdad no te das cuenta de que sigues un patrón? ¿Que siempre sales con capullos? Intentaba salvarte de ti misma.

—Oh, vete a la mierda, Silas. —Cuando se gira y me mira de nuevo, sus ojos son pequeñas piras que esperan un cadáver—. Al

menos, ten las pelotas de admitir que nos saboteaste a RJ y a mí a propósito, para tu propio beneficio.

—¿Qué significa eso?

—Significa que sé cuándo un tío intenta fastidiarme.

Esta acusación es como una granada que me lanza a las manos a escasos segundos de que explote.

Sloane me mira fijamente, a la espera de que lo niegue, de que ponga de nuevo el seguro en la granada, para desactivar esta bomba que amenaza con volar nuestra amistad por los aires.

Mi vacilación me sale cara.

—Tan típico… —gruñe.

La granada estalla. Bum.

Intento dar marcha atrás.

—Sloane…

—Eres muy patético, Silas. No. No voy a caer rendida a tus pies. Vete a casa.

—Oh, vamos. —Sacudo la cabeza; mi irritación está alcanzando nuevos límites—. Eso no es lo que he dicho. Cálmate un poco. Exageras.

—Ah, ¿sí? Creo que no. Ahora te veo de verdad, amigo. Todos tus movimientos sospechosos. Intentaste sabotear mi relación. Trataste de mentirme sobre ello con el pretexto de que cuidabas de mí, de que eras un amigo tan bueno y cariñoso. Sí, es verdad. No somos amigos, Silas. Acabas de quemar ese puente. —Sloane me lanza una mirada asesina—. Así que, por favor, lárgate de mi casa antes de que te eche a los perros encima.

Capítulo 8

Fenn

El entrenador estaba de mal humor en el entrenamiento de esta tarde. Nos ha obligado a realizar ejercicios y esprints hasta que casi nos hemos desmayado. El campo de fútbol está ahora bien fertilizado de vómito. Aún estoy mareado y apenas siento las piernas mientras vuelvo a la residencia. Como de costumbre, RJ está ante el ordenador con los auriculares puestos cuando entro en nuestra habitación y tiro la mochila al suelo.

—Hola —me saluda, y se da la vuelta en la silla. Se quita los auriculares.

—Hola.

El gesto me toma por sorpresa. Casi me sobresalto al escucharlo hablar. Estos últimos días ha sido fácil olvidar que estaba en la habitación. Lleva casi una semana más callado y retraído que cuando era el recién llegado introvertido y resentido con complejo de solitario.

—Tenemos que hablar —me dice.

—Sí, vale. Deja que me duche primero.

Me quito la camiseta y cojo lo necesario para ir a asearme. Estoy empapado en sudor y cubierto de hierba y de lo que sea eso sobre lo que me he caído. Huelo a rancio.

—No. Tenemos que hablar ahora —insiste RJ con desgana. Pulsa una tecla y señala uno de los monitores—. Mira.

—¿El qué? —pregunto, irritado, mientras un vídeo monocromo empieza a reproducirse en la pantalla.

—Mira, joder.

Durante unos segundos, no entiendo qué estoy viendo. La intensa mirada de RJ es lo único que hace que no aparte los ojos.

Entonces, lo veo.

El coche que se desdibuja en la pantalla. Esas luces traseras aún me persiguen en mis pesadillas: su resplandor ilumina el bosque y

tiñe la superficie del lago de un carmesí brillante.

Observo en tiempo real, con la respiración entrecortada, cómo un par de minutos más tarde una figura con una sudadera empapada y la cara oculta huye de la escena de espaldas a la cámara.

La imagen casi me tumba. Es como un puñetazo en las tripas que me recorre las extremidades y me cala hasta los huesos. Un temblor se apodera de mí, y no cesa.

Sin mediar palabra, RJ adelanta el vídeo hasta que se me ve atravesar el encuadre, corriendo hacia el lago.

Cuando los recuerdos de aquella noche me asaltan de golpe, mis pulmones se agarrotan, no les llega el oxígeno.

Casey no gritaba. No pedía ayuda. Si no estaba inconsciente por el impacto inicial, la conmoción la había noqueado. O las drogas, tal vez. Fuera lo que fuera, no lo sabía cuando corrí hacia el lago y nadé hasta el coche. Vi cómo sus ojos luchaban por mantenerse abiertos. Cómo se fijaban en los míos antes de que su cabeza se echara hacia atrás y su cuerpo perdiera la fuerza. La sangre de una herida en la cabeza le corría por la cara. Recuerdo lo rápido que me latía el corazón mientras luchaba con todas mis fuerzas contra el agua helada para abrir la puerta del copiloto.

Lo vi cuando estiré una mano por encima del cuerpo medio sumergido de Casey para quitarle el cinturón de seguridad. Y mi mente se quedó en blanco. Hasta ese momento, solo me había preocupado sacarla.

Pero entonces, me fijé en la chaqueta de Gabe enganchada en el freno de mano, con la costura del bolsillo rasgada, como si se la hubiera arrancado al escapar.

De repente, una avalancha de pensamientos estalló en mi cabeza. Y, en medio del ruido, un silencioso momento de claridad me golpeó, como si me dieran una bofetada en la cara.

Agarré la chaqueta. La sostuve bajo un brazo mientras sacaba a Casey del coche.

Incluso empapada, era muy ligera. Frágil. O quizá era la adrenalina. Apenas sentí que el fondo fangoso se tragaba mis zapatos mientras caminaba hacia la orilla con ella en brazos. Cuando la acosté, su rostro se veía pálido en la oscuridad.

Después, todo ocurrió muy rápido. Busqué bolsillos en el vestido de Casey y encontré su teléfono, que, por suerte, aún funcionaba a pesar de haberse mojado. Le envié un mensaje a Sloane en el que le dije dónde encontrarla. Casey estaba inconsciente, pero estable, y respiraba. Estaba fuera de peligro, y en unos minutos llegaría la ayuda.

Antes de irme, le hablé. Le susurré que lo sentía, pero que ya estaba a salvo. Su hermana estaba de camino y todo iría bien. Porque, por supuesto, no podía quedarme. No tenía respuestas para lo que había ocurrido ahí; solo sabía que mi mejor amigo desde la guardería había abandonado a Casey y permitido que se ahogara.

Tenía que encontrar a Gabe y hablar con él. Averiguar qué demonios había salido mal y por qué lo había hecho. Tenía que haber una explicación.

Pero nunca la obtuve.

Gabe desapareció esa noche. Por la mañana, ya lo habían enviado a la escuela militar, y nadie respondía a mis llamadas. Hasta el día de hoy, no hemos vuelto a hablar. Y no tiene ni idea de que fui yo quien lo cubrió.

O quizá lo intuye. Después de todo, nadie lo ha interrogado, ¿verdad? Gabe es lo bastante listo para saber que eso significa que la Policía no lo tiene en el punto de mira, y, si sabe eso, entonces debe sospechar que soy yo quien le cubrió las espaldas. De la misma forma que él me protegió en segundo año cuando lo necesité. Desde el momento en que nos conocimos, Gabe ha sido mi amigo más leal.

Y yo, el suyo.

RJ pausa el vídeo de golpe. Salgo de mi ensimismamiento y veo la traición y la acusación reflejadas en su rostro. Nada menos de lo que merezco, supongo. Y, aunque hacía tiempo que sabía que este día llegaría, pensé que ya tendría algunas respuestas.

En cambio, estoy tan perdido como el resto, y, además, sobrepasado por la culpa y las mentiras.

—Ahora entiendes por qué tengo problemas últimamente —dice RJ con un tono tan apagado y severo que me preocupa un poco lo que haga a continuación—. ¿Qué hacías ahí?

Mi cerebro se acelera. Gabe me mandó un mensaje para que quedara con él. El baile de graduación era aburrido y yo ya iba colocado. Pensé que iríamos al cobertizo a fumar y a relajarnos. En ese momento, no tenía ni idea de que Casey había desaparecido, ni de que nos daríamos cuenta más tarde de que la habían drogado.

—De acuerdo, mira. Sé que no está bien.

—¿Por qué? —interviene—. Ayúdame a entenderlo.

Evito su mirada, dura e interrogante.

—Es complicado, ¿vale?

—No. Complicado es abandonar la escena, Fenn. Incluso si fuera capaz de asimilar esa parte, ¿era necesario que después te hicieras amigo de Casey?

—No fue planeado.

—Ya, seguro. —Suelta una risa sarcástica—. Te convertiste en su mejor amigo sin querer.

—Si la hubieras visto entonces…

—¡Estás saliendo con ella! —grita, y se echa hacia atrás en la silla, hasta que choca contra el escritorio—. Por el amor de Dios, tío. Eso está peor que mal.

—Lo sé. Mierda. —Me hundo en el sofá, dejo caer la cabeza entre las manos y me tiro del pelo.

No es que no haya pensado en esto antes. Lo único que hago es castigarme por lo mucho que todo se me ha ido de las manos en los últimos meses. Por las veces que debería haberme detenido, pero estaba demasiado asustado para admitir la verdad. Era demasiado débil para alejarme de ella.

Soy consciente de que he tomado muchas malas decisiones desde la noche del baile, de que tenía otras opciones a mi alcance si hubiera pensado con más claridad. Al menos, podría haber confesado a Casey parte de la verdad. Admitir que fui yo quien la salvó y no mencionar el nombre de Gabe. Podría haberme guardado la parte en la que encontré su chaqueta mientras, con discreción, trataba de descifrar su papel en todo el asunto.

—Quería contárselo —confieso—. Quizá no de inmediato, pero, a medida que nos acercábamos más, siempre lo tenía en la punta de la lengua. Cada vez que la veía, estaba a punto de soltarlo, pero

nunca me salían las palabras, porque estaba enterrado bajo una montaña de culpa por haberla dejado allí, y no quería que me odiara. Y los días y los meses pasaron, y ahora… —Gimo en voz baja —. He esperado demasiado. Ha pasado tanto tiempo que, si ahora digo algo, parecerá que tenía algún plan turbio.

El terror me aprieta más el pecho. En cuanto le diga a Casey que le he mentido por omisión, desaparecerá. De eso no me cabe la menor duda. Y la idea me sume en una espiral de agonía.

—Ojalá no sintiera nada por ella —murmuro—. Sería más fácil si pudiera dejarla en paz, pero…

—Para, tío. Escúchate un momento. Ya no tienes elección. Has tenido tiempo para aclararte y decirle la verdad, pero ya no está en tus manos. Sloane ha visto el vídeo.

Mierda. Hay pocas cosas en este mundo a las que les tenga miedo de verdad. Y Sloane está en lo alto de esa lista.

Despacio, levanto los ojos hacia los suyos.

—¿Qué ha dicho?

—¿En serio? —RJ parece incrédulo mientras sacude la cabeza—. Está en pie de guerra. Hasta ahora, la he mantenido a raya, pero ya está harta de quedarse de brazos cruzados. Habla de contárselo a su padre y entregarte a la Policía. Quiere que lo investiguen ellos.

Otro pico de ansiedad me atraviesa el pecho. Una sensación aguda y punzante que casi me ahoga. No puedo afrontar un interrogatorio sin hablar primero con Gabe. No sabría por dónde empezar, pero no soy capaz de echar a mi amigo a los lobos.

Al mismo tiempo, Casey también merece mi lealtad. Hace mucho tiempo que espera saber qué le pasó. Tras haberme acobardado cada vez que sentía la necesidad de confesar, me convencí de que, si descubría toda la historia antes de contársela, suavizaría el golpe. Pero eso no ha ocurrido, y cada vez parece menos probable que ocurra.

A menos que dé el nombre de Gabe.

Y no puedo hacer eso. Se lo debo, maldita sea.

—La convencí para que me dejara hablar contigo primero —añade RJ—. Tienes que darme algo, Fenn. Si no, me pisoteará para llegar a ti.

Me observa. Espera. RJ y yo acabamos de arreglar las cosas, y ya siento cómo se resquebraja esa confianza. Odio todo esto. Guardar secretos y mentir. Quería que tuviéramos una auténtica relación de hermanastros, pero aquí estoy de nuevo; siento que mis lealtades tiran de mí en todas direcciones, y tengo la sensación de que les estoy fallando a todos.

Pero no puedo darle lo que quiere, y eso me revuelve el estómago. No me parece bien señalar a Gabe cuando lo único que tengo es una chaqueta sucia. Porque, por mucho que confíe en RJ, no creo ni por un segundo que no corra a informar a Sloane. Y no me cabe ninguna duda de que ella daría el nombre de Gabe a la Policía en un santiamén.

—Necesito más tiempo —le suplico—. Sé que no tiene sentido, pero confía en mí.

RJ me fulmina con la mirada.

—No es suficiente. ¿Entiendes lo que te digo? Está dispuesta a culparte de todo. Como mínimo, te expulsarán. Como máximo, la Policía te acusará de no sé cuántos cargos: abandonar la escena, ocultar pruebas…

Tiene razón. Técnicamente, cometí un crimen, sin importar lo bien intencionado que fuera. No es que no lo haya pensado.

—Eso, si Sloane no te mata y me pide que la ayude a deshacerse del cuerpo —termina, derrotado—. Así que, por favor, ayúdame.

Me trago el montón de pura miseria que siento en la garganta.

—Hay más de lo que crees. Aún estoy reconstruyendo los hechos, pero necesito…

—¿Qué significa eso? —pregunta, exasperado. Se le está acabando la paciencia.

—Es comp…

—Claro, complicado. —Suspira, y se frota la frente—. Escucha, por ahora, he evitado que Sloane se lo cuente a su padre o a la Policía, pero se lo dirá a Casey. Eso es un hecho. Te lo pido como tu hermano: dime la verdad. No puedes ocultarla más.

Se me forma un nudo en el estómago, y la frustración y el pánico se pelean en mi interior. Ni siquiera estoy cerca de tener una buena explicación. Durante meses he acosado a la familia de Gabe para

encontrar una forma de contactar con él, y ha sido en vano, porque sus padres me odian. He pasado horas en internet para elaborar una lista de todas las escuelas militares del maldito país, y luego he llamado a cada una de ellas para preguntar si Gabe Ciprian estaba matriculado ahí, pero me colgaron, se rieron de mí o me mandaron a la mierda con educación. Resulta que los colegios no comparten los nombres ni información de sus alumnos con personas desconocidas. Quién lo diría.

Si tuviera más tiempo, quizá podría encontrar la forma de hablar con Gabe y preguntarle qué pasó aquella noche. Estoy seguro de que todo tendría sentido si encontrara las piezas que faltan. No me creo que abandonara a Casey a su suerte. No es una mala persona. Algo salió mal, y debo averiguar qué es.

—Déjame hablar con ella —pido, y me aferro al ápice de caridad que pueda quedarle a RJ—. Casey debería escucharlo de mí.

Me mira con cautela. Comprendo que se muestre reacio a arriesgarse por mí otra vez.

—Por favor —ruego con voz ronca—. Te lo prometo. Yo mismo se lo contaré a Casey. Déjamelo a mí.

Se queda callado una eternidad. Luego maldice en voz baja y dice:

—Lo intentaré, pero no te prometo nada por parte de Sloane. Te aconsejo que te adelantes a ella.

Capítulo 9

Sloane

Mi cuchillo rasca con violencia el plato y un rabioso chirrido hace que toda la habitación se estremezca. Papá se detiene a media frase y pone una mueca, como si lo hubiera hecho a propósito. ¿Qué pretende? Es un trozo de carne dura. Quizá, si no lo hubiera dejado en la parrilla como si quisiera torturarlo para sacarle los códigos de un lanzamiento nuclear, ahora yo no tendría que cubrir un pedazo de carbón con puré de patatas para engañar a mi garganta y tragármelo.

Dudo hasta de que los perros encontraran apetecible la ración de proteínas de esta noche. Como para darme la razón, solo Bo se molesta en mendigar hoy. Penny está dormida bajo la mesa, con la cabeza apoyada en mi pie.

—¿Por qué no se ha quedado Silas a cenar? —pregunta papá desde el extremo de la mesa del comedor.

«Porque es un cabrón mentiroso y traidor, y no cenará nunca más con nosotros».

Me trago la rabia junto con el bocado de filete seco como una suela de zapato.

—Tenía deberes —digo en lugar de eso, porque, aunque agradezco que mi padre se esfuerce por participar en mi vida, no pienso confiarle cosas personales.

Mi examigo Silas entra dentro de esas «cosas personales».

También mi relación con RJ.

Y mi recién e intenso odio por Fenn. Eso debe permanecer en secreto por ahora. Si papá se entera de lo que hizo, lo mataría.

Hablando de matar a Fenn, parece que RJ aún no lo ha hecho, a juzgar por los mensajes que no dejan de zumbar en mi teléfono, que está sobre mi regazo. Los móviles están prohibidos en la mesa, pero sabía que RJ hablaría con Fenn después del entrenamiento de fútbol, y de ningún modo quería perderme las novedades.

RJ: Dice que es complicado.

Desvío la mirada hacia mi regazo.

¿Complicado?

¿Que es complicado?

¿Esa es su justificación para haber dejado a mi hermana inconsciente en el suelo y estar meses sin contarle a nadie que fue él quien la sacó del coche que se hundía?

No.

No, no permito que esa sea su explicación. Me niego.

Respiro y trato de tranquilizarme, pero no sirve para calmar el remolino de ira que se agita en mis entrañas, junto con el filete chamuscado de papá.

—¿Qué te parece si vamos a ver a la señora Dermer la semana que viene? —propone papá—. Le encantaría aconsejarnos.

Miro a Casey en busca de alguna pista de lo que sea que me he perdido. Entonces me doy cuenta de que papá me habla a mí.

—¿Conmigo? —pregunto mientras me saco con la lengua pedazos de carne quemada de entre los dientes.

—Sí, Sloane. —Da un largo sorbo de vino tinto para enfatizar su enfado—. Se acerca el plazo para solicitar plaza en la universidad. Quizá Wanda pueda revisar tus ensayos.

—Ni siquiera he empezado todavía.

—Ahí está el problema.

Ahogo un suspiro. Esta es la desgracia de ser la hija del director: quiere reclutar a todo el profesorado para que me ayude con las solicitudes para las universidades.

—Todavía tengo dos meses. Relájate.

Estos últimos días, ni siquiera he pensado en la universidad. No podría soportar otro problema ahora mismo. Por si no fuera bastante malo tener a Silas arrastrándose a mis espaldas, como si fuera a despertarme un día y darme cuenta de que mi príncipe ha estado esperando en las sombras todo el tiempo, me siento dividida entre RJ, Fenn y lo que es mejor para Casey.

—Ese tono, jovencita.

—¿Qué? ¿Por qué de repente me insistes con la universidad? Molesta a Casey un rato, ¿quieres?

Ella se ríe de mí.

—Oye. ¿Qué he hecho ahora?

—Está claro que has estado distraída —dice papá, que frunce el ceño en mi dirección—. No quiero que olvides cuáles son tus prioridades.

—Me pondré a ello. Madre mía.

Si tuviera idea de la montaña de mierda del tamaño del Everest con la que he tenido que lidiar, tal vez me daría un respiro. Pero, por supuesto, no puedo decírselo. RJ me rogó que le diera una oportunidad para convertir a Fenn en una persona decente de la noche a la mañana. Y contárselo a papá significaría decírselo a Casey, y eso es lo que más miedo me da.

—Los ensayos para la universidad no son algo que puedas dejar para el último minuto, Sloane…

Recibo otro mensaje de RJ y bajo la mirada a escondidas. Básicamente, no le ha sacado nada a Fenn. Algunas garantías vagas y poca sustancia. Ninguna explicación de por qué no se quedó con Casey, y mucho menos de qué lo ha llevado a mantenerlo en secreto todo este tiempo.

RJ: Quiere ser él quien se lo diga.

Escribo una respuesta por debajo de la mesa mientras papá continúa sermoneándome por mi falta de concentración.

Yo: No me fío de él.

RJ: Ahora no le quedan demasiadas opciones. Tiene que decírselo.

—¿Me escuchas, Sloane? —exige mi padre.

Casey me da una patada por debajo de la mesa.

La fulmino con la mirada, porque me ha hecho daño.

—Sí, te escucho —le digo, sin dejar de mandar mensajes—. Que mueva el culo o lo que sea. ¿Algo más?

Yo: Y quién sabe lo que le contará. Nos ha mentido a todos durante mucho tiempo. ¿Qué más le da hacerlo una vez más?

RJ: Parecía que lo sentía de verdad.

Yo: Entonces, te habría dicho la verdad. Todavía oculta algo.

—Sloane —exclama papá—. Nada de teléfonos durante la cena.

—En realidad —contesto, y me aparto de la mesa—, he terminado.

Con la comida y con la conversación. Me siento como una olla que hace horas que rebosó y ahora está vacía sobre el fogón mientras las llamas lamen la encimera.

—Siéntate. Comemos en familia.

—He dicho que he terminado. Me voy a correr. —Oigo cómo los cubiertos golpean el plato con frustración detrás de mí mientras me dirijo a mi habitación a cambiarme de ropa y a recogerme el pelo en un moño. Saco las deportivas del zapatero y salgo por la puerta de atrás.

Ya ha anochecido y, aunque podría recorrer los senderos con los ojos vendados, me ciño al camino iluminado, que es el principal y conduce al centro del campus. Esta noche no me apetece torcerme el tobillo con la raíz de un árbol.

No estoy muy lejos cuando escucho unos pasos rápidos detrás de mí. Miro por encima del hombro y veo que Casey resopla mientras corre a toda prisa para alcanzarme.

—Vete a casa —grito detrás de mí, y acelero el paso para convencerla de que no puede seguirme.

—Vamos, Sloane. Tranquila.

—Puedo pasar toda la noche corriendo. No quieres estar cerca de mí ahora, Case.

—Detente. Tengo un bloque de filete quemado y medio kilo de puré de patatas en el estómago —se queja—. No me obligues a perseguirte.

Se acerca a mí; respira con dificultad y está bañada en sudor. Decido picarla, y acelero cuando cree que me ha alcanzado. De repente, escucho un ruido sordo y un aullido de sorpresa. Me paro y la veo en el suelo detrás de mí.

—¿Estás bien? —Me apresuro hacia ella y le ofrezco una mano para ayudarla a levantarse.

—Sí. —Se pone en pie, todavía sonriente, aunque un poco avergonzada—. He tropezado.

—Deberías haberte quedado en casa.

—O tú podrías comportarte como una adulta y explicarme por qué estás de tan mal humor hoy. ¿Es por Silas? Parecía disgustado cuando se ha marchado de casa antes.

—Debería estar molesto. Maldito imbécil.

Casey arquea las cejas.

—Oh. Vale. Creía que habías dicho que no habíais discutido.

—Antes no. Ahora sí. —Me pongo a caminar, porque siento que arderé en llamas si me quedo quieta un segundo más—. No te preocupes.

—¡Claro que me preocupo! Es tu mejor amigo. —Me sigue el paso —. ¿Qué ha pasado?

—No importa.

—Está claro que sí —contradice.

—Dios mío. Vale. Me tendió una trampa, ¿de acuerdo?

Siento la mirada desconcertada de Casey sobre mí.

—¿Cómo que te tendió una trampa?

—Cuando Fenn me pidió que me reuniera con él para hablar de lo que pasó entre nosotros en primero, le dije a Silas que me cubriera con RJ. —La ira persistente me corre por las extremidades—. En lugar de eso, envió a RJ al bosque para que nos pillara.

Ella jadea.

—¿Por qué haría eso?

—¿Por qué crees? Quiere acostarse conmigo. Por eso intentó sabotear mi relación.

Se queda callada y, cuando la miro, veo que sigue confundida.

—No me lo creo —dice al fin—. Silas no haría eso.

—Lo haría, y lo hizo. —La amargura me recubre la garganta.

—¿Estás segura de que no hay otra explicación? Silas es un buen chico.

No puedo evitar el enfado que estalla en mi interior.

—Madre mía, Case. Deja de ser tan ingenua. No todo el mundo es bueno o malo. A veces, los buenos resultan ser unos auténticos capullos. —Sacudo la cabeza—. Deja de poner a estos chicos en un maldito pedestal.

—Ah, vale, ya lo entiendo. Se trata de Fenn. —Su voz suena tensa. Disgustada.

—No se trata de Fenn. —Pero en realidad sí.

He querido estrangularlo desde que vi su cara en el vídeo de la cámara de seguridad. No solo eso, sino que me duele ocultarle cosas a mi hermana. Odio hacerlo. Al mismo tiempo, sé que, en cuanto descubra lo que ocurrió de verdad, su feliz ingenuidad se hará añicos y caerá otra vez en la oscuridad, que siempre la espera en la periferia para consumirla de nuevo. Parece que, por mucho que intente poner buena cara, algo siempre le arrebata la sonrisa.

—Sé que es incómodo, ¿vale? —dice con un suspiro—. En teoría, es raro que salga con un tío con el que te enrollaste…

Me detengo.

—¿Que salgas? ¿A qué te refieres con que sales con él?

Ella parpadea, avergonzada.

—¿Qué demonios, Case? La última vez que te lo pregunté, insististe en que solo erais amigos. —Sabía que estaba colada por él, pero ambos me habían asegurado que era platónico.

—Éramos amigos —responde—. Y ahora somos algo más. No quería contarte nada todavía porque sabía que no lo aprobarías.

Me embarga una ráfaga de ira que hace que casi me caiga al suelo. ¿Ahora están juntos? Este chaval no puede tener la cara más dura. Casi la deja morir, luego se trabaja su amistad durante meses ¿y ahora sale con ella?

—No —gruño.

—Sloane, vamos. Sé que piensas que soy demasiado ingenua e inexperta para él, pero…

—¿Ingenua? —la interrumpo, y suelto una risa sin una pizca de humor—. Esto va mucho más allá de la ingenuidad.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que no tienes ni idea de dónde te has metido.

Capítulo 10

Fenn

A pesar de que estoy en la cama y de que no he movido ni un músculo, el reloj todavía me pregunta si estoy haciendo ejercicio y si me gustaría tomarme un momento para respirar. Ahora, deja que te guíe por un momento de atención plena para reflexionar sobre tus errores antes de que te pongan en el paredón, frente al pelotón de fusilamiento. Mi ritmo cardíaco no ha disminuido en horas, desde que RJ me tendió una emboscada, ya que no he dejado de dar vueltas a cómo narices se lo voy a confesar a Casey. Cómo se lo explico si soy completamente incapaz de ofrecerle ninguna respuesta satisfactoria.

Joder.

Creo que estoy sufriendo un ataque de pánico.

O me va a dar un infarto. Quizá la película de mi vida me haga un favor y me mate de una vez.

Últimamente pienso mucho en la pérdida.

No dejo de pensar en lo pequeño que se hizo mi mundo tras la muerte de mi madre. La muerte hace eso, lo despoja todo hasta llegar al núcleo. Mi madre se había ido. Y mi padre también. El dolor tiende a crear una bolsa de vacío en tu vida que ni todo el sexo o las drogas del mundo pueden llenar.

Entonces vi esas luces traseras. Un coche medio sumergido en el lago.

Casey llenó esa bolsa de luz. Nacieron mil millones de estrellas. Es tan cursi que da risa, y el doble de deprimente, pero es del todo cierto. Ella es más que especial. Es ese tipo de persona de las que no hay suficientes en el mundo, de las que inspiran a los demás con su compasión y bondad. Es desinteresada y generosa.

Y yo llegué y la envenené. Una muerte lenta, casi imperceptible.

El aire se ha vuelto espeso y se aloja en mi garganta. RJ y yo nos hemos ido a la cama una hora después de que se apagaran las

luces, y ahora estoy tumbado en silencio en la oscuridad, solo con mis pensamientos, que se burlan de mí. He mirado al techo con la esperanza de que se produjera una epifanía que me indicara una estrategia. Hasta ahora, no se me ha presentado ninguna. Me trago un gemido y me pongo de lado, con el teléfono en una mano. Reduzco la intensidad del brillo de la pantalla para no molestar a RJ y echo un vistazo a viejas conversaciones con Gabe.

En el último mensaje que me envió me pedía que nos viéramos en el cobertizo para botes porque se había aburrido del baile de graduación.

Y ya está. Todo lo demás son mis frenéticos mensajes después de que desapareciera.

De modo que, con una presión en el pecho, retrocedo en el tiempo mientras leo años de chats con mi mejor amigo. Chistes estúpidos. Chistes verdes. Memes tontos. Memes guarros. Haciendo planes. Confirmando planes. Y más mierda aquí y allá.

Gabe: Eh, sé que es el aniversario de la muerte de tu madre. Dime si quieres hacer algo para distraerte hoy. Estoy aquí para ti, Bishop.

Yo: Madre mía, G. No me creo que tu padre te echara esa bronca delante de todos. Espero que sepas que todo lo que dijo es mentira. No es cierto que no tengas futuro.

Mi mirada se detiene en una conversación en particular. Es críptica a propósito, pero ambos sabíamos a qué me refería cuando le envié el mensaje.

Yo: Gracias por cuidarme, G. Te agradezco que lo hayas hecho por mí. A saber dónde estaría si no fuera por ti.

Gabe: Contigo hasta la muerte, Bishop. Tú habrías hecho lo mismo por mí.

Yo: 100 %.

Joder. Lo echo de menos. RJ me cae muy bien, de verdad, pero Gabe y yo tenemos una historia en común. La hemos liado desde que éramos niños pequeños. Perdimos la virginidad la misma noche en una fiesta de novatos, joder, y luego cotilleamos sobre ello como un par de colegialas. Es una de las pocas personas con las que puedo ser yo mismo.

Con Gabe, y ahora con Casey.

Estoy total y completamente atrapado entre los dos. No hay margen de maniobra en absoluto.

Cuando la opresión en el pecho se vuelve insoportable, le envío un mensaje a Casey para terminar con esto.

Yo: ¿Estás despierta?

Pasan casi veinte angustiosos minutos antes de que responda. Los puntos parpadean en la pantalla y luego desaparecen dos, tres y cuatro veces.

Casey: Sí.

Yo: Perdona si te he despertado.

Casey: No me has despertado. ¿Qué pasa?

Su tono brusco me pilla desprevenido. Sí, es más de medianoche, pero ha dicho que no dormía.

Yo: ¿Podemos quedar?

Casey: Es tarde.

Esta respuesta me hace dudar otra vez. Nunca ha tenido problemas para salir a escondidas en mitad de la noche.

Yo: Por favor. Es importante.

Los puntos parpadean con indecisión. Le pasa algo, y eso hace que se me ericen todos los pelos de los brazos.

Casey: Vale. Nos vemos en veinte minutos.

—¿Te marchas a hurtadillas? —RJ se da la vuelta en la cama mientras yo me visto delante de mi armario.

—Sí. Voy a hablar con Casey. Acabaré con esto de una vez. Ya no soporto pensar más.

Sus sábanas se revuelven cuando se sienta. Lo miro y veo que se pasa una mano por el pelo castaño revuelto. Incluso en la oscuridad, distingo su expresión de descontento.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Antes de que te vayas. Deberías saber algo —dice—. Sloane se lo ha contado.

Se me para el corazón.

Por supuesto que se lo ha contado. Maldita Sloane.

—¿No podías haberme avisado antes? —exijo saber.

—No he visto el mensaje hasta ahora. Me lo ha enviado cuando ya estaba en la cama.

—Genial. De puta madre. Tu novia ha convertido una conversación difícil en una imposible —me quejo mientras me pongo una sudadera—. Muchas gracias.

—Lo siento, tío, pero esto es culpa tuya.

Claro, yo he cavado esta tumba. Hacía meses que sabía que iba a contrarreloj y que, cada día que pasaba con Casey, estaba trenzando la cuerda de la que acabaría colgado. Aun así, sentir el aire bajo mis pies colgantes me resulta un poco diferente. El suelo ha desaparecido, pero la caída no me ha roto el cuello. Ahora me

retuerzo con las manos atadas a la espalda y observo los rostros de la multitud, que espera horrorizada a que dé mi último aliento.

No tengo ni idea de qué me espera mientras atravieso a trompicones el campus y tomo el sendero que se adentra en el bosque y conduce a casa de Casey. Sloane me ha arrebatado todas las posibilidades de que su hermana comprendiera que solo intentaba ayudar y que me metí en un lío. No tenía ningún plan malvado para hacerme pasar por su mejor amigo para engañarla y acostarme con ella. Sin embargo, estoy seguro de que es exactamente lo que Sloane le ha metido en la cabeza. Brillante.

Le doy vueltas durante casi veinte minutos, hasta que Casey me encuentra en el haz de luz de su linterna. Sorprendido por su repentina llegada y su inquietante silencio, me quedo sin palabras. El preámbulo que había escrito de forma apresurada en mi cabeza se esfuma.

—Casey…

—Para. —Nunca había notado esa dureza en su voz, y me parte en dos—. No quiero escuchar nada que venga de ti.

—Casey, por favor…

—Eres un mentiroso, Fenn. Y un cabrón. Y probablemente la peor persona que he conocido en mi vida.

No deja que la vea. Permanece oculta tras la luz, y me obliga a protegerme los ojos. Pero en su voz percibo el tono grave que acompaña a las lágrimas, y me desgarra saber que yo soy el causante.

—Es justo —digo con un hilo de voz—. Pero…

—¿Cómo puedes siquiera dar la cara después de haberme dejado allí, inconsciente en el suelo? ¿Quién hace eso? —Su voz sube de tono, y creo que nunca me había sentido tan pequeño—. Todo este tiempo me dejabas llorar en tu hombro. Has fingido que me entendías. ¿Te reías de mí? ¿Estás orgulloso de lo bien que te ha salido?

—No, joder. Claro que no. —Trato de avanzar hacia ella, y me parece sentir la brisa de una piedra que me pasa junto a un brazo—. Eso es lo que…

—Ahora mismo, Fenn. Dime la verdad. Son las únicas palabras que quiero escuchar. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me has mentido todo este tiempo y nunca le has dicho a nadie que estuviste allí?

Siento una presión en el pecho y las manos me tiemblan con fuerza. ¿Qué se supone que debo decir? ¿Que mi mejor amigo podría haberla drogado y dado por muerta? ¿Y que mi primer instinto fue cubrirlo? Que aún lo hago, porque no me cabe en la cabeza que alguien a quien conozco desde siempre estuviera a punto de matar a una chica y salirse de rositas.

Y no a una chica cualquiera. No solo a la hermana pequeña de Sloane, sino a la persona más amable y dulce que cualquiera de nosotros ha conocido nunca. La que menos se merece toda la mierda por la que la hemos hecho pasar.

Si pudiera contarle aunque fuera una pequeña parte de todo eso, quizá no tendría esta sensación de vacío en mis entrañas. Pero no me salen las palabras, y, cuando ella suelta la linterna y mi vista se ajusta poco a poco a la luz, y veo su cara roja, hinchada y brillante por las lágrimas, me doy cuenta de que siempre he sido un cabrón. Pensé que podría enterrar las peores partes de mí. Por ella. Sin embargo, por algún giro enfermizo de los acontecimientos, ella es quien me hace tan horrible: haría cualquier cosa por ella, excepto ser una persona decente.

Al fin encuentro la voz.

—Quería contártelo, pero esperé demasiado. Tanto que, al final, sentí que era muy tarde para…

—Nunca es demasiado tarde para decir la verdad —me interrumpe—. ¡Y no me has explicado por qué has esperado tanto! ¿Por qué no se lo contaste a todos la noche en que ocurrió?

«Porque es mi mejor amigo».

«Porque no te conocía».

«Porque te dejé allí en vez de llamar al 911».

Las palabras se me atascan en la garganta. Cuando Casey y yo aún no nos conocíamos, me habría resultado más fácil admitir que mi lealtad aquella noche estaba con Gabe, y solo con él. Entonces todavía creía que tendría la oportunidad de sacarle la verdad. No

esperaba que sus padres lo exiliaran a un agujero negro y que nunca volviera a hablar con él.

Pero Casey y yo ya no somos unos desconocidos, lo que significa que, ahora, decirle que fui leal a otro que no sea ella parecería una traición.

—Fenn. —Me ruega con suavidad que acabe con este sufrimiento. Que le dé lo que más quiere, lo que solo yo puedo ofrecerle: la verdad—. Por favor.

—No… puedo —murmuro, y me merezco todo lo que pase ahora.

Casey resopla y se limpia la cara.

—Supongo que siempre supiste que esto pasaría, ¿no?

Noto los ojos calientes. Me arden.

—De la peor manera posible.

Da un paso atrás y las hojas secas crujen bajo sus zapatillas de correr.

—De acuerdo. Bueno, supongo que esto ha terminado.

Suelta una exhalación insegura, jadeante.

Siento un nudo en la garganta que casi me ahoga. Parpadeo con rapidez. Me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que noto el sabor a cobre en la punta de la lengua.

—Por favor —me descubro suplicando.

—Por favor, ¿qué? —Se aleja un paso más.

—Por favor, no me dejes —susurro.

Un sollozo ahogado sale de su boca.

—Que te den, Fenn. La próxima vez que me veas, cambia de acera. No somos amigos. No somos nada. —Ahora camina hacia atrás con movimientos inestables, erráticos—. Lo digo en serio. No vuelvas a hablarme nunca más.

Capítulo 11

Casey

Un golpe repentino me despierta, pero no puedo moverme. Está oscuro, salvo por unas lucecitas de colores que me nublan la vista. Una sensación punzante y aguda me atraviesa el cráneo. Y entonces siento mucho frío. El agua me sube por las piernas. Lucho contra lo que me retiene, grito, me revuelvo, pero solo consigo que la fuerza que me sujeta se intensifique. El agua entra a borbotones en el coche y trepa por mi torso mientras tiro del pestillo de la puerta.

De repente, cede y se me escapa de las manos.

Fenn me encuentra entre el resplandor de las luces del salpicadero.

Me siento aliviada al verlo pasar sobre mi cuerpo y desabrocharme el cinturón de seguridad. Pero, cuando intento liberarme del coche, veo que el cinturón sigue firme sobre mi cuerpo. Alargo una mano hacia él, desesperada. Pero él me la aparta, me sujeta el cinturón contra el pecho y lo aprieta más.

Su mirada muerta se muestra impasible ante mis temerosas súplicas de ayuda.

—¡Fenn! —grito.

Lo araño. Lucho incluso cuando cierra con fuerza la puerta y me deja dentro. El agua me sube hasta el cuello y me cubre la boca y la nariz. Tomo una última bocanada de aire y veo que Fenn vuelve a la superficie tras dejarme atrapada dentro del coche, que se hunde cada vez más hacia la oscuridad.

Luego floto libre en el infinito vacío negro. Liberada del coche, pero inevitablemente arrastrada hacia lo más profundo, con los miembros agotados y demasiado pesados para nadar hacia la superficie. La luz plateada de la luna es un punto inalcanzable, cada vez más pequeño, muy por encima de mi cabeza. La miro fijamente mientras me hundo, consciente de cada segundo de mi viaje hacia la muerte.

No sé qué es lo que me hace abrir los ojos al fin. Me despierto entre gritos, con las sábanas enredadas alrededor de las piernas, atrapada y retorciéndome dentro del capullo de mantas enmarañadas.

En cuestión de segundos, noto que el sol entra a raudales en mi habitación y respiro de forma entrecortada varias veces. Noto el teléfono bajo la almohada y mi primer instinto es enviarle un mensaje a Fenn. La persona a la que recurro cuando las pesadillas me dejan conmocionada y con un sabor a sangre en la boca.

Sin embargo, esta vez él es la razón de que esté empapada en sudor y de que me arda el pecho.

—¿Así te sentiste cuando supiste que no volverías a la superficie? —le susurro a mamá.

No obtengo respuesta, y entonces papá irrumpe, pálido, en la habitación. Lo siguen los perros, que saltan sobre el colchón para investigar la situación.

—¿Estás bien? —Se sienta en el borde de la cama mientras yo me apoyo en el cabecero—. ¿Qué ha pasado? ¿Otra pesadilla?

—Estoy bien —murmuro, y esquivo su intento de quitarme el pelo de la cara. Luego, cuando Bo intenta lamerme una mejilla, le aparto el hocico. Todo este revoloteo es demasiado—. Sabes que no tienes que venir a la carga cada vez, como si el monstruo de debajo de la cama me estuviera comiendo.

—No te has escuchado gritar —dice, algo ofendido.

—Estoy bien.

—Quizá sea hora de volver a hablar con alguien, cariño.

¿Por qué la gente siempre dice «alguien», como si escondieran una pastilla en un pedazo de mortadela?

—¿Te refieres a otro psiquiatra? —me burlo—. Paso.

—No estoy seguro de que fuera una buena idea dejar de ver al terapeuta —responde él.

—Lo intenté. No me sirvió de nada. No he recordado nada nuevo del accidente.

—Esa no era la única razón para que fueras a terapia, Case. No podemos ignorar tu diagnóstico y esperar que desaparezca por sí solo.

Mi diagnóstico puede irse a la mierda. Tengo TEPT, lo entiendo, pero hablar de ello no ha aliviado ninguno de los síntomas. Todavía sufro *flashbacks.* Pesadillas. El pánico me invade en cualquier momento del día. Mi psiquiatra, la doctora Anthony, me recetó medicamentos para intentar ayudarme, pero no me sentía yo misma cuando los tomaba, así que me los quitó. Es irónico: me hincharon a pastillas para aliviar los síntomas postraumáticos, los ataques de entumecimiento emocional paralizante, y las pastillas entumecieron aún más mis emociones.

—No volveré a medicarme —digo con rotundidad.

—No es lo que sugiero. Solo creo que tienes que seguir hablando del trauma —insiste con esa mirada que pone cuando intenta hacerme cambiar de opinión por telepatía—. Ignorar los síntomas del TEPT puede llevar a otros problemas: depresión, abuso de sustancias, trastornos alimen…

—Alimentarios —termino—. Sí, lo recuerdo. —Me quito la manta de encima y salgo de la cama—. Estoy bien, papá. No estoy deprimida, y no me drogo ni me mato de hambre. Por favor, déjalo. Tengo que prepararme para ir a clase.

En el desayuno, Sloane me echa miraditas preocupadas mientras me obligo a comerme la tortilla que papá ha preparado. Está buena, pero me cuesta terminármela. No porque haya sucumbido a un desorden alimenticio, como él teme, sino porque no tengo nada de apetito. Siento el estómago demasiado revuelto, hecho un nudo después de la conmoción de anoche.

Fenn me ha mentido durante meses.

Meses.

Me ha tomado de la mano, me ha abrazado y me ha dejado llorar en sus brazos. Me ha permitido hablar sin parar de lo devastador que fue el accidente. De cómo me arruinó la vida. Perdí a mis amigos. Mi escuela. Mi reputación.

Sí, entiendo que Fenn no fue el responsable directo del accidente en sí. Sloane me contó que el vídeo de seguridad dejaba claro que él no conducía. Pero eso no cambia el hecho de que mintiera. Y podría haber muerto mientras yacía en la orilla del lago, inconsciente, con una herida en la cabeza.

Podría haber muerto.

Siento que Sloane me mira otra vez y me meto el último bocado de tortilla en la boca. Necesito que el desayuno acabe ya. No puedo lidiar con nada de esto ahora mismo. Con el círculo vicioso de sobreprotección y maternidad agresiva que se desata cada vez que papá le dice a mi hermana que he vuelto a perder la cabeza.

Espera a que papá se marche a trabajar para hablar de lo que le preocupa.

—RJ ha hablado con Fenn.

Las patas de la silla rozan el suelo de madera cuando me levanto de forma brusca de la mesa para dejar el plato en el fregadero. Los perros me siguen; esperan y suplican que algunos restos del desayuno caigan al suelo y a sus ansiosas bocas.

—Estaré en el coche —murmuro antes de salir de la habitación.

Desde hace meses, siento que mi vida no es mía. Todo el mundo se cree con derecho o responsable de una parte de ella. Todos se abren camino hacia el centro. Y nadie me escucha. Asumen que todo lo que digo es un acertijo que hay que descifrar, cuando, en realidad, a veces solo quiero que me dejen en paz. Sin embargo, de camino al instituto, Sloane no puede evitarlo.

—Sé que no quieres hablar de ello —empieza.

—Pero lo harás de todos modos. —Mantengo la mirada fija en el parabrisas.

—¿Has hablado con Fenn?

«Por favor, no me dejes».

Mi corazón grita de dolor mientras su torturada súplica susurra en mi mente.

Dios mío. No puedo deshacerme del torrente de dolor que había en sus ojos azules cuando me pidió que no lo dejara, pero, al mismo tiempo, me provoca una oleada de furia. ¿Cómo se atrevió a mirarme así? Como si yo estuviera equivocada. Como si cometiera un acto atroz al alejarme de su lamentable ser.

—Sé que tienes buenas intenciones, pero quiero pedirte algo —le digo, todavía con la mirada fija en el frente—. No menciones nunca más el nombre de Fenn. —Me pica en los dientes y me provoca un sabor amargo en la lengua.

—De acuerdo… —Sloane me dedica una breve mirada. Sé que quiere preguntar detalles, y espero que mi actitud le indique que lo hace bajo su propio riesgo—. Pero tenemos que decidir qué hacer con el vídeo de seguridad —me recuerda—. Si no se lo damos a la Policía, podrían acusarnos de manipulación de las pruebas o algo así. Y podría haber una posibilidad de que les sirviera para averiguar quién conducía…

—Me da igual —murmuro para mis adentros. Estoy inquieta y agotada. Me arrepiento de no haber fingido que estaba enferma y haberme quedado en la cama.

El día aún no ha empezado y ya quiero que termine.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que me da igual —repito, más alto—. No me importa quién conducía. Ya no me importa nada. Por mí, puedes borrar el vídeo. Estoy cansada de todo esto. Quiero seguir adelante y olvidarlo.

—Case. —Sloane me observa, incrédula, mientras me giro para mirar por la ventana hacia el aparcamiento y hacia otro día de susurros e insinuaciones. Soy el blanco de todas las bromas. Una persona unidimensional reducida a un solo acontecimiento.

—Hablo en serio —le digo a mi hermana—. No me importan ni el accidente ni la cinta. Se acabó.

Salto del coche y cierro la puerta tras de mí, sin darle a Sloane la oportunidad de discutir ni de sumergirse en otra larga y enrevesada conversación sobre mi estado emocional. Mi estado es harta. Totalmente aburrida de mí misma. Cansada de esta rutina y de saber que cada día, cuando entro en el instituto, me convierto en la chica a la que rescataron del lago en la noche del baile de graduación.

—Dios, Casey. Tienes un aspecto horrible. —Ainsley me localiza cuando me dirijo a mi taquilla. Me alcanza y me acompaña junto con Bree—. ¿Una noche dura?

Sloane tendría alguna respuesta ingeniosa. Un comentario mordaz que derrumbaría a Ainsley y la dejaría tan destrozada que sus nietos tendrían moretones.

Pero odio la confrontación. ¿Qué sentido tiene? Por mucho que me guste imaginar una versión diferente de mí misma, no soy la

chica que desea que su voz se escuche por el pasillo para que todos se detengan y miren. En lugar de eso, agacho la cabeza y sigo caminando lo bastante rápido para que se sientan como unas tontas al seguirme, y por fin doblo la esquina y desaparezco de su vista.

Mientras saco mi libro de texto para la primera clase, veo que alguien me observa desde unas taquillas más abajo. Se llama Jazmine o algo parecido. Asiste a la mitad de mis asignaturas. La saludé el primer día de clase y ella se limitó a encogerse de hombros y a murmurar: «Sí, vale».

Por lo que sé, es muy reservada, igual que yo. Pero, en su caso, parece autoimpuesto. Es lo bastante guapa para salir con chicas como Ainsley y Bree, pero prefiere sentarse sola en el comedor y centrarse en su móvil. Yo daría lo que fuera por tener a alguien con quien sentarme a comer. A una aliada que no fuera mi hermana mayor.

Jazmine sonríe cuando nuestras miradas se cruzan. No sé qué le hace tanta gracia, pero desvío la vista y me alejo.

Capítulo 12

RJ

Fenn está ausente de camino al desayuno antes de las clases de la mañana. Vacío, arrastra los pies por el patio, hacia el comedor, con la cabeza gacha. He tenido que ir detrás de él con sus zapatos cuando ha salido de la habitación descalzo. No sé qué hacer con él. Este no es el Fenn Bishop que conozco. El tipo de la sonrisa fácil, los chistes verdes y los comentarios raros. En la cola de la comida caliente, es un recipiente vacío. Sumido en un trance. Saco una bandeja para él y le pongo comida porque no estoy seguro de que sea consciente de lo que lo rodea. Sospecho que son respuestas motoras automáticas las que lo llevan hasta nuestra mesa habitual, donde se sienta y mira fijamente a la nada.

Fenn está desolado desde que volvió de ver a Casey anoche, lo que interpreté como que las cosas no habían ido bien. ¿Cómo podían ir bien? Casey es una chica indulgente, pero todo el mundo tiene sus límites. Lo que sea que ella le dijera, le arrebató el alma de este traje de carne, y ahora solo queda la inquietante ausencia de su antiguo yo.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunto con cautela. Ni siquiera consigo que mueva los ojos en mi dirección—. ¿Cuánto le contaste? —pregunto.

Sloane me envió un mensaje de texto a última hora de la noche, después de que Casey irrumpiera en la casa, nerviosa y echando humo, aunque no quiso darle detalles sobre cuánta información le había sonsacado a Fenn. Si es que lo había hecho. Sloane me confesó que nunca había visto a su hermana tan furiosa.

Pruebo otra táctica, a ver si consigo que su cerebro arranque, como un cortacésped.

—Sloane aún no ha decidido si ir a la Policía con el vídeo. Sería de gran ayuda que me explicaras qué ocurrió esa noche. Por qué no se lo contaste a nadie.

Fenn parpadea, pero no es capaz de responder. Lo que sea que le ha hecho guardar el secreto, parece haberse intensificado. Sin embargo, cuando consigue desayunar, se relaja un poco. Recupera algo de color en las mejillas. Lo suficiente para saludar a Lucas con la cabeza cuando se sienta en nuestra mesa.

—¿Estás de resaca? —pregunta Lucas con una sonrisa, mientras desenvuelve una magdalena—. Parece que te hayas despertado al lado del váter.

Fenn se encoge de hombros y engulle un vaso de zumo.

—Algo así.

Lucas toma un trozo de su magdalena de chocolate y lo mastica mientras se vuelve hacia mí.

—Escucha, necesito un favor.

Debo reconocer que el chaval no se anda con rodeos.

—Ah, ¿sí?

—Tiene que ver con mi hermano.

Fenn se pone alerta y muestra señales de vida ante la mención de su mejor amigo. Él y Lucas no hablan de casi nada más cuando se juntan. Pero Gabe estaba antes de que yo llegara.

—Vale —digo despacio—. ¿Qué pasa con él?

—He descubierto el nombre de la escuela militar a la que lo enviaron. —Su mirada se desvía brevemente hacia Fenn, cuyos hombros se han puesto rígidos—. Me lo contó mi tío Diego por teléfono ayer. Por lo visto, fue él quien ayudó a papá a conseguir una plaza allí para Gabe. Así que he investigado un poco y he descubierto que es incluso peor de lo que pensábamos. Literalmente, lo tienen encerrado las veinticuatro horas del día.

—De acuerdo. ¿Cuál es mi papel en esto?

—Si aceptas el reto —dice con una sonrisa provocadora—, necesito que encuentres una forma de contactar con él por mí.

—¿No puedes pedírselo a tus padres?

Lucas resopla.

—No han pronunciado su nombre desde que se fue. Mamá murmura una oración cada vez que lo menciono, y papá pierde los papeles. No me dejan hablar con él. Según ellos, avergonzó a nuestra familia.

Con una sonrisa, me meto unos huevos revueltos en la boca.

—Eso es mierda de la vieja escuela.

—Tío, no sabes ni la mitad. Descubrir que tu hijo trafica con drogas es la mayor vergüenza para mi padre. Dudo que Gabe vuelva a ser bienvenido en nuestra casa. —La mera idea hace que una nube de tristeza cubra los ojos de Lucas—. De todos modos, quiero hablar con mi hermano. ¿Puedes ayudarme?

Lo pienso un momento, porque es una tarea difícil y sé que no sacaré ningún beneficio de ello. A diferencia de la mayoría de sus compañeros, el padre de Lucas es un tacaño con el dinero, lo que significa que la mayor parte del tiempo, Lucas es un gorrón. De modo que no puedo esperar ninguna compensación monetaria por este trabajo. Supongo que a esto se refieren al hablar de la bondad de corazón.

—Sí, de acuerdo —acepto. Porque parece un reto interesante, y conozco a Lucas lo suficiente para entender lo mucho que lo cabrea no poder hablar con su hermano mayor—. Mándame un mensaje con el nombre de la escuela y cualquier cosa que sea útil.

—Eh, uh… —Fenn se concentra en los huevos revueltos en lugar de levantar la vista—. Si lo averiguas, yo también quiero ponerme en contacto con él.

Me sobresalta la punzada de celos que me recorre. Tengo que recordarme que, por muy unidos que estemos Fenn y yo ahora, solo nos conocemos desde hace unos meses. Es lógico que quiera hablar con su amigo de toda la vida. Tiene que enfrentarse a la crisis existencial provocada por un corazón roto, a una Sloane enfurecida, y a la posibilidad de ir a la cárcel, por lo que es evidente que necesita el consejo de alguien que lo conozca desde hace más tiempo que lo que dura la fecha de caducidad de un cartón de leche. E imagino que se siente un poco escaso de amigos últimamente. Silas apenas ha dado señales de vida en el último par de semanas, lo que significa que Lawson tampoco ha estado mucho por aquí. Los veo en el entrenamiento de natación me guste o no, pero a Fenn lo han excluido. Una víctima de la mezquina disputa de Silas conmigo. Lawson se ha mantenido tan neutral como ha podido. Creo que

sobre todo porque está aún menos impresionado que yo con el reciente giro de Silas.

Treinta minutos más tarde, en la clase de literatura, me siento al lado de Lawson justo cuando un hombre de aspecto cansado y gafas de montura gruesa entra y deja una taza de café y una pila de libros en el escritorio del señor Goodwyn, en la parte delantera de la clase.

—Hola —nos saluda con un tono ronco, como si fumara tres paquetes de tabaco diarios. El hedor de los cigarrillos llega enseguida hasta la última fila de mesas—. Soy el señor Matarese. Seré su profesor esta semana. Quizá también la próxima. Ya veremos.

Tiene un aura intensa, como si hubiera visto algo turbio. Parece el tipo de hombre que se pasa el fin de semana puliendo su arma y viendo *La chaqueta metálica.* El que recorta frases de los libros de Sylvia Plath y las pega en su nevera.

—¿Qué? ¿Cómo que sustituto? —pregunta alguien.

—¿Significa esto que hoy no tenemos examen? —interviene Asa, el pelota—. ¿Qué le ha ocurrido al señor Goodwyn?

El señor Matarese abre una carpeta llena de folios grapados y entrega un montón al primer alumno de cada fila para que los repartan.

—El señor Goodwyn dimitió de su cargo por una emergencia familiar. Tienen veinte minutos para realizar el examen. No levanten la vista de su hoja. —Lawson se ríe para sus adentros cuando los dos cogemos el nuestro.

—¿Sabes algo de esto? —pregunto con suspicacia.

Con un brillo en sus ojos grises, se encoge de hombros y saca un lápiz de la mochila.

—Por supuesto que no. ¿Cómo podría saberlo?



El jueves, Fenn todavía es un muerto viviente y apenas habla con nadie. Y, para colmo de males, la situación con Silas se está

volviendo insoportable. Lawson se ha fijado en el nuevo juvenil, lo que nos deja a Silas y a mí como compañeros en los estiramientos de después del entrenamiento.

Puedes imaginar lo incómodo de la situación si alguna vez has mirado a la cara a alguien que piensa sujetarte la cabeza bajo el agua hasta que tus extremidades dejen de agitarse.

Silas frunce el ceño y aprieta los dientes. Está furioso y siente rencor, pero es demasiado cobarde para decir lo que piensa, de modo que me mira mal y no me habla, no vaya a ser que me parezca amistosa alguna de nuestras interacciones.

Cuando salimos de las duchas y finge no darse cuenta de que está delante de mi taquilla, estallo.

—Desahógate de una vez —suelto—. O quítate de en medio. Me da igual.

Lawson, que está a unos metros de distancia, completamente desnudo, ahoga una sonrisa de emoción, porque hace dos semanas que espera con ansia este enfrentamiento. A Lawson Kent le encanta el caos. No necesité más que unas horas en el instituto Sandover para darme cuenta de eso. Ansía la destrucción, tanto propia como ajena, a un nivel que casi asusta.

Silas se da la vuelta y se echa la bolsa de deporte al hombro.

—Supongo que Sloane te lo habrá dicho.

—Lo hizo, y es una mierda.

Se encoge de hombros en un intento de parecer indiferente, a pesar de que ambos sabemos que él preferiría que nos pegáramos.

Aceptaría esa pelea, sin dudarlo. Pero Silas es un cobarde, y prefiere ser un imbécil pasivo agresivo. Tratar de humillar a Sloane o de hacer que se sintiera insegura para que corriera a sus brazos fue un movimiento beta de mierda y, por fin, me ha mostrado su verdadera cara. Se portó bien conmigo cuando llegué, pero eso acabó en cuanto Sloane mostró interés por mí. Empecé a sospechar, casi al instante, que siente algo por ella, por lo que es gratificante que por fin se confirme.

—No me voy a disculpar por tratar de proteger a mi amiga de un chico nuevo al que apenas conozco —dice Silas.

—Vale, no te disculpes. Pero quiero que sepas que yo siempre estaré del lado de mi novia.

—Miau. —Lawson gruñe y araña el aire. Disfruta con esto.

—Lo que tú digas, Shaw. Diviértete con el drama interminable que es Sloane Tresscott.

No hemos resuelto nada, pero tampoco trato de detenerlo cuando pone los ojos en blanco y se marcha. Porque no queda mucho que decir. Él no lo siente y yo no lo perdono, así que estamos en un callejón sin salida.

En fin, tengo otras cosas de las que preocuparme. Cuando termino de vestirme, me reúno con Fenn y Lucas en la sala de informática. Les he enviado un mensaje antes del entrenamiento de natación para que me esperaran allí. Me ha llevado un par de días, pero no ha sido tan difícil como pensaba encontrar una forma de evitar el bloqueo de las comunicaciones en el instituto de Gabe. Aunque hay una pequeña pega.

—Cinco de los grandes —le digo a Lucas.

—Vete a la mierda, ¿en serio? —Se ha quedado pasmado ante el precio, pero no lo culpo.

—He tratado de convencerlo, pero no estaba en posición de negociar. —Estoy casi seguro de que no soy la primera persona a la que este tipo sacude—. He dado con un guardia de seguridad del centro que está dispuesto a aceptar un soborno para pasar un mensaje.

—¿Eso es todo? Había pensado en pasarle un teléfono a Gabe.

—No, nada de eso. A los estudiantes los hacen desnudarse para registrarlos y les revisan las habitaciones todos los días.

Fenn mira a Lucas de reojo.

—¿A qué mierda de sitio lo ha mandado tu padre?

—Si alguien comete una infracción —continúo—, no los echan sin más. Allí se practica el castigo corporal.

—Madre mía. —Fenn se gira sobre la silla con ruedas, se levanta y recorre las filas de ordenadores oscuros.

Lucas se desploma y se pasa las manos por el pelo.

—Tío, no tengo cinco de los grandes. Ni de lejos.

—Es lo máximo que puedo conseguir con tan poco tiempo.

Me siento mal por él, pero este no es el tipo de trabajo que suelo hacer. No puedo *hackear* un *firewall* que me conecte con Gabe. El elemento humano hace que estas cosas sean mucho más complicadas.

Fenn deja de caminar.

—Yo me encargo —dice—. Te enviaré el dinero esta noche.

Asiento con la cabeza.

—Hecho. Se lo diré.

Lucas se levanta de la silla.

—¿Qué, en serio? —Mira a Fenn boquiabierto.

Mi hermanastro se encoge de hombros y entorna sus ojos azules.

—No hay problema. Mi cuenta bancaria ni siquiera lo notará.

Eso no lo dudo.

—Fenn, gracias, tío. —Lucas está prácticamente eufórico de alivio —. Desearía decirte que te lo devolveré, pero…

—No te preocupes.

—Te cubriré las espaldas siempre que me lo pidas.

—Escribidme lo que queráis incluir en el mensaje —les recuerdo —. Los dos. Yo se lo pasaré al guarda.

—Oye, una cosa. —Fenn detiene a Lucas al salir de la sala—. ¿Cómo está Casey? ¿Has hablado con ella últimamente?

De repente, Lucas adopta una actitud más reservada. Toda esa gratitud no ha durado demasiado.

—Sí —responde en tono evasivo—. Hemos hablado.

Me gustaría estar en cualquier otro sitio, pero no camino lo bastante rápido para no escucharlo. Ver a Fenn languidecer es cada vez más agotador.

—Vale, ¿y? —insiste.

Eso solo hace que reciba una mirada llena de dolor.

—No me meteré en medio de nada.

—Tío, vamos.

—Lo siento. No habla mucho. —Lucas parece tan desesperado como yo por estar en cualquier otro sitio que no sea a merced del corazón roto de Fenn. Tal vez ese sea el motivo de que se lance a la yugular, con la esperanza de que sea suficiente para quitarse a Fenn

de encima—. De lo único que está segura es de que no quiere tener nada que ver contigo.

Capítulo 13

Casey

Lucas: Fenn me ha preguntado por ti. De hecho, me ha acorralado.

Yo: Que se pudra en el infierno.

Lucas: Dime cómo estás de verdad.

Lucas está escribiendo, así que dejo el móvil un momento y termino de cepillarme el pelo para prepararme para ir a clase el viernes por la mañana. Cuando vuelvo a mirar, un largo mensaje espera en la pantalla.

Lucas: Si te sirve de ayuda, nunca pensé que Fenn fuera lo bastante bueno para ti. He visto cómo Gabe y él se metían en todo tipo de líos a lo largo de los años. El tío bebe demasiado, como si creyera que eso compensa su falta de sustancia.

Antes de que me dé cuenta, estoy escribiendo una objeción. Siento un instinto repentino de defender a Fenn.

Yo: Que sea un capullo mentiroso no significa que le falte sustancia.

Sé lo que piensa la mayoría de la gente de él. Y sospecho que es intencionado. La fachada de chico fiestero enmascara todas las formas en las que sigue luchando por mantenerse de una pieza. Fenn siente con una intensidad que la mayoría de la gente nunca entenderá.

Tampoco se merece que lo defienda, de modo que lo dejo estar. Ya no importan sus buenas cualidades; lo que ha hecho es imperdonable. No hay vuelta atrás. No me importa lo triste y solo que esté. No caeré de nuevo en esa trampa. Incluso el impulso momentáneo de sentir lástima por él ha reavivado las brasas de mi rabia. Dio mi amistad por sentada y me convirtió en un felpudo. Porque la amabilidad es una cualidad de la que la gente nunca deja de abusar. Asumen que nos hace débiles e ingenuos. Supongo que en mi caso tienen razón.

Fui débil e ingenua. Fui estúpida por confiar en él. Estúpida por amarlo. Y la rabia que siento hacia él, y hacia mí misma, me acompaña toda la mañana. Durante la primera hora, podría romper lápices con los párpados. No ayuda que Ainsley y Bree se sienten delante de mí y no se callen durante toda la clase, como si sus voces fueran los ladridos de unos perros en mitad de la noche que no me dejan dormir. No quiero escucharlas, pero es imposible concentrarse en otra cosa.

—Gray me llevará a Boston este fin de semana para ver a Taylor Swift desde el palco de su padre —cuenta Bree—. Será lo más.

—¿Iréis en avión? —le pregunta Ainsley.

—No, en lancha. —La hermana Katherine alza la mirada desde su escritorio mientras las dos se ríen para sus adentros. Se supone que estamos redactando nuestros esquemas para el trabajo final de historia del mes que viene.

—Concéntrense en su trabajo, señoritas —las reprende.

—Podrías invitar a salir a Lawson y quedamos para una cita doble —propone Bree, como si la profesora ni siquiera hubiera hablado.

¿Lawson? ¿Lawson Kent?

Eso me llama la atención, más que nada porque no imagino a ese tío en una cita doble. ¿Acaso lo conocen? Por lo que sé de Lawson, su idea de pasarlo bien sería hacerse unas rayas de cocaína sobre el trasero desnudo de una chica y luego desafiarse el uno al otro a saltar delante de trenes en movimiento y tratar de no morir.

—Ya, claro. —Ainsley suelta una carcajada sarcástica.

—¿Ya no te gusta?

—Claro. El tío está obsesionado conmigo, pero aún no lo sabe.

Bree la mira confusa.

—¿No te llamó Amy la única vez que habló contigo?

—Cállate. —Ainsley resopla por la frustración—. Vendrá a mí. Solo necesito encontrar una forma de acercarme a él primero.

—Ya sabes dónde pasa el rato. En ese bar asqueroso de la ciudad. Deberías ir allí y dejarte ver.

Guau, eso es triste. Pensar que es tan difícil meterse en los pantalones de Lawson. O que recuerde tu nombre a la mañana siguiente.

Me siento tentada a enviarle un mensaje y hacerle saber que tiene una admiradora secreta. Creo que todavía tengo su número guardado, de cuando me envió un mensaje después del accidente para preguntar cómo estaba. Me pareció muy amable por su parte, pero entonces Sloane y yo nos lo encontramos en el campus una mañana, de camino a la oficina de papá, y él puso cara de no entender nada cuando saqué el tema y admitió que debía haberlo enviado cuando estaba colocado o borracho.

Es posible que haya soltado una risita, porque de repente Ainsley se sobresalta.

—¿Puedes meterte en tus asuntos? —Se da la vuelta con las fosas nasales abiertas—. ¿Ahora espías nuestras conversaciones?

Bree me lanza una mirada sarcástica.

—Eso es espeluznante, Casey.

—Dios mío, nos acosarás, ¿verdad? —Ainsley levanta la voz porque le gusta tener público—. Nos espiarás y aparecerás donde quiera que vayamos. Eso es perturbador.

Bree se vuelve hacia Ainsley, muy seria de repente.

—No, pero las entradas para el concierto están agotadas. No podrá entrar.

—Joder, ¿en serio? —Me río en la cara de Ainsley—. Prefiero contar los vasos sanguíneos del interior de mis párpados a seguiros a vosotras dos, imbéciles insulsas, todo el fin de semana.

No sé de dónde sale, pero estallo. Toda la clase se detiene para verme perder los papeles. En un pupitre vecino, esa chica, Jazmine, se cubre la boca y se ríe.

—Tengo jerséis con más personalidad —señalo a una Ainsley sorprendida—. Y no sé qué le pasa a esta —continúo, y hago un gesto con la cabeza hacia Bree, que se vuelve para mirar detrás de ella—, pero es evidente que ha sufrido algún tipo de lesión cerebral traumática por culpa de todas las pastillas que se tomaba su madre mientras estaba embarazada.

Suena el timbre y, antes de que la hermana Katherine nos separe o me castigue, recojo la mochila y dejo mi esquema sobre su mesa. Luego salgo de allí con un extraño subidón que hace que me maree un poco. Siento las yemas de los dedos frías y sensibles al abrir la taquilla, y meto la cabeza en el interior para respirar hondo. No sé de dónde ha salido eso, pero ha sido estimulante. Es como si me hubieran secuestrado y hubiera perdido el control de mi cuerpo y de mi voz.

Y me ha encantado.

A la mierda esas chicas. A la mierda este instituto.

Saldré armada con mi caparazón.

Cuando saco la cabeza de la taquilla, veo a alguien por el rabillo del ojo. Jazmine se apoya en la pared de metal gris, de nuevo con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—¿Qué quieres ahora? —pregunto con el ceño fruncido.

—Nada. —Sus labios se curvan otra vez y los ojos oscuros le bailan con humor—. Ha sido divertido.

Tiene razón, pero no conozco a esta chica, y aún desconfío de sus intenciones.

—¿Qué quieres? —Guardo mi libro de historia y saco los deberes de la segunda hora.

—Nada. Solo estoy impresionada —responde sin dejar de mirarme —. Ya era hora de que mostraras algo de valor. No dejo de escuchar que tu hermana intimida a la gente. Empezaba a pensar que era la única Tresscott con pelotas.

Cierro la taquilla de golpe.

—Lo que tú digas.

Casi me sorprende que Ainsley y Bree no hayan aparecido con su grupito para la revancha, pero el pasillo aún está libre de zorras. Me dirijo hacia la segunda clase del día mientras Jazmine sigue mis

pasos. Lleva la falda unos cinco centímetros más corta de lo normal y los dos botones superiores de la camisa blanca desabrochados. Yo los llevo abrochados hasta el cuello.

—Ahora te sientes un poco más alta, ¿verdad? —Su voz tiene un tono burlón—. Los colores son más vivos, ¿a que sí?

—Si tú lo dices.

—¿Qué más planeas para esas dos? —pregunta entre risas—. Has tenido semanas para pensar qué hacerles cuando reunieras el valor.

No se equivoca. Llevan detrás de mí desde que me trasladé a este centro. Han sido crueles e implacables. Sobre todo Ainsley, con su insaciable apetito por atormentarme por pura diversión malsana.

Sí, lo he pensado.

—No estoy segura de lo que viene a continuación —respondo—. Lo único que sé es que ya se me ha acabado la paciencia, así que más les vale andarse con ojo.

—¿O qué?

Echo un vistazo muy seria.

—O les arruinaré la puta vida.

Capítulo 14

Lawson

Esta isla desierta de inadaptados se ha convertido en una insoportable prisión de aburrimiento. Casi lamento haber sido tan eficiente al provocar la marcha de los que pronto serán los ex señor y señora Goodwyn.

Hacían una bonita pareja. Y, sí, sé que lo de seducir a dos profesores y destruir su relación me convierte en un cabrón diabólico, pero disfruté jugando con ellos. Además, no fui yo quien pronunció esos votos matrimoniales. Ergo, no es mi problema que se engañaran mutuamente conmigo. Pero sí es un problema que se hayan marchado. Eran una agradable distracción de la aburrida normalidad que se ha convertido en el *statu quo* chupavidas del Sandover.

Odio la monotonía.

La detesto.

—Cada hora que pasas aquí, acelera tu crisis de los cuarenta —le digo a Silas, que está acurrucado en el sofá, con el móvil en una mano, moviendo los pulgares furiosamente—. A no ser que esa cosa pueda chuparte la polla, guárdala.

—¿No puedes buscar alguna forma de entretenerte solo por una noche? —murmura—. No tengo ganas de salir.

No, prefiere pasar la noche del viernes enfurruñado por una relación sin futuro con Amy. Porque había apuntado muy alto cuando Sloane lo sometió al equivalente verbal de bajarle los pantalones y reírse de su pene. Pobrecito. En lugar de comportarse como un adulto y buscar alguna chica dispuesta a acostarse con él y superarlo, ha decidido montar la fiesta de la depresión. La autocompasión es insoportablemente tediosa.

—Podríamos mirarnos mientras nos masturbamos —le sugiero.

—Lawson, en serio. Vete a molestar a otro un rato.

Aguafiestas.

Con un vaso lleno de bourbon en la mano, salgo de nuestra habitación y me encuentro con un montón de nada. Esto parece un maldito psiquiátrico. Pasillos vacíos bajo luces parpadeantes. Todos encerrados en sus habitaciones viendo la tele. Es viernes por la noche. ¿Qué coño le pasa a esta gente?

Asomo la cabeza en la habitación de RJ y Fenn, pero es un error hacerlo.

—Venga —le suelto a Fenn, que está tumbado en la cama con los auriculares puestos—. Levántate. Vamos a salir.

—Tío, no. No estoy de humor —refunfuña, y me lanza un cuaderno desde el otro lado de la habitación.

—Increíble. —Me apoyo en la puerta y sacudo la cabeza en señal de desaprobación—. La mitad de esta planta suspira por una Tresscott, a pesar de que hay un montón de candidatas de calidad ahí fuera, esperando a que un tío se tome un chupito de entre sus tetas.

—No has hablado con Casey, ¿verdad? —pregunta a través de la lente unidireccional, que no le deja ver nada más—. No me jodas. Te daré quinientos dólares si la llamas.

—Vale, bueno, eso suena a una terrible malversación de mi tiempo, así que no. —Miro hacia el lado de la habitación de RJ, que parece que apenas ha tocado en días—. ¿Dónde está tu media naranja?

—¿RJ? No lo sé. Con Sloane, supongo.

Por supuesto. Esos dos empiezan a dar asco.

—Bien, entonces. Me voy. —Sin embargo, me detengo para mirar a Fenn de nuevo. Su rostro huraño me preocupa—. Si vuelvo aquí, no te encontraré colgado del ventilador del techo, ¿verdad?

—Vete a la mierda, Lawson.

—De acuerdo. Buenas noches.

Mi último recurso es jugar al billar solo en el salón, que es básicamente una cueva de hombres extragrande llena de sofás de cuero, mesas de juego y un bar repleto de aperitivos que el personal de Sandover repone a diario.

Duke Jessup es un compañero de copas deleznable, y peor compinche, pero tiene proteína en polvo en lugar de materia gris, de

modo que es fácil tocarle las narices, lo que en sí mismo es una especie de diversión. Lleva unos pantalones de cuadros, su característica camiseta sin mangas y los pies descalzos, y se encamina hacia el extremo de la mesa de billar para empezar la partida. Si no fuera un imbécil tan insufrible, quizá intentaría follármelo. Con ese pelo oscuro y esos ojos penetrantes, no puede negarse que Duke está bueno.

Pero, por desgracia, no deja de ser un imbécil insufrible.

—Qué bajo han caído los poderosos —digo en voz baja, y descuelgo un taco del estante—. Viajas un poco ligero estos días, ya veo.

Hubo un tiempo en que un séquito seguía a Duke a dondequiera que sus pies tocaran el suelo. Ya no es así. El gobernante destronado de Sandover parece solitario en su retiro.

—Ríete, tonto del culo. —Camina alrededor de la mesa y alinea su próximo tiro—. Tu amigo ya está perdiendo el control del instituto. No podrá sostener esa montaña para siempre.

—Es gracioso lo mucho que te importa esto, porque a él le da igual.

RJ se enfrentó a Duke por el mando supremo de este reino obsceno contra su voluntad. Fue una misión de pura supervivencia que, con algo de persuasión, se le fue de las manos. RJ aceptó el trabajo a regañadientes, y aún libra una batalla perdida para desmantelar los sistemas autoritarios a los que todos nos hemos acostumbrado. Lo que más desea es que lo dejen en paz. En cambio, lo único que Duke quiere es recuperar su corte real.

—Ya sabes, Lawson. —Duke mete una bola, después otra, y luego se concentra en la mesa y en la geometría de su próximo movimiento—. Sé que has venido a buscar pelea o algo parecido. Por lo general, te complacería, pero esta noche no me apetece. Quédate y juega la siguiente partida si quieres. Si no, lárgate de aquí.

En otras circunstancias habría objetado, habría seguido pinchando hasta tocar un nervio. Pero esta noche está un poco aburrido.

—No eres divertido —respondo—. Ninguno de vosotros, imbéciles, queréis divertiros esta noche.

Le doy mi taco y vuelvo a mi habitación para coger el móvil y la chaqueta.

En algún lugar de esta ciudad tiene que haber problemas dignos de mi considerable talento. Como casi todas las noches, hago que el chófer me lleve a la puerta del pequeño y mísero bar de Calden, donde, por suerte, aquí sí que parece haber vida.

Es bien sabido que es uno de los pocos lugares en un radio de unos cien kilómetros donde los menores pueden emborracharse como es debido si le dan una generosa propina al camarero adecuado. Lo que significa que, esta noche, el local está lleno de adolescentes borrachos que se miran embobados los unos a los otros de un lado al otro de la sala. Los cubículos del baño traquetean con apresurados polvos de una noche, mientras yo me meto una raya en el lavamanos con un jugador de fútbol americano de Ballard que tiene unas pestañas excepcionalmente largas.

—¿Te conozco? —me pregunta con los ojos entrecerrados, como si fuera a reconocerme con la luz adecuada—. Me resultas familiar.

No tengo la menor idea, pero eso no significa que no nos conozcamos. ¿Quién lleva la cuenta?

—Puedo meterte la polla en la boca si eso te ayuda a refrescar la memoria.

Fuerza una risa sombría y se marcha, porque no aguanta una broma. Los niños son muy sensibles.

Unos cuantos tequilas más tarde, ya no recuerdo cómo he llegado aquí ni por qué he venido, solo sé que hasta emborracharme me parece un esfuerzo mayor del que merece la pena. En un reservado me encuentro con un ruidoso grupo de chicas del St. Vincent que huelen a vodka con arándanos y laca para el pelo. Hablan de sus novios mientras se esfuerzan por beber más que la chica de al lado, de modo que sé lo ansiosas que están por engañar a los pobres ignorantes.

—Nuevo juego —anuncia una de ellas, y no sé si habla con nosotros o con su teléfono. Su máscara de pestañas es una nube alrededor de sus ojos y agita una mano por encima de la mesa para llamar nuestra atención—. Por turnos, durante sesenta segundos,

tenéis que responder a todas las preguntas que os hagamos. Si no contestáis, os tomáis un chupito.

—¡Vale! —Otra golpea la mesa. Se le ha deshecho la coleta y el pelo le cuelga lánguido, como desmayado, sobre el inodoro de su cabeza—. ¡Necesitamos chupitos! —grita a la barra, y por algún milagro estos llegan instantes después.

Huelen a licor barato, que seguro que el camarero les ha cobrado como Grey Goose. ¿Por qué no lo haría?

—Tú primero. —Una rubia apoya la barbilla en un puño y me mira profundamente a los ojos borrosos.

—La respuesta es sí —me adelanto, con una sonrisa dibujada en los labios.

—Ni siquiera sabes lo que iba a preguntar.

—No hace falta.

—¿Alguna vez has practicado sexo en público?

—Sí.

—¿Alguna vez has hecho un trío?

—Sí.

—No lo haces bien —protesta su amiga—. ¿Qué es mejor durante el sexo, la coca o la hierba? —Está tan impresionada consigo misma que tengo que reírme.

—Todo es mejor con coca. Menos ir de acampada.

Pasamos así de uno a otro alrededor de la mesa, hasta que la cosa degenera en retos a besarse, porque no hay nada más escandaloso para las chicas heterosexuales que el exhibicionismo homosexual.

—A Courtney le comió el coño su primo —anuncia una de ellas después de engullir mi tequila, que me arrebata de la mano como si yo no existiera.

—¡Cállate, Beth!

—¿Qué?

—Primo político —chilla, con la cara enrojecida—. Y en ese momento no sabía que era sobrino de Terry.

—Dirigía la pista de karts de Cape Cod. —Beth suelta una risita, burlándose del trabajo manual—. Su madre se ha casado básicamente con un feriante.

—Dios, eres una cabrona. Es dueño de unos parques de atracciones o algo así.

Las cosas se tuercen cuando las dos discuten y sus amigas toman partido. Aprovecho la ocasión para escabullirme; los camareros ya encienden las luces, pues son las dos de la madrugada, y prácticamente echan a todo el mundo a escobazos.

Una de las chicas se detiene un momento mientras pago la cuenta. Se acerca al final de la barra, donde estoy, con paso tranquilo y me dedica una sonrisa medio tentadora.

—Lawson, ¿verdad?

No recuerdo haberle dicho mi nombre, pero el círculo de institutos de por aquí es pequeño. Nadie es del todo anónimo.

—He oído que hay una fiesta después, si te apetece… —dice, y se acerca más—, puedes venir con nosotras.

—Eres de primero, ¿no? —pregunto. No es que discrimine, pero no seré el único de último curso que se siente tan viejo como la muerte entre un grupo de chicas de colegio católico que intentan ser más putas que las demás yendo detrás de la rectoría o lo que sea.

—Sí, ¿y?

Tengo que reconocerlo. «Sí, ¿y?» es una gran respuesta. Mi lema, de hecho. Y su confianza es probablemente la razón por la que respondo:

—Tal vez en otra ocasión.

—Bien. —Sonríe de forma seductora y muestra una dentadura blanca y perfecta. Luego me coge el teléfono de la barra y me lo tiende para que lo desbloquee.

Observo divertido cómo se llama a sí misma. Agrego su nombre a mis contactos. Me gustan las chicas atrevidas. Son divertidas.

—Ainsley —dice mientras pestañea—. No lo olvides. Podemos probar algunas cosas a las que aún no has respondido que sí.

Ese es un buen plan.

Capítulo 15

Fenn

—Bishop, ¿qué demonios ha sido eso? —gruñe el entrenador desde la línea de banda, cuando envío un tiro por encima de la red en el entrenamiento del lunes—. Recomponte y lanza el maldito tiro.

Nuestro portero devuelve el balón al terreno de juego y me golpean cuando voy a rematar de cabeza. Recibo un codazo de Kenny en la nuca, tropiezo y caigo sobre las manos y las rodillas cuando trato de ir tras él. Por el rabillo de un ojo, veo que el entrenador lanza su botella de agua a las gradas.

No lo culpo. Hoy he estado horrible en el entrenamiento. He ido dos pasos por detrás durante el ejercicio de cinco contra cinco y me he sentido como un novato de primer año. Por lo general, soy uno de los tipos más fuertes en el campo, pero hoy me han quitado el balón desde todos lados. Parece que no encuentro la energía.

—¡Bishop!

El entrenador grita mi nombre y corre hacia la línea de banda para regañarme.

—Oye, céntrate en el puto partido —suelta detrás de unas gafas de sol reflectantes—. Me da igual lo que pase en esa cabeza; concéntrate. Ahora sal ahí fuera y mete el maldito balón en la red, o te pasarás el día lanzando penaltis hasta el amanecer.

No es por falta de ganas. Él no sabe el inmenso esfuerzo que me supone estar incluso medio presente. La verdad es que, desde que Casey dejó de hablarme, no he sido capaz de concentrarme en otra cosa. He pasado el fin de semana deslizándome por un pozo de desesperación, y solo estoy a medio camino de la escurridiza y resbaladiza pared, intentando salir. Cada vez que pienso en ella, mi agarre cede y vuelvo al fondo del pozo. Con la mirada fija en un puntito de luz en lo alto, sobre mi cabeza, que parece imposible de alcanzar.

Cuando nos alineamos para realizar tiros libres y recibo un disparo a bocajarro directo a la cara, no siento que el suelo vaya a atraparme. El dolor es tan intenso que no soy capaz de abrir los ojos. El silbato suena y se acaba el entrenamiento. El entrenador lo finaliza antes de arriesgarse a sacar mi cadáver del campo.

—Tío —dice el capitán de nuestro equipo en voz baja—. ¿Estás bien?

Y entonces, cuando el maldito Duke Jessup muestra verdadera preocupación por mí, sé que he tocado fondo. Con el uniforme empapado en sudor, me sigue hacia las puertas laterales del gimnasio.

—Estoy bien —murmuro, y arrastro los pies de camino a los vestuarios.

—Todo esto es culpa de tu hermano —dice Duke en tono sombrío.

Lo miro, medio interesado.

—¿Qué?

—Shaw. Todo se fue a la mierda cuando este hijo de puta apareció. No me digas que no te has dado cuenta.

Suelto una carcajada cansada.

—Tío, RJ ganó la pelea de forma justa. Tienes que superarlo.

—Nunca —jura Duke, pasa a mi lado y sale por la puerta.

Después de ducharme, saco el móvil de la taquilla y veo que no hay notificaciones nuevas. Sé que no debería, pero no hay nada que frene la imperiosa necesidad de enviarle un mensaje a Casey.

Yo: Sé que ahora mismo me odias. Por favor, ¿podemos hablar? Lo siento.

Miro la pantalla y hago que se ilumine cuando el brillo empieza a atenuarse. Espero a que aparezcan los puntos parpadeantes. No llegan, de modo que me visto y tiro la camiseta del uniforme del equipo sudada al cubo de la ropa sucia. Cuando miro de nuevo el teléfono, su respuesta me abofetea en la cara.

Casey: Vete a la mierda para siempre.

Sí, ya lo sé. Es más o menos lo que esperaba, pero más explícito. Aun así, todavía espero que el próximo mensaje que envíe sea el que la ponga de buen humor.

Mi suerte no mejora cuando vuelvo a nuestro dormitorio y encuentro a RJ en el sofá con Sloane.

Maldita sea. Preferiría otro pelotazo a la cara, gracias.

—Deja de mandarle mensajes a mi hermana —me suelta de sopetón.

—Por favor. —Abro la nevera y saco dos latas de refresco frío que me llevo a las mejillas—. ¿Puedes escribirlo y dejarlo sobre mi cama? La cabeza me está matando.

—Me importa una mierda. —Se pone de pie de un salto, nerviosa y lista para discutir—. Casey te pidió que la dejaras en paz. Si no puedes hacerlo, te las verás conmigo.

—Lo entiendo, Sloane. Me arrancarás la polla y me la darás de comer. —Me tumbo en la cama y, en silencio, espero que no me vea si me quedo muy quieto.

—Crees que es una broma, pero no tienes ni idea del daño que le has hecho.

Con los ojos cerrados, oigo que los pasos furiosos de Sloane se acercan a toda prisa.

—Es una persona completamente diferente desde que se enteró de lo que hiciste. Se ha vuelto retraída y conflictiva. Tiene arrebatos de ira a la menor ocasión. ¿Sabes que la semana pasada explotó contra unas chicas que la acosaban?

—Bien —respondo, porque ya era hora de que Casey se defendiera—. ¿Cuál es el problema?

—Yo no estaba, pero he escuchado que les dijo cosas desagradables, lo cual, claro, en mí es normal. Pero, para mi hermana, está completamente fuera de lugar.

—¿Alguna vez has pensado que tus expectativas sobre quién es Casey son lo que la frenan? A mí me parece que, por fin, se ha cansado de dejar que la gente la pisotee.

De un manotazo, Sloane me quita una de las latas de la mano; abro los ojos y veo que se cierne sobre mí.

—Antes de ti, era la persona más dulce que he conocido. Era mejor que todos nosotros. —La voz de Sloane se quiebra un poco—. Tú le has robado eso, Fenn. Y espero que te mate cada día.

Se marcha sin decir nada más y esquiva a RJ cuando este intenta alcanzarla. Da un portazo al salir.

—Gracias por el apoyo —digo. Recojo la lata y me la pongo en la cara.

—Te lo merecías.

—Aun así, me habría venido bien un poco de ayuda.

—Te lo advertí, no me meteré en medio. —Se hunde en su silla—. Cambiando de tema, ¿qué quieres decirle a Gabe? No me enviaste el mensaje, y mi contacto lo quiere esta noche.

Mierda. Hace días que le doy vueltas, y anoche me di cuenta de que es imposible. ¿Qué puedo decir que no me importaría que RJ viera? Todo lo que se me ocurre es o una confesión directa o algo que lo haría sospechar, y ahora conozco bien las consecuencias de picarle la curiosidad.

—Pensándolo mejor —digo—. No es necesario.

—¿En serio?

Me incorporo cuando las latas de mi cara se han calentado hasta alcanzar la temperatura de mis manos y ya no me proporcionan alivio.

—Sí, no te preocupes.

En resumidas cuentas, no puedo arriesgarme a llamar más la atención. Después de este último altercado con Sloane, se acabó. Es solo cuestión de tiempo antes de que salte y aniquile todo mi mundo.

Ahora que sé el nombre de la escuela militar de Gabe, solo tengo que encontrar una manera de enviarle un mensaje. Quizá no tenga los métodos de RJ para contactar con los seguratas del centro, pero sí dinero, y con eso puedo llegar muy lejos.

Es evidente que RJ quiere insistir, pero entonces alguien llama a nuestra puerta. Cuando la abre, hay una caja en el suelo.

—¿Para quién es? —pregunto con recelo.

RJ la lleva dentro y la deja sobre la mesita mientras yo me siento en el sofá.

—Para mí. De parte de tu padre. —Arruga la frente.

—Ah, no importa. —Enciendo la tele, y aparece el videojuego pausado donde lo han dejado RJ y Sloane.

RJ rompe la caja de cartón.

—Guau —dice un momento después—. Joder.

—¿Qué es?

—Una tarjeta de expansión de memoria. Le comenté a mamá que necesitaba una. Pero esto es mucho más caro de lo que había visto.

—Por supuesto que lo es.

David Bishop compensa su falta de emoción genuina con riqueza económica. Desde su boda con la madre de RJ, se ha dedicado a intentar ganarse a mi hermanastro, como para demostrar así, de alguna manera, que no es un mal padre. Es una guerra emocional, y él es un imbécil manipulador.

—Creo que tendré que llamarlo y darle las gracias, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Por intentar comprar tu aprobación? Que le den.

RJ todavía parece indeciso mientras mira la tarjeta de memoria.

—¿De verdad tenemos que volver a hablar de esto? —le gruño a mi hermanastro—. Eres nuevo en esta situación, así que deja que te lo explique: a mi padre le importas una mierda. Igual que yo. O que cualquier otra persona. Para él, gastar dinero y las emociones humanas reales son lo mismo, de modo que no tiene que…, ya sabes, ser una persona. No caigas en la trampa.

En ese momento, me vibra el teléfono.

Se lo lanzo a RJ, porque sé que David no dejará de llamar y, al final, mi hermanastro me quitará el teléfono. Esta noche no tengo energía para eso.

—¿ Fenn? —pregunta mi padre cuando RJ lo pone en altavoz.

—Sí, RJ lo ha recibido. Está muy impresionado. —Agarro un mando y empiezo a jugar con el personaje de RJ—. Dile a la persona de la tienda de electrónica que ha hecho un buen trabajo.

—Excelente. Espero que sea lo que necesitaba.

—Sí —interviene RJ—. Gracias, David. Es perfecto.

Madre mía, es vergonzoso.

—Fenn, ¿podemos hablar un minuto? —me pide papá.

—Estoy ocupado.

RJ me arranca el mando de la mano y lo sustituye por el teléfono. Es un pesado.

—Sí, ¿qué? —pregunto, y desactivo el altavoz mientras me dirijo hacia mi cama y me siento en ella.

—¿Cómo estás? —La voz de papá tiene ahora un tono nervioso, como si esperara que arremetiera contra él en cualquier momento—. Quería saber cómo van las cosas.

—Claro. —Me río entre dientes—. ¿De qué va esto en realidad?

—Me interesa —insiste a la defensiva—. Quiero saber cómo te va.

—¿Por qué, está Michelle ahí? Sí, papá, todo va fenomenal. Los dos nos lo estamos pasando como nunca.

No reacciona a mi sarcasmo, lo que de alguna forma es peor, y, en su lugar, insiste.

—Escucha, quería comentarte otra vez que pronto iremos a veros al instituto. ¿Qué día de la semana os va mejor? Si quieres enviarme tu horario…

—Ajá. Toca el teléfono dos veces si te han secuestrado. ¿Debo alertar a la junta para que llame al negociador de crisis?

—Fennelly…

—Sí, de acuerdo. Buena charla, adiós.

—Eres un capullo, ¿sabes? —RJ me mira decepcionado desde el sofá.

Ya estoy acostumbrado a eso.

—Sí, lo sé.

Se pone a jugar a su videojuego otra vez mientras yo me tumbo en la cama, aunque no consigo apagar el cerebro ni encontrar un momento de paz. Sloane cree que mi misión era corromper a Casey y convertirla en otra chica destrozada, enfadada y hastiada, como el resto de nosotros. Pero eso es lo último que quiero. Sí, me alegro de que se haya enfrentado a esas matonas, pero Sloane tiene razón. No es propio de ella hacer ruido y ser conflictiva. Es un cambio preocupante en su personalidad, y es mi culpa.

La idea de que Casey sufra me mata. Estoy seguro de que lo arreglaría si pudiera hablar con ella, pero no responde al teléfono, e imagino que Sloane habrá amenazado a todos nuestros conocidos con mutilarlos si me ayudan.

Cuando se apagan las luces, tengo la cabeza hecha un lío. Tan enredada que no pienso con claridad. Más tarde, cuando los pasillos se han quedado en silencio y RJ ya ronca, salgo de la cama y me visto.

Si Casey no contesta a mis llamadas, haré que me vea.

Capítulo 16

Casey

Una ira irracional me embarga cuando un golpeteo intermitente e indistinto penetra en mi subconsciente y me saca de mi sueño, el cual desaparece de mi memoria incluso antes de que me despierte del todo. Creo que tenía acento. Algo muy elegante y británico. Tiene sentido que explorara la interpretación de un misterio de Agatha Christie después de haberme pasado toda la noche viendo una vieja miniserie en blanco y negro.

De modo que me despierto con pensamientos de asesinato y traición.

Parpadeo en la borrosa oscuridad de mi habitación, miro hacia la ventana y escucho un golpe seco contra el cristal. Ya sé que no lo necesitaré, pero, cuando salgo de la cama, meto una mano debajo y saco el viejo bate de *softball* de Sloane, porque me gusta la idea de sostenerlo.

En el césped, más allá de los arbustos y de la barrera de los focos con sensor de movimiento, veo a un Fenn encapuchado con el teléfono en una mano.

Mi móvil, en la mesilla de noche, se ilumina. Dejo que suene un rato mientras pienso en qué podría decirme que me gustara oír. O cómo podría minar mi determinación. Porque aún estoy bastante satisfecha de estar cabreada con él. Para siempre, si puedo.

La pantalla se oscurece.

Podría hacerlo. Permanecer en la sombra hasta que él se agote y se vaya a casa, convencido de que estoy fuera de su alcance y de que siempre lo estaré.

Entonces, se enciende de nuevo, vibra y retumba en la mesilla de noche. Y mi curiosidad me obliga a responder.

—¿Qué? —espeto en un tono frío.

—Tengo que verte. Por favor, Casey.

El sonido familiar de su voz, profunda y ronca, hace que mi corazón se estruje de dolor. Antes me encantaba cómo esa voz se deslizaba por mi oído. Ahora solo me produce el escozor de las lágrimas.

—Si quisiera hablar contigo, no dejaría el teléfono apagado.

—Podrías haberme bloqueado, pero no lo has hecho.

—Todavía puedo.

—Subiré —dice.

Me acerco a la ventana y lo veo desaparecer entre las sombras. A estas alturas, Fenn ya sabe cómo moverse alrededor de las líneas de visión de los sensores de movimiento de papá, conoce los puntos ciegos de la periferia.

—No subas —le advierto en voz baja—. Cerraré la ventana.

—No, no lo harás.

Capullo. No sé qué parte me molesta más: que esté tan seguro de sí mismo o que tenga razón.

—Si mi padre te pilla…

—Entonces no se lo permitas.

Maldita sea.

Abro la ventana justo antes de que Fenn se levante y salte dentro. Aterriza con suavidad y se detiene para escuchar si ha despertado al resto de los habitantes de la casa. Tiene suerte de que los perros sean las criaturas menos alerta del planeta. Podrían descolgarse quince ladrones del techo, con esas cuerdas del SWAT, y Bo y Penny ni se inmutarían. Bo seguiría masticando su hueso mientras Penny se revolcaría en su cama de felpa para perros.

—Eres idiota —refunfuño.

Satisfecho por que no lo hayan detectado, se pone de pie y me mira fijamente con unos ojos que hacen que retroceda un paso. A veces olvido lo intimidante que puede ser. Un metro ochenta, musculoso. Con la capucha oscura sobre el pelo rubio, tiene un aire peligroso, pero no me da miedo. Nunca me lo ha dado. Puede que sea más grande y fuerte que yo, pero sé, sin lugar a dudas, que puedo ponerlo de rodillas con una palabra mordaz.

—¿Qué parte de «vete al infierno y no vuelvas» no entendiste?

—¿Qué es eso que he oído de que te has metido con unas tías del instituto? —responde, e ignora mis palabras.

Frunzo el ceño.

—¿Qué? ¿Cómo te has enterado?

—Sloane.

Vale, vaya. Supongo que ni siquiera puedo contar con que mi hermana mantenga la bocaza cerrada. Pensé que era evidente que la prohibición a Fenn se aplicaba también a ella.

—¿Qué pasó? —insiste.

—No. Mi vida ya no es asunto tuyo. No puedes aparecer aquí y exigirme nada. De modo que, si esa es la única razón por la que has venido, ya puedes irte.

—Por supuesto que no es la única razón. —Se acerca a mí, pero le apunto con el bate, que uso para definir la zona desmilitarizada entre nosotros—. Estoy preocupado por ti. Da igual que pienses que no tengo derecho a ello. No puedo evitar preocuparme por ti.

—¿No te escuchas? —Una risa amarga y sarcástica burbujea en mi garganta ante su atrevimiento—. Desde que me dejaste tirada en el suelo, mojada e inconsciente, en la oscuridad más absoluta, no te has parado a pensar en nada de lo que siento. Ese es tu problema.

—Casey. —Se pone serio, y a una parte de mí le gusta.

—La verdad duele, ¿eh?

—Todo lo que he hecho ha sido pensar en ti. —Su voz es áspera. Temblorosa—. Y he cometido grandes errores. Lo acepto. No te pido que no me odies. Enfádate. Pero perdóname.

—Dios mío. Parece que vives en un mundo imaginario donde las consecuencias no se te aplican.

¿En qué reino imaginario cree que arreglaremos las cosas después de esto? ¿Cómo piensa que alguien aceptaría lo que hizo, le daría una segunda oportunidad y seguiría adelante?

—No es que hayas hecho trampa, Fenn. No besaste a otra chica en mi fiesta de los dieciséis. Me abandonaste a mi suerte y mentiste sobre ello.

Abre la boca para interrumpirme, pero lo detengo.

—No, espera. Es peor que eso. Hiciste eso y luego te metiste en mi vida, aun sabiendo lo que habías hecho. Ese nivel de sociopatía

no me cabe en la cabeza.

Resopla, exasperado, y se da la vuelta para pasear por la habitación.

—Haces que suene como si hubiera tenido un plan malvado todo el tiempo. ¿Crees que lo planeé? He estado muerto de miedo desde que vi el coche asomando en el agua. He funcionado gracias a la adrenalina y al instinto desde entonces.

Fenn se detiene frente a mi tocador. Veo que se fija en las hojas secas y las flores silvestres que hay en el marco del espejo. Recuerdos de nuestros paseos.

Ahora son sombríos recordatorios de lo crédula que fui al confiar en él.

—¿Qué pasa? —pregunto, incapaz de dejar de burlarme de él—. Estás muy callado.

—La primera vez, cuando aparecí ante tu puerta, vine a ver cómo estabas —me explica con voz ronca—, porque tenía que saber que te encontrabas bien. Que te recuperabas. Pero, en cuanto te vi, se me desgarró el corazón. Estabas pálida, delgada, y tenías aspecto de no haber dormido en semanas. Una oscuridad se cernía sobre ti. Me destrozó saber que se debía a esa noche y que debería haber hecho más. Pensé que tal vez podría compensarlo de alguna forma si estaba ahí para ti. Que podría hacer algún tipo de penitencia.

—De modo que ahora soy tu obra benéfica. Bueno, te libero. Has pagado tu deuda con creces. Por favor, exímeme de tu culpa.

—¡Joder! —Se pasa las manos por la cara con brusquedad—. ¿Por qué te comportas como si no supieras lo que siento por ti? No estoy aquí por mi conciencia, Casey.

—Entonces ve al grano. Aún no sé por qué has venido.

—Porque necesito que me perdones. Te echo de menos.

Un pedazo de mi corazón se astilla. Por mucho que lo odie, todavía hay una parte de mí que no lo odia. Una parte de mí echa de menos nuestros paseos y la sensación de sus labios, cálidos y hambrientos, contra los míos.

Fenn siempre ha visto a través de mí, y ahora también lo hace.

—Tú también me echas de menos —dice con suavidad.

—No —miento.

—Me echas de menos.

Se acerca un paso. Yo retrocedo otro.

Me tiemblan los dedos alrededor del bate de *softball* y sus ojos azules se posan en él.

—Deja el bate, cielo.

Un sollozo se me atasca en la garganta. Creo que es la primera vez que utiliza ese adjetivo cariñoso, y eso arranca otro pedazo de mi frágil corazón.

—No me llames así —le ordeno.

—Case. Suéltalo.

Como me niego a hacerlo, acorta la distancia que nos separa y me arranca el bate de la mano. Lo deja caer al suelo y me sujeta la cara entre las manos. Con suavidad, pero con decisión.

—Siento haberte hecho daño —dice con una expresión pesarosa —. Perdóname.

—No.

Baja la cabeza, y sus labios están a escasos centímetros de los míos.

—Por favor —murmura, y me roza la boca con un beso.

Mi primer instinto es luchar contra él. Darle una patada en los huevos y tirarlo por la ventana. Pero me dejo llevar por la debilidad. Le rodeo la espalda con los brazos, lo agarro de la sudadera y abro la boca para que pruebe mi lengua.

Odio lo que me ha hecho. Y, sin embargo, mi cuerpo aún lo echa de menos. El simple aroma de su pelo en mis pulmones me hace más feliz de lo que he sido en días. Fenn solo se fijó en mí después del baile, y desde entonces me he vuelto adicta a él. Algo ocurre cuando me toca, una reacción química que supera cualquier otro pensamiento, y con eso basta. Al menos por un momento. Solo para besarlo y disfrutar de esto antes de que se pase el efecto de la droga.

Lo más difícil de guardar rencor es seguir dedicado a la causa, elegir los principios antes que la gratificación. Cuando tropezamos de camino a mi cama, no me molesto en pensar que esto va en contra de todo lo que he dicho hasta ahora. Él me desea y yo a él, y creo que ambos nos odiamos un poco por ello.

Lo empujo sobre el colchón, nos tumbamos de lado y me pone un muslo sobre la cadera. Gimo al notar su erección; la prueba de que me necesita. Le desabrocho el botón del pantalón con la respiración agitada. Deslizo una mano por debajo de su cintura, y busco lo que hace tanto tiempo que deseo. Es grueso y está duro bajo mis dedos.

Ninguno de los dos habla. Tememos romper el hechizo. Su boca está pegada a la mía mientras lo acaricio. Se mece en mi mano y se estremece cuando le aprieto el duro miembro.

Fenn mete una mano por debajo de mi camiseta y recorre con la punta de los dedos la piel desnuda de mi espalda. Nuestras lenguas se deslizan con suavidad una sobre la otra. Gime en mi boca. Baja una mano para acariciarme el culo mientras me recorre el cuello con los labios hasta besarme el hombro.

No soy capaz de resistirme al deseo de dejar que la lujuria apague mi cerebro durante un rato. De poner en pausa el resto de los pensamientos y limitarme a sentirlo. De fingir que aún estamos bien. Que todavía somos felices.

—Dime que ya no sientes nada por mí —susurra.

Tenía que estropearlo todo.

Es como una inyección de agua helada en mis venas. Le pongo ambas manos contra el pecho y lo empujo.

—Cualquier sentimiento que tuviera murió cuando me traicionaste.

Frunce el ceño mientras desenredo nuestras piernas y salgo de la cama. No entiende cómo ambas cosas pueden ser ciertas. Que aún lo desee y que no quiera tener nada que ver con él.

Fenn se pone en pie, con los pantalones aún desabrochados y el pelo alborotado por mis dedos.

—Casey, por favor.

—Deberías irte.

—Sé que hice algo terrible, pero te lo ruego. Dame otra oportunidad. Puedo arreglarlo. Te lo prometo.

—Solo hay una cosa que puedes hacer para tener una mínima oportunidad de que te perdone —le recuerdo—. Dime la verdad: ¿por qué lo hiciste?

De nuevo, su rostro se contorsiona por el dolor, como si el secreto que guarda se volviera más pernicioso y físicamente destructivo cuanto más tiempo carga con él. Como un parásito que lo consume por dentro.

Pero, aun así, no dice nada. Se muerde el labio y me mira fijamente con esa expresión atormentada, y eso no hace más que confirmar que tomó su decisión hace mucho tiempo.

Y no me escogió a mí.

—Vete a casa, Fenn. —Lanzo un suspiro cansado—. Y no vuelvas.

Capítulo 17

Fenn

Apenas me he sentado en la segunda clase del miércoles cuando me llaman y me citan en el vestíbulo del edificio de administración. Alcanzo a RJ en el pasillo, que va en la misma dirección. Ya se está aflojando la corbata de rayas verdes y azules que le he ayudado a anudar antes. Casi gime de placer cuando se la quita. Juro que sacarse la corbata es como deshacerse de los tacones después de un largo día.

—¿Qué has hecho? —pregunto.

—¿Yo? —Empuja las puertas dobles que dan al patio—. No he hecho una mierda.

Salimos al aire fresco de la mañana y doy un paso atrás.

—¿Qué? —pregunta RJ.

—Acabo de darme cuenta… —me cuelgo la cartera al hombro al tiempo que un cosquilleo me recorre la columna vertebral; me advierte que quizá tenga que salir corriendo—. Si fuera una citación del director, nos llamaría a su despacho, no al vestíbulo.

—A menos que la Policía nos espere en el vestíbulo. Esto parece cosa de la pasma.

Joder.

—¿Podría tratarse de Gabe? ¿Del dinero que le diste al guardia de su instituto?

—Lo dudo mucho. —El tono de RJ denota confianza—. Mi trabajo es imposible de rastrear.

Dejo escapar un suspiro.

—¿De verdad? —pregunto.

RJ asiente.

—De verdad.

Rodeamos el patio hasta el otro extremo del edificio de administración, lo que nos permite echar un vistazo al aparcamiento

principal. No hay coches de Policía. Al menos, ninguno señalizado. Aun así, no estoy convencido de que esto no sea una trampa.

Está claro que RJ tampoco, porque murmura:

—Tengo un mal presentimiento.

Entramos por la puerta de atrás y nos tomamos nuestro tiempo para dirigirnos al vestíbulo. Mientras nuestras zapatillas se mueven en silencio sobre la madera brillante, ambos nos preparamos para que algo salte sobre nosotros. Este edificio es casi más frío que cualquier otro del campus. Además, el aire huele mejor, lo que lo hace aún más siniestro.

Se me ocurre una idea.

—No creerás que esto es porque fui a ver a Casey anoche, ¿verdad?

—Espera, ¿en serio? —RJ se detiene y me empuja hacia un hueco —. ¿Qué hiciste?

—Nada. Me colé por su ventana…

—Fenn.

—Ella me dejó entrar —protesto—. Discutimos, pero luego nos enrollamos. En fin, no salió exactamente como lo había planeado y me echó.

—Maldita sea. —Por un segundo, tengo la sensación de que quiere darme un puñetazo. En cambio, aprieta los dientes y asoma la cabeza por la esquina—. Si se lo contó a Sloane, o su padre te vio cuando te marchabas… —Se queda en silencio, inquieto—. Podrían haber venido para arrestarte.

—Entonces, ¿por qué te han llamado a ti?

—Tal vez necesitan interrogarme sobre las imágenes del cobertizo y cómo las conseguí.

Mierda. Por un momento, pienso en salir corriendo. Un breve y vívido montaje de mi vida como fugitivo suena menos cinematográfico en mi cabeza de lo que parece en las películas. Luego pienso en Gabe, por completo ajeno a lo que ha ocurrido desde que dejó Sandover. En lo mucho que aún no sé de aquella noche.

¿Por qué no le ha contestado a Lucas, maldita sea? Aún no he encontrado la forma de contactar con él, lo que significa que todo

depende de qué le responda a su hermano. Dudo que comparta algo incriminatorio, pero conozco a Gabe Ciprian como la palma de mi mano. Si Lucas me enseña su mensaje, y no imagino que decida ser un capullo y no lo haga, rezo para que Gabe haya incluido algún tipo de pista que solo yo sea capaz de descifrar.

—Vamos —le digo a RJ—. Si me detienen, puedes empeñar mi reloj para pagar la fianza.

De un modo extraño, el camino por el ancho pasillo hacia el vestíbulo me recuerda un poco a cuando me llevaron en camilla al quirófano para extirparme las amígdalas. Estaba aterrorizado y al borde de las lágrimas, pero me mordía la lengua, porque mamá me había dicho que fuera fuerte. Aquel día me sentí mayor al enfrentarme a mi destino.

Creo que podría cumplir la condena. Solo tengo que agachar la cabeza y pagarle al cabrón más loco de la cárcel para que me cubra las espaldas. Ser asquerosamente rico tiene sus ventajas.

Entonces doblamos la esquina y se me revuelve el estómago.

—He cambiado de idea —le digo a RJ—. Me piro.

—Cobarde.

David y la madre de RJ están de pie delante de un retrato en la pared que fingen admirar, ligeramente incómodos. Michelle lleva un vestido largo hasta los tobillos que le sienta como un guante. No puedo negar que la madre de RJ está buena. Lleva el pelo oscuro y brillante suelto a la altura de los hombros, tiene unos ojos grandes de color avellana y unos labios con el arco de Cupido definido, lo que, según leí en alguna parte, es el símbolo de la belleza suprema o algo así. Estoy seguro de que, si papá se casó con ella por una característica física, fue por su culo.

—Tío —me advierte RJ—. Deja de mirar a mi madre.

—David, ahí están —dice Michelle, que le da un golpecito en un hombro. Nos hace señas para que nos acerquemos—. Chicos, venid a darnos un abrazo.

Sí. Paso. Estoy seguro de que la última vez que abracé a mi padre fue en el funeral de mamá.

RJ obedece y abraza a su madre, que lo aprieta fuerte y le dice:

—Ay, mi chico, me alegro tanto de verte. Te he echado mucho de menos.

Papá y yo observamos el reencuentro entre madre e hijo en silencio. Papá, que tenía las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones de lana, saca una y me la tiende. La miro fijamente, pero no se la estrecho.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto.

—Hemos decidido daros una sorpresa —responde Michelle con una sonrisa radiante. Suelta a RJ y da un paso hacia mí, como si fuera a abrazarme. Entonces se fija en mi expresión y vacila—. Me alegro de volver a verte, Fenn.

—Sí. Igualmente. —Los dos sabemos que miento. Pero, aunque me parece bien ser maleducado con mi padre, no puedo ser un capullo con Michelle. Ella no me ha hecho nada.

—Acción de Gracias quedaba muy lejos —añade, y enlaza su brazo con el de RJ—. Así que pensamos que sería divertido llamar al piloto y volar hasta aquí para pasar el día y llevaros a comer. ¿Qué os parece?

—Claro. Genial —contesta RJ sin demasiado entusiasmo.

—¡Maravilloso! —Ella lo suelta y aplaude—. Qué feliz me hace.

—Muy bien, entonces —dice papá en tono brusco—. El coche espera fuera.

Los recién casados echan a andar, pero yo me quedo rezagado.

—No me obligues a hacer esto —le murmuro a RJ, que está a mi lado.

—Si yo tengo que hacerlo, tú también. Aguántate.

Me empuja hacia delante, y ya es demasiado tarde para correr, de modo que obligo a mis pies a que me lleven hasta el Lincoln que papá ha alquilado para hoy. Me siento como si marchara hacia mi ejecución.

Nos llevan a lo que parece un garito con clase en la pequeña ciudad de paletos que hay a las puertas de Sandover. Papá monta un numerito bochornoso para elegir la mesa perfecta y pide ver la carta de vinos, como si no fuera apenas la una de la tarde.

—En serio. ¿Qué celebramos? —pregunto, y me sirvo una copa de champán porque, bueno, no puedo dejar que se desperdicie. Y no

voy a pasar este rato en familia, al que me han obligado, sobrio—. No creo que hayáis hecho un viaje tan largo solo para comer. ¿Venís a anunciar el divorcio?

—Ni de cerca —dice papá con alegría, y alcanza la mano de Michelle—. Como ha dicho, teníamos ganas de veros.

—Os he echado de menos —añade ella, y sonríe a RJ—. No me creo lo diferente que estás.

—La natación. —Él se aparta con timidez cuando ella intenta peinarle el pelo hacia atrás—. Vamos mucho al gimnasio.

—Es modesto —digo yo—. No queremos que el líder del cuadrilátero de peleas clandestinas y de un sindicato del crimen organizado se ablande.

Me da una patada por debajo de la mesa, pero no derramo ni una gota de champán.

—No te meterás aún en peleas, ¿verdad? —pregunta Michelle a su hijo con el ceño fruncido.

RJ me fulmina con la mirada.

—Creo que te toma el pelo —interviene papá.

Le guiño un ojo a mi madrastra.

—Oficialmente, el profesorado dejó de organizar peleas entre alumnos en el foso después de que aquel novato quedara en coma. Pero luego pasan cosas, ¿no?

David y Michelle fuerzan una carcajada porque nos lo estamos pasando muy bien. Llegan los aperitivos y me sirvo una tosta de jamón e higo. Luego vacío la copa y me sirvo más champán.

El ambiente es una mierda, y, después de media botella, cuando llegan los platos principales aún no ha mejorado. Michelle cuenta una historia absurda de su club de lectura con las otras mujeres florero del barrio. Para ser una madre soltera que ha vivido con su hijo de ciudad en ciudad durante años, parece que encaja a la perfección entre la gente de Greenwich. Por supuesto, lo más probable es que sus nuevas «amigas» le sonrían a la cara durante las reuniones del club de lectura y la llamen cazafortunas a sus espaldas. Las mujeres ricas son predecibles.

—Hace semanas que hablamos de una novela que todo el mundo odia —explica entre risas apenas contenidas—. Nos emborrachamos

con vino y la destrozamos.

Mi copa de champán se ha vaciado de forma misteriosa, pero, cuando cojo la botella, David la aleja de mí. No importa: RJ no ha tocado la suya, así que la hago mía en un asalto hostil. Mi padre se da cuenta y me mira con el ceño fruncido. Lo ignoro.

—Entonces, por fin, alguien se da cuenta de que Shelby no ha dicho una palabra en toda la tarde. Bueno, Claire, porque es Claire, salpica una copa de vino tinto por todas partes y casi lo derrama encima de la alfombra turca, sin parar de hablar, y le lanza algo, no sé lo que era, ¿un caramelo duro tal vez?, a Shelby y exige saber por qué está tan callada: «Sí, Shelby. Por favor, Shelby. Hazte oír, hermana».

»La cara de Shelby se vuelve de un rojo fresa brillante y, con una mirada de horror abyecto que me asusta de verdad, se tapa la boca con las manos. He sido azafata de vuelo durante mucho tiempo, de modo que conozco esa mirada. Empujo mi silla hacia atrás justo cuando un líquido verde brillante mana de entre sus dedos en todas direcciones. Shelby se había pasado la semana haciendo una especie de purga y bebiendo nada más que zumo de col rizada cuatro veces al día. Hasta que estalló por toda la habitación. Así que, ahora, Claire se arrodilla, borracha y sollozando, porque su alfombra turca está completamente destrozada.

RJ se ríe.

—Shelby me envió un mensaje anoche con una captura de pantalla de la factura de la limpieza que Claire le mandó por correo electrónico. Cinco mil dólares. —Michelle pone los ojos como platos —. ¿Puedes creerte que cueste cinco mil dólares limpiar una maldita alfombra?

—Deberías haber visto la factura de la limpieza que el padre de Lawson recibió después de su última fiesta en los Hamptons —añado con amabilidad—. Solo sacar todo el semen de la piscina costó como dos de los grandes.

—Fenn —gruñe papá.

RJ se ríe en su servilleta.

—Tío —balbucea.

—¿Qué? —Parpadeo de forma inocente.

Para mi aprobación, Michelle parece que también contiene la risa. Al menos, la madrastra tiene sentido del humor.

Papá se aclara la garganta.

—Fenn, ¿por qué no nos cuentas cómo te va el fútbol?

Le doy un codazo a RJ.

—¿Quieres ver algo divertidísimo? Oye, papá, ¿cuál es la regla del fuera de juego?

—Fenn. —Mi padre me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué? Juego al fútbol desde los seis años. Seguro que ya has aprendido algo de todos los partidos a los que has asistido.

—Fenn —murmura RJ, claramente cansado de mi mierda—. Para.

—Oh, espera. —Me termino otra copa y se la tiendo a Michelle—. ¿Serías tan amable?

—Creo que ya has bebido suficiente —dice papá, y le toca el brazo antes de que me rellene la copa.

—Aguafiestas. —Miro de nuevo a Michelle—. Así que, en doce años, ¿sabes cuántas veces me ha visto jugar? Adivina. Esto será divertido.

—Basta, Fennelly. —Papá se limpia la boca y deja caer la servilleta sobre la mesa con la fuerza suficiente para que nuestras copas vacías se muevan.

—Oh —dice Michelle con alegría, como si de repente hubiera resuelto el problema del hambre en el mundo—. ¿Por qué no damos un paseo, cariño?

RJ ya está echando la silla hacia atrás.

—Una idea estupenda.

Madre e hijo casi corren hacia la puerta, y no los culpo por escapar. Si hubiera sido más listo, habría escapado del coche de camino aunque hubiera acabado en plena carretera.

—¿Ya estás contento? —refunfuña papá desde el otro lado de la mesa.

Me encojo de hombros con desdén.

—Te dije que era una mala idea.

—Estás borracho y haces el ridículo.

—Estoy bien. Y los dos sabemos que te preocupa más tu propia reputación.

Papá sacude la cabeza y la tristeza le inunda los ojos.

—De acuerdo, Fenn. Has dejado muy claro que no te interesa darle una oportunidad a esta familia.

Tenía una familia. Mi madre murió. Mi padre se metió en su caparazón y me dio la espalda durante siete años.

Aparta su plato y apoya los codos en la mesa.

—¿Podemos hablar de lo que realmente te preocupa? Michelle dice que le has contado a RJ que crees que no me importas.

—No. Le dije que te importo una mierda y que no podría importarte menos aunque te pagaran por ello.

Se asombra de que diga algo así en voz alta, y más aún a su cara. Pero es culpa suya. Debería habérselo pensado dos veces antes de dejar que su hijo adolescente se bebiera media botella de champán mediocre y luego abriera el baúl de los traumas familiares.

—¿Qué demonios te haría pensar algo así? —Sus facciones se tensan—. Eres mi hijo. Has sido lo más importante para mí desde que naciste.

—Vaya. Es impresionante que seas capaz de decir eso con el rostro serio.

—¿Qué se supone que tengo que hacer para convencerte de lo contrario? Estoy aquí, ¿no?

—Sí, ahora que tienes una nueva mujer Barbie azafata a la que quieres impresionar, porque te hace sentir como si no la merecieras. Joder, papá. ¿Cómo no ves que eso es peor?

—Michelle siempre ha sido buena contigo. Si tu madre estuviera…

—No. —Tiro la servilleta sobre la mesa y, antes de darme cuenta, estoy apuntando a mi padre con el cuchillo de la mantequilla—. Ni se te ocurra mencionarla.

—¡ Fenn!

No importa. Dejo caer el cuchillo y busco la botella de champán. Papá la alcanza primero e intenta entregársela al camarero que aparece a mi lado.

—Te la quitaré de las manos —le advierto al camarero.

—No, Fenn. Siéntate —ordena David.

—No. Me llevaré a mi amigo y me emborracharé en el aparcamiento, si no te importa.

El camarero, confuso, mira a mi padre. Los tres tenemos las manos en la botella.

—No creo que pueda…

—No pasa nada, tío.

Tiro con fuerza de la botella de champán y salgo furioso del restaurante con ella entre las manos.

Capítulo 18

Casey

Es medianoche y no puedo dormir. ¿Qué me pasa ahora? Justo después del accidente, apenas podía dormir diez minutos seguidos, por no hablar de las ocho horas prescritas. Luego, cuando empecé a curarme, dormía más. Tres horas. Cinco. Seis. Hasta que, al final, conseguí superar una noche entera sin que me despertaran las pesadillas. Hoy, todavía las tengo, pero no tan a menudo como antes. También me resulta más fácil dormir.

Hasta que Fenn me destrozó el corazón.

Ha pasado una semana desde que descubrí la verdad, y no he dormido más que unas pocas horas cada noche. Lo que significa que estoy completamente despierta cuando Bo se escabulle hasta los pies de la cama y empieza a lloriquear.

Levanto la mirada de la pantalla del móvil, donde miraba con la mente en blanco una página *web* de cotilleos de famosos.

—¿Qué pasa, colega?

Lloriquea de nuevo y me mira suplicante.

—¿Necesitas salir?

Al oír la palabra «salir», Bo corretea hacia la puerta del dormitorio.

Me levanto de la cama, y toco la madera con los pies descalzos y fríos. Me pongo un par de calcetines, tomo una rebeca larga y me meto el móvil en el bolsillo delantero.

Salgo al oscuro pasillo y chillo, sorprendida, cuando me tropiezo con Penny, que acecha en la oscuridad. Bo ya ha bajado las escaleras.

—¿Cariño? —El ruido hace que mi padre salga de su habitación. Se frota los ojos y me mira preocupado—. ¿Va todo bien?

—Todo va bien —aseguro—. Voy a sacar a los perros para que hagan pis. Bo me ha despertado lloriqueando. —Incluyo la mentira

de que dormía porque, si papá sospechara que otra vez sufro insomnio, me mandaría de nuevo al psiquiatra.

—No te olvides de reactivar la alarma cuando vuelvas a entrar.

—Tranquilo —digo, y bajo a ponerme los zapatos. Fuera, me estremezco con el aire fresco de octubre y sigo a los perros, que corren hacia la arboleda. Ambos tienen vejigas tímidas y se niegan a orinar a menos que estén escondidos entre los arbustos. Agradezco su discreción.

Levanto la cabeza hacia el cielo nocturno despejado y me fijo en la luna. No está llena del todo, pero casi. Uf. No me gusta la luna llena. Por alguna razón, me vuelve irascible. Ahora mismo, sin embargo, mi irritabilidad tiene más que ver con el hecho de que me suena el móvil, y solo hay una persona que me enviaría un mensaje de texto tan tarde.

Por supuesto, es Fenn.

Fenn: No puedo dormir. Te echo mucho de menos.

Se me forma un nudo en la garganta y se me saltan las lágrimas. ¿Por qué no me deja en paz? ¿Y por qué no soy capaz de bloquearlo? Lo he intentado. He pulsado «Bloquear» una docena de veces. Sin embargo, nunca aguanto más de unos minutos antes de deshacerlo a toda prisa.

No estoy dispuesta a dejarlo marchar, pero tampoco quiero tener nada que ver con él. Mi corazón cansado ya no puede más.

Tecleo una respuesta con dedos temblorosos.

Yo: Tienes que dejarme en paz.

Fenn: Mi padre y la madre de RJ aparecieron ayer y nos llevaron a comer. Me emborraché y monté una escena.

Yo: No me importa.

Pongo el teléfono en silencio y me lo meto otra vez en el bolsillo. Silbo hacia los árboles, pero ni Bo ni Penny corren hacia mí. Maldita sea. Más les vale no estar persiguiendo a una pobre ardilla que haya tenido la desgracia de estar despierta a estas horas.

Vuelvo a silbar. Al ver que los perros no aparecen, maldigo en voz baja y me dirijo hacia el bosque. Doy un respingo cuando un reflector con sensor de movimiento se enciende de repente y casi me ciega. Todavía veo puntos negros mientras avanzo entre los árboles y mis zapatos crujen sobre las hojas secas.

—Chicos —los llamo en señal de advertencia—. Venid.

No lo hacen.

—Lo juro por Dios —gruño en la oscuridad del bosque—, si matáis a otra ardilla y tengo que pasarme la próxima hora lavándoos la cara ensangrentada, perderéis los privilegios del lago durante una semana entera.

Me detengo en seco y jadeo al darme cuenta de la causa de su desaparición.

—¡Bo! ¡Penny! —digo con tono brusco, y palidezco cuando me abalanzo hacia los perros, que olisquean un conejo muerto que yace en el sendero.

Por alguna razón, han decidido no comérselo, y sospecho que se debe al crujido que escuchamos entre los arbustos, que señala la rápida marcha de una tercera criatura en el bosque. El culpable del asesinato del conejito, muy probablemente.

—Aquí —ordeno a los perros.

Son tan obedientes que se ponen a mi lado. Aun así, tienen las orejas levantadas y los pelos de punta mientras inspeccionan con cautela nuestro entorno.

—Quietos —les advierto, y me apresuro hacia los restos del conejo.

Se me revuelve el estómago cuando me aproximo, porque descubro que hay más de una víctima. A pocos metros del conejo adulto, encuentro los cadáveres de dos crías. Deben de haber nacido hace poco: carecen por completo de pelo y tienen los ojos y las orejas sellados. Muevo la cabeza y veo a otros dos bebés muertos, o gazapos, como se los llama. Nunca entendí por qué a las crías de

conejo se las llama gazapos. Papá intentó explicármelo una vez, pero fue más un «así es como se llaman» que una gran explicación.

Bo y Penny deben de haber interrumpido la carnicería que estaba ocurriendo aquí. Un zorro, sospecho. Los zorros de esta zona se alimentan sobre todo de conejos salvajes. Ha sido una verdadera bendición para este encontrar una madriguera entera, probablemente justo cuando la madre regresaba a alimentar a sus recién nacidos.

Siento calor en los ojos. Madre mía. Ha llevado al depredador hasta su puerta. Al menos, mis perros han espantado al señor Zorro antes de que pudiera darse un festín.

Por el rabillo de un ojo veo que Bo se arrastra más cerca y me vuelvo con un severo «Quieto».

Se detiene en seco, pero no parece contento de que sea yo quien se beneficie de su improvisado tentempié de medianoche.

Si no fuera tan tarde, es probable que regresara corriendo a casa, sacara unos guantes de goma y una caja y volviera para recoger a estos pobres conejitos muertos. Para darles un entierro digno. Mi padre y mi hermana ni se inmutarían: han participado en muchos entierros de animales a lo largo de los años. Por lo general, ha sido porque llevaba a casa un pájaro, un conejito o incluso una ardilla heridos que necesitaban cuidados y acababan muriendo. El único animal que rescaté con éxito fue un azulejo, al que cuidé hasta que se recuperó. Lo llamé Pudding.

Pero no hay esperanza para estos conejitos. Todos están…

«Iiiii».

Me congelo. Detrás de mí, Penny emite un gruñido grave desde lo más profundo de su garganta.

—Shhh —le digo. Luego miro a mi alrededor para tratar de oír el sonido de nuevo. Sin duda era un conejito.

Una brizna de esperanza se expande en mi corazón. ¿Ha sobrevivido alguno de los bebés?

Dios mío. Por favor, que haya sobrevivido.

Mientras mis perros observan tristes desde el lugar al que los he desterrado, yo busco a mi alrededor, me meto entre los arbustos y

escudriño las raíces de los árboles para localizar la conejera. Por fin la encuentro, entre la capa vegetal de la base de un árbol.

Con el pulso acelerado, me asomo al interior y jadeo al ver movimiento. ¡Supervivientes!

No. Un momento después, me doy cuenta de que solo es uno. De los cuatro cuerpecitos pelones que encuentro en el nido, solo uno está vivo.

Grita de nuevo, y ese horrible chillido hace que me duela el corazón.

—No pasa nada, pequeño —lo arrullo mientras lo levanto con cuidado—. Ahora estás a salvo.

Pero no del todo. Las posibilidades de que este bebé sobreviva son mínimas. En circunstancias normales, ni siquiera lo tocaría. Trasladaría la madriguera a un lugar más seguro y esperaría a que su madre regresara en algún momento. Pero la madre está muerta, he visto su cuerpo ensangrentado y roto. Lo que significa que nadie volverá para alimentar a esta criatura indefensa.

Por lo tanto, tengo que hacerlo yo.

—No pasa nada. Ya te tengo. —Con delicadeza, me guardo al pequeño conejo en el bolsillo, me enderezo y vuelvo con los perros.

Parece que Bo me mira mal cuando les hago un gesto para que me sigan. Penny observa con nostalgia el festín abandonado.

Aunque la muerte de cualquier criatura, grande o pequeña, hace que todo mi cuerpo se estremezca de dolor, también soy consciente del ciclo de la vida. La danza milenaria entre depredador y presa.

—Que se los quede el señor Zorro —digo con tristeza—. Se lo ha ganado.

Llego al porche justo cuando mi padre sale a trompicones por la puerta principal, con los ojos desorbitados por la preocupación.

—¡Casey! ¿Por qué has estado fuera tanto tiempo? ¿Por qué no contestabas al teléfono?

—Lo siento. Lo he puesto en silencio. —Me encuentro con él en la puerta—. Ha habido un pequeño problema en el bosque.

—¿Qué ha pasado?

—Un zorro se ha metido en una conejera. Los perros lo han espantado. —El conejito aprovecha ese momento para chillar con

fuerza.

—Casey. —El tono de papá está cargado de sospecha.

—¿Sí? —pregunto con inocencia.

—¿Tienes un conejo en el bolsillo?

—¿Tal vez? —Aprieto los labios para contener una carcajada.

Papá me mira fijamente durante un largo momento. Luego suspira.

—Iré a buscar una caja de zapatos.

Capítulo 19

Silas

Sloane está más cabezota de lo habitual. Esperaba que, al darle espacio, viera las cosas desde otra perspectiva, que entrara en razón. Sin embargo, ya ha pasado más de una semana y todavía no responde a mis mensajes.

Le envié un mensaje larguísimo en el que le aseguraba que no intento acostarme con ella. Apelé a nuestra amistad, al estrecho vínculo que tenemos desde primero. No me malinterpretes, hay una parte de mí que aceptaría su oferta si me propusiera salir con ella, pero entiendo que no ocurrirá.

De todos modos, tengo novia. Y Sloane ha vuelto con RJ. De modo que da igual. Sigamos adelante.

Siempre la he considerado una persona racional. Propensa a la ira y al mal gusto con los hombres, sí, pero también lógica. Bueno, parece que su afición autodestructiva por salir con perdedores ha corrompido sus funciones cerebrales superiores. Necesita desintoxicarse, pero no me deja acercarme lo suficiente para ayudarla a verlo, maldita sea.

—Apóyame en esto —le pido a Amy—. Es claramente una *red* flag. Se ha convertido en una persona completamente diferente. Ha dejado de salir con sus antiguos amigos desde que este tío se ha adueñado de su vida.

—¿Qué piensas de esta zona? —pregunta Amy, que acerca su portátil mientras nos sentamos en su cama. Coloca las piernas desnudas sobre las mías mientras busca en internet los mejores barrios para vivir en Londres—. Creo que me gusta Notting Hill. ¿Recuerdas que te obligué a ver esa vieja comedia romántica? Estaba ambientada allí.

—Claro. —Para ser sincero, me importa una mierda, y no recuerdo ninguna comedia romántica que me haya obligado a ver.

Se guarda la página y sigue adelante con la tenaz determinación de un detective de homicidios.

—Sé que piensas que es una tontería, porque faltan años, pero tengo que empezar a pensar en esto ahora si quiero que mis padres aprueben que pase mi año sabático en Inglaterra. Si les demuestro que he investigado, quizá se sientan mejor a la hora de financiar la aventura, ¿me entiendes?

—Sí, claro. —Apenas la escucho. Y empiezo a arrepentirme de haberme colado en su dormitorio esta noche.

Hace días que Amy me insistía para que fuera a visitarla a Ballard. En cuanto he llegado, se ha pasado la primera hora en el baño con una nueva rutina de cuidado de la piel que hace que su cara huela a pegamento, y ahora quiere investigar todo el tiempo mientras yo me quedo aquí sentado y cuento los segundos de mi vida que se me escapan de las manos.

—Si una de tus amigas dejara de hablarte de repente porque sale con alguien nuevo, sospecharías, ¿verdad?

—La gente cambia cuando está en una relación —responde distraídamente, y avanza por las fotos—. Quieren pasar todo el tiempo juntos. —Levanta los ojos de la pantalla—. Eso es normal.

—Cierto, pero esto es extremo. Antes no discutíamos.

Hubo un tiempo en que Sloane valoraba mi opinión. Pero, ahora, no sé qué parásito le ha metido RJ en el cerebro que le ha cambiado la personalidad por completo.

—Él no te cae bien, ¿verdad?

—Es muy poca cosa para Sloane —respondo con el ceño fruncido. Personalmente, me da igual. No está mal. ¿Para ella? Ni de coña.

Amy frunce el ceño.

—Parece que solo pretende que te alegres por ella. Si no quieres hacerlo, quizá sea mejor que os toméis un tiempo.

Frunzo el ceño.

—Creo que no entiendes la situación.

Al fin, capta la indirecta y cierra el portátil.

—Quizá si pasáramos más tiempo juntos…

—Estoy aquí, ¿no?

—Es que últimamente hablas mucho de Sloane. Más o menos todo el tiempo, en realidad.

—Siento no ser capaz de fingir que me interesan los lugares de moda de Londres.

Amy pone los ojos en blanco.

—No tenemos que hablar de Londres. Ni de nada, de hecho.

Se inclina para besarme, y ese empalagoso olor a pegamento me llena las fosas nasales. Me obligo a no respirar por la nariz e intento ignorar la textura pegajosa y húmeda de su piel contra mi barbilla. Juro que la mayoría de los cosméticos que utilizan las chicas me dan asco.

Aun así, cuando se agacha para acariciarme a través de los vaqueros, dejo ese pensamiento a un lado y permito que me quite la camiseta. Lanza la suya a un lado para mostrarme que lleva mi sujetador favorito, lo cual es un bonito gesto. Es blanco con ribetes rojos y le realza las tetas.

A pesar de que a veces me pone de los nervios, Amy es una chica dulce. Y tiene unas tetas maravillosas. La primera vez que le metí una mano bajo la camiseta, en el recital de danza de su hermana, casi me dio un ataque con solo tocar ese pecho suave y grueso.

Meto los dedos por la copa del sujetador y tiro de ella hacia abajo para dejar a la vista su pequeño pezón rosa. Tiro un poco de él mientras ella baja por mi cuerpo para desabrocharme los vaqueros y acariciarme. Levanta la mirada bajo sus gruesas pestañas y se pasa el pelo castaño claro por encima de un hombro antes de sacar la lengua y lamerme la punta.

El placer me recorre la espalda. Cierro los ojos y, por alguna horrible razón, aparece en mi mente la imagen de Sloane chupándosela a RJ. Duke ya era bastante malo, y todos sabemos lo que ha hecho. Sin embargo, el chico nuevo ha admitido haber vivido por todo el país. Probablemente, salía con los mejores adictos a la metanfetamina de los suburbios. Me pregunto si Sloane le habrá hecho alguna prueba de enfermedades de transmisión sexual.

—¿Esto te gusta? —Amy sube y baja la mano—. ¿Necesitas que haga algo más?

Solo entonces me doy cuenta de que lleva un minuto y solo tengo una semierección.

—No, está bien. Usa la lengua.

Amy da buenas mamadas. Lo disfruta. De modo que trato de concentrarme. Le aprieto una teta y tiro del botón duro que es el pezón. Ella sigue un rato, pero no consigo tener una erección completa. Al final se incorpora y se sacude el calambre de la mano con un resoplido de frustración.

—Lo siento —me disculpo—. Supongo que estoy cansado. El entrenamiento de natación me ha dejado agotado.

Ladea la cabeza y yo me pongo otra vez los vaqueros.

—Entrenamiento de natación —repite, dudosa—. O…, tengo una idea… —Suelta un bufido de enfado—. Se trata de Sloane.

Me tenso.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, Silas, solo hablas de ella. —Amy pone una mueca burlona y me imita mal—. «Sloane está enfadada conmigo», «Sloane es una zorra», «Sloane tiene un nuevo novio».

—Creo que me ofende esta imitación.

Salta de la cama y recoge su camiseta del suelo.

—En serio, estás un poco obsesionado con ella, y no me parece bien.

—Eso es ridículo.

El tono de Amy se vuelve cada vez más agudo.

—¿En serio? Así que, ¿no sientes nada por ella?

Por segunda vez, durante un momento crucial en una conversación crítica, mi yo idiota vacila demasiado.

La cara de mi novia se derrumba.

—Dios mío.

—Amy, vamos. No es cierto.

Con lágrimas en los ojos, ignora mi respuesta poco entusiasta.

—Creo que lo sabía incluso cuando empezamos a salir. —Se muerde el labio inferior, que no deja de temblarle—. Pero te deseaba tanto que pensé que lo superarías si yo llegaba a gustarte lo suficiente en algún momento. —Aspira de forma entrecortada y se seca las mejillas—. Me he esforzado por ser todo lo que tú querías,

pero nada importa, porque nunca te he gustado, ¿verdad? Nunca me has querido. —Un sollozo estrangulado llena la habitación—. Solo matabas el tiempo hasta que Sloane estuviera soltera.

—Amy…

—He sido más amable contigo de lo que te mereces —continúa, mientras las lágrimas le recorren las mejillas cenicientas—. No eres una buena persona, Silas.

—Vamos. Exageras. No siento nada por Sloane —murmuro, cuando por fin logro negarlo.

—No te creo.

—Es la verdad —miento.

—Que te den, Silas. —Se da la vuelta, con los hombros rígidos—. Se acabó. Vete.

Mi instinto me dice que me quede, que me pase la noche tranquilizándola, hasta que vuelva en sí. No es la primera vez que sus inseguridades la llevan a caer por un precipicio. Sé que con las palabras dulces y tranquilizadoras adecuadas lo superaremos. Pero, cuando me levanto de la cama y me pongo la camisa, me doy cuenta de que ya no me importa una mierda. Esta relación a medias ya me ha quitado demasiada energía, y no encuentro la forma de que me importe.

Diablos, tal vez me haya hecho un favor. Me ha salvado de tener que inventarme un discurso de ruptura que suene auténtico.

—Lo siento —digo, aunque solo lo siento a medias.

Luego, recojo mis zapatos y salgo por la puerta.

Tras abandonar la habitación de Amy, suelto un suspiro de alivio y me dirijo a la escalera. Cuando estoy a mitad del pasillo, una puerta se abre y me recibe una cara conocida. Tez morena y grandes ojos color ámbar.

Mila Whitlock.

Antes del accidente de Casey, Mila era la mejor amiga de Sloane. También está buena. Esta noche, lleva unos pantalones deportivos diminutos y un sujetador de deporte negro que le realza las tetas, altas y turgentes, y los firmes abdominales. Tiene un cuerpo de escándalo.

Una sonrisa lenta y divertida se dibuja en su cara cuando me ve caminar con los zapatos en una mano.

—¿Te has divertido?

Me encojo de hombros.

—Creo que acaban de dejarme.

Mila se ríe en mi cara.

—Me alegro por ella. Ya era hora de que mostrara un poco de valor.

—Sí, gracias por el apoyo.

—Lo siento, aunque en realidad no. —La morena con curvas me saluda por encima del hombro mientras se marcha—. Dulces sueños, Silas.

Capítulo 20

Casey

Algo curioso sobre la escuela católica es que la mayoría de nosotras ni siquiera somos católicas. Nuestros padres nos mandan aquí por la organización o por el nivel académico «superior». Por la santidad de una institución solo para chicas. En mi caso, fue una cuestión geográfica, resultado del trabajo de mi padre, que nos obligó a trasladarnos a los alrededores de Sandover. Pero también hay chicas que proceden de familias religiosas. Así es como encuentras a una chica como Jazmine. Sus devotos padres viven el sueño americano del inmigrante y envían a su hija a un exclusivo colegio privado con la esperanza de que fortalezca su fe y su buen carácter moral.

De momento, no ha funcionado.

Jazmine se sienta a mi lado en clase. Después de que me viera increpar a Ainsley en el pasillo la semana pasada, decidió que estábamos predestinadas a ser amigas, me dijo que la llamara «Jaz», y ahora es mi compañera en el instituto. Todavía no sé lo que pienso de ella, pero no puedo negar que nos lo pasamos muy bien juntas. Domina el sarcasmo y es muy inteligente. Para consternación de sus padres, su principal objetivo en la vida es convertirse en actriz famosa. Ellos querían una chica católica y obediente, que encontrara un trabajo y un marido respetables, y, en lugar de eso, tienen todo lo contrario. Jaz insiste en que se mudará a Nueva York o a Los Ángeles después de graduarse y que nunca se casará.

—Hola —me saluda mientras se desliza en su asiento—. ¿Cómo está Silver?

Levanto la vista de los apuntes de física. Esta mañana tenemos examen y no me lo he preparado. Han sido unos días agotadores.

—Sigue viva. De milagro.

Cuando me llevé a la conejita a casa hace cuatro noches, ninguno de nosotros esperaba que sobreviviera a esa noche. Sloane, que sabe lo rápido que me encariño con los animales, no deja de

recordarme que menos del diez por ciento de los conejos huérfanos sobreviven. Pero hasta ahora mi pequeña ha desafiado las probabilidades. Bueno, no sé si es una hembra, ya que es imposible determinarlo todavía. Elegí un nombre de género neutro, pero me gusta pensar que es una chica.

—¿Ha abierto los ojos?

Me muerdo el labio, preocupada.

—No —admito.

Lo que me indica que Silver no tenía más de uno o dos días cuando la rescaté. Las crías de conejo suelen abrir los ojos a los diez días, y los de Silver siguen cerrados

Sin embargo, lucha por seguir con vida. La alimento con un sustituto de leche para gatitos en una jeringa dos veces al día. La mantengo hidratada. Me aseguro de que esté calentita en su caja de zapatos. Pero sé que las posibilidades de que sobreviva sin su madre son escasas.

La hermana Margaret sale de detrás de su escritorio y da una fuerte palmada.

—Silencio, señoritas. Georgia, por favor, reparta los exámenes. Y manténganlos bocabajo. ¡Todas! —Señala el reloj sobre la puerta—. Los lápices no pueden tocar la página hasta que el reloj marque las nueve.

—Dios no quiera que alguien tenga un minuto de ventaja — susurra Jaz.

El examen es más fácil de lo que esperaba, y se lo entrego a la hermana con diez minutos de margen. Después, nos dirigimos a introducción al cálculo, donde a Jazmine la castigan después de informar con despreocupación a la hermana Mary Alice de que, la próxima vez que la monja le golpee en la muñeca, le devolverá el golpe. La monja, con la cara más roja que la muñeca dolorida de Jazmine, se indigna y grita:

—¡Castigada, señorita Reyes! —La clase se ríe entre dientes.

Cuando llega la hora de la comida, nos dirigimos a la cafetería juntas. La falda obscenamente corta de Jazmine hace que varias chicas frunzan el ceño, pues todas llevan el largo reglamentario. Ella

permanece ajena a las miradas mientras me habla sobre la película que vio anoche.

Lo mejor de esta chica es que le importa una mierda lo que la gente piense de ella, lo cual es un arma muy valiosa cuando eres adolescente. La semana pasada íbamos caminando por el pasillo cuando una chica tosió la palabra «zorra» en voz baja. Sin inmutarse, Jaz se detuvo frente a las taquillas y fingió estar desolada.

—¡Oh, no! —gritó—. ¿Te has enterado de que perdí la virginidad en un trío, con dos estudiantes de último curso de Ballard? Tienes razón, Marissa, soy una zorra, y estoy muuuuuy avergonzada y…, oh, espera. —Jaz sonrió—. Esa eres tú.

Me agarró de un brazo y nos fuimos mientras una Marissa horrorizada retrocedía con sus amigas, boquiabiertas. Le pregunté a Jaz si la historia era cierta y me confirmó con un gesto de la cabeza que uno de los chicos en cuestión era su hermano mayor.

Las chicas del St. Vincent la temen. Es curioso, creo que ahora también me tienen un poco de miedo a mí. Desde que le grité a Ainsley, he percibido cómo ha cambiado el tono en el que cuchichean sobre mí en la cafetería. Ya no se ríen. Desvían la mirada cuando paso y, no mentiré, me gusta. No sabía que podía sentirme así.

—La atención es un arma —me dice Jaz cuando ve que ya noto el cambio de actitud de las demás—. A las chicas les gusta. —Señala con la cabeza a Ainsley y Bree, que se acercan a la cola del almuerzo mientras nos apoderamos de una mesa vacía—. También se burlaban de mí. En mi antiguo colegio había un trío de brujas que me hicieron la vida imposible en mi primer año.

—¿En serio? —No imagino que alguien tan segura de sí misma como Jazmine pueda sufrir acoso.

—Oh, sí. Destrozaron mi sentido de la moda. Mi maquillaje. No dejaban de decirme que volviera a mi balsa y remara de vuelta a Cuba. —Pone los ojos en blanco—. Somos de Puerto Rico, imbéciles. En fin, eso me afectó. Me escondía. Me llevaba el almuerzo al baño o comía en la sala de arte con mi profesor, porque les tenía pánico.

—¿Por eso te cambiaste de colegio?

—Joder, no —responde tajante—. Vine aquí en segundo, porque mi padre consiguió un nuevo trabajo y tuvimos que mudarnos. Pero, más o menos a mitad de ese horrible primer curso, tuve una epifanía. Es irónico que no ocurriera en una escuela católica.

Dejo la bandeja y me siento sin parar de reír.

—Me di cuenta de que podía seguir escondiéndome y dejar que me avergonzaran el resto de mi vida, o podía volver esa atención contra ellas. Llamar tanto la atención que les diera miedo mirar. La mejor defensa es un buen ataque, Tresscott.

—Yo diría que funciona.

—Claro que sí. ¿Y sabes qué? En cuanto dejé de preocuparme por lo que pensaban de mí, me sentí mejor conmigo misma. De hecho, me quiero mucho más.

Empiezo a entender a lo que se refiere. Hay un auténtico poder en el control de nuestra propia narrativa. Así que, cuando Ainsley se gira desde la fila del almuerzo con su bandeja y me mira fijamente, le devuelvo la mirada.

¿Por qué elegir ser la flor marchita cuando puedo ser la espina?

—Mira qué mesa más rara. —Ainsley muestra una sonrisa altiva cuando ella y Bree se acercan a nosotras. Sin embargo, hay un ligero temblor en su voz. Está desconcertada por el contacto visual. Qué bien—. ¿Os haréis tatuajes a juego con agujas de coser después?

—Qué asco —gime Bree—. Así es como se pilla la conjuntivitis.

Ainsley les saca una risa a las chicas de la mesa vecina, pero es forzada y vacilante, y desaparece en cuanto Jazmine las mira.

—Os invitaríamos —respondo a modo de disculpa—, pero no me gustaría que nuestros planes entraran en conflicto con vuestro concurso de comer pollas.

Los gritos ahogados y las risas de la cafetería me sobresaltan. Noto cómo los tenedores se detienen en el aire y la gente levanta los teléfonos. Siento una especie de subidón enfermizo de endorfinas, y sé que me gusta más de lo que debería.

—¿Qué? —Bree le hace un mohín a Ainsley—. Dijiste que estábamos a dieta.

—Es cierto —conviene Jazmine, y se muerde el labio para mantener la compostura.

Casi me río por la nariz.

—Hablando de pollas, Casey, ¿cuántas chupaste durante tu encierro en el psiquiátrico? —La respuesta de Ainsley hace que la sala entera se suma en el silencio.

—Solo una —digo—. Fue el día que tu padre vino a visitarme.

—¡Qué demonios, zorra estúpida!

Ainsley me lanza su bandeja. La esquivo y su ensalada vuela del plato al suelo. Jaz y yo salimos corriendo en medio de un estallido de ruido y clics de cámaras. Huimos de allí casi mareadas de la risa.

—Ha sido divertido —comenta Jaz cuando nos detenemos cerca de las taquillas—. ¿Lo repetimos mañana?

Todavía me río.

—Creo que quería pegarme.

—¿Me odiarías si te dijera que habría sido divertido?

Me encojo de hombros. Nunca me he peleado. Fenn hablaba de las peleas del Sandover, y siempre he sentido curiosidad por saber qué se siente al dar un puñetazo.

Como si supiera que estoy pensando en él, el teléfono me vibra en el bolsillo. Lleva todo el día mandándome mensajes, como de costumbre.

—¿Y esa cara? —pregunta Jaz.

—Nada.

—¿Quién no deja de enviarte mensajes? ¿Es ese chico?

—Sí.

—Pero ¿está superado?

—Más que superado.

Cuando llego a la sexta clase del día, una hermana me manda al despacho de la directora antes siquiera de que me haya sentado. Unos minutos después, estoy mirando a los ojos severos de la

reverenda madre, que me señala con un dedo huesudo y me ordena:

—Siéntese, señorita Tresscott.

En su despacho, austero y sombrío, hay dos sillas industriales de metal que parecen sacadas del contenedor de una cárcel. Su escritorio es una fuerza opresiva en la sala, como si se hubiera tallado de un solo tronco macizo de una secuoya milenaria. En la penumbra, las profundas arrugas de su rostro pálido y endurecido juegan con las sombras.

Me siento en una de las incómodas sillas para las visitas y la observo mientras se acomoda detrás de su escritorio.

—Siento no haber hablado con usted antes —comienza, sin ningún atisbo de amabilidad. La reverenda madre es una presencia intimidante, y le gusta que así sea—. ¿Cómo se está adaptando al St. Vincent?

Debería temerla, así que no sé por qué me hace gracia esa pregunta.

«Sí, bien, reverenda madre. Después de dos meses esquivando un acoso casi constante, por fin he hecho una amiga». Pero me lo guardo para mí.

—Bien —respondo.

—¿Está segura? Yo también pensaba que era así, ya que ninguno de sus profesores ha mencionado que tenga problemas. Pero hay cierta preocupación entre las hermanas de que esté empezando a interrumpir sus clases.

—Qué raro. Porque, hasta hace una semana, creo que no había pronunciado más de diez palabras seguidas desde que empezó el semestre.

Es muy amable por su parte culparme del problema cuando Ainsley y sus imitadoras han sido las instigadoras en cada interacción. Aparte de tirándome por la ventana, ¿cómo debía evitarlo?

—La hermana Katherine me informó de un intercambio entre usted y otras dos alumnas en clase la semana pasada. Y me han contado que hoy ha habido un altercado en la cafetería. Por supuesto, en ambos casos se empleó un lenguaje perturbador.

Por el amor de Dios.

—Bueno, para que conste —digo tranquila—, Ainsley fue la que insultó a gritos.

No recuerdo si la llamé cabrona en voz alta, o si solo fue en mi cabeza, de modo que me lo guardo para mí.

—Quizá piense que las mujeres devotas son cosas delicadas, pero le aseguro, señorita Tresscott, que las mujeres de aquí no somos frágiles. Y no toleramos la desobediencia. Si sus arrebatos continúan, volveremos a vernos. Y no es algo que debería emocionarla.

Suelto una carcajada sarcástica.

—Así que Ainsley puede seguir siendo una cruel abusona y yo tengo que callarme y aguantarlo, ¿no? ¿Es así como funciona esto?

—Si no quiere que llame a su padre —responde la reverenda madre, tajante—, le sugiero que se tome en serio esta conversación y vuelva a clase.

Una vez en el aula, me quedo pensativa el resto de la hora, preguntándome cómo es posible que la matona se vaya de rositas mientras se reprende a la víctima por haber dado por fin la cara. Cuando suena el timbre, me dirijo a mi taquilla, donde Sloane se abalanza sobre mí antes de que tenga la oportunidad de cambiar los libros para la siguiente clase. Se lanza como un guepardo que busca clavarme los dientes en un tobillo.

—¿Te han mandado al despacho? —me pregunta con un tono de frustración que ha heredado de papá—. Acabo de escuchar a unas chicas cuchicheando sobre ello delante de sus taquillas.

—¿Y?

—¿Y? ¿Qué demonios, Case?

Cierro mi taquilla de golpe y me alejo, aunque ella me persigue.

—¿Acabaría contigo dedicarle algo de tiempo a tu propia vida en lugar de meterte en la mía? —pregunto con un suspiro irritado.

Le brillan los ojos.

—Vale, ¿sabes qué? Últimamente te comportas como una mocosa y ya estoy harta. ¿Cuál es tu problema?

—Dios mío, Sloane. No eres mamá, y no necesito a una niñera. Estoy bien. Además, no hace falta que me esperes después de las

clases. Jazmine me llevará a casa.

Antes de que me detenga, me meto en clase y le cierro la puerta en las narices.

No puedo ser responsable del complejo de salvadora de Sloane durante más tiempo. Si ella quiere martirizarse en la lápida de nuestra madre, adelante. Yo me quedaré al margen de ahora en adelante. Quizá he necesitado apoyarme en ella en algún momento, pero se ha vuelto sofocante. Por no hablar de lo agotador que me resulta tener que cargar con su culpa. Todo el mundo me dice que debo superar lo que pasó, pero no dejan que sane. Se ha convertido en una parte de ellos, como si necesitaran que siguiera enferma para felicitarse por ser tan desinteresados y solidarios. Si me niego a ser una carga, ¿de qué se quejarán entonces?

Al final del día, Jaz me espera en la escalera mientras dibuja en su bloc. Me siento a su lado y la pongo al corriente de mi altercado con la reverenda madre.

—Además, ¿has visto su despacho? —pregunto, y me estremezco.

Jaz sonríe.

—Una o dos veces.

—Es aterrador. ¿Qué pasa con ese armario tan raro?

—Tiene una especie de altar a algún semidiós antiguo ahí dentro.

—¿Sí? No sé por qué me recuerda a un personaje de American Horror Story. Y no puedo evitar pensar que lleva unos tatuajes muy retorcidos bajo esa túnica.

—La tapadera perfecta —añade Jaz en tono solemne.

—Oye, ¿quieres hacer algo este fin de semana? —pregunto, un poco indecisa. Hace tiempo que no tengo un amigo con el que salir que no sea Fenn, y estoy un poco nerviosa por si me precipito—. Mi hermana es un grano en el culo, y no puedo pasar otro fin de semana encerrada en casa con ella acosándome.

—Sí, vale. Me apunto.

Mientras hablamos, veo que un coche muy llamativo se detiene en la curva donde los padres y el personal contratado esperan a los alumnos. Es un Porsche plateado, elegante y asquerosamente caro. La luz del sol brilla en las características gafas de sol de Lawson Kent

cuando se baja y se dirige hacia el lado del copiloto, donde se apoya.

Entonces, veo que una Ainsley sonriente salta del último escalón, donde había estado esperando. Radiante, se encamina hacia él.

Me viene a la mente una idea terrible.

—¿Lo conoces? —pregunta Jaz, que admira el cuerpo alto y musculoso de Lawson.

—Tengo que irme. Te mandaré un mensaje.

—¿Qué…?

Ya me he marchado. Tengo que trotar para llegar antes que ella, pero lo consigo, y corro hacia Lawson justo cuando Ainsley se acerca. Sin perder un segundo, levanto los brazos y le rodeo los hombros.

—Hola, guapo —lo saludo.

Ignoro su expresión de desconcierto y le doy un beso. Con lengua.

—¿Qué haces? —susurra cuando nuestros labios se separan. Sus ojos grises claros bailan intrigados.

—¿Te quejas? —murmuro, y le muerdo el labio inferior.

Lawson se ríe.

—Nunca.

—Bien. —Me aparto con una sonrisa traviesa—. ¿Qué te parece si me llevas a casa?

Capítulo 21

Lawson

Casey Tresscott es una belleza bíblica. La fruta prohibida. La hermana pequeña. Probarla es comprometer tu alma al tormento eterno y a la perdición.

He sido testigo de la devastación que le ha provocado al pobre Fenn, y no envidio su angustia. Aunque todavía no estoy seguro de qué hizo para que las hermanas Tresscott lo hayan desterrado. Todo el mundo está muy callado últimamente, lo que significa que mi mente rellena los espacios en blanco.

Y todo lo que se me ocurre se inclina hacia lo depravado.

—Creo que te has perdido, pequeña. —Miro a Casey, en el asiento del copiloto, mientras baja la ventanilla, y el aire fresco del otoño hace que su pelo dorado ondee alrededor de su cara como una tormenta salvaje—. Sabes que Sloane me matará por esto.

—Entonces, no se lo digas.

Oh, oh. He visto esa mirada antes. Esta chica ha decidido echar queroseno sobre la ciudad y prenderle fuego. El uniforme de colegiala solo intensifica el aura rebelde que emite.

Bajo la mirada hasta sus piernas desnudas, bronceadas y torneadas. El bajo de la falda se le sube ligeramente y muestra un poco de muslo.

Sé que no debería mirarla. Pero la fruta prohibida es apetitosa a la vista. Apuesto a que también sabe muy bien.

Pero nunca llegaría hasta ahí.

Creo.

Si no estuviera sobrio, quién sabe. Por suerte, hoy no me he dado ningún capricho, de modo que tengo la cabeza despejada y estoy bastante seguro de que puedo confiar en mí mismo para no romper el código de los amigos y robarle la chica a Fenn, ya sea su ex o no. Si no, es probable que no la hubiera dejado subir al coche.

Vale, eso es mentira. Sobrio o colocado, he sentido curiosidad en cuanto me ha pedido que la llevara.

—¿Y a quién beneficia esta pequeña excursión por el lado salvaje? —pregunto con una risita.

—Cuántas preguntas…

—Llámame curioso.

Cierto es que me han besado sin que haya pedido tantas explicaciones, pero rara vez ha sido alguien tan fuera de mi alcance como Casey. Algo que de ninguna manera es una queja. Me vendría bien que el *statu quo* se viera alterado, y me muero por ver adónde lleva esto, aunque tengo la sensación de que desconozco el motivo de su repentina rebeldía.

—No intentamos hacerle daño a Fenn, ¿verdad? —Muevo las cejas—. Sabes que nos meterás en un lío.

Casey vacila un momento antes de reafirmarse.

—¿Te importaría? —Me mira con ojos juguetones—. Te encantan los problemas.

—Culpable.

Atravieso la intersección en lugar de girar a la izquierda, hacia la carretera que nos llevaría de vuelta a Sandover. Casey se da cuenta, pero no pone objeciones. Después de todo, ella se ha subido a este coche. Y pienso hacer que el viaje merezca la pena para ella. Además, seguro que se arma jaleo cuando noten su ausencia.

No puedo esperar a descubrir las consecuencias.

—De todos modos, no se trata de Fenn. —Su voz se vuelve amarga cuando pronuncia su nombre.

—Ilumíname, entonces. ¿A quién pondremos celoso?

—¿Celoso? A nadie. La pregunta que deberías hacer es: ¿a quién vamos a cabrear?

Una sonrisa de aprobación se dibuja en mi cara.

—Eso me gusta más. ¿A quién cabrearemos, Casey?

—A Ainsley Fisck. —Me mira de reojo—. No os imagino moviéndoos en los mismos círculos. ¿De qué la conoces?

—No puedo decir que la conozca. Me dio su número en el bar.

—¿Y de verdad has hecho planes con ella?

No había un plan, *per se.* Ainsley me insistió por mensaje de texto en que hoy fuera a recogerla al instituto, y dijo que seguramente podría conseguir un coche *sexy.* Por supuesto, acepté, en parte porque soy incapaz de rechazar un reto, pero sobre todo porque me aburro desde que los Goodwyn huyeron de Sandover. Además, he hecho cosas peores que robar un coche para echar un polvo.

—«Planes» es una forma generosa de describirlo —respondo. Cambio de marcha y acelero un poco, luego miro hacia el asiento del copiloto—. ¿Es amiga tuya?

—Pienso destrozarla.

No es una hipérbole. Tiene la mandíbula apretada mientras devuelve la vista a la carretera.

Interesante. En una manada de leones, Casey sería una paloma. Delicada mientras los ve venir. Pero parece que ha encontrado sus garras.

—Suena divertido —la animo.

Ella responde con una carcajada, que se convierte en una serie de risitas cuando me dice:

—Tu teléfono va a estallar. Apuesto a que es Ainsley. ¿Puedo?

—Adelante.

Saca el teléfono de la consola central y miro a tiempo para ver cómo el brillo del triunfo le ilumina los ojos azules.

—¿Ainsley? —pregunto.

—Por supuesto. Se ha puesto como loca. Escucha. —Casey adopta un tono agudo e indignado—. «¡Qué coño, Lawson! ¿QUÉ COÑO HA SIDO ESO?» —Usa su voz normal para añadir—: Por cierto, el segundo mensaje iba en mayúsculas.

—Por supuesto.

—«¡Será mejor que tengas una buena explicación para esto!». «Madre mía, Lawson». «Contéstame, capullo».

Suelto una risita.

—¿Puedo contestarle? ¿Por favor?

Aunque quisiera decir que no —cosa que nunca haría, porque esa palabra no existe en mi vocabulario—, me resulta imposible resistirme al rostro esperanzado de Casey.

—Adelante —digo con amabilidad.

Se ríe para sus adentros mientras teclea.

—Enviado —declara. Me doy la vuelta y veo que sonríe.

—¿Qué le has contestado?

—No te preocupes, no he sido muy mala. Allá vamos. Ejem. —Casey se aclara la garganta como si estuviera a punto de recitar un discurso ante un auditorio abarrotado—. «Sí, lo siento, nena. Casey y yo nos conocemos desde hace mucho. He decidido ponerme al día con ella». —Deja el teléfono—. Eso la pondrá furiosa.

—Buen toque con eso de «nena».

—Eso creía.

A solo diez minutos del St. Vincent, la civilización da paso a espesos bosques ambarinos y a las crestas de los Apalaches. Casey aprieta los pies y se agarra al reposabrazos cuando acelero en las curvas de la serpenteante carretera de montaña que se eleva sobre el río. Luego, cuando las curvas se convierten en sencillas rectas, recorre con los dedos el lujoso asiento de cuero y admira el opulento interior.

—¿De quién es este coche? —pregunta—. Nunca lo había visto.

—Es prestado.

Salía del comedor después de comer cuando Ainsley ha urdido este plan y me ha informado de sus preferencias automovilísticas. Si soy sincero, me parecía un dolor de cabeza y más esfuerzo del que valía la pena, hasta que pasé delante de un Porsche Boxster en el aparcamiento de la residencia de estudiantes de último año. ¿Qué puedo decir? El tentador cochecito me habló.

Entrecierra los ojos.

—¿Por qué creo que significa robado?

—¿Quieres marcharte? —Inclino la cabeza a modo de desafío.

Si lo reconsidera, será mejor correr a casa antes de que oscurezca. Los animales salen de noche.

—No —responde ella—. A mí también me gustan los problemas.

Ya veremos. Aunque me parece bien participar en sus coqueteos con la venganza, no siento la obligación de tener que proteger a Casey de sus decisiones. No soy el guardián de nadie. La gente es responsable de tomar sus propias decisiones y de afrontar las consecuencias.

Capítulo 22

RJ

Es día de impuestos, y soy la maldita Hacienda. Ya era bastante malo que hubiera imbéciles que me pararan en el pasillo para preguntarme sobre la reventa de entradas de los Celtics o para conseguir títulos de propiedad. Ahora no puedo cenar sin que un chico al que no conozco me haga un gesto con la cabeza mientras deja un sobre blanco en mi mochila parcialmente abierta en el suelo.

—¿Has visto esta mierda? —le digo a Fenn, que picotea de mala gana su pastel de pollo.

Me hace un gesto por encima del hombro.

—Aquí viene otro.

—Llevo así todo el día.

Esta vez, un tipo de nuestra planta se acerca y me pone un fajo de billetes en una mano, como si traficáramos con drogas. Por lo que sé, acabamos de hacerlo.

—Lo que quiero decir es: ¿de dónde viene todo esto? —refunfuño.

Fenn baja la cabeza y reanuda su contenciosa batalla con la comida.

—Quizá es mejor que no hagas este tipo de preguntas.

—Pero ¿estoy autorizando asesinatos a sueldo? ¿Tráfico de armas? Esto parece cosa de la mafia.

—Probablemente no —responde, y se encoge de hombros de forma poco convincente—. De todos modos, este sitio me da igual.

No son solo los sobres que meten por debajo de la puerta y en mi taquilla del gimnasio. Durante todo el día, no he dejado de recibir notificaciones en el móvil de Venmo y PayPal. Enormes sumas de dinero anónimo entran en mis cuentas para quién sabe qué tipo de actividades ilícitas.

—Me estoy volviendo paranoico —confieso.

Silas pone los ojos en blanco. No ha dicho demasiado desde que se ha sentado junto a Fenn y ha empezado a cenar, y no ha dejado

de deslizar su dedo por la pantalla del móvil.

—He visto *Uno de los nuestros* —continúo, y observo cómo un antiguo acólito de Duke me mira desde el otro lado de la habitación —. Esto parece la escena anterior a aquella en la que los federales me investigan.

Fenn suspira. Ha progresado en los últimos días, si es que terminar de comer con desgana puede considerarse progreso. Pero todavía está deprimido la mayor parte del tiempo. Enfurruñado por haber perdido a Casey y por la pelea interna que sea que tiene, que lo lleva a proteger sus secretos como si fueran los códigos de un lanzamiento nuclear. En ocasiones, sin embargo, se las arregla para mantener una conversación sobre algo que no sea una o las dos hermanas Tresscott.

El amigo de Duke se dirige hacia nosotros. Fenn lo conoce del fútbol, pero yo nunca he hablado con él. Se abre paso entre las mesas mientras se lleva una mano al bolsillo interior de la chaqueta. Yo también he visto esta parte de la película. En lo alto en mayo. Derribado en junio.

—Lo único que hice fue recibir unos puñetazos de Duke —le recuerdo a Fenn—. La gente ha matado por menos.

—Exageras un poco.

Aun así, una parte de mí se estremece cuando el chico se acerca y saca la mano del bolsillo. Pero no me apunta con un arma, sino que saca un rollo de billetes sujetos con una goma elástica y me lo desliza con tranquilidad por la mesa.

—El próximo viernes por la noche —me dice con un gesto cauteloso—. Tengo una partidilla de póker. Con tu permiso, por supuesto. Te invito a venir.

—¿Y a mí qué me importa? —Aparto el dinero—. Dile a la gente que deje de pedir permiso para todo. Haz lo que quieras.

Desconcertado, como si yo fuera el loco, se marcha con la frente arrugada y deja el fajo.

—¿Lo ves? —Le miro la espalda con el ceño fruncido mientras se marcha—. Es como hablar con una pared.

—Creen que es una prueba —explica Fenn—. Están confundidos.

—Dime cómo demonios justifico un cajón de calcetines lleno de montones de billetes de cien dólares cuando el FBI derribe nuestra puerta. —Al momento arrojo el dinero en mi bandolera y cierro la cremallera antes de patearla debajo de la mesa—. Para el caso, ¿cómo los desprogramo? Esta mierda ya no tiene gracia.

—Ojalá tuviera tus problemas —murmura Silas para sí.

Eso no es lo único mío que desea.

Fenn deja el tenedor y bebe un trago de agua.

—La brillante idea de pelear con Duke fue tuya. Sufre las consecuencias.

—¿De cuántas maneras tengo que explicarles que ya son libres? No quiero sus malditos sobornos.

—Apareciste hace un par de meses y pensaste que cambiarías el orden mundial de las cosas. —Fenn suena frustrado—. Pero es como la intervención de los Estados Unidos en Oriente Medio, tío. Son miles de años de cultura que no desaparecerán de la noche a la mañana. No mientras vivamos.

—No durante mi mandato.

Me subo a la silla.

—¿Qué narices haces? —protesta—. Siéntate, idiota.

—¿Podéis prestarme atención, por favor? —anuncio al comedor, y todos se callan, como si el mismo Dios hubiera hablado—. Parece que ha habido un malentendido. Algunos de vosotros no habéis recibido el memorándum.

—En serio, tío —insiste Fenn—. Cierra la puta boca.

—El antiguo régimen ha terminado —digo a mis compañeros—. Declaro una anarquía benévola en esta tierra. Aquí no hay líderes.

Me miran en silencio durante un momento. Expresiones en blanco. Entonces, las puertas del comedor se abren de golpe.

—Señor Shaw. —El señor Colson, miembro de la facultad de ciencias, frunce el ceño y señala el suelo—. Baje de ahí.

Me siento, todo vuelve a la normalidad de inmediato y las conversaciones invaden la sala.

—¿Ya estás contento? —pregunta Fenn, que sacude la cabeza—. Solo has conseguido convencerlos de que estás loco.

Poco a poco.

En el rincón más alejado, Duke se sienta con su lacayo, Carter. Ambos me observan; la expresión de Carter es asesina, mientras que la de Duke es una mezcla de fastidio y resignación. Sé que lo vuelve loco haber perdido el estatus de mandamás de Sandover, pero el hecho de que haya sido capaz de vaciarle la cuenta bancaria con tanta facilidad lo obliga a resignarse a aceptar ese destino.

Ahora, casi me arrepiento. Sí, vencerlo en la pelea y usar la amenaza de robarle de nuevo hizo que Duke dejara de amenazarme en los pasillos mientras se golpeaba el pecho. Pero echo de menos los días en que los tíos del instituto no me acosaban a diario para pedirme permiso para masturbarse.

Aparto la mirada de Duke e intento concentrarme en lo que dice Fenn.

—No les gustan los cambios. Están desubicados, y necesitan que los gobiernen. Crees que quieres una anarquía, pero no estoy seguro de que entiendas cómo va eso en estas condiciones.

—Preferiría algo como lo que ocurre en *El señor de las moscas* a esto —murmuro.

Silas levanta la vista del móvil y se burla de mí.

—A la mierda el numerito.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunto con recelo.

Desde la discusión con Sloane, Silas ha mantenido la distancia siempre que ha podido. Me ha dado la espalda en los entrenamientos mientras murmuraba comentarios sarcásticos. Supongo que hoy se siente audaz.

—Te quejas porque te cabrea recibir montones de dinero sin hacer nada —responde Silas—. No te gusta el acuerdo, bien. Pero ahórranos el falso numerito.

—¿Que soy falso? —Me pone de los nervios—. Mira, he dejado pasar algunas cosas porque respeto el juego, pero tuviste tu oportunidad con Sloane y fracasaste. Ahora estoy con ella, y eso no cambiará, así que puedes acostumbrarte o irte a la mierda.

—RJ, vamos —dice Fenn. Siempre tan diplomático.

Silas parece a punto de soltar algún comentario de despedida, pero se lo piensa mejor. En su lugar, recoge su bandeja y se marcha.

Fenn ladea la cabeza y me mira.

—¿Era necesario?

—Sí, lo era. —Cojo de nuevo el tenedor—. No voy a fingir que me afecta. Y tú tampoco deberías.

—Es mi amigo —añade, y se encoge de hombros.

—¿Tu amigo? —resoplo—. Entonces creo que deberías saber que tu amigo es el que me envió al bosque para que os encontrara a ti y a Sloane ese día. Te tendió una trampa.

Hasta ahora, me había resistido a contárselo a Fenn. Gracias a su momento de celos mezquinos, Silas ya había perdido cualquier posibilidad de reparar su amistad con Sloane. Pensé que el castigo ya se ajustaba al crimen, lo que significaba que no había necesidad de involucrar también su amistad con Fenn. Pero, si no se conforma con aceptar el castigo, no protegeré su reputación.

Capítulo 23

Casey

Nunca había estado aquí. Tan al norte de la laguna, en los estrechos puertos de montaña y las sinuosas carreteras comarcales. A Sloane nunca le han gustado los viajes por carretera y, bueno, yo no he conducido desde el accidente.

—Empieza a gustarte.

Lawson suena divertido mientras observa cómo saco una mano por la ventanilla para sentir el viento colarse entre mis dedos. El Porsche pasa a velocidades cada vez mayores junto a casas de campo que nos ven brevemente a través de los árboles.

—Quizá un poco —admito.

Él entrecierra los ojos.

—Nunca dejes que nadie haga que te avergüences de vivir, Casey.

No tengo ninguna buena razón para confiar en Lawson Kent. Su nefasta reputación lo precederá en esta vida y en la siguiente. Si la mitad de lo que dice la gente es cierto, es un borracho, un drogadicto, un mujeriego y, en general, carece de cualquier tipo de moral discernible. Pero es libre. Completamente libre y despreocupado. Nadie le dice lo que tiene que hacer, y él no se arrepiente de nada, no está en deuda con nadie.

Ahora mismo, solo quiero seguir su ejemplo, porque hay una especie de libertad en abrazar nuestro yo más primitivo. Pueden echarnos de este planeta en cualquier momento, de modo que, ¿por qué no disfrutar?

—¿Puedo intentarlo?

Me mira.

—¿Quieres conducir?

—Sin arrepentimiento, ¿verdad?

La sonrisa con la que me responde es casi de orgullo.

—Exacto.

Nos detenemos en un mirador mientras el sol se pone con rapidez en el horizonte. Salimos del descapotable y nos colocamos junto a la barandilla de madera. En el fondo, sé que Sloane ya se pregunta qué me ha pasado. Debería haber llegado a casa hace más de dos horas.

—¿Alguna vez has pensado que, cuando nadie sabe dónde estás, es como si hubieras escapado del tiempo? —pregunto en voz alta.

Podríamos desaparecer. Seguir conduciendo en la dirección equivocada y perdernos. Seguir perdidos. Convertirnos en otras personas. Inventar una nueva realidad y borrarnos de una existencia que siempre nos ha parecido inevitable.

—Todos los días —admite, y observa cómo el cielo se tiñe de púrpura y rosa—. Es como si, en algún lugar, todas las versiones posibles de nosotros estuvieran tomando todas las decisiones imaginables. —Se ríe entre dientes—. Lo que produce infinitas nuevas variaciones de nosotros en el universo. Te hace pensar: joder, ¿qué más da si me tomo otra copa o vuelo a Tailandia?

—O si robo un coche y doy una vuelta.

—O eso. —Se pasa los dedos por el pelo castaño claro, que le llega casi a los hombros, y se lo aparta de la frente.

Nunca había tomado en serio a Lawson, así que supongo que no me había dado cuenta de lo guapo que es. O de cómo su sarcasmo y crudeza ocultan la sinceridad de sus ojos cuando no intenta convencerte de su intenso deseo de estar siempre solo. Conozco ese instinto.

—¿Sabes?, empiezo a pensar que quizá no seas tan malo —bromeo.

—Cuidado —dice, y me entrega las llaves del Porsche robado—. No permito que difundas mentiras tan despiadadas.

Mientras me acomodo en el asiento del conductor, Lawson se abrocha el cinturón.

—Supongo que estás familiarizada con el cambio de marchas, ¿no?

—¿Eh?

—¿Has hecho esto antes?

—Oh, sí. Bueno, una o dos veces.

Sacude la cabeza con una risita genuina.

—No hay mejor manera de aprender.

Para sorpresa de los dos, pongo el coche en marcha y salgo de nuevo a la carretera. Por suerte, casi no hay tráfico.

—Es como ir en bici —digo cuando las marchas protestan ante mi cambio decidido.

Resopla.

Tardo unos cuantos kilómetros, pero le pillo el truco. Me vienen a la mente las clases que me dio mi tía durante las vacaciones de verano. Aunque su vieja camioneta Chevy era un poco menos exigente con el embrague que esta.

—¿Tienes hambre? —Veo un letrero de una antigua fábrica de productos lácteos y tienda de ultramarinos que elabora helados con la leche de sus propias vacas—. Tienen helado cremoso.

—Joder, es adorable.

—¿Qué?

—Estaba pensando en un bar, pero, sí, el helado suena bien.

Terminamos en el centro de un pueblito precioso. De los que tienen luces colgadas en la carretera entre las farolas y cafeterías con terraza que abren a la hora de cenar. Después de tomarnos el helado, decidimos dar un paseo por los escaparates de los pequeños negocios, que se conservan como en una cápsula del tiempo de la sociedad anterior a internet.

Llegamos a un parquecito en el centro del pueblo donde hay una mesa de pícnic. Me subo y me siento mientras lamo un trozo de caramelo antes de que resbale por el lateral del cucurucho. Ya hace demasiado frío para tomar helado, pero el mío se derrite a toda prisa a pesar de la temperatura fría del aire. Debería habérmelo tomado en una tarrina, como Lawson.

—Oh, tendría que habértelo dicho antes, pero no puedo quedarme hasta muy tarde —advierto a Lawson, que se sienta a mi lado y se lleva la cuchara a los labios—. Tengo que llegar a casa para dar de comer a mi conejita.

Hace una pausa y me mira despacio.

—Ah, vale. Bueno, tienes que trabajar en tu lenguaje sexual, pero puedo encargarme de eso. —Se muerde el labio, aunque parece que

solo es para no reírse—. ¿Cómo alimentamos al conejito? ¿Tienes un vibrador? ¿O solo con los dedos?

Casi se me cae el cucurucho.

—Dios mío. No. Lo digo en sentido literal. Tengo una conejita de verdad a la que alimentar.

Arruga la frente.

—Entonces, ¿no hablamos de tu coño?

—No. —Me arden las mejillas.

Un momento después, se echa a reír, con una risa profunda y genuina.

—Madre mía.

—¿Qué?

—Eres tan pura que me siento sucio solo por estar sentado a tu lado. ¿Tienes un conejo como mascota?

—¿Algo así? —Le cuento el rescate de la otra noche.

Mientras tanto, me mira fascinado, como si hubiera entrado en un pueblo remoto del Amazonas y descubierto una nueva especie. Tengo la sensación de que no se siente identificado conmigo.

Me lo confirma cuando dice:

—¿Quién coño eres, Casey?

—¿Qué? —Me pongo a la defensiva.

Parece un poco desconcertado, y se forma otro surco en su frente.

—Luchaste contra un puñado de zorros…

—No luché contra ellos…

—… para rescatar a un conejo huérfano, y ahora, literalmente, alimentas a mano al maldito animal, como la puñetera Blancanieves. La gente como tú existe en las películas animadas, no en la vida real.

—Hablas como Fenn. —Odio mencionarlo, pero se me escapa antes de que pueda detenerme.

Lawson resopla.

—Fenn y yo no nos parecemos en nada. Él es el príncipe de Disney para tu princesa de Disney. El tío se cree que es oscuro y taciturno, pero sufre el típico tormento superficial de las telenovelas

para adolescentes. No duraría ni un día en la misma casa que mi padre.

No se me escapa la amargura que tiñe su tono. Una vez, Sloane me contó que el padre de Lawson es una especie de supervillano, pero no me dio más detalles.

—¿Y cómo te atormenta tu padre? —pregunto con curiosidad. Lawson se queda extrañamente callado, y me arrepiento de haber preguntado. De repente, me doy cuenta de que podría haber cruzado la línea. Por lo que sé, ha sufrido maltrato doméstico o algo peor. Y yo, casi una extraña para él, soy la última persona en la que probablemente quiera confiar.

—Déjalo —le digo, y me acerco para tocarle una rodilla—. No hace falta que respondas.

Baja la mirada a mi mano. Me observa con extrañeza, pero no me la aparta.

—Sí, eso lo dejamos para otra ocasión —responde, y se encoge de hombros con desdén—. Háblame más de tu conejito. —Me guiña un ojo—. ¿Cómo funciona la lactancia? ¿Lo haces eructar después?

Sin inmutarme, muerdo un trozo de mi cono de barquillo.

—Utilizo una jeringuilla. Y no necesita eructar. Pero tengo que frotarle el botón con un algodón después de darle de comer para que vaya al baño.

—¿El botón? —repite sin comprender, y luego, cuando nota mis mejillas enrojecidas, aprieta los labios en una carcajada silenciosa—. Ah, ya veo.

—Básicamente, la acaricio hasta que ella termina y…

Exclama y se dobla hacia delante.

—Vale, necesito que pares. Por favor.

Ahora yo también me río. Suena como una locura, y horriblemente sexual, tal como lo he expresado. Pero me alegro de haber conseguido relajar el ambiente.

Cuando nos calmamos, me mira con una sonrisa torcida.

—Creo que estoy enamorado de ti.

Pongo los ojos en blanco.

—Cállate.

—Tan pura… —repite, más para sí mismo que para mí.

—No soy pura —argumento.

—Lo eres —me corrige—. Lo que significa que es probable que necesites pensar en lo que harás mañana

—¿Sobre qué?

—Control de daños con tus amiguitas. Debería haberte avisado antes, pero que te vean paseando por la calle con alguien con una reputación tan mala como la mía tiene sus consecuencias sociales.

—¿Como qué? ¿Todo el mundo pensará que lo hemos hecho?

—«Lo hemos hecho» —dice, como si estuviéramos en una telecomedia familiar.

—¿Ahora hay algo de malo en mi forma de hablar?

—No. —Lame el helado de su cuchara como si intentara ligar con él—. No si estás en Disney Channel.

—Si esta es tu patética estratagema para que no me gustes, no funcionará.

—Si lo hubiera intentado, ya habrías huido.

—Ja. Hazlo lo mejor que puedas, entonces. Sorpréndeme con tu depravación.

—De acuerdo, este semestre me he acostado con un par de profesores casados. Jack y Gwen Goodwyn.

—Oh. —No estoy segura de qué esperaba que dijera, pero no era eso—. ¿Habéis hecho un trío?

—Ojalá. Fue de uno en uno. Pero a la vez. —Suspira cabizbajo—. Los dos han dimitido, por desgracia. He estado bastante aburrido desde que se fueron.

Ahogo una carcajada.

—Sí, claro. Ya veo.

Me observa casi con simpatía por encima de su doble bola de helado de cereza negra.

—¿Te he escandalizado de un modo irreparable?

—No. —Estoy sorprendida, claro. Pero no escandalizada—. Supongo que no sabía que eras bisexual.

Se encoge de hombros.

—Las etiquetas son… limitantes. Las odio. No pienso en mí mismo como bisexual, gay o heterosexual. Me gusta el sexo, y me siento atraído por la gente; a veces de forma flexible.

—¿Sabes?, explicado así, suena extrañamente razonable.

—Pienso lo mismo.

No puedo negar que Lawson acostumbra a provocar las reacciones negativas que recibe de la gente. Se empeña en ponerlos de los nervios. Sloane no es tan diferente, aunque sus métodos sí. Sin embargo, al igual que mi hermana, creo que, en última instancia, Lawson quiere que lo comprendan. Mi hermana luchó para ahuyentar a RJ porque le gustaba mucho. Sabía que, cuando decidiera abrirle su corazón, él se lo habría ganado. Es manipuladora, y no trata a la gente de la mejor manera, lo que a menudo resulta contraproducente. Aun así, hay una lógica rota en ello.

—Dime algo —me pide—. Tú y Fenn lo habéis dejado, ¿verdad?

Me pongo alerta de inmediato.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Cómo que «por qué»?

Sonríe.

—Quiero decir *por qué.* ¿A qué se debe está ruptura repentina? Nadie cuenta nada.

No se equivoca. Solo hay cuatro personas en el mundo que saben lo que Fenn hizo esa noche. Cuatro que han mantenido este secreto entre nosotros. Y, aunque Sloane dice estar furiosa con Fenn, no he sentido que ella o RJ me hayan apoyado en esto ni una sola vez. RJ es leal con su hermanastro. Sloane asegura que me es leal, pero todavía habla con Fenn, le da detalles sobre mi vida académica y le explica cuándo me han castigado. ¿En qué mundo es eso ponerse de mi lado?

Así que, cuando Lawson pregunta, decido ser sincera en lugar de evitarlo o mentir. Porque quizá espero que él sea la única persona lo bastante egoísta para no ponerse de su parte.

—¿Qué recuerdas del baile de graduación? —pregunto.

Se queda, como es lógico, desconcertado, y arruga la frente ante la pregunta.

—Si te soy sincero, no mucho. Creo que me desmayé.

—Ya somos dos. —Me río por lo bajo—. Pero he descubierto hace poco que Fenn fue quien me sacó del coche.

Lawson parpadea.

—Madre mía, ¿hablas en serio?

—Y está grabado.

—Hostia puta. —Deja a un lado la tarrina de helado derretido y se gira para mirarme de frente—. ¿Estaba en el coche?

—No, y no sabemos quién estaba dentro. Aparece alguien más en el vídeo, pero no se le ve lo bastante bien para reconocerlo. Y Fenn se niega a explicar por qué no dijo ni una palabra de esto. Por qué me rescató y luego me dejó en el suelo. Inconsciente. Con una herida en la cabeza. —La ira hierve en mi interior—. ¿Quién hace eso?

—Es una cagada —afirma Lawson, lo que, viniendo de él, significa mucho.

—¿Verdad? —Sacudo la cabeza—. De modo que…, bueno…, puedes imaginar por qué eso rompería una relación.

—No me jodas. —Centra su mirada plateada en mí y busca una reacción—. Si te da una explicación convincente, ¿le perdonarás?

—No lo sé —admito—. Sea como sea, nunca lo olvidaré.

Está oscureciendo, así que tiramos la basura y volvemos al coche. Lawson está callado y pensativo; parece obvio que aún no se ha recuperado de lo que le he contado.

—Siento haberte soltado todo eso —digo, avergonzada—. Me he cargado la diversión.

—No, ¿qué? —Se estremece—. Dios, no. Estoy pensando qué plan desenfrenado, sucio y depravado tendré que organizar en nuestra próxima aventura para superar esto.

Levanto una ceja.

—¿La próxima vez?

—Podría planear un elaborado robo de una obra de arte, si eso te gusta más. En cualquier caso, hay opciones, y te animo a disfrazarte.

—Eso se parece sospechosamente a una segunda cita.

—¿Una cita? —Me lanza una mirada inocente—. Solo propongo un acuerdo provisional para futuras travesuras entre amigos.

—Eso suena muy bien —respondo con timidez.

A pesar de la inevitable reacción negativa que me traerá haber salido con alguien con un historial tan infame como Lawson, hoy me lo he pasado muy bien. Y, ahora mismo, eso me parece más valioso que protegerme contra los cotilleos.

—Eh. —Lo detengo un segundo cuando volvemos al Porsche—. Sé que quizá has pensado que estaba loca por la forma en que básicamente te he agredido en el instituto. Y, em, lo siento. Podrías haberme rechazado o haber sido un capullo, y, sin embargo, no lo has sido. Y me lo he pasado bien. De modo que…, sí, gracias.

Espero una réplica inteligente aunque un poco grosera. En cambio, se apoya en el coche y se cruza de brazos.

—De toda la gente que conozco, Casey Tresscott, eres la última con la que me comportaría como un capullo.

—Genial —digo, y contengo una sonrisa. Porque es posible que sea una de las cosas más bonitas que me han dicho nunca. Lo cual es un poco triste, si pienso en ello. Así que mejor no lo hago—. Pero, si alguien pregunta, no tenía ni idea de que habías robado el coche.

Esboza una sonrisa.

—Trato hecho.

Deberíamos irnos. Ha oscurecido y me da miedo mirar qué hora es. Seguro que Lawson tiene cosas mejores que hacer.

Pero él no se mueve, y yo tampoco. Estamos aquí, en medio de la nada, en un lugar sin nombre. Podríamos ser cualquiera. Lawson se acerca, o quizá soy yo. Me estremezco con la fría brisa otoñal porque, por un segundo, parece que Lawson Kent me besará.

Hasta que mis pies se despegan del suelo por completo cuando me sorprende un zumbido en el bolsillo.

—Oh, mierda —espeto cuando veo decenas de notificaciones de mensajes de texto, llamadas perdidas y mensajes de voz que parpadean en la pantalla.

—¿Qué?

—Debemos habernos quedado sin cobertura en algún momento. Me están llegando como un millón de mensajes.

Cada mensaje que aparece de mi padre o de Sloane es más dramático que el anterior. Y hay al menos otros tantos de Fenn.

Sloane debe estar desesperada si lo ha involucrado en la búsqueda. Vuelvo a la realidad cuando imagino a papá dando vueltas por la casa, pensando lo peor. A Sloane buscándome por el bosque.

—Tenemos que volver —le digo a Lawson—. Lo antes posible.

Capítulo 24

Casey

—Aunque me gustaría ser un caballero… —Está oscuro cuando Lawson se detiene junto a la entrada de ladrillo del campus de Sandover—, te dejaré aquí en vez de en tu casa.

—No te sientas mal por ello. Si mi padre no intenta que te detengan por secuestro, Sloane te rociaría con gasolina y encendería una cerilla —respondo mientras me desabrocho el cinturón de seguridad y abro la puerta del coche de golpe antes de que se haya detenido del todo.

—Entonces aquí te dejo, compañera rebelde.

—Oye, por curiosidad. ¿Qué vas a hacer con el coche?

—Oh, ¿esto? —Desliza las manos, de forma cariñosa, sobre el volante de cuero—. Probablemente lo deje en una plaza para minusválidos en la ciudad. El capullo del dueño se lo merece.

Lucho para no soltar una carcajada.

—Pues buena suerte con eso.

Tomo la mochila del suelo del asiento del copiloto, salgo del Porsche y me apresuro a cruzar el campus y volver a casa a toda velocidad.

Me alivia un poco ver que el patio delantero no está atestado de coches patrulla, pero todas las luces de la casa están encendidas y la tensión que emana del interior es palpable a medida que me acerco. Avanzo despacio por el camino de la entrada para recuperar el aliento, pero no puedo hacer nada para evitar el sudor de la carrera.

Justo antes de entrar, apago el teléfono.

—Hola, ya estoy en casa —saludo con lo que espero que sea un tono despreocupado—. Siento llegar tarde.

Antes de que cierre la puerta detrás de mí, papá entra en el vestíbulo y Sloane se abalanza desde la cocina. Se me echan encima y gritan palabras incoherentes, absolutamente atacados por el pánico y la ira.

—¿Dónde has estado toda la noche?

—¿Por qué no contestabas al teléfono?

—Hace horas que intento llamarte.

—Guau. ¿Qué está pasando? —Finjo sorpresa mientras me quito los zapatos—. No me había dado cuenta de que me he quedado sin batería.

Sloane resopla.

—Y una mierda. Déjame verlo.

—¿Por qué no has venido a casa con Sloane después del colegio? —interviene papá. Tiene la cara roja, casi palpitante, y en la frente se le marcan unas profundas arrugas.

—Jazmine me ha preguntado si quería pasar el rato y hacer los deberes juntas. Así que hemos ido a su dormitorio. Hemos estudiado, hemos visto un par de películas. Luego me ha traído a casa y ahora estoy aquí. No sé qué problema hay. Se lo dije a Sloane.

Los dos me pisan los talones cuando voy a la cocina a beber un vaso de agua y a servirme otro. Por lo que parece, empezaron a preparar la cena, porque hay verduras picadas y una olla de agua al fuego, pero debieron parar cuando no aparecí.

—Mentira —espeta mi hermana—. Me has dicho que Jazmine te llevaría a casa, no que pasarías el rato en su dormitorio.

—Dios mío. Ha habido un cambio de planes. No necesito tu permiso para hacer amigos.

—Ya basta —suelta papá.

—¿Desde cuándo se me interroga por llegar tarde a cenar? —Siento las mejillas calientes por la rabia. Sloane puede escabullirse y recorrer toda la ciudad sin que papá se dé cuenta. Yo llego a casa tarde una vez y esto parece una fuga de Alcatraz.

—¡Esto es serio, Casey! —grita papá en un tono que no había escuchado en años—. No me creo que seas tan desconsiderada e irresponsable.

—¡Tengo diecisiete años!

—Eso no significa que puedas hacer lo que quieras.

Algo en su inflexión, o quizá en todo lo que ha ocurrido esta semana, me pone furiosa, y no soy capaz de contenerme.

—Todos a los que conozco tienen una vida, papá. ¿Y yo qué? ¿Cuándo seré normal? Ya no soy una cría.

Resopla ante la pregunta y se frota la nariz con frustración.

—No puedes decidir pasar toda la noche fuera sin decirle a nadie dónde estás cuando te apetezca.

—¿Toda la noche? Son las nueve de la puta noche.

—¡Esa lengua!

—Lo siento. Pero, vamos, no es tan tarde. Y estábamos en la residencia de un colegio católico solo para chicas. —Frunzo el ceño —. ¿No se me permite tener amigas? ¿Es eso?

—Yo no he dicho eso. —Cruza los brazos contra el pecho—. Sabes que entre semana la hora límite es la de la cena. Si tiene que haber una excepción, tus amigos pueden venir a casa y presentarse. O tu hermana puede acompañarte.

—Espera —objeta Sloane en tono sombrío—. ¿Por qué me metes en esto?

—Esto es muy injusto. No puedes tenerme encerrada en esta casa. No soy tu prisionera. —Dejo caer el vaso en el fregadero y me dirijo a la nevera a por la leche para gatitos—. Ahora, si me disculpas, tengo que darle de comer a Silver.

Subo a mi habitación y doy un portazo, tiro la mochila a un rincón y enciendo el móvil. Sloane, por supuesto, no respeta los límites e irrumpe, porque es la única en esta casa con derecho a la intimidad.

La ignoro y abro un poco la caja de zapatos. En cuanto una pizca de luz penetra en la oscuridad, Silver chilla y se mueve sobre la suave toalla rosa que le he puesto como cama. Me invade una oleada de alivio, que dejo escapar en una respiración agitada.

—¿Aún está viva? —pregunta Sloane.

—Sí.

Cierro la caja y la dejo donde estaba mientras preparo la jeringuilla de leche y tomo unos cuantos algodones del recipiente de plástico de mi escritorio.

—Sé que mientes —me acusa.

—¿Por qué te mentiría? Está viva. Compruébalo tú misma.

—No me refiero a eso. —Mi hermana se apoya contra mi estantería con una postura combativa, con los brazos cruzados y la

cabeza ladeada—. No has salido con esa amiga tuya. ¿Quién era?

—Duke.

Casi se le salen los ojos de las órbitas y se queda completamente boquiabierta, pero soy incapaz de mantener la cara seria y me echo a reír de inmediato.

—Madre mía, relájate. Claro que no era Duke. Tenía que verte la cara.

Su sorpresa se convierte en frustración.

—Hablo en serio, Case. Sabes que me enteraré. No me obligues a investigarlo.

—Cálmate. Lawson y yo…

—¿Lawson? ¿Estás de broma?

—Hemos dado un paseo por el campo y hemos tomado un helado. Nada escandaloso. —Bueno, excepto por el Porsche robado, pero, en teoría, eso ha ocurrido antes de que me recogiera.

—Creía que eras más inteligente que eso.

—Por favor. Puedo manejar a Lawson. —Pongo los ojos en blanco, lo que hace que Sloane apriete los dientes.

—En serio. Aléjate de él —me ordena, y se coloca delante de mí —. No lo conoces. Sea lo que sea lo que te haya dicho, te aseguro que no hay nada bueno en sus intenciones. Es tóxico, y solo busca problemas.

¿Sí? Quizá quiero meterme en algún que otro lío. ¿Alguna vez lo ha pensado? Ser la hermana buena no me ha librado de sufrir más de una desgracia.

En voz alta, mi tono se vuelve ligeramente desafiante.

—¿Acaso sabes por qué piensas eso de él? ¿De verdad sabes algo de él? ¿Alguna vez has tenido una conversación real con él? Porque yo sí. Y ha sido muy amable conmigo. De hecho, es la primera persona en mucho tiempo que me hace sentir como un ser humano y no como un trozo de porcelana.

Sloane suspira y baja la voz.

—Créeme. Hay cosas que no entiendes.

—Ya, claro. Ya estamos con eso. Soy demasiado estúpida e ingenua, ¿verdad? Pero ¿sabes qué? No estoy segura de que eso sea cierto. Me parece que es algo que papá, Fenn y tú me decís para

mantenerme en una extraña jaula emocional. Porque Dios me libre de escapar de vuestros arbitrarios límites para experimentar algo por mí misma.

Se estremece.

—No es eso. Lo sabes. Solo cuido de ti.

—Vale, pues hazme un favor: deja de hacerlo. Tomaré mis propias decisiones a partir de ahora. —Aprieto la mandíbula—. Considérate relevada de tus funciones.

—Bien. —Sloane levanta las manos—. Diviértete con ese, pero no digas que no te lo advertí.

—Sí. Como quieras. Adiós.

Prácticamente la empujo fuera de mi habitación y cierro la puerta. Desde siempre, Sloane siente la necesidad autoimpuesta de actuar como si fuera mi madre, pero hace un tiempo que se ha vuelto asfixiante.

Esta noche, quizá por primera vez, puedo respirar. Lawson me ha dado eso.

Me acomodo en la cama y saco a Silver para darle de comer. Con su cuerpo diminuto y sin pelo, y sin ojos ni orejas visibles, parece más bien una criatura alienígena de una película de ciencia ficción. Y, sin embargo, ya estoy enamorada de ella. Según papá, heredé mi obsesión por los animales de mi madre. Al parecer, en una de sus citas, al principio de la relación, mamá encontró un gatito callejero de camino al restaurante y, en lugar de abandonarlo, lo recogió, a pesar de que estaba medio muerto de hambre y sarnoso, se lo metió en el bolso y siguió con la cita. Papá al final sospechó, ya que su bolso no dejaba de maullar durante la cena.

—Querías mucho a ese gato —le digo a mamá en voz baja—. Papá me contó que lloraste durante días después de que se escapara. Ojalá lo hubiera conocido.

Silver chilla mientras termina de comer. Estimulo su culito para que suelte la orina y las heces, que son de color verde amarillento. Se supone que eso significa que está sana. Después, le pellizco el cuello con suavidad para comprobar si está deshidratada y examino su cuerpo para asegurarme de que ningún centímetro de piel está azulado o arrugado. Cuando me convenzo de que está bien, la meto

otra vez en su cálido y acogedor nido y cierro la caja. Chilla un par de veces más antes de callarse.

Dios, quiero que sobreviva. Sé que es poco probable. Al menos, mi cabeza es consciente de ello. Pero mi corazón desea con desesperación que Silver viva.

El móvil me vibra en la mesilla de noche y suspiro cuando veo el nombre de Fenn.

Obviamente, debería ignorarlo. O apagarlo de nuevo, hasta que se dé por vencido. Salvo que, si Sloane no se molesta en decirle que todo va bien, Fenn aparecerá en mi ventana en mitad de la noche para exigir respuestas. O, peor, en la puerta principal. Y esta noche preferiría dormir bien.

—¿Qué quieres, Fenn? —respondo a la llamada en tono cortante.

—Casey, ¿qué coño? —Se produce una breve pausa—. No esperaba que contestaras.

—Bueno, aquí estoy. ¿Qué quieres? —repito.

—Sloane me ha llamado hace horas para preguntarme qué había hecho contigo. Como si hubiera tirado tu cuerpo a una zanja.

Ambos nos quedamos callados un momento mientras él se da cuenta de su desafortunada elección de palabras.

—Te he buscado por toda la ciudad. —Suena frustrado.

—Sí, he visto tus mensajes. Pero ya estoy en casa, de modo que guarda a los perros.

—¿Eso es todo? ¿No le vas a dar importancia a lo aterrorizados que estábamos todos? Sloane debía estar completamente fuera de sí para pedirme ayuda.

—No sé qué quieres que te diga. Os habéis vuelto locos por nada.

—Estábamos preocupados por ti. —Su voz se vuelve grave. Ronca —. Yo estaba preocupado.

—Así que, ¿ahora te debo algo? —Me río con aspereza—. ¿Se supone que tengo que hacer penitencia o lo que sea porque estabas preocupado?

—¿Qué? No —murmura—. Solo digo que… Podrías haber llamado a alguien. Mierda. Tu familia ha estado a punto de llamar al helicóptero y a grupos de búsqueda. Después de todo lo que habéis pasado…

—Oh, vale, genial. Cuéntame más sobre los traumas de mi familia. De hecho, si hay algo más sobre el tema que quieras añadir, soy toda oídos.

Siempre mete la pata.

—Lo siento. No quería… Solo digo… —Se detiene y ahoga una palabrota—. Estaba preocupado. Eso es todo.

—Es la última vez que te lo digo, Fenn. Deja de preocuparte por mí. Déjame en paz.

Cuelgo la llamada y tiro el teléfono sobre la cama. Luego aprieto los puños, tenso el cuello, y grito en silencio al amplio vacío del éter, hasta que me duele la mandíbula y me arde todo el cuerpo.

¿Por qué tenía que ser él?

Cualquier idiota podría haberse paseado por el cobertizo aquella noche. Cualquiera podría haberse escabullido del baile para beber o drogarse. Una pareja que se hubiera escapado para acostarse y sudar. Cualquiera menos Fenn.

De repente, me viene a la mente un pensamiento que me ha atormentado desde que descubrí la verdad, y que ahora toma fuerza cada vez que oigo hablar de él.

Casi preferiría que nunca me hubiera encontrado. Que me hubiera dejado sola en ese coche, para que me hundiera eternamente hasta que el resplandor rojo se hubiera apagado. Porque cualquier cosa sería mejor que sentirme así. Mi amor y mi odio están tan entrelazados que creo que ya no sé diferenciarlos.

El móvil me suena de nuevo. Y, aunque sé que no debería mirarlo, porque Fenn solo puede hacerme más mal que bien, no soy capaz de resistir el impulso de cogerlo.

Lawson: Buenas noches, chica mala. Tenemos que repetirlo alguna vez.

Capítulo 25

Fenn

—Me ha colgado —digo en voz alta, aunque RJ está pegado a la pantalla del ordenador.

—¿Qué esperabas?

Le miro la nuca con el ceño fruncido.

—No pedí que tu novia me metiera en esto.

—Vamos… —RJ se gira en la silla, y su mirada es acusadora.

—¿Qué he hecho? —exijo saber.

—No te juzgo, pero… —Se encoge de hombros—. No me digas que no pensabas que esta podría ser tu oportunidad de redimirte.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Solo digo que no puedes actuar como si no te hubiera emocionado un poco la idea de descubrir que Casey tenía problemas y tú una segunda oportunidad para ser el héroe.

—Tío, eso es una locura.

Se vuelve hacia su ordenador.

—Quizá me equivoque.

Lo que sea. Capullo. Entiendo que no se compadezca de mí, dado que Sloane está involucrada, pero es más que un poco manipulador hacer sonar las alarmas y ponerme nervioso solo para mandarme a la mierda sin ninguna explicación. Supongo que ya debería estar acostumbrado.

A pesar de la falsa alarma, me quedo con la extraña sensación de haber hablado con una impostora. Sonaba como ella. La misma voz e inflexión. Pero es una persona completamente distinta. Nuestra conversación me ha provocado un nudo en el estómago. Quienquiera que fuera la persona con la que acabo de hablar no era Casey. Todo está mal, y no tengo ni idea de qué hacer al respecto.

—Pero da mal rollo, ¿no? —digo mientras deambulo por nuestra habitación con el teléfono en una mano, mientras lucho contra el impulso de volver a llamarla aun sabiendo que debo respetar sus

límites—. Casey no desaparece durante horas y luego le dice a todo el mundo que la dejen en paz. Ella no es así.

—Evidentemente está pasando por algo —señala—. Hay que darle tiempo.

No es solo por esta noche. He oído que se mete en problemas en el instituto y que discute con las chicas en medio de las clases. Es como si su personalidad hubiera cambiado por completo y todos anduvieran por ahí sin darse cuenta.

—Me siento como si tomara pastillas para la locura —comento por encima del hombro hacia él—. Está claro que le pasa algo. Entiendo que siga enfadada conmigo, pero no es como si hubiéramos roto y ella hubiera decidido…

Me quedo en silencio cuando veo la mueca de extrañeza que pone RJ. Sentado en su escritorio, mira fijamente su teléfono.

—¿Qué?

Se resiste a mirarme.

—Tío, en serio. Si se trata de Casey, escúpelo.

—No hagas ninguna tontería —me advierte—. Sloane acaba de mandarme un mensaje.

—¿Vale…?

—Casey ha salido con Lawson.

Las palabras me golpean como si las hubiera dicho en otro idioma. Casi suelto una carcajada, porque sé que no lo he escuchado bien; debe de haber un cable suelto en mi cabeza. Entonces, la mirada sobria en su rostro me fulmina.

—¿Hablas en serio? ¿Lawson?

—Sí…

Salgo por la puerta antes de que RJ se levante de la silla.

Corro por el pasillo hasta la habitación de Lawson y abro la puerta de un tirón. El fuerte crujido que suelta al golpear la pared resuena por toda la planta. Silas salta del sofá al oír el ruido.

Lawson está en la cama con el portátil cuando irrumpo. Se sobresalta un instante, pero luego una sonrisa sarcástica se dibuja en su rostro y rompe el último hilo de autocontrol que me queda. Me abalanzo sobre él y le arranco el portátil de las manos, que sale volando por la habitación y se estrella contra el soporte del televisor.

Lawson trata de saltar de la cama con los ojos grises encendidos por la indignación, pero lo tumbo de nuevo.

—¿Casey? ¿Te has vuelto loco? ¿Qué le has hecho?

Silas se lanza hacia nosotros.

—Oye, ¿qué narices?

—Fenn, cálmate —dice RJ detrás de mí.

Me encojo de hombros y me quito su mano de encima.

—Contéstame, Lawson, o juro por Dios…

—Por mucho que me gusten las amenazas… —Esta vez me empuja y va a recoger su portátil del suelo—. Estaba en medio de algo.

RJ intenta agarrarme, pero no es lo bastante rápido. Con un gruñido de rabia, empujo a Lawson contra la pared.

—Fenn… —Me aparta de un empujón—. Me caes bien, pero, si me pones las manos encima una vez más, jugaremos a descubrir quién pega más fuerte.

—No estoy de broma. Sé que has estado con ella esta noche.

—Muy bien, ya es suficiente —ordena Silas, RJ y él se interponen entre nosotros—. Cálmate un segundo y dime qué pasa.

—Cállate, Silas. Tú también puedes irte a la mierda.

Se estremece, ofendido.

—¿Qué coño he hecho?

—¿En serio? Sé que me tendiste una trampa, cabrón turbio.

—¿De qué hablas?

—Fenn, vamos. —RJ tira de mí de nuevo—. No hagamos esto esta noche.

—No. —Le aparto la mano de un manotazo, porque esta noche parece el momento perfecto para darles caña a estos dos capullos—. Enviaste a RJ a buscarnos a Sloane y a mí ese día porque querías separarlos. Me usaste, y eres un amigo de mierda.

Silas se pone serio.

Sí, eso es lo que pensaba. Se ha quitado la máscara. Ya nadie se traga la mierda del chico de oro.

—Te juro que no tenía ni idea de que eras tú con quien había quedado —insiste Silas—. Nunca he querido hacerte daño.

—Lo que tú digas. —Que le venda esa moto a otro. Silas es la menor de mis preocupaciones ahora mismo—. Estoy aquí por él —espeto, y señalo con un dedo a Lawson, que está a su espalda—. Has pasado la noche fuera con Casey, y quiero saber qué coño tramas.

Levanta las manos en señal de rendición.

—Se subió a mi coche.

—No tienes coche.

—De acuerdo, se subió a un coche que yo conducía.

—Eso no tiene ningún sentido.

Lawson se aleja de la confrontación para tomar un vaso de la mesita. Está lleno hasta el borde de un líquido ámbar oscuro. Bebe un trago antes de continuar con su defensa.

—He ido al St. Vincent a recoger a otra chica y, entonces, Casey se me ha acercado brincando e insistido en que la llevara. —Se deja caer de forma despreocupada en un sillón con la bata abierta sobre el pecho desnudo; el pelo castaño claro le cae sobre la frente—. Hemos dado un paseo perfectamente inocente. Hemos hablado de su conejito…

Me abalanzo de nuevo.

—Imbécil…

—Un conejito de verdad —me interrumpe, y me detengo en seco —. Supongo que rescató uno el otro día. —Se encoge de hombros—. Yo también he pensado que se refería a su coño. Ha sido decepcionante. —Nota mi expresión rabiosa y se ríe entre dientes—. Lo siento. Chiste malo. En fin, eso es todo. Estaba enfadada con una chica del instituto y necesitaba despejarse. La he llevado a dar una vuelta en coche y luego la he devuelto de una pieza. —Me mira fijamente—. No ha pasado nada.

—Por tu vida.

—No le haría eso a un amigo, Fenn.

Suelto un suspiro, me desplomo sobre un brazo del sofá y me froto la cara.

—No, ya lo sé. Claro que no. Lo siento, colega.

Me tiende su bebida, que engullo de un trago ardiente. Lo siento cálido y acre en las tripas.

—Eh… —Sonríe—. Hay medio paracetamol triturado ahí, de modo que nada de conducir. ¿De acuerdo?

Lawson es un cabrón, pero no un mentiroso. No con sus amigos, al menos. Puede que sea una *red* flag andante, pero al menos es leal, por lo que sé que dice la verdad. Aunque no me haga ningún bien escucharla. Me mata que Casey busque apoyo en otras personas estos días. Yo era a quien acudía cuando estaba enfadada o necesitaba aclararse la cabeza.

«Es la última vez que te lo digo, Fenn. Deja de preocuparte por mí. Déjame en paz».

Sus frías palabras zumban en mi cabeza. Me duelen. Pero también sé que no le haré caso. Me preocuparé por ella, y no puedo dejarla sola. Mantendré las distancias, sí, pero hará falta mucho más que Casey se vaya de juerga con Lawson para que deje de preocuparme por ella.

Capítulo 26

Casey

—¡Me la has jugado!

La chillona acusación resuena en el pasillo a la mañana siguiente. Saco la cabeza del interior de mi taquilla y veo que Ainsley se acerca a toda velocidad.

—Hola. —Sonrío plácidamente y vuelvo a concentrarme en sacar los libros de historia y matemáticas para las primeras dos clases—. Hoy estás muy guapa.

—Zorra —escupe Ainsley—. Lo de ayer fue turbio.

Me meto los libros bajo un brazo y cierro la taquilla.

—No tengo ni idea de qué me hablas. —Levanto una ceja—. ¿Seguro que no eres tú la que olvida tomarse la medicación?

Se le enrojecen las mejillas. Está sola; su compañera Bree no aparece por ninguna parte. Apuesto a que está avergonzada por la forma en que Lawson la dejó plantada ayer y no quiere que sus amigas piensen en ello.

—No sé a qué juegas, pero Lawson Kent es…

—¿Es qué? —la interrumpo—. ¿Amigo mío? Sí, lo es. —Mi sonrisa se ensancha—. ¿Somos más que amigos? A veces.

—Y una mierda. Quizá me trague lo de la amistad, pero es imposible que un tipo así esté con alguien como tú. —Ainsley recupera algo de confianza y su tono se endurece—. Si ayer te folló, seguro que fue por lástima. Por echarle una mano a la loca psicópata. Puede que le preocupara que te suicidaras si te rechazaba.

—Ajá. Sigue diciéndote eso. —La miro divertida—. ¿Quieres algo más, Ainsley? Porque me gustaría ir a clase.

Me lanza una mirada furiosa.

—Aléjate de él. Y aléjate de mí.

—Eso último lo haré con mucho gusto —aseguro.

Por desgracia, es difícil cumplirlo si me siento literalmente detrás de ella y de Bree en clase de historia. Y casi siento cierta decepción cuando Ainsley me ignora todo el tiempo. Ahora que he encontrado el valor necesario, disfruto de bajarle los humos. Lamentablemente, se pasa toda la clase mirando al frente con los hombros tensos.

Como están a medio metro de mí, no puedo evitar escuchar su conversación. Hablan del baile de invierno, que se celebrará en Ballard el mes que viene. Ainsley se queja de lo injusto que es que solo las alumnas de Ballard puedan optar a ser reina del baile.

—Qué injusto. Habrías ganado seguro —asegura Bree, siempre tan aduladora.

—Lo dudo —responde Ainsley con modestia, y yo pongo los ojos en blanco—. Es evidente que será una alumna de último curso. Mila Whitlock. O quizá Amy Reid. Aunque el novio de Amy no puede ser el rey porque asiste al Sandover.

—Dios mío. ¿No te lo he contado? Ya no salen juntos —cotillea Bree—. Gray dice que han roto.

—No puede ser. ¿Silas Hazelton está otra vez soltero? —No puedo evitar soltar un bufido.

Con la espalda rígida como una barra, Ainsley se revuelve en su silla.

—¿Qué? —suelta.

—Nada. Es adorable ver que te tienes en tal alta estima. Primero Lawson y ahora Silas… ¿De verdad crees que tienes una oportunidad con ellos?

El rostro se le vuelve morado de ira, pero, antes de que replique, la hermana Katherine nos hace callar y nos ordena a todas que nos concentremos en nuestras tareas.

En la segunda hora, me siento junto a Jazmine, que me pide detalles sobre mi escapada con Lawson. Charlamos hasta que la hermana Mary Alice se acerca con la regla y la agita de forma amenazadora. Juro que a esta mujer le encanta el castigo corporal. En otra vida tuvo que ser una sanguinaria carcelera.

Más tarde, cuando suena el timbre del almuerzo, me dirijo a mi taquilla y veo que mi hermana me espera ahí. Sloane se pasa una mano por el pelo largo y oscuro y me mira con cautela. Después de

lo de anoche, todavía estamos un poco recelosas la una con la otra. Esta mañana, en el desayuno, no dejaba de mirarme, como si anticipara un ataque furtivo en cualquier momento.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Papá te espera fuera.

Me quedo boquiabierta.

—Perdona, ¿qué?

—Te ha mandado un mensaje, pero tienes el móvil apagado.

—Sí, porque estaba en clase —la interrumpo, irritada—. ¿Por qué está aquí?

—Oye, no dispares al mensajero. —Se echa hacia atrás y se encoge de hombros—. Solo me ha dicho que te espera fuera.

Mierda.

Nunca es buena señal que un padre aparezca en el instituto en mitad del día. Al menos sé que no es una emergencia; de lo contrario, habría incluido a Sloane en lo que fuera.

Cuando salgo y veo la cara de papá, mis sospechas aumentan de forma exponencial. Está apoyado en la puerta del acompañante de su todoterreno negro, lleva la americana de *tweed* y su expresión severa y dura me dice que va en serio.

Llego al final de la escalera y me acerco a él.

—¿De qué se trata? —pregunto en lugar de saludarlo.

No lo pasa por alto.

—Hola a ti también, cariño. —Me abre la puerta del coche y añade—: Tenemos una cita.

Estoy a medio segundo de girar sobre los talones y correr hacia el instituto, pero me doy cuenta de que no serviría de nada. Papá llamaría a la reverenda madre y, a lo mejor, esta me acompañaría personalmente al exterior.

Así que, a regañadientes, me meto en el asiento del copiloto y me abrocho el cinturón.

Él rodea el vehículo y se pone al volante. Echa un vistazo mientras pone el todoterreno en marcha.

—Siento aparecer justo a la hora de comer, pero era el único hueco que le quedaba libre esta semana. Si no, habríamos tenido que esperar dos para verla.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿A quién?

—La doctora Anthony. —Como un cobarde, mira fijamente al frente, demasiado asustado para enfrentarse a mi mirada asesina.

—¿Me tomas el pelo? Esto está peor que mal, papá. ¿Le harías algo así a Sloane?

—¿Qué quieres decir? —Sigue evitando mi mirada.

—Sabes exactamente a lo que me refiero. Si Sloane y tú os pelearais, ¿la sacarías del instituto al día siguiente y la llevarías a un puto psiquiatra?

—Esa lengua, jovencita.

Ignoro la reprimenda.

—Está bien, papá, puedes evitar la pregunta. Los dos sabemos que la respuesta es «no». No le harías eso. Porque Sloane es la fuerte, ¿verdad? —La amargura me arde en la garganta—. Ella no necesita un profesional que hurgue en su cerebro y trate de resolver por qué le molestaría que su padre pierda la cabeza porque ha llegado unas horas tarde después de clase.

—Esto no es solo por lo de anoche, Casey. Estás descontrolada. Un día te despiertas llorando por las pesadillas y al siguiente te muestras enfadada e insolente. La doctora Anthony te ayudará a regular…

—Para —le ordeno—. Deja de hablar.

Me siento tan traicionada que se me acelera el corazón. Me tiemblan las manos y las aprieto contra los muslos. Respiro.

—Sloane y tú sois increíbles —digo con rotundidad—. Si soy blanda y muestro mis sentimientos, es que me pasa algo. Si soy dura e intento controlar mis emociones, algo va mal. —Exhalo de una manera brusca—. Déjame ser yo misma.

Me mira con el rostro ensombrecido por la frustración.

—Eso intento, cariño. Pero no eres tú. Tú no eres así. No te castigan…

—A veces sí —lo interrumpo—. A veces me canso de que me acosen y se refieran a mí como la friki suicida que se tiró al lago. ¿De verdad me culpas por eso?

—No, pero… —Se interrumpe y mira de nuevo la carretera—. Veamos qué dice la doctora Anthony.



La doctora Anthony me hace pasar a su consulta treinta minutos después. Su clínica está en la tercera planta de un edificio de ladrillo en Parsons, la segunda ciudad más grande, a poca distancia en coche de Sandover. Calden, nuestra oferta de civilización más cercana, tiene una pequeña consulta médica y una clínica veterinaria, pero llevan un poco de retraso en lo que respecta a los psiquiatras.

Se cierne sobre mí y me hace un gesto para que me siente. Mide casi dos metros y tiene la figura de un junco, sin curvas a la vista. Lleva el pelo corto, con mechas grises. Y, aunque su rostro es anguloso, lo que debería darle un aire severo, irradia calidez.

—Me alegro de verte —dice una vez que nos hemos acomodado en los sillones de felpa, una frente a la otra. No es de las que te piden que te tumbes en un diván—. ¿Cómo has estado?

—¿Eso significa que mi padre no te ha puesto al corriente de mi total colapso mental? —pregunto con ironía.

La doctora Anthony esboza una leve sonrisa.

—¿Estás en medio de uno? —replica.

—Creía que no, pero, por la forma en que Sloane y él hablan de ello, cualquiera diría que necesito que me internen.

Me reclino en la silla, subo las rodillas hasta el pecho y apoyo los pies, cubiertos con los calcetines, en el borde de la silla. La doctora Anthony siempre te pide que te quites los zapatos en la recepción antes de entrar en su consulta. No me importa. Es acogedor.

—Han pasado siete semanas desde la última vez que te vi —dice mientras me mira con esos ojos astutos y suaves a la vez—. Ponme al día. ¿Aún te acosan en el colegio?

—No. Dejaron de hacerlo cuando empecé a defenderme. —Asiente.

—Ya veo.

—¿Qué? —Le lanzo una mirada desafiante—. ¿No lo apruebas? ¿No deberías alegrarte de que ya no me importe lo que piensen de mí?

Ella responde con una sonrisa amable.

—No me corresponde aprobar o desaprobar lo que hagas, Casey. No me toca a mí juzgar. Pero, según nuestras sesiones anteriores, antes sí te importaba lo que pensaban de ti. Lo que decían de ti. Te importaba mucho.

—Bueno, ya no.

—Ya veo. —Toma el bloc de notas de la mesa que hay junto a su silla y destapa el bolígrafo—. ¿Qué crees que ha cambiado?

—Yo —respondo simplemente.

La doctora Anthony me observa. Espera a que continúe. Es una de sus tácticas: esperar a que la otra persona ceda y revele sus secretos. Una vez vi un documental sobre interrogatorios policiales en el que uno de los detectives entrevistados decía que el silencio era la mejor herramienta de su equipo. A la gente no le gusta guardar silencio. Es demasiado incómodo, y nuestro instinto es acabar con él. Llenar el silencio. Y, cuanto más habla alguien, más detalles se le escapan.

Parece que yo no soy diferente, porque sigo hablando.

—Estoy desarrollando una piel más gruesa. La nueva y mejorada Casey. La fuerte.

—Ya veo.

—¿Podrías dejar de decir eso? —refunfuño. No hay condescendencia en su tono, solo una empatía genuina, pero, aun así, me molesta—. Mira, ¿quieres que te ponga al día? Vamos a ello. Todavía tengo pesadillas, pero no tan a menudo. Aún no recuerdo lo que pasó en el baile. Oh, pero ¡tengo una buena noticia! —El sarcasmo me quema la lengua—. He descubierto quién me sacó del coche aquella noche. Fue mi mejor amigo, Fenn, con quien, por cierto, empecé a salir hace unas semanas. —Me río de forma sombría—. No funcionó, como es obvio.

Pone los ojos como platos.

—Vaya. Eso es mucho que procesar.

Me abrazo las rodillas e ignoro las ondas de dolor en el estómago. Cada vez que pronuncio el nombre de Fenn, siento una reacción visceral. Me duele físicamente.

—¿Sería útil hablar de ello con más detalle? —me incita—. ¿Cómo te sentiste al descubrir que tu amigo estuvo involucrado en lo que ocurrió aquella noche?

La frustración me aprieta la garganta, y trago saliva. Dejo caer las piernas y cierro los puños sobre las rodillas.

—¿Sabes qué sería útil, doctora? Si pudieras ayudarme a recordar qué coño pasó esa noche.

Ni siquiera se inmuta ante mi lenguaje, pero me disculpo por costumbre.

—Lo siento, no debería decir palabrotas. —Levanto una mano para frotarme la sien, y me siento aún más frustrada. Atascada—. ¿Por qué no lo recuerdo?

—Sufriste un traumatismo craneal —responde con un tono suave y lleno de empatía—. Y te drogaron. Cualquiera de esos factores por sí solo podría haber afectado a tu memoria. ¿Todos juntos? No me sorprende en absoluto que seas incapaz de recordar lo ocurrido aquella noche. —Se coloca el bloc de notas en el regazo—. ¿Has estado meditando? La última vez que hablamos, dijiste que volverías a hacerlo.

—No lo he hecho. Cada vez que lo intento, mi mente divaga. La única vez que estuve a punto de recordar algo fue cuando hice la meditación guiada contigo —admito—. Entonces recordé la voz.

—La voz que decía que te pondrías bien, que estabas a salvo.

Asiento con la cabeza, y el corazón se me acelera de nuevo cuando me doy cuenta de que por fin sé a quién pertenece esa voz.

—Era Fenn. Fue él quien lo dijo, mientras me sacaba del coche que se hundía.

De repente, siento un escalofrío, como una sensación fantasma que me invade a veces. Mi cuerpo recuerda lo fría que estaba el agua. La espeluznante percepción de que me llegaba hasta el cuello y de que estaba a pocos minutos de sumergirme por completo. De ahogarme.

—Aún nos quedan treinta minutos de sesión. —La doctora Anthony busca mi rostro con la mirada—. ¿Te gustaría probar otra meditación guiada?

Trago saliva de nuevo y asiento.

Capítulo 27

Casey

El viernes por la noche, un mensaje de Jazmine me sumerge en una espiral de ansiedad.

Jazmine: Fiesta de Ballard en el lago. Te recojo.

Mi primer instinto es decir que no. No he vuelto allí desde la noche del baile de graduación, y solo ver esas palabras —«en el lago»— desencadena una respuesta física en mi cuerpo. Boca seca y dedos entumecidos. Mareos y respiración entrecortada. Parpadeos y destellos de una oscuridad fría y húmeda que me sube por las piernas, se apodera de mi garganta y me estrangula.

Debería negarme. Mantenerme lo más lejos posible de esa masa de agua asesina.

Entonces, otra voz me dice que es la Casey frágil la que habla. La flor marchita. La delicada princesa de porcelana y aire. ¿Qué ha pasado con la rebeldía? ¿Dónde queda eso de recuperar mi autonomía, volverme inquebrantable y anclarme de un modo implacable en el presente?

Pero hay algo más. Otro motivo que me llena de valor para enfrentarme a mis demonios de Ballard. No le daré a mi padre la satisfacción de decirle que tenía razón, pero…

Tiene razón.

La sesión con la doctora Anthony era exactamente lo que necesitaba. No porque esté al borde de un colapso, sino porque necesito con desesperación avanzar.

Necesito recordar. No puedo seguir viviendo así, sumida en este enorme vacío negro donde reside la verdad de aquella noche.

Aun así, la idea de volver sin el apoyo adecuado me asusta un poco. Jazmine es genial, pero apenas nos conocemos. De modo que llamo a Lucas.

Responde casi al instante.

—Hola, ¿qué pasa?

—¿Vendrías conmigo a una fiesta de Ballard en el lago esta noche?

Se produce un breve silencio.

—¿Hablas en serio?

Me río ante su tono sorprendido.

—Lo sé, no es lo que esperabas oír, ¿verdad?

—No. —Él también se ríe, y luego se pone serio—. ¿Seguro que es una buena idea? ¿Podrás con ello?

—Creo que sí. Sobre todo porque puede que haya recordado algo de lo que ocurrió en el baile.

Oigo su respiración entrecortada.

—Hostia puta. ¿En serio?

—Algo así. Hice una meditación guiada con mi psiquiatra. Algo parecido a la hipnosis. Básicamente, he intentado desbloquear los recuerdos.

—Claro, ¿no lo habías intentado antes? Tu psiquiatra dijo que creía que los recuerdos siguen en algún lugar de tu mente y que solo necesitas sacarlos a flote.

—Exacto.

—Vale, bueno, no me tengas en vilo —se queja—. ¿Qué has recordado?

Tomo aire.

—«Puedo llevarte».

—No lo entiendo.

—Recordé haberle dicho eso a alguien en el baile.

Parece insignificante, pero esas tres palabras son enormes. El primer fragmento de claridad que tengo sobre esa noche.

Todavía no me creo que hayamos conseguido sacar una pepita de recuerdos de mi testaruda cabeza. La última vez que lo intentamos, fue como extraer una muela. Esta vez, ha sido mucho menos difícil. Como cuando juegas por primera vez a un videojuego y te resulta imposible pasarte un nivel, porque intentas abrirte paso entre muchas incógnitas, pero, después de conocer los trucos, te resulta más fácil avanzar. Mientras la doctora Anthony me inducía a un

estado de relajación, me sentí transportada al baile de graduación casi al instante.

En ningún momento he olvidado la primera parte de la noche: conduje hasta Ballard con Sloane, vi el nombramiento del rey y la reina del baile, bailé con mi hermana y sus amigas. Después de eso, todo se vuelve confuso. Lo único que recuerdo son formas borrosas y destellos aleatorios.

Muchos cuerpos. Vestidos elegantes.

Doy vueltas. Bailo.

Mis dedos alrededor de un vaso. Risas.

Mi memoria es como un queso suizo, llena de agujeros. No puedo ver lo que ocurre dentro de esos agujeros; las imágenes son borrosas, indescifrables, y luego se vuelven totalmente negras.

Pero, esta vez, uno de los agujeros se ha llenado. Escuché con mucha claridad que mi voz decía: «Puedo llevarte». Y, mientras lo hacía, miraba algo rosa. Recuerdo vívidamente un destello de color rosa.

—Me ofrecí a llevar a alguien, pero no le veo la cara —le explico a Lucas—. Y recuerdo haber visto el color rosa.

—¿Rosa? —repite sin comprender—. ¿Era un vestido? ¿Un color de pelo?

—No lo sé.

—¿Podría haber sido una chica con quien hablabas?

Respiro. No se me había ocurrido. Por alguna razón, siempre he supuesto que la persona que conducía el coche era un chico, pero no tengo motivos para pensar que no fuera una chica. Las imágenes de la cámara de seguridad solo mostraban una figura sombría con una sudadera que corría delante de la cámara. La altura y la complexión sugerían que era un chico, pero no estoy del todo segura.

—Es una posibilidad —digo en voz alta.

—Espera, esto plantea otra cuestión —añade Lucas—. Si tú fuiste la que se ofreció a llevar a alguien, ¿eso no implica que eras tú la que conducía?

—Fenn dice que me encontró en el lado del pasajero.

—¿Seguro que Fenn no mentía?

Me muerdo el labio.

—No creo.

—Vale, entonces eso significa que a quienquiera que le ofrecieras llevarlo acabó al volante. ¿Por qué?

—No lo sé. —Me vibra el móvil en el oído—. Espera un segundo. Me ha llegado un mensaje.

Jazmine: Salgo enseguida. ¿Estás abajo?

—Es Jaz. Conduce esta noche. ¿Vienes o qué? —le pregunto a Lucas.

—No puedo —responde en tono tímido—. Tengo una cita.

—¡¿Qué?! —De inmediato, olvido mi propio drama—. ¿Desde cuándo? ¿Quién es?

—Una chica que conocí por internet. Le gustan los videojuegos.

—¿Eso es todo? ¿No me das más detalles?

—Por ahora —responde, y casi veo cómo pone los ojos en blanco al otro lado de la línea—. Primero quiero ver cómo va la cita. Después decidiré si hay algo más que contar.

—Me parece bien.

—Estaremos en el cine de Parsons, así que tendré el móvil apagado, pero escríbeme más tarde para decirme cómo va en la fiesta. Cuídate.

—Te lo prometo.

Colgamos y le envío un mensaje a Jaz para decirle que me apunto. Tengo que hacerlo. No puedo seguir escondiéndome en esta casa, asustada hasta de mi propia sombra. Me hice una promesa. Vale, bueno, quizá es más un pacto con el diablo. Pero he decidido abrazar a la zorra mala que llevo dentro y rebelarme. ¿Cuánto tiempo puede alguien vivir aterrorizado por todo lo que lo rodea antes de que su personalidad se marchite y olvide cómo ser una persona?

Después del accidente y de todos los rumores, pensé que quería estar sola, mantener a todo el mundo a salvo al otro lado de unos muros gruesos y resistentes.

Ahora me doy cuenta de que esos muros eran mi prisión, no la suya.

Casey, la chica mala, no se sienta en su habitación enfurruñada a compadecerse de sí misma. No la asusta un lago ni los susurros entre los árboles. Imagino que, si Lawson estuviera aquí sentado ahora mismo, sonreiría y ladearía la cabeza. Me incitaría a ponerme un delineador negro grueso y a escandalizarlos a todos.

Se acabaron las lágrimas.

Cuando Jaz me manda un mensaje para decirme que está de camino, meto algo de ropa y maquillaje en una mochila, porque de ninguna manera me dejarán salir de casa si parece que voy a una fiesta.

Papá está en el salón, agachado delante de una estantería y tiene unos juegos de mesa amontonados a su alrededor sobre la alfombra.

—¿Quieres jugar al *Scrabble* con tu hermana? —Me mira por encima del hombro—. También tenemos el *Risk,* el *Sorry…*

—Paso de la noche de juegos. Jaz me ha invitado a estudiar en su residencia.

Se sienta sobre los talones y la decepción se refleja en su rostro.

—Es viernes por la noche. ¿La vas a pasar estudiando?

—Solo un rato. Luego veremos ese *reality* malísimo con el que Jaz está obsesionada en su portátil. Es posible que me quede a dormir, si te parece bien.

—¿Estás segura? —insiste—. Podríamos jugar al *Pandemic.* O al *Monopoly.*

—Sloane hace trampa.

—Todo el mundo hace trampa en el *Monopoly.*

Sloane entra en el salón, se deja caer en el sofá y enciende la tele.

—De todos modos, tampoco me quedo a la noche de juegos. RJ viene a ver una película.

Papá se levanta y refunfuña en voz baja.

—Supongo que me prepararé una taza de té y leeré en el estudio.

—Lo siento —me disculpo. Me vibra el móvil en la mano y le echo un vistazo—. Es mi coche. Tengo que irme.

Y salgo corriendo antes de que se les ocurra detenerme.

Casi me zambullo en el asiento del copiloto del tres puertas blanco de Jazmine, y ella lo interpreta como una señal para salir disparada de allí.

—¿Has robado la casa al marcharte? —me pregunta con una sonrisa.

—No, pero casi me secuestran para pasar un rato en familia.

—En ese caso, de nada.

Nunca me había desvestido en un coche a sesenta kilómetros por hora, pero consigo cambiarme de ropa y solo me doy golpes en los codos contra todo. Fuera hace más frío, así que me decanto por unos tejanos ajustados y un jersey ceñido. Jaz, por su parte, opta por un vestido corto. Es negro y parece un jersey acanalado. Es de manga larga, pero apenas le cubre los muslos.

—Te morirás de frío —digo mientras me maquillo en el espejo del visor.

—A veces hay que sufrir para estar buena —contesta con ligereza mientras conduce por la carretera casi a oscuras que rodea el lago, en dirección al campus de Ballard.

—Estás muy guapa —admito. Cierro la polvera y saco el brillo de labios.

Me pongo un poco y vacilo antes de volver a hablar, pero decido que es mejor avisarla en lugar de sorprenderla.

—Oye, para que lo sepas… No he vuelto a ese lago desde el accidente —confieso—. He estado en el campus. Es decir, dentro del colegio. Pero no aquí fuera.

—Oh, mierda. No tenía ni idea. ¿Quieres que demos la vuelta?

—No, está bien.

Me deshago la coleta y me pongo la goma alrededor de la muñeca. Luego me peino con los dedos y dejo que el pelo me caiga por encima de los hombros. No me lo he cortado desde el verano, así que lo llevo más largo de lo normal.

—¿Estás segura?

—Sí. Solo quería que lo supieras por si me asusto o algo. Pero creo que estoy bien, de verdad. Mira… —Extiendo las palmas de las manos—. Firme como una roca.

Me escruta un momento, como si midiera mi sinceridad.

—Vale. Pero, si necesitas irte, dímelo. Te sacaré de ahí sin hacer preguntas.

Su sinceridad me conmueve. Hacía mucho tiempo que no tenía una amiga que me apoyara realmente.

Capítulo 28

Casey

Hay una docena de coches estacionados a lo largo del camino de barro que lleva al lago. Nos detenemos en un arcén cubierto de maleza alta que se dobla formando una alfombra verde y abro la puerta del acompañante.

—¿No vamos al cobertizo? —pregunto, incapaz de disimular el alivio en mi voz.

—No, aquí es donde mi hermano me ha dicho que vengamos —responde, y me enseña el móvil—. ¿Ves? Me ha enviado la ubicación.

El lugar marcado en el mapa está en la orilla sur del lago. El cobertizo para botes está al este, directamente en el campus. De hecho, creo que esta parte del lago es posible que sea de propiedad pública. Lo que me lleva a preguntarme si la gente de la fiesta de Ballard ha tenido que trasladarse porque el cobertizo y los alrededores están ahora más vigilados desde mi accidente.

Jaz mete una mano en el asiento trasero y saca una linterna de pilas para iluminar el camino hacia el sonido de la música. A través de los árboles, vislumbro pequeños destellos de luz en movimiento, como luciérnagas en la oscuridad. Al fin, veo el cálido resplandor anaranjado de una hoguera. El olor a humo es denso y enseguida se impregna en mi pelo y mi ropa, hasta que incluso la boca me sabe a llamas.

Mientras atravesamos los árboles y diviso la oscura extensión de agua, me preparo. Espero. Pensé que venir aquí desencadenaría algún tipo de reacción. Que tendría *flashbacks* o un ataque de pánico. Pero no ocurre nada.

El alivio es inmenso. Lo suficiente para sonreír y morderme el labio con torpeza para ocultar la emoción mientras nos acercamos a la fiesta. La música resuena entre los árboles y se extiende por el extenso lago, hacia las lucecitas de las casas lejanas. Las sombras

bailan a nuestro alrededor, las figuras se proyectan en inquietantes fragmentos alrededor de la hoguera.

—Vamos a tomar algo. —Jaz me empuja hacia un grupo de gente alrededor de un barril.

Mis pies se clavan en el suelo y permanezco inmóvil un momento. Llegar hasta aquí era una cosa. Hablar con la gente, que me vean… es otra. Hay fantasmas por todas partes. Rostros de una vida no tan lejana.

Jaz no estaba la primera vez que volví a Ballard después del accidente, y aquellas caras, que solían ser amistosas, se habían vuelto agrias. Qué sola me sentía cuando todas las habitaciones se sumían en el silencio en cuanto entraba. La muerta viviente. Qué humillante fue escuchar los rumores que se arremolinaban a mi alrededor y que extendieron las que yo consideraba amigas.

—¿Necesitas que te lleve? —bromea.

Dejo escapar un suspiro.

—No hay nada que unas copas no puedan arreglar, ¿verdad?

—Ese es el espíritu.

No me doy cuenta hasta que estamos demasiado cerca para echarme atrás de que algunas de mis antiguas amigas del equipo de animadoras están entre los que rodean el barril. Me tenso mientras espero la embestida. Pero, cuando pasan la mirada por mi rostro y siguen hablando entre ellos, me doy cuenta de que ni siquiera se han fijado en mí.

—¿Me sirves una de esas? —le pide Jaz a un chico guapo, que tiene el grifo en una mano.

—Claro. —Sonríe y toma un vaso rojo del montón—. ¿Te he visto antes por aquí?

Sonríe con timidez.

—Te acordarías si hubiera sido así.

—Creo que tienes razón. —No puede apartar la mirada de sus piernas desnudas.

Me alegro por Jaz. De verdad. No lleva aquí ni dos minutos y ya ha encontrado a alguien con quien ligar. Pero su intercambio atrae la atención de mi antiguo equipo, y, cuando Gillian levanta la vista de

su vaso y parpadea, sé que mi efímero anonimato ha saltado por los aires.

—Dios mío. Casey. —Me mira como si acabara de llegar empapada y cubierta de barro.

Las otras chicas se giran al unísono.

—Ni siquiera te había reconocido —suelta Gillian.

—Vaya, hola —me saluda Alex. Dirige la mirada, inquieta, hacia sus amigas—. ¿Qué tal?

—¿Cómo va todo? —Suelto una carcajada que llama la atención de Jaz.

Me interroga con una ceja levantada mientras le da un sorbo a su cerveza. Hago un leve movimiento de cabeza para indicarle que lo tengo controlado.

Mientras tanto, Alex desvía la mirada en un intento frenético de no toparse con mis ojos.

—Sí. Ha pasado tiempo.

—¿Y por qué crees que ha pasado tanto tiempo? ¿Quizá porque le contaste a la gente que me tragué un bote de pastillas y me tiré con el coche al lago para abortar a mi bebé secreto?

Jaz escupe la cerveza en el vaso.

—Oh, mierda.

—Casey, vamos —interviene Gillian, con tristeza—. Ya sabes…

—¿En serio, Gillian? Ahórratelo. —Sacudo la cabeza y ella abre mucho los ojos—. No actúes como si aún fuéramos mejores amigas. La próxima vez que escribas mi nombre en un retrete, al menos intenta disimular tu letra.

Se le ponen las mejillas más rojas que el pelo.

Jaz chasquea la lengua.

—Eso no mola, Gillian.

—Vale, espera un segundo…

—No, tengo una idea mejor. —Le quito la cerveza al amigo mono de Jaz y le doy un trago—. ¿Qué tal si os vais todos a la mierda para siempre y yo disfruto otra vez?

En ese momento, agarro del brazo a Jazmine y salimos disparadas mientras un subidón de adrenalina me recorre el cuerpo como nunca antes. Es estimulante.

Hubo una vez en que fueron mis mejores amigas. Gillian. Alex. Darcy. Eran personas en las que confiaba. Con las que habría ido al fin del mundo. Hasta que resultó socialmente más aceptado volverse contra mí. Entonces se convirtieron en las peores abusonas. Difundieron horribles rumores sobre mí tras el accidente, a pesar de que lo que más necesitaba era su apoyo. Cuando volví al instituto, después del accidente, me di cuenta de que era una marginada. El blanco de todas las bromas.

—Llevabas tiempo esperando hacer eso —ríe Jaz cuando hacemos una pausa alrededor de la hoguera.

—Ni te lo imaginas.

De repente me siento liberada. De la vergüenza, del miedo. Tengo esa sensación de cuando te enfrentas a tus matones y te das cuenta de que ya no tienen poder sobre ti.

—Oh, ahí está Theo —dice Jaz, que señala a alguien al otro lado del fuego. Me toma de una mano y me arrastra con ella—. Ven a conocer a mi hermano.

Aunque no me lo hubiera dicho, habría sabido al instante que Theo era su hermano. El parecido es asombroso, aunque él mide unos cincuenta centímetros más que ella.

Lleva una camiseta con el logotipo del equipo de fútbol de Ballard, una cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra. Ninguno de los dos vicios parece adecuado para una carrera deportiva de éxito, pero Jaz me ha dicho que es la estrella del equipo.

La expresión de Theo se llena de curiosidad y se inclina para darme un abrazo mientras suelta una nube de humo que me quema los ojos.

—¿Cómo es que no nos conocemos? —me pregunta, y luego mira a su hermana, como si fuera la culpable.

—Porque acabamos de hacernos mejores amigas —dice Jaz—. Lo que significa que aún no puedes ligar con ella. Déjame disfrutar de esto un rato, ¿quieres?

Resoplo, y Theo finge inocencia.

—¿Cuándo he ligado yo con tus amigas, Jazzy?

—Te las has ligado a todas desde que estaba en tercero, Theodore. Lo digo en serio. No la toques. —Me mira—. Créeme, me

lo agradecerás más tarde. Es demasiado mujeriego para ti.

Hablamos un rato con Theo, hasta que se aleja cuando una chica atractiva le llama la atención.

—Eh —le digo a Jaz, que ha bebido la cerveza a paso de tortuga. Como conduce ella, me ha prometido que esta noche no se tomará más de dos copas, pero me sabe mal ver cómo mece su única copa —. ¿Estás segura de que no quieres beber más? Podríamos dejar tu coche aquí y volver a casa en Uber.

—No, está bien. —Toma otro sorbito—. De todas formas, no me importaría tener la cabeza más despejada esta noche. Ya sabes, por si acaso…

Sé que lo dice por si me derrumbo y, aunque siento una punzada de culpabilidad, también estoy agradecida de tener a una amiga como ella.

—Pero…, si no me voy a emborrachar, necesito otra forma de entretenerme —comenta con una sonrisa pícara—. Echemos un vistazo a los chicos. ¿A quién crees que debería ligarme esta noche?

Me río y le sigo el rollo. Echo un vistazo alrededor del fuego y veo a varios candidatos prometedores, pero Jaz tiene otra idea en mente.

—Oye, mira. —Me da un codazo—. Mira quién es.

Me giro y veo a Bree, del St. Vincent, sentada en un tronco junto a su novio, Gray. Lleva la chaqueta de Letterman de él, y solo se le ven las piernas desnudas. Tiene un vaso rojo entre las manos y se ríe de algo que ha dicho Gray.

Siempre olvido que esos dos salen juntos. Sloane cree que Gray está con Bree porque no supone un gran esfuerzo y es fácil de impresionar, pero yo opino que es una elección extraña para él. Estuve en casi todas las clases de Gray durante primero y segundo, y siempre fue agradable. Inteligente, divertido. No puedo decir que sea un abusón, aunque tiene amistades cuestionables. Es el mejor receptor del equipo de fútbol de Ballard, lo que conlleva su propio bagaje social.

—¿Quién es él? —pregunta Jaz.

—Gray Robson. Juega al fútbol.

—Bien.

No deja de admirar a Gray, que probablemente sea uno de los chicos más guapos de la fiesta con su pelo castaño, ojos azules y brillantes, y un rostro amable. La camiseta negra de Under Armour le marca el pecho ancho y los brazos esculpidos; no me extraña que Jaz se haya fijado en ellos.

—¿Sabes qué? Creo que me has inspirado. —Algo en su voz me da mala espina.

—¿En serio?

—Ajá —canturrea Jaz, que le da un trago a su cerveza—. Le robaste el novio a Ainsley el otro día. Creo que me quedaré con el de Bree.

Se le escapa una sonora carcajada.

—No debería animarte. Va en contra de mi filosofía feminista.

—¿Pero?

—Pero esas dos me han hecho la vida imposible desde que empezaron las clases. —Me encojo de hombros—. No me caen nada bien.

La antigua Casey habría sentido algo de compasión por Bree; es tan dolorosamente tonta que, a veces, me pregunto si entiende la mitad de las maldades que Ainsley suelta. Pero la ignorancia no es excusa para quedarse callada y contemplar cómo tu amiga destroza la autoestima de alguien.

De modo que, cuando Bree se aleja para unirse a un grupo de chicas que le hacen señas para que se acerque, no me resisto cuando Jaz pregunta:

—¿Me presentas?

Un momento después, nos acercamos a Gray.

Arquea las cejas al verme.

—¿Casey?

—Hola, Gray. ¿Cómo te va?

—Bien. —Me sorprende que se levante y me dé un abrazo. Nunca hemos sido muy cercanos, pero él es futbolista de Ballard y yo era animadora aquí, de modo que supongo que tenemos un pasado—. ¿Cómo estás?

—Genial —respondo—. El St. Vincent es increíble. Tu novia ha conseguido que me sienta muy bienvenida.

Me lanza una mirada irónica.

—Ah, ¿sí?

—Oh, sí. Bree es muy simpática. ¿Adónde se ha ido? Quería saludarla. —Miro por encima de un hombro y veo que Bree y su grupo se están yendo de la fiesta—. ¿Se marcha?

—Sí, se van de bares por la ciudad.

—Así que, ¿te han abandonado? —Acerco a Jazmine a nosotros—. Esta es mi amiga Jazmine, por cierto.

—Encantada de conocerte —dice ella mientras lo evalúa—. Casey me ha contado que juegas al fútbol.

—Sí. ¿Eres aficionada?

—No, pero puedo serlo. —Lo toma de una mano y lo arrastra hacia un tronco—. Vamos a sentarnos. Quiero escucharlo todo sobre el fútbol.

Gray no sabe lo que lo espera cuando ella ocupa el sitio a su lado, donde estaba Bree hace un momento. Antes de que entienda lo que pasa, Jaz ya le ha lanzado un hechizo seductor. Veo cómo le mira las tetas y luego baja la mirada por sus piernas desnudas. Jaz se inclina hacia él y le toca un brazo de forma juguetona. El tío está perdido y aún no se ha dado cuenta.

Decido darles un poco de intimidad y deambulo alrededor del fuego mientras disfruto del calor en las mejillas. Y entonces lo veo: Oliver Drummer.

Oliver es la quintaesencia del chico popular. Quarterback. Guapísimo. Asquerosamente rico y, en general, intocable. Normalmente, es el tipo de chico del que me mantendría alejada, pero esta noche se supone que no le tengo miedo a nada, ¿verdad? Así que ¿por qué no tratar de ser una persona que no se siente intimidada por alguien así? ¿Por qué no decirme a mí misma, aunque solo sea por esta noche, que soy la chica popular con la que sale en todas las fotos del anuario? Cosas más raras han pasado en el bosque.

Oliver parece sumido en sus pensamientos junto a la hoguera, pues mira fijamente las llamas. Está solo, algo extraño, lo que casi equivale a pintarle una diana gigante en el pecho. Me acerco a la hoguera y me pongo a su lado.

—Piensas demasiado —comento cuando me mira para ver quién soy.

—¿Qué?

—Es una fiesta. No deberías estar tan serio. —Levanto una ceja—. ¿Qué te preocupa?

—Ah. —Sonríe para sí mismo, casi con timidez—. Solo repaso jugadas en mi cabeza. Tenemos un partido con nuestros rivales la semana que viene.

—¿Por eso bebes cerveza?

—¿Quieres saber un secreto? —Oliver se inclina hacia mí—. Es un refresco. —Me guiña un ojo conspirador—. No se lo digas a nadie.

—Te lo prometo —aseguro—. Con una condición.

—Oh. —Se lame el labio inferior y sonríe—. ¿Cuánto me costará?

—No mucho. Solo dime que sabes bailar.

Me rodea la cintura con un brazo musculoso y habla contra mi pelo.

—A tus órdenes.

Oliver me acompaña hacia los otros cuerpos que bailan a la luz de los faroles y proyectan sombras salvajes entre los árboles. Aquí, la música suena más alta y la gente se mueve con los ojos cerrados en el poco espacio que hay entre ellos. Piel con piel. Sudados.

No pienso en mi aspecto. No dejo que la timidez se cuele mientras me divierto. En cambio, me veo reflejada en los ojos de Oliver. La forma en que parece casi hipnotizado mientras bailamos. Fascinado, incluso.

—¿Quién eres? —me pregunta, perplejo.

—Un producto de tu imaginación. —No sé por qué lo digo, salvo que no estoy preparada para que la verdad se inmiscuya en la fantasía.

—Estudias por aquí, ¿verdad? ¿Cómo es que nunca hemos salido de fiesta juntos?

Me limito a sonreír y sigo moviéndome a un ritmo que es casi sobrenatural por la forma en que se me mete en las venas. La música es hipnótica, y quiero conservar esta sensación de misterio que he creado a mi alrededor, aunque sé que solo es algo fugaz.

En el momento en que lo pienso, aparece Mila. La preciosa morena se ha enrollado con Oliver en alguna ocasión y era la mejor amiga de Sloane en Ballard, al menos antes de que nos traicionara a las dos, como el resto.

Cuando se da cuenta de con quién baila Oliver, Mila enarca una ceja, como si me hubiera pillado robando.

—Vaya, vaya. Eres la última persona que esperaba ver aquí.

—Una respuesta al fin. —Oliver deja de bailar con una sonrisa triunfal—. ¿La conoces? —le pregunta a Mila.

Ella lo mira como si fuera tonto.

—Es la hermana de Sloane Tresscott, Casey.

—¿En serio? —Se queda boquiabierto, y supongo que se pregunta cómo no me ha reconocido—. Joder.

Me atrevo a decir que casi parece impresionado.

—¿Me traes una copa? —le pide Mila a Oliver, que capta la indirecta y se marcha con una última sonrisa encantadora. Su expresión se vuelve seria cuando me mira de nuevo—. No intentas robarme a mi chico, ¿verdad, Tresscott?

Hubo un tiempo en que Mila me intimidaba. Es extrovertida, enérgica y a veces despiadada; el tipo de persona capaz de poner a todo un comedor en tu contra. Y eso es justo lo que hizo conmigo, demostrando que mis temores estaban más que justificados.

Ahora, aquí de pie, casi no recuerdo qué me convenció de que no era rival para ella.

—¿Por qué no debería? —replico—. Te lo merecerías por los rumores que difundiste. No hay honor entre ladrones, ¿verdad?

Espero una respuesta mordaz. En su lugar, se desinfla.

—Joder. Debería haberme disculpado hace tiempo. —Pone una mueca de dolor—. No, no debería haber sido tan zorra. Lo siento, Casey. Por todo.

—Guárdatelo para Sloane. Es a ella a quien traicionaste.

Mila suspira y baja la mirada al suelo.

—Lo haría si me hablara.

—¿Qué esperabas? Ya sabes cómo es. Se llevará el rencor a la tumba.

—¿Cómo está? —La triste esperanza de su cara casi me avergüenza. Tengo la impresión de que echa de menos a mi hermana. Debe de ser horrible y aleccionador darse cuenta de que, quizá, no valía tanto la pena echar por tierra su amistad.

—Está genial —le respondo, porque no fingiré que Sloane no ha avanzado sin la compañía de Mila—. Siempre tiene los labios pegados a los de su nuevo novio, RJ.

—Sí, lo conocí en el último partido de fútbol. —Su expresión esperanzada se disuelve para dar paso a la envidia—. Está buenísimo.

—¿Quién está buenísimo? —exige Oliver, con los ojos entrecerrados, mientras vuelve con dos vasos de cerveza.

—Tú —responde Mila en tono inocente, y acepta uno de los vasos —. ¿De quién si no estaríamos hablando?

Me guiña un ojo cuando él no mira, y no puedo evitar sonreír de mala gana en respuesta.

—Toma. —Me ofrece el otro vaso—. Parecías un poco deshidratada, Tresscott.

—Gracias. —Doy un sorbito y siento la mirada curiosa de Mila mientras lo hago.

Oliver extiende las manos, una hacia mí y la otra hacia Mila.

—Vamos. Las dos. He decidido que tengo que poner celosos a todos los demás tíos bailando con las dos chicas más buenas de la fiesta.

Mila le toma la mano entre risas y deja que él tire de ella. Luego me mira, expectante.

—Vamos.

Resoplo.

—Ya, claro.

Pone los ojos en blanco.

—No tenemos que ser amigas, Casey. Solo es un baile.

Sigo dudando, pero, cuando echo una mirada hacia el fuego y veo a Jazmine y Gray susurrándose, ella casi en su regazo, no me imagino alejándola de él. Y Oliver es un buen bailarín.

Me bebo de un trago casi la mitad del vaso y pongo la mano en la palma de Oliver. La cierra alrededor de la mía y nos lleva a Mila y a

mí hacia la multitud de bailarines.

Capítulo 29

Lawson

—Verde para mareado, morado para perderé el puto conocimiento…

Es mi voz. ¿Creo? Alguien responde, pero es como si estuviéramos hablando bajo el agua. No le encuentro sentido a nada. No hay contexto.

Abro los ojos con un gemido. Me trago la frustración y luego tomo un sorbo de bourbon. Me rindo. Esto de recordar es jodidamente difícil.

Desde mi paseo improvisado con Casey, he intentado hacerle un favor y recordar la noche del baile, pero quizá sea hora de dejarlo. La verdad es que había ingerido tantas sustancias ilegales que, aunque tuviera un recuerdo claro de aquella noche, sería imposible confiar en su veracidad.

Todo es una gran confusión inducida por las drogas.

Recuerdo frases sin sentido que puede que dijera o no.

Recuerdo una música terrible.

Creo que me chuparon la polla en algún momento en el oscuro pasillo fuera de los vestuarios, pero parece un recuerdo defectuoso por parte de mi cerebro, porque también creo que la persona que me la chupó era Silas… Lo que significa que es una tontería, porque uno, es imposible que eso ocurriera, y dos, cuando recuerdo la mamada en cuestión, me veo pasando los dedos por una melena larga. Lo que definitivamente descartaría a Silas y su corte de pelo.

Los únicos recuerdos seguros que tengo, los que podrían verificar terceros, tienen lugar después de que empezara el caos. Buscando a una Casey desaparecida por los pasillos con Silas. Los ojos salvajes y frenéticos de Sloane mientras nos agarraba a todos por el cuello, uno por uno, y exigía saber si habíamos visto a su hermana.

—Oye, ¿quieres jugar al billar?

Fenn aparece en mi puerta, un poco avergonzado. Desde que me acusó de intentar desflorar a su chica, ha sido muy amable conmigo.

Supongo que se lo agradezco. Es decir, mis intenciones no siempre son las mejores, y sí, flirteé con ella, como hago con todas, pero no me insinué.

Levanto una ceja.

—Esta noche hay una fiesta en Ballard. ¿No vas?

—No pensaba ir.

—Pues yo sí. Estoy esperando a que vuelva Silas. Sus padres han venido a la ciudad para ver el torneo de su hermana, y se lo han llevado a cenar.

Al escuchar su nombre, una nube oscura se apodera del rostro de Fenn.

—Que le den a Silas. El cabrón me tendió una trampa.

Me encojo de hombros.

—Sí, no esperaba que te importara.

Tomo otro trago de bourbon y lo miro por encima del borde del vaso.

—Hace años que quiere acostarse con Sloane. Vio una oportunidad y la aprovechó.

Fenn resopla.

—Y obviamente a ti te parecería bien.

—No me importa lo más mínimo. Tu sucia aventura con Sloane habría salido a la luz de todos modos, hermano. No puedes tener secretos con una chica como Casey. Habrías tenido que confesárselo en algún momento.

Se le tensa la mandíbula.

—¿Me equivoco?

—No —acepta a regañadientes—. Pero Silas es de todos modos un capullo por lo que hizo.

—Hablando de Silas y pollas —digo, y ladeo la cabeza—. ¿Qué posibilidades habría de que me la chupara?

—Ninguna —responde al instante, y me mira fijamente—. ¿Intentas ligarte a tu compañero de habitación?

—No. Solo quiero probar una teoría —respondo vagamente.

—Da igual. Mueve el culo y juguemos hasta que te despejes. Necesito dejar de pensar un rato.

Acabamos en el salón, donde nuestra partida se vuelve competitiva desde el principio, cargada de insultos. Aunque Fenn es un buen deportista, no sabe guardar rencor, y ese es un rasgo valioso que la gente siempre subestima.

—¿Qué pasa? —se burla para distraerme y que no me dé cuenta de que está a un par de tiros de ganar la partida—. ¿Han castigado a tu cita?

—¿Sabes qué es lo peor de ti? —Vuelvo, y meto la última bola rayada en la tronera lateral de un tiro por banda. Sí, no hay forma de que no gane—. No se me permite hacer chistes de «tu madre» cuando dices algo así.

—Al menos sé que no puedes acostarte con ella.

—Sería vergonzoso si intentaras dejarme ganar. —De forma despreocupada, meto la bola ocho, que se tambalea en el borde de la tronera, y pongo fin al juego—. ¿Cómo vamos? ¿Dos partidas a cero? Apostemos mil a la siguiente.

—¿Qué tal si lo apuntas en mi cuenta? —dice Fenn mientras recoge las bolas para colocarlas de nuevo.

—Me gusta cómo piensas. —Me toca romper. Alineo el tiro y envío dos bolas lisas a troneras opuestas—. ¿Dónde está Remy esta noche?

—¿RJ? Con su mujer, ¿dónde iba a estar?

—Tu hermanastro es un asco —suelta Duke en tono sarcástico.

Nos giramos y lo vemos entrar en el salón con una cerveza en una mano. Ya nadie oculta el contrabando al director de la residencia. El señor Swinney sabe que tiene más posibilidades de dominar a una manada de caballos salvajes.

Duke se deja caer en un sillón de cuero y lo gira para ver la mesa de billar.

—Y es pésimo gobernando el instituto.

Pongo los ojos en blanco.

—Joder. ¿Ya estás otra vez con esto?

—Tío, creo que es hora de que vayas al psicólogo —le dice Fenn —. Ya basta.

—Todos saben que tengo razón. No quieren admitirlo, pero me echan de menos. Sabes que es verdad.

Fenn se encoge de hombros.

—¿Sí? Quizá, si eres amable con él, te devuelva el puesto. Tampoco lo quiere, en realidad.

—A la mierda. Al final lo recuperaré. —Duke se lleva la cerveza a los labios y da un largo trago.

—Yo propongo que retes a ese cabrón a una revancha. —Carter, el lacayo de Duke, se revuelve en el sofá mientras aporta su granito de arena a la conversación.

Mientras le paso la tiza al taco, sonrío a Carter, que finge no verme. Lleva en el armario desde que lo conozco, y solo sale de vez en cuando para arrodillarse delante de mí después del entrenamiento de natación. Me gusta mucho más cuando tiene la boca ocupada.

—Es demasiado cobarde para pelear dos veces —añade Duke—. Sabe que la primera vez fue pura suerte.

—Sigue diciéndote eso —responde Fenn, y se inclina hacia delante para enviar una bola rayada a la tronera de la esquina.

—Mierda, deberíamos haber ido a Ballard esta noche —suelta alguien. Un par de estudiantes de último curso están tirados en el sofá del fondo, y uno se ha enderezado con la mandíbula abierta y mira fijamente su teléfono.

—¿Qué pasa? —Su amigo se inclina para ver la pantalla.

—Echa un vistazo a este TikTok de la hija del director bailando de modo sensual con una chica.

—¿Sloane?

—Tío, no. La puñetera Casey Tresscott.

El taco que sostiene Fenn se estrella contra el suelo antes de que el tipo termine de pronunciar el nombre de Casey. En un abrir y cerrar de ojos, Fenn cruza la habitación y le arrebata el móvil de la mano.

—Oye, qué cojones, tío.

—Cállate —espeta Fenn.

Mientras mira el vídeo, apoyo el taco en la mesa y me acerco para mirar por encima de su hombro. Desde el móvil, el sonido metálico de la música y los gritos incoherentes llenan la habitación.

Es difícil distinguir con exactitud lo que ocurre en el vídeo granulado. Veo la cara de Casey y a un tipo encima de ella. También hay otra chica.

Entrecierro los ojos.

—Creo que esa es Mila.

—Y Oliver —gruñe Fenn.

Un segundo después, tira el teléfono contra la pared.

—¡Eh, cabrón! —objeta el de último curso.

—Ven conmigo —apaciguo al chico enseguida, porque me doy cuenta de que Fenn no está en condiciones de lidiar con un enfrentamiento ahora mismo—. Yo me ocupo de ti.

Fenn se acerca a Duke con una mano extendida.

—Las llaves. Necesito que me prestes tu coche.

—¿Qué gano yo?

—Que no te asesine —respondo con una sonrisa.

Duke pone los ojos en blanco, se levanta y rebusca en el bolsillo. Saca un juego de llaves, pero, en lugar de dárselas a Fenn, sonríe.

—Yo conduzco.

Resoplo con suavidad.

—Bueno, esto será divertido.

Capítulo 30

Fenn

La fiesta está en su clímax cuando llegamos. Y llamamos la atención a los cinco segundos de aparecer. Las chicas se acercan para ofrecernos sonrisas y abrazarnos. Los chicos del equipo de fútbol nos dan palmadas en los hombros y nos chocan el puño. Viejos amigos y conocidos nos saludan a gritos.

Los ignoro a todos y busco a Casey entre la multitud. El vídeo la mostraba en la sombra, por lo que busco en la oscuridad, donde baila la mayor parte de la gente. Unas figuras oscuras chocan entre sí, apenas visibles.

Duke me golpea en un brazo.

—Está allí.

Sigo su mirada y mis hombros se tensan. Todavía baila con Oliver, aunque no veo a Mila por ninguna parte. Casey está de espaldas a su enorme pecho, con los brazos levantados, mientras se mueve al ritmo de la canción pop que suena en los altavoces portátiles de alguien. La hoguera calienta lo suficiente para que nadie lleve abrigo, y muchas de las chicas visten con camisetas de tirantes. Para mi alivio, Casey lleva un jersey de manga larga y vaqueros, pero, por la forma en que se frota contra Oliver, podría estar desnuda.

Formo dos puños con las manos mientras observo cómo la persona que más me importa baila con otro tío. Como si sintiera mi presencia, Casey levanta la cabeza y sus ojos azules se encuentran con los míos. Entonces, prende el fuego de la ira y el resentimiento.

Me mira con el ceño fruncido y se gira para darme la espalda. Apoya las manos en los anchos hombros de Oliver y agita las caderas. Yo necesito de toda mi fuerza de voluntad para no ir hacia allí y apartarla de él.

—¿Estás bien? —gruñe Lawson.

—¿Me haces un favor? —digo con los dientes apretados.

Él inclina la cabeza.

—Interrúmpelos.

Ahora levanta las cejas.

—¿Estás seguro?

Me enfurece infinitamente tener que enviar a Lawson en mi lugar para que vigile a Casey, pero, por la forma en que sus ojos han brillado cuando se han cruzado con los míos, sé que no tengo ninguna posibilidad de que me deje acercarme a ella sin una discusión tremenda. Así que me obligo a mantener las distancias.

—Te necesito como mi apoderado. Ve allí y asegúrate de que no está demasiado borracha.

—¿Me estás convirtiendo en la niñera? —Suspira—. Tío, tengo una bola del ocho lista para meter.

—Por favor. Solo un ratito. Ve a verla.

Si alguien me hubiera dicho que enviaría a Lawson Kent a poner sus sucias manos sobre la chica con la que estoy obsesionado, me habría reído en su cara. Pero aquí estoy, viendo cómo mi amigo se pasea por la fiesta. Atrae las miradas codiciosas de chicas y chicos por igual. Con el pelo despeinado, los tejanos desteñidos y la camiseta gris, uno nunca pensaría que es el heredero de un imperio multimillonario. La mayoría de las veces, parece un tipo que acaba de arrastrarse hasta casa desde un bar de mala muerte.

No hay peor sensación en el mundo que ver cómo a Casey se le ilumina la cara al ver a Lawson.

Hijo de puta.

Quizá haya sido un error.

Pero entonces, su alegría se desvanece y la reemplaza una ligera sospecha. Él levanta las manos y sé que le dice esa tontería desconsiderada de «quién, ¿yo?» que siempre emplea cuando intenta convencer a alguien de que no trama nada malo.

Cuando Casey se vuelve para hablar con Oliver, que sonríe y le dice algo al oído antes de marcharse, una nueva oleada de celos hace que me hierva la sangre. Ella y Lawson se acercan a un tronco, se sientan y empiezan a cuchichear entre ellos mientras yo los observo atónito.

—¿De verdad que has enviado a Kent? —Duke se ríe—. ¿Estás loco?

Lo ignoro y camino con las piernas rígidas hacia los barriles. Un chico de primero me sirve una cerveza aguada. Envuelvo los dedos alrededor del vaso y me alejo sin dejar de vigilar de cerca el fuego y de estudiar a la multitud.

Veo al capitán del equipo de fútbol de Ballard con una chica en el regazo y una mano en su camiseta. Me sorprendo un poco al ver a la ex de Silas con sus amigas; parece animada, contándoles una historia que las hace reír. Siempre olvido lo guapa que es Amy. Tiene un aire amable, como Casey, pero no me despierta el mismo deseo ardiente que ella. Aun así, cuando nuestras miradas se cruzan, inclino mi vaso hacia ella y Amy esboza una sonrisa tensa antes de darse la vuelta.

Apenas llevo un minuto solo cuando Mila se me acerca. Viste una falda corta, negra, y un top transparente que deja ver el sujetador negro. Lleva el pelo oscuro recogido en una coleta y me sonríe con los ojos brillantes.

—Te veo muy solo, Bishop.

—No, estoy bien.

Miro fijamente a Casey y Lawson. Casi aplasto el vaso de plástico cuando ella se ríe de algo que él dice.

—A Lawson le gustan más experimentadas, ¿no? —Mila frunce el ceño y luego suelta una carcajada—. Supongo que se está quedando sin opciones. Se ha enrollado con todo el mundo en un radio de ocho kilómetros.

—¿Tú incluida? —No puedo evitar burlarme.

—Por supuesto. Enrollarse con Lawson Kent es casi un rito de iniciación. —Mila se acomoda, enlaza su brazo con el mío y apoya la cabeza en mi hombro—. Se aplica la misma norma a enrollarse con Fenn Bishop.

Pongo los ojos en blanco, pero no la suelto. Quizá sea bueno tener a alguien en quien apoyarme, literalmente, porque estoy tan tenso que temo desplomarme.

De acuerdo, puede que Mila no sea la mejor persona en quien apoyarme. Antiguamente fue una amiga, y, sí, salimos en primero, antes de que me expulsaran de Ballard, pero eso también fue antes de que apuñalara a las Tresscott por la espalda. Por lo que cuenta

Sloane, Mila es la fuente del rumor que hizo que Casey pasara de ser una víctima a una psicópata en busca de atención.

El recuerdo desencadena una sacudida de ira que hace que me aleje de ella.

—¿Por qué lo hiciste?

Ella frunce el ceño.

—¿Hacer qué?

—Volverte contra Casey.

Su expresión es dubitativa. Me quita el vaso de la mano y bebe un trago antes de desviar la mirada hacia Casey. Luego habla con una voz apagada.

—Porque soy una zorra.

—¿De verdad, esa es tu excusa? —Se le escapa una risa áspera—. Tu amiga Connie le dejó una maldita camisa de fuerza en su taquilla.

—¿Qué quieres que te diga, Fenn? —Suena cansada. Avergonzada —. Hice algo horrible, ¿de acuerdo? Se suponía que era una broma. Estábamos todos sentados, y yo pensaba que era muy conveniente que no recordara nada. Pensaba que se habría drogado para llamar la atención y que habría conducido hasta el lago.

—A mí no me parece una broma —suelto en tono frío.

—No dije que fuera una buena. —Me devuelve la cerveza—. Y no pensé que mis amigos seguirían con el tema. Que llegaría tan lejos. Le he pedido perdón a Casey esta noche, si sirve para algo.

—En realidad, no.

—Madre mía, sois unos imbéciles rencorosos. Echo de menos a Gabe. Nunca se tomaba las cosas tan a pecho.

Yo también echo de menos a Gabe.

Si estuviera aquí, tal vez yo no estaría de pie entre las sombras con Mila Whitlock mientras Casey está a cuatro metros de distancia y quiere verme muerto. Tal vez tendría las respuestas que necesito. Pero no está aquí, y no puedo vender a mi mejor amigo sin la certeza de que fuera el responsable del accidente. Sobre todo, cuando le debo una.

Aún no hemos recibido respuesta de Gabe, y eso empieza a frustrarme, porque no quiero acosar a RJ a diario con el tema. Hasta ahora, he conseguido parecer más despreocupado que desesperado

al preguntarle si Gabe ya ha respondido. Pero, si no recibimos noticias suyas pronto, quizá tenga que tomar medidas drásticas para hablar con él.

Me pregunto si será muy difícil entrar en una escuela militar. Tengo la sensación de que podría lograrlo. O contratar a un equipo de mercenarios para que lo sacasen. Eso sería una locura.

—Lo que tú digas. Me aburro. —Con eso, Mila se va a toda prisa con Oliver.

Me bebo el resto de la cerveza, tiro el vaso al suelo y escucho un bufido burlón detrás de mí. Me giro y veo a otra chica con la que me he enrollado.

—Hay una bolsa de basura como a un metro y medio —me informa Rae Minato. Se echa el pelo largo y negro por encima del hombro y pasa a mi lado para recoger el vaso que he tirado.

—No la había visto —respondo a la ligera.

Se deshace del vaso y vuelve donde estaba contoneando sus largas piernas y emanando atractivo sexual. Hacía siglos que no la veía, aunque no me importa.

—¿Has terminado de mirarme? —pregunta.

—¿Quieres que lo haga?

Rae pone los ojos en blanco y se coloca a mi lado. Lleva los tejanos desgastados casi incrustados a esas piernas interminables, y una sudadera corta y azul de Ballard le cuelga de un hombro pálido.

—¿Por qué estás solo, Fenn?

Le doy un codazo en un brazo.

—No estoy solo, Rae. Tú estás aquí.

Ella ignora el comentario y desvía sus ojos, increíblemente oscuros, hacia el fuego, y luego los entrecierra.

—¿Quién es la que está con Lawson? No deja de mirarnos.

—¿Sí? —Me da un vuelco el corazón. ¿Casey nos está mirando?

—Bueno, nos está fulminando con la mirada, mejor dicho.

Fulminando con la mirada, ¿eh? Esa es una buena señal. Significa que sus sentimientos por mí no se han extinguido por completo. Uno no siente celos por alguien que ya no le importa.

—Es la hermana de Sloane —digo.

Cuando una brisa le echa un poco de pelo a la frente, me adelanto a sus dedos y le coloco los mechones detrás de la oreja.

Rae se echa a reír.

—Ya… No me interesa.

—¿Por qué no? ¿No nos divertimos aquella noche en segundo año? Fue en casa de Molly, en Nantucket. ¿Te acuerdas?

—Fue en Martha's Vineyard, y lo recuerdo. —Su tono es mordaz —. Aunque quisiera repetir, que no es el caso, no estoy de acuerdo en que me utilices para poner celosa a otra chica. Tus payasadas de mujeriego han pasado de moda, Fenn. —Y se larga.

Maldita sea. La chica que recuerdo de segundo año era mucho más dulce. Vale, me merecía cada una de esas palabras. De todos modos, no planeaba enrollarme con Rae ni nada parecido, pero estaba disfrutando con las miradas asesinas que Casey nos lanzaba.

Me paso una mano por el pelo y me dirijo hacia el fuego. Mila y Oliver están sentados con Casey y Lawson, y con Gray Robson y una chica morena que no reconozco. Los hombros de Casey se tensan cuando me acerco. Luego me sorprende al esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Qué? ¿Te has liado con esa chica? —pregunta burlona—. Debes de estar perdiendo facultades.

Lawson se ríe. Traidor. Cuando ve mi ceño fruncido, se encoge de hombros para justificar que le ha parecido gracioso.

Mila mira fijamente a Casey.

—Maldita sea, Tresscott. Cada vez me recuerdas más a Sloane.

Sí, así es, y no me gusta. Porque ella no es así. No niego que Sloane está buena, pero tiene mucho carácter. A algunos chicos les gustan las chicas de personalidad fuerte, y no hablemos de lo mucho que le pone a mi hermanastro. Pero yo no quiero una relación conflictiva.

«Relación».

El hecho de que la palabra se haya colado con tanta normalidad en mi conciencia es un indicativo de lo loco que estoy por esta chica. Nunca me habían importado las relaciones. Nunca he querido tener una. Entonces, conocí a Casey, y, por primera vez, me imaginé como el novio de alguien.

Su novio.

Y tuve que ir y destrozarlo todo. Porque eso es lo que hago. Destrozo las cosas. Cada vez que tengo que decidir entre dos caminos —el correcto o el incorrecto—, tomo el equivocado. Incluso cuando creo que es el bueno, me explota en la cara.

De repente, unos gritos atraviesan los árboles entre la música. Todos nos giramos y nos damos cuenta de que es el ruido de la gente al desnudarse y correr hacia el lago. Veo sujetadores y ropa interior. Calzoncillos y bóxeres. Algunos se meten desnudos y se cubren el trasero con las manos mientras se lanzan al agua negra.

—A eso me refiero —dice Oliver, que se levanta de un salto. Ayuda a Mila y pone un acento británico bastante decente—. ¿Te apetece nadar, cariño?

—Claro que sí. —Ya se ha quitado la camiseta por la cabeza y se ha quedado solo con un sujetador negro de encaje—. ¿Vienes, Casey?

—No —respondo por ella en un tono que no admite discusión.

De modo que, por supuesto, ella me la devuelve.

Con los ojos brillantes, se levanta y empieza a desabrocharse los vaqueros.

—No —repito en voz baja y grave—. Súbete la cremallera de los vaqueros, Case.

Lawson se ríe por lo bajo desde su sitio junto al fuego.

Ella me ignora, se baja los pantalones por las piernas y los aparta de una patada. Al ver sus piernas desnudas, se me escapa un gruñido de la garganta. Vale, estoy cabreado. Lo hace a propósito, y no lo consiento.

Doy un paso hacia ella justo cuando me tira el jersey a la cara. Lo empujo a un lado a tiempo para ver cómo Oliver levanta a Casey por encima de un hombro. Su sujetador blanco y sus bragas son un borrón antes de que Oliver se lance hacia la orilla y se lleve al agua a una Casey risueña y chillona.

Capítulo 31

Casey

Me muero de risa cuando me caigo de los hombros de Oliver. Me entra agua por la nariz y toso mientras busco el fondo del lago, blando y embarrado, con los dedos de los pies. Por primera vez en toda la noche, experimento un breve atisbo de pánico cuando el agua fría me envuelve. Pero entonces salgo a la superficie y, al escuchar las risas y las voces a mi alrededor, recuerdo que estoy a salvo.

Mila grita y salpica cuando Oliver la levanta por encima de la cabeza y la arroja como un saco de patatas a la oscuridad. Por un momento, me viene a la mente que he abandonado a Jaz, pero parecía bastante cómoda con Gray Robson antes de que esquivara el agarre de Fenn y me lanzara a los brazos de Oliver.

Alguien se acerca con una botella en la mano, y las dos docenas de siluetas negras que me rodean gritan «¡Bebe!» mientras la persona sin rostro me ofrece un trago de tequila. Inclino la cabeza hacia atrás a modo de respuesta. El pinchazo es sorprendente y extrañamente refrescante. No estoy segura de haberlo probado, pero siento que me calienta la boca del estómago.

—¡Casey!

Mi buen humor se desvanece al oír la voz de Fenn. Lo ignoro y nado hacia Mila, que me saluda con una sonrisa impresionada.

—Oh. Alguien está en apuros.

Ambas miramos a la orilla, donde Fenn se quita los zapatos y la sudadera y luego se adentra en el agua en vaqueros y una camiseta fina.

—Casey, maldita sea. Respóndeme.

—Está por aquí. —Mila me delata y me empuja por detrás. Maldigo en señal de protesta cuando me alcanza.

—No. Vete, Fenn.

—No puedo hacerlo. —Sin aviso ni permiso, me agarra de una mano y me arrastra tras él de vuelta a tierra firme. Solo se detiene para recoger sus zapatos y su sudadera con la mano que le queda libre.

—Oye, no quiere ir contigo. —Un Oliver empapado aparece y le planta una mano en el pecho a Fenn para bloquearle el paso. Pero incluso yo me doy cuenta de que Oliver está demasiado inestable y ebrio para protestar.

—Sí, vale. ¿Qué tal entonces si dejo que se quede y tú ya les explicas a Sloane y a su padre por qué te has pasado la noche sirviéndole alcohol a una menor?

Fenn aparta a Oliver de su camino de un empujón.

—Suéltame. —Intento liberarme de él, pero me agarra con firmeza—. No tienes derecho a hacer esto.

—Quizá no, pero me lo agradecerás por la mañana.

Entonces me echa por encima de su hombro y mi mundo se pone patas arriba. Ese trago de tequila me resulta menos agradable cuando me sube por el esófago.

—¡Bájame, Fenn! Lo digo en serio.

—Sé que lo dices en serio.

—¡Ya! Bájame. ¡Jazmine! ¡Ayuda!

Mi amiga corre hacia nosotros, pero, en lugar de rescatarme, veo un borrón negro y escucho el sonido de un golpe cuando le estampa algo a Fenn en la palma de la mano.

—¡Eh! ¡Cavernícola rubio! Si vas a secuestrar a mi amiga, al menos dale su móvil.

—No la estoy secuestrando —murmura—. Me la llevo a casa.

—Bájame —le ordeno otra vez, mientras le golpeo con un puño entre los omóplatos.

Pero no obedece hasta que llegamos a un BMW reluciente que está aparcado en el camino de tierra.

Abre la puerta del acompañante y me hace un gesto de impaciencia con la cabeza.

—No voy a entrar.

—Vamos, Casey. Ya has tenido bastante esta noche.

—¿Desde cuándo puedes aparecer de la nada y decirme lo que tengo que hacer?

—Desde que, cada vez que desapareces, tu hermana me llama para echarme la culpa.

—Cada vez te pareces más a ella.

Fenn gruñe.

—Sube.

Parece el coche de Duke, lo cual aún me confunde más, pero no puedo permitirme el lujo de darle vueltas, pues una ligera brisa hace que se me erice la piel y un escalofrío me recuerda que estoy empapada y voy en ropa interior.

—¿Puedes, al menos, volver y recoger mi ropa? —refunfuño.

—No.

En vez de eso, se acerca con su sudadera y me la baja de forma brusca por la cabeza. Es demasiado grande para mí, el dobladillo me cae por encima de las rodillas, pero es suave y cálida, y no puedo evitar meter los brazos por las mangas para acurrucarme en la gruesa tela.

—¿Podemos irnos ya? —Fenn hace un gesto hacia la puerta abierta.

Podría volver corriendo al lago, pero no tengo fuerzas para soportar que me persiga. Además, me da la sensación de que el tequila se hará notar más pronto que tarde, así que será mejor no tener público cuando salga a borbotones de mi cuerpo.

Me subo a regañadientes.

—Cinturón de seguridad —ordena, y luego cierra la puerta de golpe.

—Dame mi móvil.

—Solo si prometes no llamar a emergencias para decirles que te he secuestrado.

—Te lo merecerías. —Lo fulmino con la mirada—. Solo quiero decirle a Jaz que no se preocupe.

Me pasa el teléfono, aunque de mala gana. Con los dedos fríos y temblorosos, le escribo un mensaje a Jaz, que me responde casi al instante.

Jazmine: ¿Estás bien?

Yo: Sí. Solo cabreada. Ya le vale.

Jazmine: ¿Te enfadarías conmigo si te dijera lo sexy que ha sido que se te llevara en brazos?

Yo: Sí.

Jazmine: Vale, entonces no diré nada. Mándame un mensaje cuando llegues a casa para que sepa que ha ido bien.

Yo: ¡Tú también!

Fenn no me mira mientras salimos de Ballard. Agarra el volante con fuerza y mira al frente. Me ignora hasta que empiezo a juguetear con los botones del salpicadero.

—Para —me ordena—. ¿Qué haces?

—Busco la calefacción de los asientos.

—¿El qué?

—Los asientos del coche de Duke tienen calefacción, y me estoy congelando. Es este, ¿verdad? ¿Y podrías poner algo de música?

Sin mediar palabra, Fenn sube la calefacción y enciende la radio.

—Seguro que estás muy orgulloso de ti mismo, ¿eh? —Al fin localizo el pequeño botón con el dibujo de un asiento y lo giro hacia la derecha. Mi asiento se calienta casi al instante—. Por haberte abalanzado sobre mí para evitar que me lo pase bien.

—¿Ahora se le llama así a brincar desnuda por el bosque?

—Como si nunca te hubieras bañado desnudo.

—No soy un ejemplo a seguir —protesta.

—En eso estamos de acuerdo.

—¿Te das cuenta de que tus fotos están por todas las redes sociales? Todos los pervertidos de Ballard y Sandover te verán en

ropa interior.

—Que es casi como llevar un bikini. ¿Y qué?

¿Estoy encantada con la idea? No, la verdad es que no. Y, cuando se me pase el efecto del alcohol, es posible que me arrepienta un par de veces de lo de esta noche. De todos modos, ya es un poco tarde.

Y lo último que haré es darle la razón a Fenn.

—Lo que sea que trates de demostrar —suelta con brusquedad—, créeme, no arreglará lo que ya está roto. Solo te alejará más de la solución.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo que sea que signifique eso.

Fenn no me responde, y no nos decimos nada más en el camino de vuelta a Sandover. Está oscuro y el trayecto es largo, así que no me doy cuenta de que me he quedado dormida hasta que Fenn me abre la puerta, me despierto y veo que hemos llegado al aparcamiento de la residencia de los de último curso.

—¿Me tomas el pelo? ¿Por qué estamos aquí? —exijo indignada—. Llévame a casa.

Se acerca a mí y me desabrocha el cinturón de seguridad.

—De ninguna manera. No te voy a dejar en la puerta de tu casa, empapada, en ropa interior y con la sudadera de mi equipo de fútbol. No quiero morir esta noche.

—Pues no pienso entrar ahí —respondo, y me cruzo de brazos en el asiento delantero.

—Entonces nos quedaremos aquí sentados hasta mañana, cuando todo el mundo vaya a desayunar y se pregunte por qué la hija del director está medio desnuda en el coche de Duke.

Dios, es un imbécil.

Una sonrisa arrogante se dibuja en su cara.

—O te cargo sobre el hombro de nuevo.

—Te juro que te daré un puñetazo en las pelotas.

—Vamos. Arriba hace calor y tengo ropa seca. No seas testaruda.

Salgo del coche, pero solo porque no me apetece pasar la noche helada y empapada.

—No me digas lo que tengo que hacer.

A pesar de mis quejas, Fenn me levanta por los aires y me acuna entre sus brazos.

—¿Podrías soltarme? —gruño.

—No llevas zapatos —replica con desdén—. No permitiré que te cortes los pies con cristales rotos para que también me culpes de eso.

En serio. Menudo capullo.

Por suerte, los pasillos están vacíos cuando me lleva arriba. Todo el mundo duerme o está de fiesta. Pequeños milagros, supongo. Lo último que necesito es que la gente hable de mí y Fenn otra vez. Porque eso se acabó.

Ojalá pillase el mensaje…

Una vez en su habitación, enciende la luz y cierra la puerta, mientras yo miro a mi alrededor con recelo, y me doy cuenta de que es la primera vez que vengo.

El lado de RJ está vacío, por lo que sigue en mi casa. Lo cual es un alivio y a la vez una molestia. ¿RJ puede quedarse en mi casa hasta pasada la medianoche, pero todos mis amigos tienen que irse a las diez? Otro de esos dobles raseros que tanto le gustan a mi padre.

Por otro lado, si RJ estuviera aquí ahora mismo, correría a contarle a Sloane que no estaba estudiando en la residencia de Jaz, y preferiría no tener que aguantar otro sermón de mi padre y mi hermana.

Fenn me lanza una camiseta y un pantalón de chándal, y luego me da la espalda mientras me cambio. La ropa no es exactamente de mi talla, pero está seca y es cálida.

—Estás monísima —me dice mientras me mira con esa expresión de adoración que antes me ponía nerviosa y me emocionaba de la mejor manera, y que ahora solo me llena de rabia.

—No. No puedes hacer eso. Me has secuestrado. Lo entiendes, ¿verdad?

—Por tu propio bien.

—¿Y ahora qué? ¿Soy tu prisionera? —pregunto, y finjo que no me he percatado de que se ha quitado la camiseta mojada. Sus abdominales destacan bajo la tenue luz de la habitación.

Aparto la mirada de su pecho desnudo y me arrodillo frente a la mininevera, de la que tardo un buen rato en sacar una botella de agua. Fenn ya se ha puesto ropa seca cuando me levanto y la destapo.

—¿Por qué no me cuentas qué demonios te pasa últimamente? —Se sienta en el brazo del sofá, todo santurrón y orgulloso de sí mismo.

—No me pasa nada. —Y ya estoy harta de responder a esta pregunta—. Aparte de que intento vivir mi vida y nadie me deja. Es como si a todos os aterrorizara que sea independiente.

—Eso no es verdad. —Se pasa una mano por el pelo, frustrado—. Has cambiado. De repente, te metes en peleas y en problemas. Vas por el bosque en pelotas y borracha con gente que, hace menos de un año, se reía de ti por los pasillos. En otras circunstancias, me alegraría de que por fin hayas dejado de preocuparte por lo que piense la gente, pero, después de todo, me parece un grito de auxilio.

Ahora yo también me siento frustrada y hablo con los dientes apretados.

—No estoy borracha. Me he tomado dos cervezas aguadas y el equivalente a un chupito de tequila. Me encuentro bien. No estoy pidiendo ayuda. Y menos a ti.

Su reacción es sutil, pero inmediata; un torrente de dolor le invade la mirada, y luego la aparta. Por un momento, me siento fatal y olvido por qué lo odio, pero la compasión desaparece tan rápido como ha llegado.

—Yo también he estado ahí, ¿vale? —Su voz es una súplica, y me implora con la mirada. Esos ojos azules sinceros en los que me resulta tan sencillo confiar—. Mierda, es probable que todavía lo esté. O lo estaría, si no fuera por ti. Nos enfadamos y entristecemos, y no sabemos en quién descargarlo todo, de modo que nos hacemos daño a nosotros mismos. Intentamos convertirnos en otra persona. Alguien que no cargue con ese dolor.

Sacudo la cabeza y me invade una oleada de cansancio. Ya no me siento tan exaltada. Solo cansada y completamente sobria.

—Sé exactamente con quién estoy enfadada, Fenn. Está delante de mí.

—Lo entiendo.

—No lo creo. Y esta noche solo ha empeorado las cosas. ¿Te das cuenta? Tu maniobra de cavernícola celoso no ha estado bien —digo, inexpresiva—. Me has avergonzado al correr hacia el lago y arrastrarme lejos de la fiesta. Sé que me ves como a una princesa inocente, demasiado pura para nadar en ropa interior, pero puedo divertirme y…

—¡Madre mía! No he corrido al lago por eso —me interrumpe, molesto.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿no ha sido producto de los celos? —lo desafío.

—No —titubea—. Quiero decir, sí. Lo estaba. Uf. —Suelta un ruido nervioso—. Me he puesto celoso cuando has empezado a quitarte la ropa, sí, pero ese no ha sido el motivo por el que he ido detrás de ti. Cuando Oliver te ha tirado al agua, yo…

Fenn se detiene y su expresión se derrumba.

—¿Tú qué? —Se me forma un nudo en la garganta. El pulso apenas palpita débilmente.

Se levanta y se acerca a mí. Retrocedo hasta que mis hombros chocan contra la pared y me siento atrapada. Se detiene en seco cuando hay medio metro de distancia entre nosotros.

—He entrado en pánico —admite, con la voz ligeramente rota—. Ha sido como volver a la noche del baile, al momento en que te encontré en el lago, y se me ha parado el corazón. Ni siquiera recuerdo haberme metido en el agua. Solo recuerdo que Oliver te ha tirado al agua y que tú te has hundido. He… tenido miedo.

Respira de forma entrecortada.

Yo, en cambio, no consigo respirar hondo. Me arden los pulmones y me escuecen los ojos.

—Siento haberte puesto en evidencia —se disculpa Fenn, que baja la cabeza, avergonzado—. Ha sido irracional, pero mi cerebro me decía que estabas en peligro, que podías ahogarte, y mi primer instinto ha sido rescatarte.

—No necesito que me salven. —Mis palabras salen como un susurro.

Acorta la distancia entre nosotros y me pasa unos mechones de pelo húmedo por detrás de una oreja. No me doy cuenta hasta que él lo nota de que le estoy agarrando la camisa con ambas manos.

—Siempre estaré aquí para salvarte —murmura—. Igual que estuve allí aquella noche.

Lo odio por decir eso. Por pensar que él es el centro de todo lo malo que me pasa. Y por tener toda la maldita razón, porque es cierto: no hay un día en el que su nombre no se cuele entre mis pensamientos. Lo deseo y lo odio a partes iguales, y mi corazón no sabe cómo conciliar ambos sentimientos.

Parpadeo para disimular la humedad que me cubre las pestañas.

—¿Por qué tuviste que ser tú?

Me responde con un beso.

Las cálidas manos de Fenn me agarran la cara mientras presiona sus labios contra los míos. Suave, pero insistente. Cada vez que nos besamos, es como recibir una carta de un amigo. Como una de esas largas conversaciones en la cafetería cuando cierras el local. Como pasar la noche al teléfono recuperando el tiempo perdido. Como retomarlo exactamente donde lo dejamos, por mucho tiempo y espacio que haya entre nosotros.

Le rodeo el cuello con los brazos, aunque sé que luego me odiaré por ello. Odio que toda mi rabia, y su traición, se vuelvan superfluas en cuanto me toca. La facilidad con la que me gana. No porque sea un truco o un hechizo, sino porque me siento como en casa.

Le permito que me bese porque nunca he dejado de desearlo, por mucho que querría eliminar el anhelo de mi corazón. Le devuelvo el beso, porque besarlo es lo más parecido a la felicidad que conozco.

Ninguno de los dos habla cuando me agarra por las caderas. Como si los dos tuviéramos miedo de respirar demasiado fuerte y dejar que esta breve ilusión se evapore y nos demos cuenta de que seguimos siendo nosotros y de que nada ha cambiado. Le paso una mano por el pelo, que ahora lleva un poco más largo, aunque todavía es tan suave como lo recordaba.

Sus manos encuentran la piel desnuda bajo mi camiseta. Su camiseta. La siento como una manta, y probablemente me la lleve a casa, donde mañana la tiraré sobre una silla y me diré a mí misma que la lavaré y se la devolveré. Pero se quedará ahí durante semanas, durante las cuales cerraré los ojos y recordaré su sabor en mi lengua o lo suaves que son las yemas de sus dedos cuando me roza la columna.

Trago saliva y me muerdo el labio en el instante en que desliza una mano bajo la camiseta y me agarra un pecho. Muevo una rodilla hacia un lado. La pared me sostiene mientras él se coloca entre mis piernas. Me arqueo hacia su palma, y mi lengua, contra la suya, le suplica que me haga sentir todo lo que temo admitir que deseo.

Porque él es todo aquello de lo que debería huir.

—Eres preciosa. —Por fin habla con un susurro reverente.

Fenn me sube la camiseta y besa el ligero valle entre mis pechos antes de recorrer el camino hasta un pezón. Lo lame con suavidad mientras me resisto al escalofrío que me recorre las extremidades.

Cuando se introduce entre mis muslos y su boca se encuentra de nuevo con la mía, solo puedo pensar en todas las veces en que temió tocarme. Le daba miedo ir demasiado rápido. Pero ya no somos esas personas que se besaban sobre una manta de pícnic en el bosque. Él es un atractivo desconocido y yo soy la chica a la que dejó atrás. Un sueño tan fugaz que casi no ocurrió.

—Quiero hacerte sentir bien —dice, y respira con fuerza contra mis labios—. ¿Me dejas?

Debería negarme.

—Sí.

Traga saliva y desliza con cautela una mano dentro de mis pantalones de chándal. Aplica presión en el punto que destierra cada pequeño susurro que me advierte de que, cuando esta fantasía desaparezca, volveremos a ser nosotros mismos y nada de lo que en esencia se ha roto se habrá reparado.

Me agarro a sus hombros para mantenerme erguida y hundo la cara en su cuello. Con cada respiración corta y superficial me lleno de su aroma mientras me masajea hasta provocarme la sensación

más pura. Solo pienso en su piel. En el latido de su corazón contra mi pecho. En sus dedos acariciando mi clítoris.

Entonces, sus dedos desaparecen y me avergüenzo del gemido desesperado que sale de mi garganta.

—No te preocupes. No pararé —dice en tono brusco, y me lleva hacia la cama—. Túmbate.

Tiemblo como una hoja al viento mientras me tumbo en el colchón. Fenn me quita los pantalones de chándal y los tira a un lado. Se le escapa un gemido cuando su mirada se centra en mi sexo desnudo.

—Joder —susurra, y estira una mano para frotarme la raja con los nudillos.

El placer se apodera de mí. No soy capaz de apartar la mirada de su cara. De cómo se clava los dientes en el labio inferior. Del modo en que respira al sentir lo mojada que estoy.

—¿Alguien ha hecho que te corras antes? —La pregunta suena ronca. Estrangulada.

—No —respondo con sinceridad.

Siento cómo le tiemblan los dedos contra mi carne caliente.

—¿Alguien te ha practicado sexo oral alguna vez?

—No.

«Tan pura…».

De repente, oigo la voz burlona de Lawson en mi cabeza y, por alguna razón, me provoca una punzada de resentimiento. No soy pura. O, al menos, no quiero serlo. Estoy cansada de ser la frágil pieza de porcelana que todos temen tanto romper que se resisten a tocarla. Fenn se negó a hacerlo durante meses, y el recordatorio me envalentona.

Abro más las piernas.

Su exclamación ahogada resuena en la habitación.

—Haz algo —le pido.

Un brillo pícaro le ilumina la mirada e invoca los recuerdos del Fenn del que me enamoré. El tipo que siempre tenía una ocurrencia y una sonrisa. Al verlo, me ablando, respiro sin tantas dificultades, y sé que él se da cuenta, porque sus facciones también se suavizan.

Entonces se relame y se acerca a mis piernas.

Me sobresalto al sentir el contacto y jadeo de placer. Dios mío, esto es…

Esto es…

Mi cerebro sufre un cortocircuito. Soy incapaz de pensar. Me pierdo en el calor de su boca contra mi sexo dolorido. Se me cierran los párpados y respiro con dificultad. Muevo las caderas, Fenn gime, y el sonido vibra, como una cascada de notas que se vertiera por mi cuerpo.

Sus movimientos no tienen nada de vacilantes. Le clavo las uñas en los hombros mientras me explora con la boca. Me lame. Me saborea. Cuando me succiona el clítoris con suavidad, me estremezco de nuevo. Esta vez me rindo y tiemblo sobre la cama mientras Fenn me acerca cada vez más al límite.

—Eso es, Case —susurra, y me pasa la lengua por el clítoris para provocarme—. Déjate llevar.

Le hago caso, y le doy la bienvenida al dulce olvido del orgasmo. Una corriente me atraviesa todas las terminaciones nerviosas mientras una oleada de pura felicidad consume todo mi cuerpo. Pero la paz es temporal. Empieza a desvanecerse incluso antes de que haya depositado un último y delicado beso en mi carne saciada. La realidad me invade, siempre decidida a recordarme que no hay ningún silencio que me haga olvidar lo que Fenn hizo.

Cuando abro los ojos, lo empujo y me incorporo.

Él frunce el ceño.

—¿Estás bien?

Trago saliva varias veces.

—Esto no debería haber pasado. Tengo que irme.

Sin mirarlo, busco mi ropa interior y sus pantalones de chándal y me los pongo.

—No puedes irte —insiste, pero su voz está cargada de tristeza, porque sabe que ya me he marchado.

—Estaré bien. —En algún momento.

—Al menos deja que te lleve.

—Iré a pie. No está lejos —le recuerdo cuando intenta objetar.

—No llevas zapatos.

Mierda. Tiene razón. Y es imposible que me ponga unos de los suyos y camine diez minutos por el bosque.

Se levanta y se pasa las manos por el pelo.

—Vamos, yo te llevo.

Como no tengo otra opción, dejo que me lleve y salgo del coche cinco minutos después.

—Gracias —murmuro.

De nuevo estoy en guardia, y ni siquiera el recuerdo de lo bien que me ha hecho sentir es capaz de atravesar el escudo que rodea mi corazón.

—Buenas noches —me dice con voz ronca.

Cierro la puerta y me apresuro a subir. Entonces me detengo en un cómico patinazo cuando me doy cuenta de que no hay forma de explicarle a papá mi aspecto. Salí de casa vestida con unas mallas de deporte y un jersey demasiado grande. He pasado la tarde con un top ajustado y unos vaqueros. Y vuelvo a casa con una camiseta de chico y pantalones de chándal.

Joder.

Me asusto, pero entonces recuerdo que le dije a papá que pasaría la noche en casa de Jazmine. Eso significa que ya estará en la cama. También es probable que se haya tomado un somnífero, como suele hacer últimamente. Si los perros no se vuelven locos, podré entrar y subir sin que se den cuenta.

La suerte está de mi lado. Son casi las dos de la madrugada y los dos perros están dormidos profundamente. Bo abre un ojo cuando paso a su lado de puntillas. En cuanto confirma que soy yo, se duerme otra vez. Desde su cama en el salón, Penny ronca sin percatarse.

Al subir las escaleras, casi choco con RJ, y ambos soltamos un pequeño grito del susto.

Somos como dos ladrones que intentan robar en la misma casa, aunque él ha llegado primero y ya se escapa con el botín. Le miro el pelo revuelto y la camisa del revés, y luego bajo la mirada a su bragueta, que está abierta. Qué elegante. Espero que Sloane no haya estado tan ocupada tirándose a su novio que se haya olvidado de darle de comer a mi conejo. Cuando le he enviado un mensaje

desde la fiesta, fingiendo estar en la residencia de Jaz, me ha prometido que se ocuparía de Silver.

Pongo los ojos en blanco y señalo la entrepierna de RJ.

Él mira hacia abajo y se encoge de hombros, del todo imperturbable mientras se sube la cremallera.

Luego me dedica una sonrisa irónica, y sus dientes blancos brillan en la oscuridad, mientras señala mi atuendo al reconocer la ropa de Fenn.

Yo también me encojo de hombros.

RJ suspira y sacude la cabeza antes de bajar el primer escalón. Se detiene para mirar por encima del hombro.

—Buenas noches —se despide.

—Buenas noches —le contesto.

Me deslizo hasta mi dormitorio y cierro la puerta tras de mí.

Capítulo 32

Silas

Esta bronca con Sloane ya ha durado demasiado. Ambos hemos sido más que tercos desde nuestra discusión, pero parece que su voluntad es más firme que la mía. Bien, pues. Seré el maduro y daré el primer paso hacia la reconciliación. Echo de menos hablar con ella. Echo de menos sus comentarios sarcásticos y su risa gutural. Si quiere una disculpa, sacrificaré mi orgullo. Porque, diga lo que diga en un arrebato de ira, nuestra amistad es, en última instancia, más importante que cualquier argumento retórico que alguno de los dos haya intentado exponer.

Y, para ser sincero, sin Amy de por medio cuestionando sin cesar nuestra amistad, será mucho más fácil volver a la normalidad.

El miércoles por la tarde, antes del entrenamiento de natación, dejo la mochila en el banco del vestuario y saco el móvil.

Yo: Tú ganas. Me disculpo humildemente y me pongo a tu merced.

Yo: Perdóname.

Yo: ¿Quedamos para hablar?

Sloane no responde enseguida. Quizá esté conduciendo a casa desde el instituto. Sé que podremos dejar esto atrás una vez que tengamos una conversación de verdad.

Solo faltan unos minutos para que el entrenador nos mande a calentar en la piscina, así que meto el móvil otra vez en la mochila y me cambio. Por desgracia, la asignación de las taquillas no depende de mí. RJ se pavonea con Lawson dos taquillas más abajo de la mía.

Se ha vuelto casi intolerable respirar en el mismo sitio que él. La forma en que RJ casi se ha adueñado de Sloane y de toda su vida social me convierte en un maldito homicida. Últimamente, mi mejor táctica es evitar el contacto visual, para que un tipo que ha mentido sobre quién y qué es desde el momento en que llegó no me obligue a escuchar otro sermón hipócrita sobre los límites y la lealtad. En pocos meses, ha conseguido poner a todo el mundo en mi contra, excepto a Lawson. El hecho de que Sloane y Fenn no sean conscientes de cómo los ha manipulado es más que frustrante.

Mientras me pongo el gorro de natación, no puedo evitar fijarme en que RJ lleva el teléfono en una mano. Sus pulgares repiquetean en la pantalla segundos antes de que mi propio móvil suene encima de la bolsa.

Sloane: No estoy preparada. No sé si alguna vez lo estaré.

—¿Tú has hecho esto? —le gruño a RJ.

Tiene el descaro de mirarme sin comprender.

—¿Eh?

—No me fastidies. Sloane. Ahora mismo.

Mira a Lawson en busca de una aclaración, pero mi mejor amigo se limita a encogerse de hombros. Con las gafas de natación colgando de una mano, RJ me observa irritado.

—Tío, no tengo ni idea de qué balbuceas.

—Entonces enséñame el móvil.

Resopla.

—Que te den.

—Si no has hecho nada malo, no hay nada que ocultar —respondo—. He visto que le escribías a Sloane justo antes de que se negara a quedar conmigo. Se lo has dicho tú. Admítelo.

RJ me mira fijamente.

—No puedo exigirle nada, y, si la conocieras, lo entenderías.

Una oleada de incredulidad me golpea como un tren de carga.

—No actúes como si la conocieras mejor que yo, ¿de acuerdo? Llevo en su vida mucho más tiempo que tú.

—Vamos, chicas —nos interrumpe Lawson en tono burlón—. Las dos sois guapas. Vamos a bajar los humos.

RJ y yo estamos uno frente al otro a cada lado del banco. Una parte de mí desearía que me diera un puñetazo para que lo echaran del equipo. Tal vez, de Sandover.

—Y debe de repatearte —me dice RJ a modo de provocación.

—¿Qué dices?

—Saber que, durante todo este tiempo, no eran ni Duke ni su padre los que impedían que Sloane estuviera contigo. Simplemente, no le interesas.

Me hormiguean las manos por las ganas de romperle la cara.

—Te gusta pensar eso, ¿verdad?

—De acuerdo, entonces. —Una vez más, Lawson intenta calmar la situación—. ¿Por qué no dejamos esta discusión para nunca?

—Y ahora —continúa RJ, que esboza una sonrisa sombría—, ya ni siquiera te tiene en cuenta. ¿Qué se siente cuando ya no estás ni en la friendzone*?*

Le doy un empujón con las dos manos en el pecho. Se vuelve hacia mí con la misma rapidez, con los puños cerrados y dispuesto a saltar del banco, y entonces Lawson se lanza entre nosotros y lo contiene.

—Vamos, tío —se burla RJ—. Has deseado tener esta pelea desde que llegué. Aquí me tienes, capullo.

—Menudo temperamento. ¿También discutes así con Sloane?

—Vigila lo que dices.

RJ se pone en ridículo, pues Lawson lo saca a rastras delante de todo el equipo. Supongo, por un momento, que todo ha terminado, pero no tengo esa suerte. La necesidad de RJ de ser el más gallito del corral no acaba cuando entramos en la piscina.

Tras un calentamiento, inicial, el entrenador Gibson hace sonar el silbato y nos pone en fila detrás de las plataformas de salida.

—Mason, Clark, RJ, Silas. A los trampolines.

RJ se coloca a propósito en el carril junto al mío. Entonces, realiza ese molesto hábito compulsivo: se da palmadas en los muslos como si se creyera el puto Michael Phelps.

—Oye, recuérdamelo —dice por encima del hombro, y se coloca en posición de salida—. ¿Cuál es el récord de Silas en los 200 libres?

—Eh… —Lawson me mira con cautela—. ¿Como un minuto treinta y tres?

—Eh, entrenador —lo llama RJ. Se baja las gafas sobre los ojos—. Saque el cronómetro.

—Esto no es una carrera, Shaw —espeta el entrenador—. Quiero ver la forma. Quiero ver el seguimiento. Filas limpias, respiraciones controladas.

—Sigue soñando —le digo a RJ con la mirada fija en el agua tranquila mientras observo el carril delante de mí—. Ese récord me hará entrar en Stanford.

—Entonces, más te vale que estén desesperados por encontrar suplentes.

Cuando suena el silbato del entrenador, los dos salimos como si nos ardieran los pies. Me sumerjo en el agua en línea recta. Concentro todos los músculos en hacer una entrada limpia y en conseguir la mayor distancia posible con las patadas de delfín.

RJ está a mi lado. Casi damos brazadas al mismo tiempo cuando salimos a la superficie. Alcanzamos la pared y damos la primera vuelta a la vez, muy por delante de los carriles exteriores.

Sin embargo, el problema es que nadar empatado con el nadador del carril contiguo agita demasiado el agua, y esto perjudica la velocidad. Lo ideal es ser el líder solitario con nada más que agua tranquila ante ti. Parece que RJ no lo sabe, y cree que puede sacar ventaja con cada brazada en el carril. Intento exprimir cada ápice de velocidad que puedo con las piernas mientras agarro el agua con ambas manos e impulso mi cuerpo tan lejos como soy capaz. Aun así, no consigo distanciarme ni un milímetro.

Tras el segundo viraje, me encuentro con la cara llena de agua. Sé que salpica en mi carril a propósito. Cronometra mi respiración. Cabrón asqueroso. Pero, si quiere hacer trampas, tendrá que esforzarse mucho más.

Cambio de opinión con lo de jugar limpio, así que empiezo a zarandear la corchera. La golpeo con una mano o la pateo con un pie para forzar un bamboleo que se desvíe hacia su carril y obstruya

sus brazadas. En una competición, esto sería descalificatorio. Pero todo vale en el amor y en la guerra, ¿no?

Aun así, debo irritarlo, porque, en el tercer viraje, da una patada de delfín más allá del marcador de vuelta a la superficie. Es un movimiento descaradamente desesperado que demuestra que no me vencería en una lucha justa. De modo que le muestro que no hay honor entre ladrones. Cuando veo que se acerca a la superficie, lanzo una patada que impacta de lleno en su mandíbula. El resultado me da casi un palmo de distancia de ventaja. Luego es un esprint hasta la meta.

Ya siento la pared en la punta de los dedos mientras me impulso con toda la fuerza que me queda. Ni siquiera respiro. Solo mantengo la cara en el agua y pataleo tan fuerte como puedo.

Hasta que noto un golpe repentino en un hombro.

Es suficiente para desconcentrarme, y veo que las manos de RJ chocan contra la pared antes que las mías.

—Eso ha sido una gilipollez. —Me quito las gafas y la gorra y salto por encima de la corchera.

Me mira a la cara; tiene las mejillas sonrojadas y los ojos encendidos.

—No empieces algo que no vayas a terminar.

El silbato del entrenador resuena por todo el edificio.

—Todo el mundo fuera del agua. ¡Ahora!

Salimos y nos colocamos detrás de los trampolines. Me doy cuenta de que Lawson me mira con el ceño fruncido, y me resisto al impulso de hacerle un gesto con un dedo. ¿Desde cuándo está en contra de este tipo de cosas? Vive y respira caos.

—Vosotros dos —grita el entrenador, y nos señala a RJ y a mí—. Flexiones. Vamos.

—¿En serio? —Me dirijo al entrenador, incrédulo. ¿Cómo es posible que no vean que RJ es el problema?—. Se ha metido conmigo todo el tiempo. Me estaba defendiendo.

—Sí, supongo que me las he ingeniado para darme una patada en la cara, ¿no? —RJ se lanza delante de mí, como si estuviera listo para otra ronda.

—Aprende a quedarte en tu carril.

El silbato del entrenador nos hace callar de nuevo.

—Callaos los dos de una puta vez —exclama—. Estoy harto de vuestras discusiones.

—Entrenador, vamos. —No me creo que deje a RJ fuera de esto.

—No sé qué os pasa últimamente, pero no lo traigáis a mi piscina. —Entonces niega con la cabeza—. Esperaba más de ti, Silas. Flexiones. Ponte a ello.

—Esto es una chorrada —contesto.

A la mierda las flexiones y a la mierda RJ. No cargaré con una pelea que él ha empezado.

El entrenador me grita, pero lo ignoro mientras me dirijo a los vestuarios.

Capítulo 33

Casey

Empieza en los dedos de los pies. Un escozor que me sube con rapidez por las piernas. La tela de mi vestido de graduación se hincha a mi alrededor mientras el coche se llena de agua negra y las luces del salpicadero parpadean. El espejo retrovisor brilla de color rojo y forcejeo contra el cinturón, que me estrangula. Siento una opresión en el pecho, incluso antes de que el agua me llegue a los labios. No puedo respirar. El pánico me oprime la garganta. Incluso mis dedos están aterrorizados al no poder hacer nada para liberarme.

Entonces escucho un golpe. Un ruido sordo contra la puerta.

Fenn.

Está aquí. Totalmente sumergido, flota fuera de la ventanilla, que, por ahora, protege una pequeña bolsa de aire dentro del coche que disminuye demasiado rápido. Le grito. Forcejeo con el pestillo e intento salir a empujones. Consigo hacer un pequeño movimiento, pero esto provoca que un violento torrente de agua invada el interior, y no consigo liberarme. La puerta pesa demasiado.

Mis ojos se encuentran con los suyos en una mirada silenciosa y desesperada por tirar con más fuerza. «Sácame de aquí».

Hasta que me doy cuenta de que es él quien mantiene la puerta cerrada para atraparme dentro. Observa cómo me hundo cada vez más hondo en la oscuridad. Tengo los miembros demasiado helados para luchar y su expresión vacía se vuelve más distante.

Hasta que la luz por fin me abandona y el agua entra en mis pulmones.

Me despierto tosiendo. Me incorporo con grandes bocanadas de aire. Las sábanas me enredan y me inmovilizan, como si estuviera atada con cuerdas. Con el corazón acelerado, me agito con fuerza para desenredarme. Necesito destaparme. Liberarme. Espacio. Nunca he sido claustrofóbica, pero incluso mi habitación me parece

demasiado pequeña cuando me lanzo fuera de la cama para abrir de par en par la ventana y contemplar el profundo bosque que hay detrás de la casa. Kilómetros de amplitud. El infinito de la noche.

Una vez que he regulado un poco los latidos de mi corazón, mi primer instinto es coger el teléfono. Encuentro su nombre en la lista de llamadas perdidas recientes y lo pulso sin verdadera intención. Es un reflejo. Uno al que debería aprender a resistirme más, pero al que recurro de todos modos.

—¿Casey? —Fenn contesta tras el primer tono. Tiene la voz ronca y arrastra un poco las palabras—. ¿Te encuentras bien? ¿Qué te pasa?

—¿Por qué esa es tu primera pregunta?

—Son las tres de la mañana. He supuesto…

—Estoy bien. Perdona. —Me siento en el alféizar de la ventana para escuchar el ruido de la noche en nuestro patio—. Para ser sincera, creo que no esperaba que contestaras.

—A ti siempre te contestaré.

Las lágrimas me escuecen en los ojos. Es injusto que recurra a él cuando necesito algo. Que anhele el consuelo que me proporciona su voz. La forma en que me entiende cuando nadie más lo hace.

—¿Vuelves a tener pesadillas? —pregunta.

—Aparecías en ella.

—Tengo miedo de preguntar.

—No ha sido nada bueno.

Hace una pausa.

—¿Quieres que vaya a tu casa?

Vacilo ante su oferta. Durante meses, cuando tenía pesadillas, Fenn se quedaba al teléfono para hablar conmigo, a veces hasta el desayuno. Normalmente hablábamos de mi madre, de cómo su muerte desencadenó muchos de mis miedos tras el accidente. La fijación con el ahogamiento. De alguna manera, él encontraba la forma de hacerme sentir que la felicidad era posible.

Pero esta es la primera vez que me pregunta si quiero que esté aquí. Físicamente.

E, incluso cuando mi parte racional prefiere odiarlo, acabo respondiendo:

—Sí. ¿Puedes?

—Estaré allí en diez minutos.

Poco después, entra dando tumbos por la ventana y los dos nos estremecemos cuando cae de rodillas con un ruido sordo. Me quedo paralizada y miro hacia la puerta, pero no escucho a los perros en el pasillo. Para ser sincera, llegados a este punto, tengo que dejar de preocuparme por ellos. Bo y Penny son un encanto, pero son unos perros guardianes terribles.

—Lo siento —susurra—. He perdido el equilibrio.

—No pasa nada —murmuro.

Nos miramos un momento. Son las tres y media de la mañana y voy en pijama: unos pantaloncitos rosas y una camiseta fina como el papel.

—Pareces tener frío —comenta Fenn, y me mira el pecho antes de volver a mi rostro. Mueve los labios ligeramente.

Me ruborizo cuando me doy cuenta de que tengo los pezones duros y tensos contra la camiseta.

—Un poco. —Me arrodillo para recoger las sábanas que he tirado al suelo—. ¿Me ayudas con esto?

En silencio, rehacemos la cama, y no me cuestiono demasiado mientras me deslizo bajo las sábanas y levanto una esquina de la manta para que me acompañe. Él duda unos segundos, se quita la chaqueta y la deja sobre el respaldo de la silla de mi escritorio. Después se quita los zapatos, pero se deja puestos los pantalones de chándal y la camiseta y se arrastra a mi lado. Hace un amago de acercarse a mí, pero vacila y se tumba bocarriba.

Yacemos en la oscuridad y observamos el techo, hasta que por fin habla.

—¿Quieres contármelo?

—Todavía no.

Aún tengo demasiada adrenalina en la sangre, y la inundación química hace que me duela la piel y tenga el cerebro adormecido. Hasta que se me pase el trauma residual, solo quiero distraerme, como cuando miras la pantalla del televisor sentado en el sillón del dentista.

—Necesito una distracción. —Me pongo de lado y apoyo la cabeza en un brazo—. ¿Cómo te va la vida? ¿Ha pasado algo interesante últimamente?

—Nada interesante, aunque parece que RJ y Silas se pelearon en el entrenamiento hace un par de días. Lawson tuvo que separarlos en el vestuario para que dejaran de empujarse.

Hablamos en suaves murmullos, ambos dolorosamente conscientes de lo tarde que es y del hecho de que a Fenn lo asesinarán si lo descubren en mi cama.

—Oh, vaya. ¿Está subiendo la tensión en la zona, entonces?

—No lo sé. Silas explotará, y creo que RJ ha perdido la paciencia ante la negativa de Silas a contener el enfado.

—¿Y Silas cree que pelea por Sloane? —Si es así, es una lucha inútil. Estoy segura de que Sloane le ha dicho de más de una forma que no le gusta. Y mi hermana no suele cambiar de opinión.

—Creo que, ahora mismo, es más una cuestión de principios —responde Fenn—. Bueno, de celos. Pero, en la cabeza de Silas, él es la víctima.

—Parece que estás en el equipo de RJ.

Suelta una risa ahogada.

—Silas está en mi lista negra por varias razones. Como he dicho, explotará.

Conozco esa sensación. Yo tampoco he estado demasiado bien últimamente. He discutido con Sloane y con mi padre, además de la situación con Fenn y con la gente del instituto. Es demasiado, y estoy segura de que las recientes pesadillas están relacionadas con eso.

Para empeorar las cosas, tener a Fenn tumbado tan cerca de mí es una tortura. Siento su aroma familiar, a jabón y cítrico, y no puedo evitar inhalar hondo, pues necesito llenarme los sentidos de él. Observo cómo el pecho le sube y le baja con cada respiración. La forma en que sus largos dedos juegan con el borde de la manta.

No es justo lo mucho que aún lo deseo. Cuánto ansío sus labios. El corazón me late de nuevo con fuerza, no por la pesadilla, sino por la necesidad. Antes de que pueda detenerme, me acerco y me apoyo sobre un codo para mirarlo.

Se muerde el labio.

—¿Qué?

—No lo sé. Yo…

Lo beso, y mi pelo cae como una cortina sobre nuestras caras. Fenn pasa los dedos por él y me aparta los mechones desordenados de una mejilla. Su boca se mueve sobre la mía en un beso infinitamente dulce.

—Te he echado de menos —murmura, y desliza la lengua por mis labios separados.

No podemos dejar de besarnos. Me subo sobre él y me rodea con los brazos. Me acaricia la espalda, las caderas y el trasero mientras nos besamos en la oscuridad. Siento el duro bulto de su erección atrapado entre nosotros y me estremezco. Como distracción, esta es muy muy buena. A veces me cuesta creer que Fenn Bishop se sienta atraído por mí. De los cientos y cientos de chicos que van a Sandover y a los colegios vecinos, Fenn es sin duda uno de los más guapos. A rabiar. Lo que significa que podría tener a cualquier chica que quisiera.

Por alguna razón inexplicable, me quiere a mí.

Entierro el rostro en su cuello y exploro su carne con los labios. Los dos respiramos con dificultad. Y siento que estoy a punto de arder. Hace mucho calor bajo las sábanas, pero no las aparto. Aquí, en este cálido capullo, con nuestros cuerpos entrelazados, es como un secreto perfecto entre nosotros, un escudo inquebrantable. Sin dudas. Sin ira ni amargura. Solo somos él y yo, como acostumbraba a ser.

Fenn intenta protestar cuando empiezo a bajar por su cuerpo mientras lo beso. No lo había planeado, pero mis labios tienen el control y me empujan cada vez más abajo, hasta que me encuentro entre sus piernas y mis dedos tiran de la cinturilla de su pantalón.

Se me hace la boca agua cuando veo su erección.

Intenta objetar de nuevo y me desliza una mano por el pelo para calmarme.

—¿Qué haces?

Lo hago callar y le rodeo el pene con los dedos. Luego dibujo una línea húmeda y provocadora con la lengua desde la base hasta la

punta, y Fenn se sacude en la cama. Antes de que proteste de nuevo, me lo meto en la boca.

Se me acelera el pulso y me retumba en los oídos mientras la excitación crece en mi interior. Nunca había hecho esto. No pensé que disfrutaría tanto.

Un haz de luz me irrita los párpados cerrados. Levanto la cabeza y veo que Fenn se ha cubierto la cabeza con la manta, de modo que ahora estamos los dos bajo ella. Sus ojos brumosos, con los párpados pesados, encuentran los míos entre las sombras.

—Hola.

—Hola. —Una leve sonrisa me hace cosquillas en la comisura de los labios.

—Me estás volviendo loco ahí abajo, ¿lo sabes?

—Lo sé. —Sin romper el contacto visual, lo rodeo otra vez con los labios.

El gemido que ahoga es el sonido más satisfactorio que he escuchado nunca.

—No sabes cuántas veces me he excitado pensando en esto —me confiesa.

El corazón me late con más fuerza y chupo más deprisa.

Mueve las caderas, inquieto, y empuja dentro de mi boca, en un esfuerzo por profundizar la mamada. Cuando llega demasiado hondo, toso y lo suelto, con los ojos llorosos.

—Lo siento —susurra.

—No pasa nada. —Me lamo los labios y retomo lo que hacía. Apoyo una mano en su muslo y sus músculos se estremecen bajo mi palma.

No tarda mucho en murmurar:

—Casey…, voy a correrme. —Se desliza fuera de mi boca y se agarra el miembro con una mano. Se me seca la garganta y me palpita el coño mientras contemplo cómo se acaricia hasta el clímax y se derrama sobre su estómago. Nunca he visto nada más excitante.

Satisfecha conmigo misma, subo de nuevo por su cuerpo. El aire fresco me llena las fosas nasales cuando salgo de nuestro capullo y aspiro profundamente. Busco la caja de la mesilla y saco un puñado

de pañuelos de papel, que Fenn utiliza para limpiarse y luego arroja a la papelera que hay junto a mi escritorio con un impresionante lanzamiento que da en el blanco. Entonces, me rodea con un brazo y me da un beso abrasador. Me acaricia el cuerpo con una mano y la introduce en mis bragas. Cuando nota lo mojada que estoy, abre los ojos y me sonríe.

—Eso te ha excitado —murmura.

—Ajá. —De hecho, estoy tan cachonda que tarda menos de un minuto en llevarme al orgasmo con los dedos. Le muerdo el hombro y me balanceo en su mano mientras me libero y unas ondas de placer me inundan.

Cuando el corazón se me ha tranquilizado, me estiro el pijama arrugado.

—¿Quieres conocer a Silver? —le pregunto, y me siento extrañamente tímida—. La rescaté de un zorro la semana pasada.

Veo que sonríe en la oscuridad.

—Me encantaría.

Con cuidado, dejo la caja de zapatos sobre la cama y quito la tapa. Dentro, Silver está profundamente dormida en su nido, con el cuerpecito metido en la toalla.

Fenn se incorpora para echar un vistazo y sus facciones se suavizan.

—Madre mía, es adorable.

Con una sonrisa, le acaricio el pelaje marrón grisáceo con el dedo índice. Mi chica ya no es ciega, sorda y pelona. Ya se parece más a un conejo y menos a un alienígena.

—Hace unos días abrió los ojos. Y se le han levantado las orejas. —Me muerdo el labio; me corroe la preocupación—. Pero aún está muy débil. El otro día llamé a un centro de animales salvajes y me dijeron que no debería moverse hasta que tenga dos semanas y media o tres de vida, pero parece que apenas se mueve.

—¿Cuánto tiempo piensas tenerla?

—Si vive, probablemente la suelte en un par de semanas. Suelen abandonar el nido a las tres o cuatro semanas de vida. Aunque primero tendré que destetarla. Planeo hacerlo pronto.

—Pero, si la sueltas, ¿no se la comerá otro zorro? Es muy pequeña. —Le acaricia la cabecita con mucho cuidado.

—Puede parecer pequeña e indefensa, pero, si está sana y puede saltar, sobrevivirá sola ahí fuera. —Me encojo de hombros—. El mundo da miedo, pero no puedes evitar vivir en él.

—¿Hablamos de conejos o de humanos?

—De ambos.

Cierro la tapa y coloco la caja otra vez en la mesilla. Me arrimo a Fenn y apoyo la cabeza en su hombro. Nos envuelve con la manta y nos quedamos sentados un rato. En silencio. Pensativos. Son las cuatro de la mañana y es inquietante lo silenciosa que está la casa.

—No me dejabas salir del coche.

Se tensa.

—¿Qué?

—En mi pesadilla.

Hay un largo silencio.

—Oh —suelta después de un rato.

—Estoy atrapada en el asiento, el agua sube, y, cuando te veo, me siento aliviada. Luego me doy cuenta de que me tienes encerrada y no puedo hacer nada.

—Sí, eso no es bueno. —Su tono es tenso—. Pero lo entiendo. Creo.

—No te culpo por el accidente.

—Ya, pero sí me culpas.

Supongo que nunca lo hemos expresado de esa forma.

—Y no hay problema —continúa—. Es comprensible. No estoy enfadado por ello. —Suspira, nervioso—. Ya sabes lo que quiero decir.

—Todo el mundo me decía que me ayudaría recordar más detalles sobre esa noche. Que me permitiría seguir adelante. Entonces descubrí lo tuyo y…

—Solo lo ha empeorado.

De forma catastrófica. Los cimientos de meses de recuperación se han derrumbado por la mayor traición que alguien podría haber cometido.

—Porque ahora estoy atascada. No puedo olvidar y no puedo seguir adelante. —Dudo—. Volví a ver a mi psiquiatra el otro día. Me ayudó a recordar algo.

Fenn inhala de golpe.

—¿Lo dices en serio? ¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no quería. Estoy cansada de que seas la primera persona a la que llamo cada vez que necesito hablar.

Que es exactamente lo que he hecho esta noche.

Sacudo la cabeza. Está claro que no he aprendido la lección.

—Dime qué recordaste —me insta.

—Me ofrecí a llevar a alguien, y puede que vistiera de rosa. Lucas cree que podría haber sido una chica.

Se le entrecorta la respiración.

—Joder, pero ¿quién podría ser? —Hace una pausa—. Estoy tratando de acordarme de quién vestía de rosa esa noche, pero hay una inmensa laguna en mi cerebro. No presté mucha atención a lo que llevaba nadie, excepto…, ¿cómo se llama? ¿Hallie? La chica que apareció con ese extraño vestido de plástico con el que se le veían las tetas y el coño. El director Fournette la obligó a irse y todos los chicos se echaron a llorar.

Me río, y luego me pongo seria.

—Yo tampoco me acuerdo de lo que llevaba la gente. En fin. Ya está. Parece que subí por voluntad propia al coche con quienquiera que fuese. Algo es algo, supongo. Nadie me coaccionó, por lo que sé. Pero de ninguna manera habría tomado un cóctel de Rohypnol, o como sea que los médicos lo llamen. —Me mantengo firme en este punto. Asiento con la cabeza para puntualizarlo—. De hecho, si hubiera elegido drogarme esa noche, me habría decantado por algo mucho más suave. Gillian y yo habíamos hablado de probar el MDMA alguna vez, de modo que, en todo caso, es probablemente lo que habría hecho.

—¿Gillian estaba en el baile?

—No. Las animadoras de segundo estaban en una competición de baile en Boston ese fin de semana. Yo no pude ir porque me había torcido el tobillo la semana anterior y nuestro entrenador no quería arriesgarse. Así que convencí a Sloane para que me llevara al baile

de los de primero. —Suelto un suspiro, abatida—. Debería haber ido a Boston a animar a mis amigas.

Me rodea el hombro con un brazo para acercarme. Cuando dudo, murmura:

—No te alejes de mí. Dame esta noche.

Entrelaza nuestros dedos y se lleva las manos a los labios para posar un casto beso sobre mis nudillos y luego se lleva mi mano contra el pecho. Una sensación punzante me atraviesa los párpados cerrados. Siento el rápido latido de su corazón bajo las yemas de los dedos, un recordatorio de que ambos estamos vivos. Estoy viva y, en gran parte, es gracias a él.

Respiro despacio.

—Trato de recordarlo.

—¿Recordar el qué?

—Que me habría ahogado si no me hubieras rescatado. Si me centro en eso… —Parpadeo, y una lágrima me resbala por la mejilla.

—¿Case?

—¿Por qué me mentiste? —susurro en la oscuridad.

—Yo… —maldice en voz baja.

—Quiero perdonarte, Fenn. Por favor, ayúdame a hacerlo. Por favor.

Me arrepiento al instante de haber levantado la voz, porque mi error provoca una reacción en cadena de acontecimientos desastrosos. Los perros deciden ser útiles, y confunden mi grito frustrado con uno de angustia. Se oyen unos ladridos incesantes por toda la casa y los pasos de Bo y Penny, que suben las escaleras a toda velocidad hacia mi habitación. Mi puerta está cerrada, por lo que los perros la golpean con un estruendo ensordecedor que despierta a toda la casa.

—Mierda —suelto, con la cara pálida—. Levántate. Tienes que irte.

Va dos pasos por delante de mí. Se pone la capucha y lleva los zapatos en las manos cuando se lanza hacia la ventana.

—¿Casey? —La voz apagada de papá resuena desde el pasillo—. ¡Casey! —Se acerca—. ¿Qué pasa?

Mientras Fenn abre la ventana de un tirón, me doy cuenta de que he olvidado cerrar la puerta después de invitarlo. Mi padre agita el pomo con una mano.

—Vete —le suplico.

Fenn tira los zapatos por la ventana y se coloca para salir por ella.

No llega a tiempo. La puerta del dormitorio se abre de golpe y, un segundo después, la voz enfurecida de papá estalla desde el umbral.

—¡Bishop! ¡Vuelve aquí!

Mierda.

Capítulo 34

Fenn

—¿En cuántos problemas te has metido? —pregunta Lawson durante el desayuno a la mañana siguiente.

Me ha sorprendido verlo levantado antes de las once de la mañana de un sábado, pero entonces me ha contado que aún no se ha acostado. Al parecer, ha pasado la noche en vela con unos chicos de Ballard y la cocaína que yo le había quitado el fin de semana anterior. Igual de sorprendente es el hecho de que ha aguantado sin una bolsita de cocaína durante toda una semana sin darse un capricho.

Junto a Lawson, Silas agacha la cabeza mientras se mete unos huevos en la boca y envía mensajes con la mano libre. Últimamente, el señor Popularidad siempre está al teléfono. Debe de estar a la caza de nuevos amigos, porque Sloane no quiere saber nada de él. RJ tampoco. Ni Amy. Ni yo. La cuenta no deja de aumentar.

RJ se ha saltado el desayuno y me ha pedido que le lleve una magdalena y café. Está en nuestra habitación trabajando en algún proyecto de *hacker.* Construye una secuencia de comandos para quién sabe qué. He renunciado a tratar de entender lo que hace.

—Creo que en muchos —respondo, y muevo el tenedor por el plato con desgana. No tengo demasiado apetito, pero debería comer. Más vale que me expulsen con el estómago lleno.

Lo de anoche fue… malo.

Fue realmente malo.

Lo único bueno es que el director Tresscott no irrumpió cuando Casey tenía mi pene en la boca.

Por un momento, de verdad que pensé que me pondría la mano encima. Me miró como un animal salvaje cuyo territorio ha sido invadido. No me habría sorprendido que sus manos se hubieran convertido en unas garras de carcayú y me hubiera hecho pedazos.

De algún modo, consiguió contenerse, pero apretó tanto la mandíbula que parecía que se le partiría la cara por la mitad.

Su voz era mortalmente fría, casi espeluznante, cuando me ordenó que saliera de la habitación de Casey y me llevó escaleras abajo. Casey se apresuró a seguirnos mientras trataba de defenderme y decía que era culpa suya, que ella me había invitado porque había tenido una pesadilla y que yo solo estaba siendo un buen amigo.

Todo cayó en saco roto. El director abrió la puerta de golpe y levantó un dedo para ordenarme que me fuera.

—¿En serio dijo follar? —comenta Silas, que al fin se une a la conversación, mientras relato todo lo que pasó.

—Sí. —No lo miro, pero tampoco lo ignoro del todo.

Lawson se echa hacia atrás en la silla y cruza los brazos detrás de la cabeza.

—Muy bien, ¿de qué nivel de daño hablamos? ¿Pantalones desabrochados?

—No. Pantalones de chándal. Firmemente asegurados alrededor de mi cintura.

—¿Camiseta? —pregunta Silas.

—Estaba completamente vestido —respondo—. Lo único que no llevaba eran los zapatos porque los había tirado por la ventana.

Lawson se ríe.

—Qué bonito. —Frunce los labios—. ¿Qué hay de la cama? ¿Las sábanas estaban revueltas? ¿Cubiertas de semen?

Hago una mueca.

—Las sábanas y la manta estaban deshechas, pero no parecía que nadie hubiera follado allí.

—¿Y pasó?

—¿Eh?

—¿Alguien había follado sobre ellas? —aclara Lawson, con una expresión divertida.

—No —respondo con firmeza—. No pasó nada. —Hago una pausa —. Más o menos.

—¿No pasó nada más o menos? —Silas parece que disfruta.

—Exacto —contesto, y muerdo una tostada.

Mientras mastico, una oleada de miedo me llena de nuevo el pecho y se hace grande, hasta que se convierte en todo lo que siento. Esto no acabará bien para mí. Casey me ha mandado un mensaje esta mañana para asegurarme que ha hecho todo lo posible para que su padre no sea muy duro con el castigo, pero no tengo esperanzas. El hombre siempre ha sido implacablemente sobreprotector con sus hijas. Es sabido que, si te metes con ellas a sus espaldas, te expulsan.

La primavera pasada, tuve que pedirle permiso para ser amigo de Casey. Tuve que pasar por el aro solo para ganarme el privilegio de pasear a los perros lejos de las cámaras de seguridad. Quizá, si le hubiera pedido salir con ella con antelación —una idea que habría rechazado como un francotirador bien entrenado—, habría sido benévolo. Después de todo, permitió que Sloane saliera con Duke. Y ahora con RJ. Pero Sloane no es Casey. A los ojos del director, a ningún delincuente de Sandover se le permite tener nada que se aproxime al romance con su niña preciosa.

Así que… sí. Tal vez debería empezar a hacer las maletas.

Como si fuera una señal, el móvil se ilumina con un mensaje de RJ.

RJ: Vuelve aquí. Ya.

Mierda. Asumo que uno de los secuaces de Tresscott está en mi puerta para citarme en su despacho, pero RJ me lanza una bola curva.

RJ: Tengo un mensaje de Gabe.

Joder, por fin.

Por un segundo, me siento aliviado, pero entonces me doy cuenta de que RJ no me habría enviado ese mensaje si fueran buenas noticias. Cojo el teléfono y tecleo.

Yo: ¿Qué dice?

RJ: Vuelve.

Echo la silla hacia atrás y recojo la bandeja medio vacía. De ningún modo me terminaré la comida ahora. Mi apetito ha pasado de ser inexistente a no tener pinta de querer reaparecer.

—Tengo que irme —digo—. Quiero ducharme y cambiarme antes de enfrentarme a la realidad. Supongo que me llamarán en cualquier momento.

—Rezaré por ti —dice Lawson.

Silas ni siquiera levanta la vista del móvil. Esta vez es a vida o muerte.

Una docena de escenarios desastrosos se me pasan por la cabeza mientras salgo del comedor. ¿Y si Gabe ha confesado? ¿O ha señalado a otra persona? El mensaje de RJ era peor que críptico, y me provoca unas ideas locas. Como que existe un mundo en el que Gabe me echa la culpa de todo. O qué pasaría si introdujera un nuevo sospechoso en la ecuación. Una imagen fugaz de Silas en ese coche junto a Casey parpadea en mi mente, pero la descarto al momento. Silas estuvo con Amy toda la noche, por lo que no hay forma de que estuviera allí. Estoy seguro.

¿Lawson, tal vez? No, me acuerdo de que Silas dijo que los dos buscaron a Casey juntos. Y nadie mencionó que Lawson, ni tampoco Silas, estuvieran empapados. Si uno de ellos conducía el coche, al menos se habría mojado de cintura para abajo al regresar a la orilla.

A menos que se cambiara antes de unirse a la búsqueda.

Las especulaciones hacen que se me acelere el pulso. El pánico se apodera de mí. Toda mi relación con Casey depende de lo que Gabe diga.

Vuelvo al dormitorio, y, cuando entro, RJ está ante su escritorio.

—Será mejor que no estés de broma —le suelto.

Se da la vuelta en la silla.

—¿Por qué haría eso?

Porque últimamente parece que todo el mundo se divierte a mi costa.

—Por nada. Olvídalo. ¿Lucas también viene? —pregunto, sorprendido de que el hermano de Gabe no se me haya adelantado.

—No lo he avisado. —La voz de RJ es cautelosa, lo que hace que me detenga.

—¿Por qué no? ¿Qué ha dicho Gabe?

Frunce los labios y se muestra reacio, a pesar de que me ha hecho volver corriendo, y ahora tengo que sacarle las palabras de la boca.

—Vamos —gruño—. Vas a acabar conmigo. ¿Qué es?

—Dice, y cito: «Dile a Fenn que sé la verdad».

Esas palabras no tienen sentido. Es como si me hubiera despertado hablando otro idioma después de un grave traumatismo craneal. Intento darles la vuelta, leer entre líneas, pero no le encuentro sentido al mensaje de Gabe.

Esperaba una pista. Una pista sobre lo que pasó en el baile y si era él quien estaba en el coche con Casey. Y, si fue así, por qué.

En cambio, tengo esto. ¿Sabe la verdad? ¿Sobre qué? Sobre el baile, supongo. Pero ¿qué verdad cree que sabe?

Me duele la cabeza.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Qué demonios significa eso? —Atónito, me hundo en el sofá de cuero. No dejo de darle vueltas al mensaje, con la esperanza de que se me ocurra algo. Frunzo el ceño—. ¿El mensaje original de Lucas a Gabe decía algo sobre mí? Enséñamelo.

RJ vacila.

Lo fulmino con la mirada.

—¿En serio?

—Lo siento, es una costumbre. La única razón por la que me va bien en este negocio es porque valoro la privacidad de mis clientes. El tráfico de información es lucrativo, pero solo cuando sabes mantener la boca cerrada.

—Puedes coger esa tontería lucrativa y metértela por el culo. Soy tu hermanastro. ¿Qué decía el mensaje?

Disgustado, RJ desbloquea el móvil y mueve un dedo por la pantalla. Luego lee en voz alta.

—«Hola. Sé que probablemente estés furioso, y no te culpo. Papá es un cabrón. He intentado poner a mamá de nuestro lado, pero de momento no ha habido suerte. Que sepas que estoy haciendo todo lo posible para sacarte de ahí. También necesito que sepas que no importa lo que papá haya dicho, yo no fui quien hizo que te echaran». —RJ levanta la cabeza de la pantalla—. Luego dice que espera que esté bien, que hablen pronto, blablablá.

Entrecierro los ojos.

—La parte de «yo no fui» es un poco sospechosa, ¿no?

—Un poco. Pero tampoco ha dicho «no fui yo, fue Fenn».

—Ya.

—Tengo que preguntarte algo. —La silla de RJ cruje cuando se echa hacia atrás y se cruza de brazos.

Su expresión inquieta me hace sospechar más aún. Maldigo cuando me doy cuenta de adónde quiere llegar.

—¿Me estás preguntando si fui yo quien lo delató ante su padre por vender drogas?

—¿Estás diciendo que no lo hiciste? —pregunta RJ, muy sorprendido.

—Obviamente —suelto, más que un poco ofendido—. Gabe es mi mejor amigo. Y su padre es un capullo. ¿Por qué querría meterlo en problemas?

—Quizá tratabas de protegerlo y pensaste que era la única manera de conseguir que dejara de traficar.

—Ya, claro. Así que ¿ahora soy un amigo de mierda por no haberlo delatado?

La despreocupación de RJ ante la rápida implosión de mi mundo me pone de los nervios. Para él, todo esto son cotilleos. Casi como ver la tele. Pero para mí esto ha sido lo más importante y perturbador de mi vida durante casi todo un año. Y, de alguna manera, ha empeorado en los últimos minutos.

—No te juzgo…

—¿Seguro? —digo en tono frío.

Frunce el ceño.

—Intento encontrar la verdad.

Se me escapa una carcajada aguda. Todo el mundo por aquí ha mentido sobre una cosa u otra durante tanto tiempo que ya no estoy seguro de que sepamos cómo es la verdad. Nadie en este instituto es inocente, y menos quienes estamos en esta habitación.

—¿Qué le ha respondido Gabe a Lucas? —pregunto.

—Si soy sincero, nada demasiado emocionante. Dice que se siente como si estuviera en la cárcel. Habla de una pelea en la que se metió. Le pide a Lucas que no se ponga en pie de guerra por él, que no merece la pena que cargue con el peso de la ira de su padre mientras Gabe está fuera. Luego le asegura que está bien, que solo faltan otros seis meses para que cumpla los dieciocho y pueda largarse de allí.

Me duele el corazón al escuchar eso. Lo que pasa con Gabe es que es tan bueno que parece tonto. Siempre cuida de su hermano menor. La única razón por la que traficaba con drogas en primer lugar fue por culpa de su padre, no porque fuera un delincuente. Quiero decir, claro que no es perfecto. Le gusta liarla de vez en cuando, como al resto de nosotros, pero no es un criminal nato ni nada parecido.

El señor Ciprian siempre fue muy tacaño con el dinero, el tipo de hombre que quiere que sus hijos se labren su propio camino en el mundo. Durante nuestra infancia, cada vez que iba a su casa en Greenwich, escuchaba sermones sobre el valor del trabajo duro y sobre cómo Mark Ciprian nunca alimentaría a sus hijos con cucharas de plata. Siempre me sentí mal por Gabe y Lucas. Claro, la ética del trabajo es admirable, pero no puedes enviar a tus hijos a la mejor escuela preparatoria del país y darles solo una asignación de cien dólares al mes. Los crucificarán.

—¿Le has pasado a Lucas la respuesta de su hermano? —pregunto pensativo.

—No, quería hablar contigo primero. —RJ inclina la cabeza—. ¿Todavía crees que Lucas podría haber insinuado a Gabe que tú eres el responsable de que lo exiliaran?

—No lo sé, pero todo es muy sospechoso. —Me encojo de hombros—. Vamos a ponerlo a prueba. Reenvíale el mensaje ahora. Si no dijo nada ni a su padre ni a Gabe, entonces es más probable

que me cuente lo de «dile a Fenn». Pero si, de alguna manera, hizo que su hermano pensara que se la jugué, seguramente no me dirá nada, ¿no?

—Es lógico. —RJ desbloquea de nuevo el móvil para enviarle la respuesta de Gabe a Lucas.

Luego esperamos.

—¿Tiene la verificación de lectura activada? —exijo saber cuando pierdo la paciencia después de unos tres segundos.

—No. —RJ comprueba la pantalla—. Pero está tecleando.

Me pongo alerta y me enderezo en el sofá. Un momento después, aparece la respuesta de Lucas.

—«Gracias. Te debo una grande, tío» —lee RJ.

Los dos miramos mi teléfono, en la mesita. Permanece en silencio. Sabemos que Lucas está cerca del suyo porque, literalmente, acaba de escribir a RJ. Y, si tiene el teléfono en la mano, no hay ninguna razón para que vea esas palabras —«Dile a Fenn que sé la verdad»— y no me lo cuente.

—Quizá ha supuesto que lo haré yo —aventura RJ, y justo entonces mi móvil vibra y ambos nos sobresaltamos.

Lo cojo y me relajo al ver el nombre de Lucas.

—Es él —digo, y me apresuro a abrir la notificación.

Lucas: Hola, tengo noticias de mi hermano. Básicamente está bien. Se ha peleado con un skinhead, pero sabe defenderse.

Le leo la respuesta a mi hermanastro y añado:

—Ni una mención al mensaje que me ha enviado Gabe.

RJ suspira, disgustado.

—Joder.

Pero el teléfono suena de nuevo.

Lucas: Además, no tengo ni idea de lo que significa, pero al final del mensaje pone: «Dile a Fenn que sé la verdad».

Hay una pausa y luego llega otro mensaje.

Lucas: ¿Significa algo para ti?

Me relajo del todo.

—Vale —suelto con un suspiro de alivio—. Quizá las cosas no sean tan turbias como pensaba. Supongo que Silas me ha contagiado. Veo enemigos por todas partes.

RJ se ríe.

—Oye, siempre supe que Silas era un capullo en secreto. Los simpáticos acostumbran a serlo.

Le escribo a Lucas para decirle que no tengo ni idea de lo que significa, pero que le daré vueltas. Me responde con un pulgar hacia arriba.

—¿Y ahora qué? —RJ se balancea en la silla, con una pierna cruzada sobre la rodilla.

Me paso una mano por el pelo y, de repente, recuerdo que hay un asunto mucho más importante que discutir.

—Ahora espero mi inminente ejecución.

—Mierda, me había olvidado de eso.

—Yo también. —Me tumbo y apoyo la cabeza en el brazo del sofá —. Lo hemos pasado bien, ¿no? Hemos creado unos vínculos fraternales para toda la vida.

RJ resopla.

—Más que suficiente. —Pero la diversión no dura—. No te expulsará de verdad, ¿no? Tampoco te pilló metiéndosela.

—Para ser sincero, no sé si me molesta su elección del momento o si me siento en deuda con él. —Le lanzo una mirada irónica—. Estaba a punto de contarle la verdad a Casey antes de que irrumpiera en su habitación.

—¿La verdad? —repite, y entonces lo entiende—. Ohhh. Vale. ¿Todavía piensas hacerlo?

Asiento tras un segundo de indecisión.

—Tengo que hacerlo. Sobre todo ahora. Quizá, si el mensaje de Gabe me hubiera aclarado algo, habría… —Me detengo de golpe y me doy cuenta de lo que he hecho.

RJ suelta un suspiro.

—Hijo de puta.

Maldita sea.

—¿Estabas encubriendo a Gabe? —Su voz destila incredulidad.

Me llevo un antebrazo sobre la cara para protegerme los ojos. Entonces, me percato de que no hay vuelta atrás. No puedo esconderme. Así que bajo el brazo y me siento.

—Estoy casi seguro de que Gabe conducía el coche la noche del accidente de Casey —suelto con rotundidad.

RJ me mira en silencio, como si su cerebro estuviera cargando.

—Oh —comenta.

—Sí.

—¿Y lo has mantenido en secreto todo este tiempo?

No se me escapa el tono acusatorio, incluso de desaprobación.

—Se lo debo —respondo.

—Es tu mejor amigo, lo entiendo. Pero ¿encubrir algo tan grave? ¿En serio? ¿Cuánto le debes en realidad?

—Mucho. —Me froto ambas sienes, pues todos los estúpidos errores que he cometido a lo largo de los años zumban en mi cabeza como un enjambre de avispas—. Me ayudó a librarme de la cárcel hace un par de años. Le devolví el favor la noche del baile.

—¿Me das más detalles? —refunfuña RJ cuando no continúo.

Joder. No puede dejarlo aquí, ¿verdad? Mi hermanastro siempre tiene que curiosear.

—El verano antes de tercero, Gabe y yo estábamos en los Hamptons. Al principio, nos quedamos con Lawson, pero entonces el psicópata de su padre nos echó porque salíamos demasiado de fiesta. Así que nos fuimos a casa de una tal Molly, y la fiesta continuó. Nuestra última noche allí, descubrimos que Molly vivía al lado de un jugador estrella de los Yankees de Nueva York, y ella nos contó que el tío tenía un ridículo armario de relojes…

—¿Qué coño es un armario de relojes?

—Exactamente lo que parece. El tipo estaba obsesionado con los relojes caros y tenía un armario entero lleno. Todos expuestos en estanterías con sus cajitas de lujo. Me pareció divertidísimo y, bueno, como he dicho, me pasé gran parte de ese verano borracho.

—Madre mía. ¿Entraste en la casa del jugador de los Yankees?

—Sí. En resumidas cuentas, después de que todo el mundo se fuera a la cama, se me metió en la cabeza que sería divertido entrar y robar uno de sus preciados relojes. Y, de alguna manera, me las arreglé para hacerlo. La seguridad era inexistente. Solo había una cámara. Ni siquiera ponía la alarma antes de salir. Él y su novia, modelo de lencería, estaban en un club de la ciudad, de modo que subí las escaleras hasta su dormitorio y elegí uno de los relojes del armario. Me decanté por el más guay y me lo llevé.

—¿Gabe no estaba contigo?

—Oh, no. Gabe no es idiota. Trató de disuadirme, pero lo hice de todos modos. Me marché cuando se fue a dormir. La mañana siguiente fue un drama. El tío descubrió que le faltaba un reloj y llamó a la Policía. Cuando la vimos llegar a su casa, corrí a la playa y lancé el reloj al mar. Interrogaron a los vecinos, incluidos nosotros. Le pedí a Gabe que me cubriera, y lo hizo sin dudar. Declaró que había estado con él toda la noche, que me había desmayado y que me había cuidado para asegurarse de que no vomitara mientras dormía y me muriera o algo así. Por supuesto, al principio no nos creyeron, pero entonces intervino su padre. El señor Ciprian era el fiscal general del estado, por lo que todavía tenía mucha influencia allí.

—¿También le mintió a su padre?

—Sí. Lo juró sobre la Biblia, y los Ciprian son supercatólicos, así que, créeme, para Mark Ciprian eso importaba. Gabe me cubrió las espaldas, y su padre lo creyó. —Sacudo la cabeza—. El de los Yankees quería sangre. Si el señor Ciprian no me hubiera defendido gracias a Gabe, me habrían condenado. Sin ninguna duda. —Bajo la cabeza cuando siento que la vergüenza me sube una vez más por la garganta—. Apenas conocía a Casey la noche del baile, tío. Era básicamente una extraña. No sentía que le debiera lealtad entonces. Pero a mi mejor amigo le debía mucho.

—Pero ya no es una extraña —me recuerda RJ en voz baja.

—Soy muy consciente de ello.

RJ no tiene ni idea de cuánto me ha dolido cargar con esto. Pensar lo peor de mi mejor amigo. Imaginarlo como el tipo de persona que daría a una chica por muerta. No tiene idea de lo que

ese pensamiento le hace a tu forma de entender a las personas y a ti mismo. Elegí proteger a Gabe por encima de Casey y después traté de compensarlo. Y la protegí tras lo sucedido. Pero no es suficiente.

Ella se merece saber la verdad.

Desde que somos amigos, he estado siempre al borde de abrirle mi corazón. Pero entonces pensaba en Gabe. Él es mi mejor amigo, y estoy medio enamorado de ella, pero ahora mismo no tengo a ninguno de los dos, y ella está cada vez más lejos. Cada día que pasa sin que le cuente la verdad a Casey, la destroza un poco más. Pronto, se habrá roto en tantos pedazos que quizá no encuentre la forma de juntarlos de nuevo. De regresar a mi lado.

Anoche dijo que quería perdonarme.

Solo necesito darle una razón.

La conversación se interrumpe cuando llaman a la puerta, lo que nos sorprende a ambos.

RJ se levanta para contestar y, un segundo después, mira por encima del hombro, aliviado. Parece que no han venido a ordenar mi ejecución. Tresscott se está tomando su tiempo, prolonga a propósito mi tortura.

—Hola —dice alguien, y un par de estudiantes de último curso entran en nuestra habitación.

El más alto, Xavier, me saluda con la cabeza y luego se dirige a mi hermanastro.

—Dos primos míos vienen de visita desde Manhattan este fin de semana. Quería llevarlos a las peleas de esta noche.

RJ se lo queda mirando.

—¿Y?

—Bueno, eh… —Xavier mueve los pies y se mete las manos en los bolsillos—. ¿Pueden venir?

—¿Y a mí qué coño me importa?

Me río en voz baja desde el sofá. El pobre Remington se niega a aceptar la realidad.

—Van al San Miguel, en el Upper West Side. —Xavier continúa, como si no hubiera escuchado a RJ—. Puedes evaluarlos esta noche si quieres. Te los presentaré antes de entrar.

—No, no voy a ir.

Tripp, el amigo de Xavier, parece confuso.

—¿No vas?

—No. Estoy ocupado.

Me trago otra carcajada. RJ ha hecho sus apariciones semanales obligatorias en las peleas desde que tomó el relevo del liderazgo de Duke, pero supongo que ya no sigue las reglas. Me sorprende que haya tardado tanto.

—Así que, ¿no hay peleas? —lo presiona Xavier—. Pero es sábado.

—Puedes pelear. O no. Me da igual. ¿Tan difícil es de entender?

Los dos me miran en busca de ayuda, y respondo con un divertido encogimiento de hombros.

—Esta noche estoy ocupado —dice RJ despacio, pronuncia cada palabra, como si le hablara a un niño pequeño—. Si se celebraran mañana por la noche, estupendo. Si se hubieran celebrado ayer, genial. Pero son esta noche, y estoy ocupado.

—Entonces, ¿las haremos mañana por la noche? —pregunta Xavier.

—¡Hacedlas cuando queráis! —grita, se gira y me implora con la mirada—. Tío, ayúdame.

Estoy demasiado ocupado riéndome.

—Esto no es ninguna prueba —les asegura a los chicos—. No me interesa dirigir nada. Contádselo a vuestros amigos.

—Entonces…, ¿mañana por la noche? —pregunta Tripp.

—Largaos de una puta vez —les ruega RJ, frustrado, y los empuja hacia la puerta. La cierra de golpe y se apoya en ella, como si temiera que fueran a abrirla a patadas como unos bárbaros—. ¿Por qué me pasa esto a mí?

Me seco las lágrimas de la risa.

—Te lo has buscado, tío.

Un golpe seco resuena en la puerta.

La cara de RJ se pone roja de frustración.

—¡Por el amor de Dios! Largaos.

—Bishop —grita una voz diferente.

Así, sin más, toda la diversión se esfuma.

Esta vez, soy yo quien abre la puerta. Me encuentro con la sonrisa petulante de Asa, el mensajero del director.

Reprimo un gemido.

—Déjame adivinarlo. Me han llamado.

Asa ignora mi comentario sarcástico.

—El director Tresscott quiere verte en su despacho. Date prisa.

Capítulo 35

Fenn

Aquí hay más silencio que en una iglesia. De camino al despacho de Tresscott, no me cruzo con nadie y no escucho ni una sola voz. El sonido de mis zapatos al chirriar contra el suelo pulido del amplio pasillo me estremece. Se oye vergonzosamente fuerte. Entonces me suena el móvil, y el sonido es aún más fuerte, como una explosión en medio de la quietud.

Lo pongo en silencio y miro el mensaje.

Casey: ¿Nos vemos esta noche en nuestro sitio? Tenemos mucho de que hablar.

Tiene razón. Tenemos mucho de que hablar.

Yo: Sí, suena bien. Y, sí, tenemos que hablar.

Yo: He puesto el móvil en silencio. Voy a hablar con tu padre.

El mostrador de la recepción está vacío. Paso por delante de él hacia la imponente puerta de caoba y doy un rápido golpecito.

—Adelante. —Oigo la respuesta amortiguada.

Giro el pomo y empujo la puerta. Doy un paso sobre la gruesa moqueta burdeos y me detengo en seco.

—Oh, joder, no —murmuro cuando mi mirada se cruza con la de mi padre, que está sentado ante el escritorio de Tresscott—. De ningún modo. Me niego.

Giro sobre los talones, lo que hace que David salte de la silla.

—Fennelly —suelta—. Para.

No quiero detenerme. Quiero salir corriendo de este edificio, robarle el coche a alguien y conducir hasta otro maldito país.

Canadá. No, México. Tienen mejor clima.

Pero también sé que correr es inútil, de modo que me resisto al instinto y entro otra vez en el despacho. Cierro la puerta detrás de mí y cruzo los brazos sobre el pecho.

Papá se pasa una mano por el pelo rubio. Le han salido algunas canas en los últimos meses. Me sorprende que su nueva esposa no lo haya convencido para que se lo tiña. O quizá Michelle piensa que lo hacen interesante.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto al ver que no dice nada.

Eso provoca una chispa de irritación en sus ojos.

—Edward Tresscott me ha llamado esta mañana temprano y me ha dicho que piensa expulsarte temporalmente.

Se me corta la respiración. ¿Una expulsión temporal? ¿Eso es todo?

Exhalo aliviado mientras me pregunto cómo demonios lo ha convencido Casey de que no me expulsen para siempre.

—Pareces aliviado —comenta papá con frialdad.

Me encojo de hombros.

—Pensaba que sería mucho peor. ¿Cuánto durará la expulsión?

—Tres días. Te presentarás ante Tresscott todas las mañanas y harás los deberes en un despacho contiguo. Te vigilará durante todo el día y revisará tu trabajo después del último timbre.

—Bien. —Levanto una ceja—. ¿Puedo irme ya?

—No, no puedes. —Aprieta los dientes—. Siéntate de una puta vez, Fenn.

Se me escapa una carcajada.

—Sacando los improperios, ¿eh, papá? Alguien tiene una rabieta.

—Siéntate —suelta.

Le sigo la corriente y dejo caer el culo en uno de los lujosos sillones para las visitas. Papá aún está de pie, y su expresión es triste. Con una pizca de decepción.

—¿Y bien? Escuchémoslo. El sermón. —Me reclino en la silla, imperturbable—. Siempre es divertido escucharte fingir que te importo. Últimamente lo haces mucho, ¿te das cuenta? Te entiendo. Intentas impresionar a mi madrastra. Pero malgastas el aliento.

Maldice de nuevo, inusualmente enfadado. Me sorprende, si tengo en cuenta que sus emociones llevan bastante tiempo en estado de hibernación. Quizá por eso no dejo de provocarlo. Estoy harto del padre tranquilo e indiferente. Tengo ganas de pelea.

Y papá no me falla.

—Ya he tenido suficiente —espeta—. Suficiente de ti.

—Dime algo que no sepa.

—Basta. Déjate de tonterías insolentes y juveniles. Tienes dieciocho años. —Se le enrojece el rostro y, mientras deambula por el despacho, cada pocos segundos se detiene y me lanza miradas furiosas—. ¡Eres un maldito adulto y te cuelas por las ventanas de las chicas a las cuatro de la mañana, como un gamberro salido! ¡Y no de cualquier chica! ¡La hija menor de Edward Tresscott! ¿Has perdido la cabeza?

Intento responder, pero me corta con un gesto de la mano.

—He soportado muchas de tus tonterías a lo largo de los años. He tolerado tu bocaza, he hecho la vista gorda con tus compañías…

—¿Mis compañías? —lo interrumpo—. ¿Qué se supone que significa eso?

—¡Gabe Ciprian es un traficante de drogas! Ese Lawson ha entrado y salido de rehabilitación desde que tenía trece años. —Papá avanza hacia mí con el ceño fruncido—. Y no me hagas hablar de todas las chicas. Todas las fiestas. Los envoltorios de condones esparcidos por toda la puta casa. El alcohol. El hecho de que te hayan expulsado de todos los colegios a los que has asistido, hasta que tuve que comprar tu acceso a este. El único instituto del que no se expulsa a nadie… ¡y casi te echan!

Termina con un resoplido enfadado y se pasa de nuevo una mano por el pelo.

—¿Puedo responder ahora o seguirás gritando? —pregunto con amabilidad.

—Me encantaría tener una explicación —replica papá—. Me encantaría, porque no me imagino en qué pensabas al tontear con la hija del director.

—Casey es mi amiga. —Me encojo de hombros otra vez—. Tuvo una pesadilla y me llamó porque estaba triste y necesitaba hablar.

—¿Y no podías hablar con ella por teléfono? —Parece agotado—. ¿Tuviste que irrumpir en su casa?

—No entré por la fuerza. Ella me dejó entrar.

—Estabas allí a las cuatro de la mañana, sin el permiso de su padre. Tiene diecisiete años.

—Es mi amiga —repito.

—¿Estás diciendo que no hay absolutamente nada físico entre vosotros dos?

Acostumbro a mentir bastante bien —por omisión, al menos—, pero esta mañana estoy fuera de juego. Y la fracción de segundo de vacilación me cuesta cara.

—¡Maldita sea, Fenn! ¿Qué demonios te pasa? —Papá sacude la cabeza en señal de reproche; casi rezuma desprecio—. ¿Esto es realmente lo que quieres ser? ¿Un cabrón que bebe como un cosaco y piensa con la polla?

—Suena divertido, la verdad.

Lanza una carcajada incrédula.

—Ni siquiera te lo tomas en serio, ¿verdad? He volado hasta aquí en cuanto me han avisado para hacerte entrar en razón.

—Yo no te pedí que vinieras —lo interrumpo, con la voz fría—. Eso es cosa tuya.

Papá me mira un momento. Luego se deja caer en la silla contigua y hunde la cara entre las manos. Se queda ahí sentado, en esa extraña postura de derrota, durante lo que parece un minuto entero. Incluso me planteo escabullirme mientras no mira.

Pero entonces levanta la cabeza.

—Me avergüenzo de ti.

Hasta ahora, sus críticas me habían rebotado como si llevara un chaleco antibalas.

Esta vez, me duele. Un golpe directo. Se me tensa el pecho.

—Te he dado margen, Fenn. He intentado ser paciente. Comprensivo. Porque sé cuánto echas de menos a tu madre.

Aprieto la mandíbula.

—Pero has ido demasiado lejos.

—¿Porque me colé en la habitación de una amiga? —exijo con incredulidad.

—Porque no te arrepientes de ninguno de tus actos ni de tus palabras. Haces lo que te da la gana cuando te da la gana. —Se levanta, con los hombros caídos—. Me avergüenzo de ti —repite.

—Me da igual. —Yo también me pongo de pie, harto de esta conversación de mierda.

—Debería importarte. Porque soy tu padre, y la única familia que tienes en este mundo, Fennelly.

Nuestras miradas se cruzan de nuevo, lentamente, y me estremezco ante lo que veo en sus ojos. Repulsión. Asco.

—Tu madre se avergonzaría de ti.

Levanto un brazo, incapaz de detenerlo. Es un acto reflejo, el instinto de defenderme de la oleada de dolor que desencadenan sus palabras. Se oye un crujido cuando mi puño golpea la mandíbula de mi padre.

Se echa hacia atrás, conmocionado. Los dos lo estamos. Me hormiguean los nudillos y me miro la mano, parpadeando, confuso. Es como si esa mano no me perteneciera.

Nunca le había pegado. Él nunca me ha pegado. Los golpes nunca han formado parte de nuestra relación.

Papá respira hondo varias veces. Se pasa un pulgar por el lugar donde le he dado y mueve la mandíbula.

—Papá. Yo… —«Lo siento». Quiero decirle que lo siento.

Pero pasa junto a mí con paso firme.

—Pon tu maldita vida en orden —dice sin darse la vuelta.

—¿Adónde vas? —Lo sigo.

—A casa. —No se gira. Tengo que lanzarme hacia la puerta para escucharlo—: Me voy a casa con mi mujer. Y tú cumplirás con la expulsión sin rechistar. Te veré en Acción de Gracias.

Se marcha, y yo casi me desplomo, pues siento las piernas demasiado débiles para soportar mi peso. Tropiezo con una silla y me dejo caer sobre ella, como una imitación de la postura derrotada de papá, con la cara hundida entre las manos, una de las cuales aún me duele.

Le ha dado un puñetazo a mi padre en la mandíbula.

Dios mío.

«Tu madre se avergonzaría de ti».

Ahí sentado, encorvado y con el pulso débil, no puedo dejar de darle vueltas a todo lo que me ha dicho. Sus palabras se repiten en bucle y, entonces, una conclusión echa raíces en mi mente, y soy incapaz de luchar contra ella.

Tiene razón.

Soy un desastre.

Mamá se avergonzaría de mí.

Y no tengo derecho a dejar que una chica como Casey me quiera.

Gimo contra las palmas de las manos. Maldita sea. ¿Qué hago con esta chica? Desde la primera vez que tuve una conversación real con ella supe que era demasiado buena para mí. Es la chica que rescata animales heridos y los guarda en cajas de zapatos junto a su cama. Es la chica que perdona cuando no debe y olvida cuando debería recordar.

Debería haber permitido que terminara. Se había acabado, maldita sea. Ella me dejó. Con razón. Pero, en vez de pasar página, la presioné y luché para que volviera, ¿y para qué? ¿Para que esté con un cabrón que bebe demasiado y es el mejor amigo de un traficante que casi la mata?

Se merece algo mejor que eso. Mucho mejor.

Capítulo 36

Casey

—Gracias —digo desde la puerta.

Mi padre me observa por encima del borde de su taza. Está en su estudio; bebe té y tiene un libro abierto delante de él. Es el que le regalé las navidades pasadas, un relato histórico de la guerra de los Cien Años. Se ha pasado todo el día encerrado aquí leyendo.

—Sé que querías expulsarlo —continúo al ver que papá no dice nada—. Pero te prometo que no hizo nada malo. El único pecado que Fenn cometió fue venir corriendo cuando lo necesitaba.

Le tiembla un poco la mandíbula.

—¿Vas a decir algo?

Papá deja la taza en la mesa.

—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé. —Jugueteo con una manga—. Algo.

—De acuerdo, te diré algo: si alguna vez me encuentro de nuevo a un chico en tu habitación en mitad de la noche, será expulsado si tengo el poder de hacerlo, y tú recibirás clases en casa durante tu último año. ¿Entendido?

—Sí —respondo con firmeza.

—Y espero que cumplas la promesa que has hecho —añade con una mirada severa.

—Lo haré.

Durante nuestra charla de una hora esta mañana, en la que le he explicado por qué no debía ser demasiado duro con Fenn por lo de anoche, una de las condiciones que me ha puesto mi padre es que vuelva a terapia. Semanal. No me ha entusiasmado aceptar, pero la doctora Anthony no me cae tan mal, y me ha parecido un intercambio justo para mantener a Fenn en Sandover.

Sin embargo, me lo debe. Y pienso saldar la deuda esta noche; no aceptaré nada que no sea la verdad sobre lo ocurrido en la noche del baile.

—Sloane ha puesto una lasaña en el horno —le informo—. Dice que estará lista a las siete.

Papá asiente y coge su libro.

—Te veré en la cena, entonces.

Despachada.

Espero a cerrar la puerta para poner los ojos en blanco. Lo entiendo. Está enfadado por haber pillado a Fenn en mi habitación. Pero, vamos, no era para tanto.

En el pasillo, me saco el móvil del bolsillo de la sudadera con cremallera.

Yo: Oye, ¿quedamos más tarde? La cena es a las siete, así que estaré libre sobre las nueve. ¿Nos vemos en el camino del lago?

Fenn teclea, pero los puntos aparecen y desaparecen en pantalla durante casi una eternidad. Me aburro de esperar y subo. Quiero ducharme y cambiarme antes de cenar.

Me vibra el teléfono cuando entro en la habitación.

Fenn: Me mata decirlo, pero tenías razón. Hay que acabar con esto. No soy el tío adecuado para ti, Casey. Lo siento.

Miro el mensaje fijamente.

Pasa un segundo. Dos. Tres. Diez.

Sigo mirando, con la esperanza de encontrarle un sentido a todo. Incluso compruebo que está escrito en nuestro idioma, porque mi cerebro no lo entiende. Mis ojos ven palabras como «acabar» y «lo siento», pero es evidente que no ven bien y se equivocan. Es imposible que esté rompiendo conmigo.

Con un mensaje.

Es absurdo.

Me tiembla el pulso, que se ralentiza mientras le escribo tres palabras en respuesta.

Yo: ¿Hablas en serio?

Esta vez responde de inmediato.

Fenn: Sí. Lo siento muchísimo. Tienes que olvidarte de mí.

Exhalo en respiraciones lentas y medidas, porque se me ha acelerado el pulso. Va cada vez más rápido, hasta que me retumba con fuerza entre las orejas.

No me lo creo. Este tío se ha pasado un mes intentando volver a mi vida, suplicándome perdón a diario. Y, hasta anoche, yo me había mantenido firme y había puesto mis límites. Pero también los sobrepasó. Anoche, cuando me abrazó, estaba dispuesta a perdonarlo, incluso sin saber toda la verdad sobre el baile. Me recordé a mí misma que Fenn me salvó la vida, que estoy viva gracias a él, ¿y no era eso lo más importante?

Dios. Debe de haber algo malo en mí. Un defecto inherente en mi programación, que me obliga a cometer los mismos errores y a sorprenderme cada vez que me quedo sola.

O quizá solo sea Fenn.

Escondido a plena vista, como un veneno incoloro e inodoro que se dosifica en microdosis por mis venas, hasta que mi corazón deje de latir.

No me creo que dejara que me convenciera de que era mi amigo. He estado a punto de perdonarlo, en contra de mi buen juicio y de todas las señales de alarma que sonaban en mi cabeza. Pero Fenn Bishop es impermeable a todas mis defensas naturales, se desliza dentro de mi cerebro para susurrarme las mentiras y promesas vacías adecuadas.

Me hundo en el borde de la cama y parpadeo con rapidez para contener las lágrimas. Lo curioso es que esta vez creía que estaba dispuesto a decir la verdad, que, después de semanas suplicando para que le diera la oportunidad de confesar, no lo fastidiaría todo. Pero aquí estoy de nuevo, como una tonta, otra vez he caído de bruces contra el suelo.

Las lágrimas se secan a medida que el dolor que me envuelve el corazón se endurece y se convierte en algo más oscuro, más hostil.

La ira estalla dentro de mi cabeza, como una tormenta ensordecedora que aúlla por la rabia y el resentimiento, que se intensifican mientras releo los mensajes de Fenn.

No lo soporto más, joder.

Dejo caer el móvil sobre la cama y me obligo a darme una ducha. Pongo la temperatura muy caliente y me meto bajo el chorro, donde inhalo las nubes de vapor y luego inclino la cabeza hacia arriba. Dejo que el agua caliente me empape. Que me calme. De algún modo, funciona. Cierro los ojos y el primer pensamiento tranquilo que tengo en todo el día se cuela entre el desorden.

El recuerdo de ir a toda velocidad por las montañas con las ventanillas bajadas.

De comer helado en un pueblo cualquiera.

De perderme y olvidar quién soy.

Mientras el calor y el vapor me relajan los músculos tensos, recuerdo la última vez que fui feliz. No feliz por la borrachera, la venganza o el orgasmo. Simplemente… feliz.

Después de la ducha, me pongo unos pantalones de yoga, un jersey de rayas y unos calcetines de lana. Tengo que darle de comer a Silver antes de que me llamen para cenar, así que busco la bolsa hermética con comida que guardo en el cajón de arriba del escritorio. Hoy hemos pasado oficialmente al heno de alfalfa y a las bolitas de pienso, que se supone que es rico en fibra. Sin embargo, Silver todavía parece débil. Me gustaría que se moviera más.

Cuando levanto la tapa de la caja de zapatos y echo un vistazo, sigue inmóvil.

—Despierta, pequeña —digo con suavidad—. Hora de la alfalfa.

Le he ido dejando la comida en la esquina de la caja junto a un plato de agua poco profundo. En general, cuando le preparo la comida, abre los ojos y suelta unos chillidos preciosos. Esta tarde, está callada.

—¿Qué te pasa? —La arrullo—. Venga, bonita, es hora de cenar.

Silver no reacciona. Ni siquiera mueve las orejas.

Tardo un poco más en darme cuenta de lo que ocurre.

Lo que ocurre es que Silver está muerta.

Me parece que todo va a cámara lenta, y siento que me entumezco. Que me apago. De la misma forma que Silver no ha reaccionado al sonido de mi voz, yo tampoco reacciono al hecho de que se haya ido. Me quedo mirando su cuerpo inmóvil. Luego coloco otra vez la tapa de la caja de zapatos.

—¡Case! ¡A cenar!

Al grito de Sloane, salgo de mi dormitorio en piloto automático, con la caja metida bajo un brazo. Bajo las escaleras y entro en la cocina sin decir nada. Mi hermana se está quitando los guantes de cocina. Sale vapor de la lasaña, que se enfría sobre los fogones.

—¿Pones la mesa? —pregunta Sloane por encima de un hombro.

—Claro.

Se gira y se ríe cuando ve la caja de zapatos.

—¿Silver cenará con nosotros?

—Ha muerto —respondo.

—Oh, mierda.

—Oh, cariño. —La voz de papá suena desde la puerta. Ha entrado justo a tiempo para oírnos—. Lo siento mucho.

Me encojo de hombros.

Con un suspiro, se acerca y me aprieta un hombro para tranquilizarme.

—Voy a por la pala.

—No te molestes. —Me aparto de él, me dirijo a la encimera y abro el cajón alto donde está el cubo de la basura.

—¿Case? —pregunta, inquieto.

—Siempre supimos que moriría. No tiene sentido enterrarla. Es mucho esfuerzo sin motivo.

Se hace el silencio a mi alrededor mientras tiro la caja a la basura. Cierro el cajón, me doy la vuelta y me encuentro con dos caras confundidas.

—¿Qué? —murmuro.

—Siempre entierras a todos los animales que acoges. —El surco en la frente de Sloane se hace más profundo—. Has celebrado funerales de animales desde que tenías seis años.

—Sí, bueno, ya no tengo seis años. La gente crece. —Me encojo de hombros otra vez—. Y los seres vivos mueren.

Todo muere, joder.

Capítulo 37

Sloane

En la reunión más o menos habitual de la agencia de detectives Tresscott y Shaw, estos dos intrépidos investigadores han llegado a otro callejón sin salida. Estamos sentados en mi porche trasero, y RJ se rasca la barba incipiente que le salpica la barbilla y mira fijamente la superficie de la mesa del patio, como si intentara descifrar mensajes en el granito. Los perros corretean como locos mientras persiguen insectos y alguna que otra ardilla.

—¿Podemos enviarle otro mensaje a Gabe? —sugiero—. ¿Para obtener su versión de los hechos de esa noche?

—Aunque Fenn estuviera dispuesto a poner otros cinco de los grandes, mi contacto se ha echado atrás. Me dijo que era demasiado arriesgado y que no volvería a jugársela. De modo que, a no ser que mandemos una paloma mensajera o contratemos a una actriz para que se haga pasar por la madre de Gabe…

—Y ¿dentro del reino de las opciones realistas…?

—No tenemos nada.

Impresionante. Simplemente genial. Por primera vez en meses, tenemos una pista real. La confesión de Fenn de que encubría a Gabe. Y, aun así, seguimos dando vueltas en círculo.

Pensé que, cuando Fenn admitiera lo que sabía, tendríamos la clave para descubrir qué pasó en el baile. Pero ¡sorpresa! Más preguntas. Por ejemplo, ¿cómo es posible que Gabe Ciprian, de todas las personas, abandonara a Casey dentro del coche?

—¿Qué pasa con las drogas? —pregunta RJ—. ¿Seguro que Gabe traficaba?

Bo se le echa encima y le deja un palito baboso en el regazo. Lo empuja con insistencia y gruñe ligeramente hasta que RJ arroja el palo al otro lado del patio.

—El secreto peor guardado de Sandover —confirmo—. Todo el mundo sabía adónde ir a por su veneno.

—Supongo que eso tiene sentido. Nadie termina aquí por accidente. ¿Gabe llegó a asistir a Ballard?

—El primer año —confirmo—. Pero luego lo expulsaron, junto con Fenn, por robar alcohol del mueble bar del responsable de la residencia. Después de eso, a Gabe lo mandaron a Sandover, y a Fenn a… ¿cómo se llamaba? A un internado suizo.

—Espera, ¿en serio? Creía que Fenn llegó en segundo.

—Sí, como al mes de haber empezado el semestre. Solo aguantó unas semanas en los Alpes hasta que lo echaron. Si soy sincera, creo que lo hizo a propósito para terminar aquí. Él y Gabe eran inseparables.

Bo vuelve con su palo y ahora Penny se acerca a empujones hacia RJ para animarlo a que lo lance.

—¿Dónde está Casey? —refunfuña RJ—. ¿No puede distraer a estos dos para que me dejen en paz? —Sin embargo, a pesar de sus quejas, les lanza el palo otra vez.

—Está en su habitación. Se le ha muerto el conejo.

—Mierda. Qué putada.

Lo miro, preocupada.

—Ni siquiera ha pestañeado. Ha dicho que se había preparado para su muerte en cuanto la rescató. Pero ha sido desconcertante. Casey no suele ser tan estoica.

—¿Ella y Fenn han vuelto a discutir? Porque él también ha estado hecho polvo hoy. Teniendo en cuenta que ha esquivado la expulsión, debería haber estado de buen humor, pero se ha pasado el día durmiendo. —RJ parece tan perturbado como yo me siento.

—Vale, eso es raro. Pero no me ha contado nada sobre ninguna discusión.

Tampoco lo habría hecho. Estos días, Casey me trata como si fuera el enemigo. Sin embargo, estoy pasando la noche de sábado tratando de ayudar a esa mocosa desagradecida. Podría estar acostándome con mi novio, pero, en lugar de eso, estamos aquí, intentando reconstruir lo que pasó la noche en que Casey casi murió.

—¿Lucas te ha contestado? —pregunto.

Lucas es la conexión más cercana que tenemos con Gabe, ya que Fenn insiste en que no llegó a ver a Gabe y a Casey juntos en el baile.

—No, todavía no.

Me trago mi frustración. Lo que daría por reunir a todo el mundo en una habitación, al estilo de Agatha Christie, y exponer la velada paso a paso hasta que, de forma inevitable, se llegara a la conclusión de quién es el culpable. Agatha siempre hacía que pareciera muy fácil.

—No tenemos coartada para Gabe durante el tiempo en que Casey estuvo desaparecida —reflexiono en voz alta—. Tenía acceso a drogas. Y tuvo la oportunidad de dárselas.

—Entonces, ¿cuál es su móvil? ¿Por qué drogaría a tu hermana y la llevaría al cobertizo para botes?

—Ahí está la respuesta obvia.

—Te refieres a la sexualmente perversa.

—Sí.

En los días que siguieron al accidente, sospeché de todos. Sobre todo cuando se confirmó que habían drogado a Casey. Con eso, ¿cómo podía haber una justificación inocente para lo que pasó esa noche? Alguien a quien conocíamos y en quien confiábamos había intentado hacerle daño y casi la había matado.

Como es natural, mis temores me llevaron a buscar un culpable entre los chicos, pero ninguno en particular destacaba como sospechoso. Hasta ahora.

—El informe toxicológico que el hospital entregó a la Policía tenía un montón de cosas —dice RJ—. Por lo que he encontrado en internet, es un cóctel similar a la burundanga. Un buen tranquilizante en la dosis adecuada. Un «apagamentes», si lo prefieres.

Una punzada de rabia tira de mis entrañas. Recuerdo cómo Casey lloró en el hospital cuando el médico le contó que habían encontrado drogas en su organismo. Se puso aún más histérica cuando le dijeron que tenían que hacerle un análisis de violación porque no recordaba lo que había pasado. Pero no encontraron nada. De

hecho, no había signos de agresión sexual ni de actividad sexual de ningún tipo, aunque eso no significa que no pasara nada.

—Muchas de las personas que asistieron al baile iban puestas de algo —explico a RJ—. No estoy segura de qué exactamente, pero lo que fuera que tomaran era de esas drogas que te hacen sentir feliz y sentimental. Todo el mundo bailaba y sonreía sin parar. Al principio, fue divertido, luego se volvió irritante, pero nadie más se desmayó ni se despertó en un lago. Ni siquiera sabemos si formaba parte del mismo alijo.

—De modo que Gabe no puede decirnos qué tenía, y Casey no recuerda de dónde lo sacó. —Suspira, de nuevo a merced de los perros, que esperan que les lance el palo—. Y Fenn se ha cerrado en banda otra vez.

—Ahora entiendes mi vida durante los últimos seis meses. Un callejón sin salida constante.

Un círculo vicioso de esperanza y desesperación, persiguiendo pistas sin llegar a ninguna conclusión. Puertas que se me cierran en la cara.

—Hay otro sospechoso que encaja en todo esto —sugiere RJ, con un tono de voz sombrío.

—¿Quién? —exijo saber.

—Lawson. Por lo que he averiguado, nadie sabe dónde estuvo durante la mayor parte de la noche. Si a eso le añadimos su afición a la farmacia, sus aventuras sexuales y su dudosa moralidad…

Me muerdo el labio.

—No puedo discutirte nada de eso, pero tampoco imagino a Lawson esforzándose tanto para echar un polvo. Solo necesita chasquear los dedos.

—Eso es cierto. —El teléfono de RJ vibra sobre la mesa—. Es Lucas —dice.

—Déjame ver.

Lucas: Hola, lo siento, acabo de verlo. No me quedé mucho esa noche. No conocía a nadie.

Lucas: Creo que, en algún momento, vi a Casey bailando con Mila y otros chicos. No recuerdo con quién.

Lucas: No me acuerdo de haber visto a Gabe y Casey juntos, pero Gabe estaba vendiendo. Eso es cosa suya. Yo ahí no me meto.

—Mila —anuncia RJ—. Tenemos una pista.

Por supuesto. Porque, cómo no, esto tenía que complicarse más.

—Tan útil como preguntarle a Gabe —digo con rotundidad.

—¿Por qué? —Casi parece ofendido por mi falta de entusiasmo—. Esto tiene que ser más importante que vuestro enfado, ¿no?

—Es el motivo de que nos enemistáramos —le recuerdo—. Si estuviera interesada en ser útil, no habría sido tan zorra después del accidente.

—De acuerdo, es justo. Pero ya ha pasado tiempo. Quizá ahora se muestre más razonable.

Es bonito que piense eso. Mi chico dulce e ingenuo.

—No entiendes cómo funciona la política de las chicas, cielo. No puedo pedirle un favor. Demuestra debilidad. Le encantaría tener algo que yo quisiera y mandarme a la mierda.

—Eso es una estupidez —dice—. Lo sabes, ¿verdad?

Es posible, pero yo no establecí las reglas. Son antiguas tradiciones forjadas desde los principios de la humanidad femenina.

—Te digo que Mila preferiría afeitarse la cabeza antes que mover un dedo para ayudarme.

—Bueno, ahora mismo es la única pista que tenemos. Lo que significa que alguien tiene que preguntarle.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios.

—Quizá haya una persona que pueda persuadirla.

—Esa mirada me pone nervioso —advierte, y se aparta—. No me gusta, nena.

—No puede ser tan difícil. Juega un poco con ella. Muéstrale tu encanto…

—¿Quieres que coquetee con ella?

—Cualquier cosa por la causa, ¿no?

RJ se repantiga en su asiento, temeroso de mi plan.

—Quieres ponerle un tarro de miel al oso.

—Tu miel es muy buena —respondo con una sonrisa dulce al tiempo que bato las pestañas.

—No hagas eso. —Esboza una mueca—. Me pone los pelos de punta.

—Sé bueno, cariño. Hazlo por el equipo.

—Madre mía, está bien —se queja—. Si dejas las metáforas deportivas. —Me mira fijamente y reflexiona sobre la estrategia—. ¿Por qué tengo la sensación de que soy yo el que va a caer en una trampa?

Acerco mi silla a la suya y le pongo las piernas en el regazo. RJ no pierde el tiempo y me pone una mano en el tobillo para acariciarme por encima de las mallas deportivas.

—Tendrá que haber algunas reglas básicas, por supuesto.

Me mira con escepticismo.

—Si se lo pregunto directamente, sabrá que pasa algo. No hablará conmigo.

—Curso intensivo de psicología femenina: ya sabemos que Mila está un poco colada por ti. —Ladeo la cabeza—. Pero lo que la excitará de verdad es hacerse con algo que es mío.

—Entonces, si tengo que ser un poco más convincente… —dice, como si se estuviera preparando para recibir una patada en los huevos—. ¿Qué? ¿Sin manos? ¿No puedo pasar del cuello?

Me pone realmente enferma pensar en ello, pero ¿qué otra opción tenemos? Me recuerdo a mí misma que no hay nada que no haría por mi hermanita. Sobre todo, cuando está en medio de una crisis de identidad.

—No te la tires, ¿vale? —Le doy una ligera patada en el costado, un recordatorio silencioso de que conozco los bosques y todas las maneras posibles de esconder un cadáver en poco tiempo—. No creo que fuera capaz de controlar las arcadas después de eso.

—Entendido. —Me dedica una sonrisa pícara—. No haré nada que provoque que no quieras volver a tocarme ni con un palo.

—¿Ves? —Me muevo de mi silla a su regazo y le rodeo el cuello con las manos. Le doy un beso como recompensa por su cooperación—. Estamos totalmente de acuerdo.

—Eres adorable cuando te pones celosa.

No lo niego, porque ya noto cómo me invaden los celos. Nunca pensé que urdiría un plan en el que usaría a mi novio como cebo para pillar a mi némesis. Hace unos meses, habría rechazado la idea de que pudiera confiar en alguien lo suficiente para darle la libertad de hacer algo así. Y, sin embargo, aquí sentada, no estoy segura de que haya alguien en quien confíe más.

RJ cometió algunos errores al principio. Yo también. Pero lo superamos. Desde entonces, se ha entregado a la causa de averiguar quién estuvo a punto de matar a mi hermana. Ha arriesgado mucho para llegar hasta aquí, y lo ha hecho todo sin rechistar. No demasiados hombres aguantarían este viaje. En especial, por alguien a quien apenas conocía cuando todo empezó.

Incluso si Mila es otro callejón sin salida, le agradeceré que nos haya llevado hasta aquí.

—Entonces, ¿cuándo montaremos la trampa? —pregunta.

Los perros se acercan y se tumban en el suelo, agotados y jadeando a nuestros pies. Me inclino para coger el móvil de la mesa y me tomo un momento para echar un vistazo a las redes sociales. Por suerte, enseguida doy con la solución.

—Esta noche hay una fiesta en Ballard. —Sonrío—. No hay mejor momento que ahora, ¿verdad?

Capítulo 38

Lawson

Son las nueve y estoy cómodamente envuelto en un manto de sonidos atmosféricos cuando Silas me arranca uno de los auriculares. Abro los ojos y me lo encuentro asomado a la cama.

—Salgamos —me ordena.

La música meditativa se vuelve áspera y desconcertante con solo la mitad del arreglo binaural en el oído izquierdo.

—Tío, paso. Aún estoy recuperándome de lo de anoche. Intento encontrar la paz y el equilibrio interior. —Le quito el auricular de sus dedos toscos—. Me estás estropeando mi momento mindfulness.

—Me da igual. Es sábado por la noche. Necesito una copa.

—Puedes beber aquí —le recuerdo—. Te daré un Xanax si eso me libra de cualquier actividad que implique estar de pie esta noche.

Me pongo de nuevo el auricular, pero Silas se pone a dar golpes en su armario y pisotones en el suelo de madera chirriante, con lo que interrumpe mi vuelta a la tranquilidad. Qué desperdicio de Valium.

—No seas cabrón —me dice.

Sonrío.

—Bueno, eso está fuera de lugar. Solo me ocupo de mis asuntos.

Me lanza una mirada impaciente por encima del hombro.

—No puedo pasar otra noche encerrado en esta habitación o esquivando las miradas de Fenn y RJ.

En su defensa diré que Silas lleva un par de semanas especialmente duras. Ha perdido a su novia y se ha enemistado con casi todos los que conocemos. Imagino que está un poco sensible.

—Tómate unos estimulantes y vístete —ordena—. Es lo menos que puedes hacer.

—Vale, pero solo porque Scott trabaja esta noche y es el único camarero de este pueblo que prepara un expreso decente.

—¿Planeas beberte un expreso en el bar?

—Ya te lo he dicho, estoy en modo recuperación. No recuerdo la última vez que me emborraché tanto.

Me arrastro fuera de la cama y me aparto el pelo de la cara. Maldito Silas. Acabo de salir de la ducha y de ponerme ropa cómoda y me obliga a moverme.

Me mira mientras me deshago de los pantalones de chándal y los cambio por unos vaqueros desteñidos.

—¿Con quién estuviste anoche? Desapareciste por completo.

—Sí, lo siento. No quería dejarte colgado.

Anoche, Silas y yo fuimos juntos a la fiesta, pero a él no le gusta la coca, de modo que me fui a un sitio privado a hacerme una raya y acabé de fiesta con unos cuantos chicos del equipo de natación de Ballard. Antiguos compañeros de equipo de Silas, de hecho. Pero me lo guardo para mí. Sé que aún es un tema delicado para él.

—¿Estás listo? —pregunta después de que me ponga una sudadera.

—Claro. Lo que quieras. Llévame a por ese expreso.

Pero, cuando nos acercamos a la barra, descubro que Scott tiene faringitis. Jared lo sustituye. Es un universitario malhumorado que siempre apesta a encurtidos y a cadáver fresco de animal, y se niega a ampliar sus conocimientos sobre bebidas más allá de las etiquetas de los grifos de cerveza.

—Si te doy un billete de cien dólares, ¿crees que podrías buscar «expreso» en Google? —le sugiero ante su mirada vacía de pueblerino.

—Él tomará un Johnnie Walker, solo —interviene Silas, que me da un codazo en las costillas—. Yo tomaré una Guinness.

Jared se va arrastrando los pies para hacer lo mínimo que le exige su vocación.

—¿Podrías intentar no ser un grano en el culo toda la noche? —gruñe Silas.

—Oye, estaba tan tranquilo, ocupándome de mis asuntos, sin molestar ni lo más mínimo a la gente del pueblo, cuando me han secuestrado de golpe de mi habitación.

—¿Desde cuándo eres tan hogareño?

Silas se pone de espaldas a la barra cuando llega su Guinness y le da un sorbo mientras observa el local, que está bastante lleno. Hay un brillo de maldad en su mirada escrutadora, lo cual, junto con su horrible elección de cerveza, ya me hace desconfiar de cómo irá la noche.

—Vamos. Socialicemos.

Señala con la cabeza a un par de chicas que están sentadas solas en una mesa alta. Son nuevas en la zona, a juzgar por sus expresiones de conejo asustado y las copas de rosado casi intactas. También parecen algo mayores. Universitarias de primero, tal vez.

—Bueno…, creo que paso. —Me planto en un taburete y agarro la bebida con ambas manos—. El segundo Valium ya me está haciendo efecto, y tengo intención de volverme un completo inepto para la conversación.

—Bien —refunfuña, frustrado.

Oh, qué terrible traición.

Silas se acerca a las chicas, que enseguida lo invitan a sentarse con ellas. Haber pasado los últimos tres años en una relación significa que no ha tenido demasiadas oportunidades de pulir sus habilidades de flirteo, pero ese físico de típico chaval estadounidense es todo lo que necesita.

Sin embargo, ninguna de las universitarias es una preciosidad. Son guapas, pero del montón. Esta noche hay chicas mucho más atractivas en el bar, así que me extraña su repentino interés, pero entonces veo una cara conocida. Amy está sentada a un par de mesas de distancia con algunas animadoras, frente a Silas y sus nuevas amigas.

Interesante.

No estoy seguro de si intenta ponerla celosa a propósito o si no quería parecer un perdedor sin una cita, pero, en cualquier caso, es obvio que se ha dado cuenta de su presencia. Desvía los ojos color avellana en dirección a Amy, y veo el momento en que ella se percata de la presencia de Silas. Las mejillas pecosas se le sonrojan, y entonces se da la vuelta y les dice algo a sus amigas.

Amy no me importa. Nunca me ha importado, a pesar de lo que piense Silas. Claro, me burlé de él por lo normal que era su novia,

pero es que, bueno, es del montón. ¿Qué hay de malo en señalar lo evidente? Pero me gusta. Es divertida. Aunque me odia a muerte, y no la culpo. Puedo ser un imbécil.

Esta noche, me siento obligado a intervenir. Me levanto del taburete, me acabo de un trago el resto de la bebida y me dirijo hacia Silas y sus nuevas amigas. Le paso un brazo por encima del hombro y saludo a las chicas con una educada inclinación de cabeza.

—Señoritas, si no os importa, tengo que llevármelo.

—No. Siéntate —me contradice Silas, y se encoge de hombros—. No nos vamos.

Bueno. Lo he intentado, pero estoy atrapado por su terquedad y no tengo más remedio que unirme a ellos.

—Esta es Zoey —dice, y señala a la chica de su derecha. Es rubia. Atractiva, como sacada de un retrato familiar navideño, ese en el que están todos en el patio, saliendo de detrás de un montón de hojas con ropa a juego.

—Soy Kathryn, pero puedes llamarme Kat —se presenta la otra. Tiene el pelo largo y negro. Ojos oscuros. Su cara es un seis, pero su cuerpo roza el nueve, y sé exactamente a dónde va esto.

—Este es Lawson —dice Silas por mí—. Disculpadlo, de pequeño un caballo le dio una coz en la cabeza.

Tras unos pocos minutos de penosa charla trivial, Silas se termina la cerveza y entra a matar.

—Kat, ¿puedes venir un momento?

El tío tiene pelotas, lo reconozco. Miro por encima del hombro y veo que Amy observa cómo Silas y Kat se levantan y se dirigen hacia los dardos. Un momento después, se escabullen por el pasillo que conduce a los baños. Estoy a punto de apartar la mirada, y entonces Amy se fija en mí. Sus ojos castaño claro se oscurecen hasta convertirse en chocolate fundido, los entrecierra y pone una mueca de enfado.

Parece que aún me odia a muerte.

Zoey resopla.

—Es un poco obvio, ¿eh?

Me doy la vuelta.

—¿Cómo dices?

—Esos dos —aclara—. No han sido nada sutiles.

—Me sorprende un poco, la verdad.

Silas no es de los que reciben una mamada a escondidas en el baño de señoras de un bar. No en circunstancias normales, al menos.

—Sí, Kat ha salido esta noche diciendo que quería vivir más aventuras. No creía que sería tan rápido.

—Están locos, ¿eh?

Zoey esboza una sonrisa incómoda.

—En realidad, me alegro de que hayas venido. Habría sido vergonzoso pasar la noche sola aquí sentada. Estaba de sujetavelas.

—No toda la noche —le aseguro.

—¿Eh?

—Tres minutos. Máximo.

Ella ahoga una carcajada con un sorbo de vino.

—Oh, vale.

Incluso teniendo en cuenta los efectos negativos de la Guinness, no tardan en volver. Cuando Silas y Kathryn salen de los baños, sus caras no dejan lugar a dudas sobre qué ha ocurrido. Lo que no sería una ofensa capital si Silas pudiera correrse sin tener que anunciarlo a todo el mundo. Antes de volver a nuestra mesa, decide hacer desfilar a Kat ante el grupo de Amy.

—Pero yo nunca había hecho nada improvisado —exclama Zoey entre risas, sin darse cuenta de que he dejado de prestar atención a su historia sobre su reciente excursión a Oxford con el club de debate—. Lindsey está vomitando el desayuno en el baño del aeropuerto mientras nuestro entrenador intenta rescatar a toda prisa sus apuntes del equipaje antes de que pasen las próximas once horas en la bodega de carga hasta Londres.

Silas se detiene de forma inexplicable para entablar una breve conversación con Amy, que imagino que está diseñada para infligirle tanto dolor y humillación como sea posible. Con lo que ha convertido a Kat en cómplice involuntaria. Solo dura unos segundos, pero, en cuanto vuelven a nuestra mesa, Amy abandona la suya y sale por la puerta principal. Sus amigas la siguen de inmediato.

—Eso ha sido horrible por tu parte —le espeto a Silas mientras se sienta.

Él levanta una ceja.

—¿Qué?

—Amy no se lo merecía.

Kat nos mira, nerviosa.

—No entiendo qué ocurre.

—No te fíes de un tío con el que ligues en un bar —digo mientras me aparto de la mesa—. Somos todos unos cabrones.

Luego agarro a Silas y lo pongo a mi altura. A veces olvida que tengo unos centímetros de altura y un buen puñado de músculos más que él, así que sus protestas no me frenan, y lo arrastro fuera del bar, hasta la acera.

—¿Qué narices, Lawson? —Me suelta el brazo y me da un empujón.

—¿Qué narices? —repito—. Tío, una cosa es que seas un gilipollas con tus amigos, pero involucrar a una pobre chica en tus retorcidos juegos es pasarse de la raya.

—¿Hablas de Amy? —Suelta una carcajada sarcástica—: Es increíble. El tío que nunca ha tenido una relación monógama me está dando una lección de comportamiento después de una ruptura.

—No es solo por Amy. Estás diferente. Últimamente te pasa algo.

Incrédulo, se burla de mí.

—No eres quién para hablar.

—En circunstancias normales, te lo concedería, pero no soy yo el que ha conseguido alejar a todos sus amigos en cuestión de semanas.

—¿En serio, Lawson? Mírate. Eres un drogadicto, alcohólico y nihilista que se entretiene provocando el caos y la destrucción allá donde va. Destrozaste un matrimonio porque te aburrías. —Suelta otra risa, fría y sin humor—. Sí, he tenido sexo por despecho en el baño. ¡Qué horror! Eres casi un profesional a la hora de cagarla, así que no tienes ningún derecho a juzgarme.

—Escucha, está claro que estás sufriendo, de modo que pasaré por alto unas cuantas palabras hirientes en favor de una visión más amplia. Trato de ser tu amigo…

Me gruñe y un carácter, que jamás había mostrado, mana de él como lava y ceniza.

—¿Quieres hablar de amistad? —me grita—. Recuérdame quién conducía aquella noche en la que el director de Ballard encontró su coche robado en el campo de fútbol, empotrado en un poste de la portería.

Silas me da un empujón en el pecho y me estampa contra la pared. Años de ira reprimida salen a la superficie.

—¡Me expulsaron por ti! ¿Y cuándo fue la última vez que me pediste perdón?

—No te pedí que me cubrieras —lo interrumpo, irritado—. Eres un puto mártir. Crees que te lo debo, pero yo no te pedí que hicieras nada. Asumiste la culpa tú solo, tío.

—Evité que fueras a la cárcel o, Dios no lo quiera, a rehabilitación. ¿Y qué has hecho desde entonces, aparte de no dejar de beber y tomar pastillas? Podría haberme follado a Kat en la barra para que Amy mirara y, aun así, no sería ni la mitad de malo que la mitad de la mierda que le has hecho a la gente.

—Bueno, ese soy yo. —Miro a los ojos insensibles y rabiosos de Silas y ni siquiera lo reconozco—. Soy un adicto que tiene problemas con su padre, de modo que claro que soy un desastre. ¿Cuál es tu excusa?

—Que te den —espeta—. Rehabilítate antes de analizar mi vida.

Se larga y, mientras lo observo irse, me doy cuenta de que me tiemblan las manos. Incluso un minuto después de que Silas haya desaparecido en la oscuridad, mi respiración es superficial y agitada. Por suerte, me he traído una pequeña ayuda y me la meto en la boca para calmarme.

En segundos, el nerviosismo disminuye.

Y entonces, aparece una nueva distracción.

Casey: Oye, ¿quieres que salgamos?

Yo: No podrías haber escogido un mejor momento, como siempre. Dime dónde.

Capítulo 39

Casey

De todas las personas imaginables, Lawson Kent se ha convertido en mi amigo más fiable. Jaz ya tenía planes, y, como no me apetece nada pasar el rato con Sloane y RJ y ver cómo se follan con los ojos toda la noche, le mando un mensaje a Lawson. Me responde enseguida, y quedamos en vernos en el viejo invernadero dentro de una hora, así que yo planeo cómo escabullirme sin alertar a nadie.

Por suerte, papá nunca se queda despierto hasta tarde, ni siquiera los fines de semana. Y Sloane y RJ han salido, después de todo. Son más de las once, lo que me parece un poco tarde para empezar su noche, pero no soy quién para hablar. Acabo de quedar con alguien a medianoche.

Se me tensan los hombros cuando escucho a papá en el pasillo. Se detiene frente a mi puerta y me habla en voz baja.

—¿Case? ¿Sigues despierta?

—Sí. Pasa. —Estaba tumbada de lado mirando el móvil, pero me siento cuando asoma la cabeza.

Sus ojos brillan de preocupación.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Parece poco convencido, y suena reacio cuando añade:

—¿Quieres hablar de Silver…?

—No —lo interrumpo—. ¿Qué más hay que decir? Está muerta. ¿Te vas ya a la cama?

Aunque está claro que quiere insistir, al final asiente.

—Sí. Me voy a dormir. No te quedes despierta hasta muy tarde con el móvil. Es malo para los ojos.

—No lo haré. Buenas noches.

—Buenas noches, cariño.

Hacia las once y media, me llegan suaves ronquidos procedentes del final del pasillo. Quince minutos después, me visto, me pongo un

abrigo y salgo por la ventana de mi habitación.

Es un recorrido decente por el campus. Me ciño al perímetro y hago todo lo posible por evitar las cámaras de seguridad hasta que estoy a salvo en la zona abandonada, el área del extenso campus de Sandover que lleva descuidada y cubierta de maleza desde mucho antes de que papá se convirtiera en director.

Me muevo entre la hierba alta con la linterna del móvil y sigo un mapa burdamente marcado en una imagen de satélite de Google Maps para encontrar el camino.

—Caliente. —Escucho una voz desde la oscuridad.

—¿Marco?

—Polo.

Salgo de la hierba y veo el invernadero. Una silueta negra, cubierta de hiedra y follaje caído. Escudriño la fachada de cristal con la linterna en busca de Lawson.

—Este lugar es un ochenta por ciento más espeluznante de lo que parece —comento a lo que parece una noche vacía—. No estoy de humor para que me asesines a hachazos.

He recorrido este campus y sus bosques en la oscuridad más absoluta innumerables veces. Sin embargo, a medida que me acerco al invernadero vacío y amenazador, lleno de cristales rotos y sombras engañosas, de repente me vuelvo hiperconsciente de los sorprendentes ruidos que emanan de los árboles circundantes.

—¿Lawson? ¿Marco?

—Polo.

Casi me sobresalto cuando escucho el susurro de Lawson tan cerca de mi oído que siento su aliento contra mi cara.

—Dios mío. —Me doy la vuelta y veo que sonríe a la luz. Le doy un empujón—. Imbécil.

—Lo siento —dice sin remordimiento—. No he podido evitarlo.

—Tienes suerte de que no te haya pegado.

—Habría sido adorable.

—Es verdad. ¿No conoces mis increíbles habilidades ninja?

—Nena, pagaría por verlas.

—Ajá. Tienes suerte de que sea pacifista.

—Ajá —repite—. He esquivado una bala.

—¿Sabes?, no quiero parecer desagradecida por la compañía —digo—, pero este lugar parece exactamente una guarida para asesinos. Quizá con menos motosierras y picos, pero me hace pensar en desmembramientos.

—No te preocupes, no entraremos. Solo el olor te estropearía la noche. —Lawson se ríe—. Aquí es donde los cabezas de chorlito cargados de hormonas vienen a hacerse picadillo los unos a los otros.

—¿En serio? —De repente me viene una idea a la mente—. Espera, es sábado por la noche. ¿No es cuando celebran normalmente las peleas? ¿Ya han terminado?

—No, se han cancelado. —Parece confundido con su propia explicación—. Es muy raro. Todos hemos recibido un mensaje masivo en el que se decía que se celebrarán mañana.

—¿Puedo mirar dentro? Prometo contener la respiración —bromeo.

—Claro, pero, si tienes que vomitar, no lo hagas sobre mí.

—Trato hecho.

Me toma de una mano para guiarme al interior del invernadero, que está vacío en su mayor parte. Se han limpiado de forma meticulosa los escombros y restos que esperaba encontrar. No hay macetas vacías ni estantes podridos. No hay restos secos de la vegetación que una vez floreció aquí. Paso la linterna por las paredes llenas de pintadas. En el centro de la sala, en el suelo, hay salpicaduras y restos de lo que parece sangre seca.

Y no se equivocaba con el olor. Se me llenan las fosas nasales con un penetrante olor a sudor y sangre, con notas de descomposición y orina mezcladas. Intento no respirar por la nariz mientras sigo examinando nuestro entorno.

—Hay mucha sangre.

Se encoge de hombros.

—Puede ser… gráfico.

Volvemos al exterior, donde aspiro el aire fresco. La brisa se me cuela por el abrigo abierto y me provoca un ligero escalofrío.

Me subo la cremallera y miro a Lawson.

—No nos vamos a sentar aquí fuera, ¿verdad? Hace un poco de frío.

—No. Sígueme.

Nos abrimos paso a través de la oscuridad, por un sendero cubierto de hierba. Al principio, el césped está liso, como si hubieran caminado sobre él, luego está otra vez crecido y el sendero, repleto de follaje, hasta que, al fin, nos detenemos frente a una verja de hierro oxidado. A menos de seis metros del invernadero hay otro más pequeño, casi del todo oculto por los arbustos y cubierto de hiedra.

Lawson aparta algunas enredaderas y abre la puerta para entrar antes que yo.

—Me topé con este lugar el invierno pasado —me explica—. Vengo cuando necesito despejarme.

—¿Y esta noche lo necesitas?

—Sí. Algo así.

Entro y miro a mi alrededor. El espacio medirá unos dos por dos metros, quizá un poco más, y la habitación no está vacía. En tres de las paredes hay estanterías con viejos recipientes y esqueletos de rosales en macetas. Hay un armario bajo que Lawson abre y del que saca una manta doblada, que tira al suelo para que nos sentemos. También enciende una linterna eléctrica y, lo mejor de todo, un pequeño calefactor.

—Esto es acogedor —digo mientras me quito la chaqueta y me pongo cómoda. Luego entrecierro los ojos—. ¿Traes aquí a todas tus chicas?

—No, ¿por qué? Tengo una cama perfectamente funcional en mi habitación.

—Pero también tienes a un compañero de habitación —señalo—. Aquí hay más intimidad.

Se sienta a mi lado y estira las piernas.

—La intimidad está sobrevalorada. No me importa que Silas mire.

La insinuación lasciva hace que se me calienten las mejillas. Siempre olvido la experiencia que tiene. Incluso más que Fenn. Respecto a ligar, sospecho que Lawson es más aventurero que todos los chicos de Sandover juntos.

Saca una petaca del bolsillo y me ofrece un sorbo. Paso, porque no estoy segura de que encuentre la salida en otro estado que no sea sobria.

—¿Cómo van las cosas con Fenn? —pregunta con curiosidad.

Respondo con un bufido sarcástico.

—Excelente. Le di una oportunidad de redimirse y acabó con todo.

—Mierda. Eso tiene que doler.

—Ya no. —De hecho, mientras venía hacia aquí, la tormenta ha disminuido un poco. Ahora es más un estruendo bajo en la distancia, que avanza hacia el mar—. Le he dado muchas oportunidades para hacer lo correcto. Para tratar de salvar lo que hay entre nosotros. Ha tomado su decisión —añado en un tono de voz neutro—. Fenn está muerto para mí.

Lawson se tumba de lado y apoya la cabeza en su brazo doblado.

—Por si te sirve de consuelo, yo he tenido una noche de mierda hasta ahora.

Esta noche está diferente. Un poco apagado. Percibo distancia en sus ojos, como si estuviera aquí y a la vez perdido en algún lugar de su cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—Silas me ha gritado. —Primero suena como una broma. Hace un pequeño mohín. Luego, la sonrisa burlona se desvanece y el dolor nada hasta la superficie—. Habíamos discutido justo antes de que me escribieras.

—Eso no suena nada bien.

—Ya… Por lo visto, hacerle a tu mejor amigo una intervención improvisada a la salida de un bar no es la idea más inteligente que he tenido. Y es un pecado peor que el asesinato.

Yo también me tumbo de lado, y uso la chaqueta como almohada.

—¿Estaréis bien?

Desvía la atención un momento hacia sus dedos, que trazan patrones en la manta. Intenta mostrar en su rostro algo de su habitual expresión despreocupada, pero vacila y no lo consigue.

—Sinceramente, no lo sé. —Se tumba bocarriba y mira la luna a través de los agujeros del techo—. Hemos pasado por muchas cosas

juntos. Pero esta vez… —Cruza los brazos bajo la cabeza—. Puede que se haya cansado de mi mierda.

—Suena como si trataras de cuidar de él. ¿Cómo puede enfadarse por eso?

—Bueno, cuando pasas años siendo la oveja negra por excelencia, la gente tiende a etiquetarte. Dan por sentado que siempre serás así. Y no les gusta que los juzgue alguien que les ha arruinado la vida.

—Espera. Me he perdido. ¿Silas cree que le arruinaste la vida?

Lawson suelta un suspiro pesado, y noto el peso de esa carga en su corazón.

—Es una larga historia —dice al final.

—Tengo tiempo.

Vuelve a dudar.

—Venga —insisto—. Desahógate. Confesarse es bueno para el alma.

—Esas monjas han empezado a pudrirte el cerebro, ¿sabes?

—Podemos quedarnos aquí toda la noche…

Logra esbozar una leve sonrisa.

—Promesas, promesas.

Sin embargo, al final, cede.

—Asistí a Ballard en primero —empieza. No lo sabía, pero, en retrospectiva, tiene sentido—. Me pillaron metiéndome coca y, cuando me di cuenta, el director de la residencia y el director Fournette estaban registrando mi habitación. Encontraron suficientes fármacos para matar a un elefante. Me expulsaron de inmediato. Luego me acusaron. Me declaré culpable y me condenaron a rehabilitación hospitalaria, gracias al mejor abogado especializado en drogas que el dinero puede comprar.

—No creo que hiciera falta —añado, y contengo una sonrisa.

Lawson se ríe.

—Sí, lo único que aprendí en rehabilitación fue a disimular mejor mis hábitos.

—El sistema funciona.

Hace un sonido de aprobación.

—Pasamos a segundo. Ahora soy otro joven desechado y enviado a Sandover para continuar con mi penitencia. Tengo una competición de natación en Ballard, y es la primera vez que veo a Silas después de meses separados. Así que esa noche, después del encuentro, todo el mundo se va a casa, y el lugar se queda casi vacío. Silas y yo nos sentamos fuera, detrás del edificio de la piscina, con un termo de Jameson que tenía escondido en la bolsa del gimnasio, y brindamos por nuestro reencuentro.

En algún momento he escuchado esta historia. O una versión de ella. Ahora me doy cuenta de que Sloane, Fenn y el resto nunca supieron la verdad.

—Estábamos superborrachos cuando se me ocurrió la idea de ir a buscar el coche del director. Cómo nos las arreglamos para encontrar el camino por el campus, a trompicones, y casi a ciegas, no lo sé. Pero ahí estaba, en el aparcamiento del edificio de administración. —Le cambia el tono de voz. Se vuelve más grave, más cansada—. Y, por alguna razón inexplicable, Fournette lo había dejado abierto, y las llaves estaban en el portavasos. Menudo idiota. Silas intentó razonar conmigo y me rogó que no entrara en el coche. Pero no tuvo más remedio que saltar al asiento del copiloto cuando aceleré el motor.

—De modo que tú conducías —digo—. Pero Silas…

—El campo de fútbol estaba mojado —explica Lawson—. Hice un trompo para realizar un poco de jardinería artística y choqué con el poste de la portería. Escuchamos las sirenas casi de inmediato.

—Y pagó el pato.

Lawson se apoya en ambos codos.

—Yo no le pedí que lo hiciera. Uno de los agentes preguntó quién conducía y Silas soltó que había sido él antes de que yo pudiera responder. Fue un buen amigo. Los dos sabíamos dónde habría acabado si la Policía hubiera descubierto que era yo quien iba al volante. Silas, por otro lado, estaba completamente limpio.

—Lo expulsaron y acabó aquí —murmuro, más para mí—. No te ofendas, pero ahora tiene mucho sentido. Nunca había entendido cómo alguien como él acabó en Sandover.

—Sí. Su único delito fue la gran desgracia de ser amigo mío.

—Eso no es cierto.

—Yo estaba allí. Le arruiné la vida entera.

Lawson trata de ponerse la máscara de la despreocupación, pero no con mucho éxito. No sirve de mucho para disimular la sincera tristeza que reflejan sus ojos grises. Está dolido, una emoción que no estoy segura de que nadie de su círculo lo considere capaz de sentir. Lawson tiene fama de ser una cabra loca. Siempre dispuesto a pasarlo bien. Su sangre ha sido reemplazada por bourbon y oxicodona.

A veces creo que olvidan que es una persona.

—Escúchame —digo, y espero a que cruce su mirada con la mía, aunque sea a regañadientes—. Tú no le pediste que mintiera a la Policía. Silas tomó una decisión porque protegerte era importante para él. No puede darle la vuelta y tenerte cautivo por eso. Siempre habrá otras oportunidades para tíos como él. Irá a una buena universidad, nadará, quizá intente llegar a las Olimpiadas algún día. Pero todo depende de él. No le frenas y, desde luego, no le has arruinado la vida. Él es el responsable de sus últimas crisis. Tratar de convertirte en el chivo expiatorio no cambia nada.

—No. Tenía razón en una cosa —murmura Lawson, y se sienta—. Soy un desastre.

—Eh. —Lo agarro de la camiseta y lo zarandeo un poco—. No eres un desastre. Solo has tomado malas decisiones. Y puedes cambiarlo cuando quieras. No es un estado permanente, ¿de acuerdo?

Sus labios se crispan.

—Si digo que no, ¿me sacudirás otra vez?

Respondo con una mirada amenazadora.

—No me pongas a prueba, Kent. No estás preparado para ello.

Esboza una sonrisa sincera que me hace sentir mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo.

—Quizá no deberías ser tan amable conmigo —me advierte—. Soy una mala influencia.

—Bueno, me gusta ser amable contigo. Y quizá creo que soy una buena influencia.

Se ríe entre dientes.

—Acepto la apuesta.

Nos quedamos en silencio un momento. Observo las sombras que proyecta la linterna sobre los cristales sucios. Por el rabillo del ojo, noto que me observa.

—Tengo que confesarte algo —digo, y me vuelvo hacia él—. Te he pedido que quedáramos porque estaba enfadada con Fenn y quería distraerme.

Lawson se encoge de hombros.

—Lo sé.

—Sin embargo, quiero que sepas que me gusta salir contigo y me lo estoy pasando bien. Así que gracias.

—Ven aquí. —Se acerca, me pasa un brazo por los hombros y me da un apretón tranquilizador—. Eres una chica genial, Casey. Y te mereces cosas buenas.

Lawson me da un beso en la cabeza. Cuando lo miro, me invade una sensación inexplicable. Un extraño pensamiento surge de la nada y nos golpea a los dos de forma imprevista. Lawson se inclina hacia mí. Levanto la barbilla. Y nuestros labios se encuentran.

Capítulo 40

RJ

Sin duda, amo a esta chica. Después de que Sloane me haya hipnotizado para que acepte actuar como cebo, vuelvo corriendo a la residencia para cambiarme de ropa para la fiesta y a recoger la cartera. A este paso, con la de vueltas que estoy dando últimamente por el campus, puedo empezar a saltarme el gimnasio.

Cuando vuelvo a nuestra habitación, Fenn sigue en la cama. Con los auriculares puestos, tumbado bocarriba y mirando al techo. Lleva la mayor parte del semestre sumido en una crisis existencial perpetua.

—¿Sales? —Se quita un auricular y observa cómo saco ropa limpia del armario.

—Sí. Tengo una cosa que hacer. Vuelvo en un rato.

Me quito la camiseta y me pongo otra negra, que Sloane dice que es su favorita. Supongo que es suficiente para una fiesta de Ballard. No le daré muchas vueltas o me meteré en problemas.

—Diviértete, supongo.

—¿Estás bien, tío? —pregunto.

—Sí —responde de forma escueta—. Solo he tenido un día de mierda.

—Ni siquiera me has dicho cómo te ha ido con el director antes —comento—. Aparte de que te han expulsado unos días.

—Eso es todo —responde sin mirarme a los ojos.

—De acuerdo. Y supongo que aún no le has contado a Casey lo de Gabe. —Me pongo unos vaqueros y luego me cepillo el pelo mientras Fenn sigue sin mirarme.

—Supones bien.

Lo analizo, y deseo averiguar qué le ocurre o tener más tiempo para dedicarle toda mi atención. Pero ahora no puedo centrarme en los problemas de Fenn. Tengo que concentrarme en esta fiesta si

quiero darle a Sloane lo que necesita. Que me condenen si salgo de ahí con las manos vacías.

—Muy bien, me voy. Buenas noches, tío.

—Buenas noches —murmura, y se pone de lado.

Sloane me espera abajo, en su coche. Cuando subo al asiento del copiloto, sonríe al ver mi camiseta.

—No sé qué sentir al respecto —comenta.

—¿Celosa?

No le queda nada mal.

—Ni siquiera un poco —insiste—. ¿Más traicionada, quizá? No la ensucies.

—Puede que tengas que ayudarme a quitar las manchas de pintalabios.

—Cuidado. —Me da un golpe en el hombro y luego atraviesa las puertas y coge la carretera para alejarnos de Sandover—. Te he enviado una foto de Mila para refrescarte la memoria. No quiero que te pases la noche coqueteando con la chica equivocada.

—Por eso eres el cerebro de la operación.

En teoría, esto podría parecer un encargo selecto. Tengo permiso para ligar con una tía buena sin que haya repercusiones. Excepto que no he sentido ni una pizca de entusiasmo desde que Sloane urdió este plan. No solo porque sé que a ella le disgusta más la idea de lo que trata de fingir. Obtenga o no información de Mila, esto la torturará un tiempo. Por otro lado, no me gusta nada la idea de intimar con alguien que no sea Sloane. No sé qué me ha pasado desde que nos conocimos, pero parece que me haya quemado la lengua y no pueda saborear nada más. Nada me excita como ella. La monogamia me ha clavado las garras en la piel y se aferra con fuerza.

Cuando llegamos a Ballard, Sloane se detiene frente a lo que parece una residencia en plena renovación. Hay andamios alrededor de la fachada y material de construcción esparcido por el césped. Las lonas cuelgan sobre las ventanas del segundo piso y veo montones de tejas apiladas en el tejado.

—Esto era el edificio de las chicas becadas —me explica—. Siempre había un brote de chinches o de ratas que mordisqueaban

el cableado. Creo que una plaga de murciélagos en el desván provocó que los padres se quejasen lo suficiente como para que tuvieran que cerrarla y trasladar a todo el mundo a los dormitorios normales.

—Malditos ricos —murmuro para mis adentros.

—Esperaré aquí fuera —dice Sloane. Se gira en su asiento para pasarme los dedos por el pelo y me lo revuelve, a pesar de que he intentado domarlo para darle forma—. Me gusta más así.

—¿Deberíamos tener un código? ¿Algún tipo de señal por si las cosas se tuercen?

Ella me dedica una sonrisa ligeramente violenta.

—Si en dos horas sigues ahí dentro, activaré la alarma de incendios.

—Me parece justo.

Me quita una pelusa del hombro y me da un golpecito en una mejilla.

—A por ellos, tigre.

Se me estremece la polla.

—Vale, sí. Creo que eso me gusta.

—Compórtate y recibirás una mamada como recompensa por el trabajo bien hecho.

Abro la puerta del coche.

—Trato hecho.

El interior está casi a oscuras y extrañamente vacío cuando entro. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que el local está en obras. Hay puertas sin bisagras y viejos paneles de yeso amontonados. En el piso de arriba, sin embargo, la música hace temblar el serrín a través de las tablas del suelo y el débil resplandor de la luz de un farol sugiere que la fiesta empieza en la segunda planta.

Sigo el espantoso olor a hierba y paso al lado de un par de pies en el aire, que pertenecen a una chica que está bocabajo sobre un

bidón de cerveza mientras un corrillo de chicos le acercan el grifo a los labios. Corean mientras la cerveza le resbala por la barbilla. Más allá, se disputa una partida de beer pong. Detrás, hay una mesa con mucha gente jugando a darle la vuelta al vaso. Uno de los equipos ya va en ropa interior. Creo que la chica del tanga de Bob Esponja se arrepiente de haber tomado varias malas decisiones.

De repente, un pequeño temblor localizado retumba en el pasillo, acompañado de un rugido profundo y gutural. El ruido, cada vez más cercano, se convierte en unos ladridos furiosos. Una hilera de chicos con el cuerpo pintado con los colores de Ballard, y nada más, pasan a mi lado como una manada de chuchos furiosos.

—Los Ballard Bulldogs mandan —me susurra una voz tímida al oído.

Miro por encima del hombro y me doy cuenta de que Mila me ha ahorrado el esfuerzo de tener que buscarla. La última vez que la vi, llevaba el uniforme de animadora, que siempre es una buena elección para una chica *sexy,* pero no es comparable a lo atractiva que está hoy. Ha combinado un top corto blanco con una falda gris ajustada que le llega hasta los tobillos, y el conjunto ajustado le sienta muy bien. Tampoco está de más que se le marquen los pezones en la camiseta.

—¿Ha sido una de esas demostraciones espontáneas de espíritu escolar de las que tanto he oído hablar? —pregunto, sin molestarme en ocultar que la estoy observando.

—Novatadas universitarias —dice, y se pasa la lengua por los labios, como si fuera yo quien se hubiera metido en su telaraña sin saberlo—. Bueno, uno de los rituales, al menos.

—Nunca entenderé el atractivo.

—Es gracioso viniendo de un deportista.

Le guiño un ojo.

—Retira lo dicho. No permitiré que manches mi buen nombre con semejante calumnia.

Mila se lleva una mano a la cadera y mira a su alrededor.

—Hablando de calumnias… ¿Dónde está tu mujer?

—¿Sloane? —Hago gesto de desdén—. En casa, supongo. Esta noche vengo solo.

Entrecierra los ojos de color ámbar líquido, escéptica.

—No, no lo creo. Sloane odia compartir sus juguetes.

—De acuerdo, técnicamente no estoy invitado. —Es más astuta de lo que pensaba, así que cambio de táctica—. Busco a mi hermanastro. ¿Conoces a Fenn?

—Se podría decir que sí. —No quiere dar más detalles, pero su sonrisa insinúa una historia que no tengo tiempo de explorar—. ¿Ocurre algo?

—No, es solo que últimamente está de mal humor, y yo intento mantenerlo alejado de los problemas.

—Oooh. —Hace una mueca juguetona—. Eso es muy bonito. Eres adorable.

—¡Eh, conozco a este tío! —Oliver Drummer se acerca a nosotros, me pone una mano en un hombro y me empuja ligeramente, como si le debiera dinero.

Intento recordar si le he complicado la vida de alguna manera, pero no se me ocurre nada.

—RJ, ¿verdad? —me pregunta—. De aquel partido de fútbol.

—Ah, sí. Sí.

Oliver es el jefe de Ballard. El equivalente a Duke, pero sin antecedentes penales. Lo bastante listo para que no lo pillen, supongo.

—Estás muy lejos de casa —comenta.

Mila interviene por mí.

—Está buscando a Fenn. Que puede o no estar de juerga.

Oliver frunce el ceño.

—No lo he visto, pero deberías tomar algo y quedarte un rato. Ver cómo vive la otra mitad.

No sé si se refiere a fuera de las vallas de alambre de espino del reformatorio o a mi fortuna (o a la falta de ella), pero le hago un gesto con la cabeza, porque este imbécil engreído no es mi problema esta noche.

—Es una gran idea. —Mila me agarra de un brazo, aunque es evidente que su objetivo es Oliver—. Te enseñaré dónde esconden lo bueno.

Le lanza una mirada desafiante mientras me arrastra. Interesante. Parece que no soy el único con segundas intenciones esta noche. Eso debería facilitarme el trabajo.

Avanzando por el pasillo, en los rincones más oscuros de la fiesta, más allá de la sala común, cada una de las *suites* es como un pequeño universo de exploración y experimentación adolescente. Rayas de cocaína en la 202 y dos tíos, embadurnados con pintura corporal, luchando para un público que corea sus nombres en la 204. En casi todos los rincones, vislumbro parejas en una maraña de labios y manos.

Mila me lleva a una habitación donde hay unas botellas de licor y unos vasos rojos sobre un escritorio de madera olvidado.

—¿Qué quieres? —me pregunta.

—Lo que tú bebas.

Sirve dos chupitos de tequila y me da uno. Brindamos antes de tomárnoslos. Rellena ambos vasos y le da un sorbito al suyo en lugar de bebérselo de un trago.

—¿Por qué estás aquí en realidad? —me pregunta. Se acabó ser el poli bueno.

Finjo que pienso la respuesta mientras bebo un sorbo de mi propio vaso. Dejo que crea que su poder de persuasión me ha obligado a decir la verdad.

—¿La verdad? —respondo al fin.

—Sí.

—Llevo meses atrapado en esta ciudad dejada de la mano de Dios, con las mismas caras feas, y necesitaba un cambio de aires. No acostumbro a quedarme tanto tiempo en un sitio.

Su mirada es reacia, pero se apacigua con la respuesta.

—Sí, supongo que es una especie de festival de salchichas, ¿eh?

—Sí. Y también estoy cansado de escuchar a Fenn hablar de su antiguo compañero de piso.

—Gabe —confirma ella—. Lo conozco.

No puedo parecer demasiado ansioso, pero es mi oportunidad.

—Ah, claro. Creo que Fenn mencionó algo sobre vosotros. Saliste con él, ¿no?

Su lenguaje corporal cambia al instante, y adopta una actitud reservada y cerrada. Se pone un poco más recta, como si se preparara para salir corriendo.

—¿En serio? —Mila se ríe de mí—. Ni siquiera te conozco.

Mierda. Lo he forzado demasiado. Ahora tengo opciones limitadas para salvar esto.

—Podemos arreglarlo —digo, y le guiño de nuevo un ojo.

Me trago el resto del tequila y me sirvo otro chupito. Cuando le ofrezco la botella, se detiene un momento. Me evalúa. Sea lo que sea lo que ve, anula su buen juicio. O, tal vez, Sloane tenía razón: la oportunidad de jugar con sus juguetes es demasiado tentadora para ignorarla.

Mila alza su vaso y acepta otro trago.

—De acuerdo —contesta, aún recelosa, pero dispuesta a afrontar el desafío—. Ven conmigo.

De nuevo, me toma de una mano y me adentra aún más en las entrañas de esta expresión capitalista de rebeldía. En la tercera planta, el ambiente es muy distinto. Luces de colores bañan las paredes y recorren el techo como un caleidoscopio vertiginoso. La sala común es arquitectónicamente idéntica a la de abajo, pero aún no se ha reformado. Aquí, los cuerpos palpitan en una especie de unísono caótico al ritmo de música trance. El aire chorrea sudor y es tan denso que se filtra en mi ropa. Mila se anima enseguida.

Temo tener que bailar, pero entonces me arrastra entre la multitud hacia un pequeño sillón de cuero que hay en una esquina. Me empuja y se sienta en mi regazo, con las piernas sobre las mías y la espalda apoyada en el brazo acolchado.

—¿Estás cómodo? —me pregunta, y le da un sorbo a su bebida.

Es un poco ruidoso para una conversación, pero, si esto es lo que hace falta para que se vuelva más habladora, me parece bien. Sé adaptarme a las circunstancias.

Le ofrezco una sonrisa irónica.

—No eres tímida, ¿verdad?

Se encoge de hombros.

—No creo que te gusten las chicas tímidas. Quieres a alguien que te tire del cuello de vez en cuando.

¿Tan transparente soy?

—¿Es eso lo que te mola? —Le paso un brazo por encima de los muslos—. Me pareces más mordedora. ¿Cómo se llama eso?

Mila se muerde el labio inferior.

—Fijación oral. —Mantengo la mirada en su boca con la intención de que resulte evidente—. Sí, eso es.

Su sonrisa complacida me dice que he salvado la misión y que la tengo en el bolsillo. Ahora solo debo llevar la conversación de vuelta a Gabe antes de que me haga tragar demasiado de este tequila de mierda.

—¿Sabes?, Sloane te mataría si te viera.

Me paso la lengua por la comisura de los labios, sin dejar de observar los suyos.

—Menos mal que no está aquí.

—¿No te preocupa que se entere? —Mila juguetea de forma distraída con mi camiseta entre los dedos—. Nada permanece en secreto en el chat del grupo de los institutos privados.

—No estamos casados, y es mi último año. Tengo intención de disfrutar.

—Eso me gusta. —Explora mi pecho con la mano, desliza las yemas de los dedos sobre un pectoral y me roza el pezón de camino a la clavícula—. La autodeterminación es *sexy.*

—¿Y qué hay de ti? —pregunto, y calibro hasta dónde puedo tentar a la suerte—. ¿Qué es lo que quiere ahora mismo?

Se lame los labios y me desliza una mano por detrás del cuello, hasta el pelo. Cuando se inclina para besarme, dejo que lo haga. No es un mal beso. Incluso se me acelera el corazón. Nuestras lenguas se encuentran, y el tequila sabe mucho mejor en su lengua que fuera de la botella. Pero, si había alguna duda de que solo se me pone dura con Sloane, esto lo ha confirmado. Como diría Fenn, estoy descubriendo lo que es lo contrario a una erección.

Cuando me tira del labio con los dientes, suelto un gemido silencioso, sobre todo porque espero que no me haga sangrar. De lo contrario, mi mano derecha y yo pasaremos mucho tiempo a solas cuando Sloane me vea.

Hablamos entre caricias gratuitas, hasta que nos terminamos las bebidas y decido volver a tantear el terreno.

—¿Debería preocuparme por si Oliver irrumpe y me patea el culo por liarme contigo? —pregunto con una risita.

—No. Tenemos una especie de relación abierta.

—De acuerdo, bien. ¿Y qué pasa con Gabe? ¿Se escapará de la cárcel e irá a por mí? ¿No fuiste al baile de graduación con él?

—No estábamos juntos. —Como quien no quiere la cosa, me pasa los dedos por el brazo desnudo—. Pero sí, pasamos toda la noche juntos.

—¿En serio? ¿Estuviste con él todo el tiempo? ¿No era traficante?

—¿Y qué?

—¿Los traficantes no tienen que escabullirse cada cinco segundos para mover su producto?

Curva los labios en una sonrisa de suficiencia.

—No cuando están conmigo. —Mila se ríe para sus adentros—. Al principio se puso a vender, pero luego empezamos a entendernos, ¿sabes? Así que cerró el negocio durante el resto de la noche. De hecho, nos fuimos juntos y volvimos a mi habitación.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis allí?

Ella se atraganta con otra risa.

—¿Te refieres a cuánto duró?

Dios, no.

—Quiero decir, ¿fue una fiesta de pijamas completa? Porque eso suena como algo que podemos hacer juntos. —Imito su expresión anterior.

—Bueno, se quedó hasta las cinco de la mañana, pero, ya sabes, nada del otro mundo. Lo llevé de vuelta a Sandover cuando empezaba a salir el sol. —Parpadea—. Acabo de darme cuenta de que fue la última vez que lo vi. Qué raro.

Sí, qué raro.

Quiero preguntarle si ha sabido algo de Gabe desde entonces, pero no me da la oportunidad. Acerca su boca a la mía y me besa otra vez, antes de que pueda formular la pregunta. Cierro los ojos y me recuerdo que besar a una tía buena no es el peor trabajo del mundo.

Y espero el momento oportuno para despedirme y reclamarle mi recompensa a Sloane.

Capítulo 41

Casey

El domingo por la mañana, Sloane prefiere quedarse durmiendo y se salta el desayuno, de modo que solo estamos papá y yo. Nos comemos en silencio los huevos que he cocido de más y el beicon que casi he quemado porque he sido incapaz de concentrarme en nada desde que me he despertado.

Anoche me fui a la cama con la emoción retumbándome en las yemas de los dedos. Tengo un secreto que solo conoce una persona en el universo.

Me he despertado con resaca emocional; el secreto ahora es un nudo apretado en la boca del estómago.

Por suerte, papá confunde mi estado de ánimo con pena. Cree que estoy disgustada por lo de Silver. No lo estoy. Iba a morir de todos modos. Sí, disfruté mientras la cuidaba, pero ya es hora de que pare de encariñarme con cada bicho que se cruza en mi camino. Tengo que aprender a insensibilizarme. Endurecer mi corazón. De lo contrario, seguiré ahogándome cada vez que ocurra algo malo. Cada vez que pierda a alguien.

—Voy a sacar a los perros —digo cuando nos ponemos a recoger el desayuno—. Creo que iremos hasta el lago.

—No dejes que Bo nade —me advierte papá—. Sé que no le importa que el agua esté fría, pero ya es casi invierno y tardará una eternidad en secarse al aire.

—Haré lo que pueda —aseguro, pero Bo va por libre cuando se trata de ese lago.

Treinta minutos después, Penny y Bo me arrastran por el bosque mientras recorremos los caminos trillados, donde olisquean sus árboles favoritos y convencen a las ardillas para que salgan de debajo de los arbustos. Ahora que estoy sola de nuevo, soy víctima de la miríada de pensamientos contradictorios que pululan por mi mente como abejas.

Anoche fue…

Dios, ojalá pudiera decir que fue horrible.

No lo fue. Fue realmente genial. Y, mientras sucedía, no me detuve a pensar en cómo me sentiría después, solo en que en ese momento me sentía bien.

Pero ya es después. Ahora empiezan a aparecer las consecuencias, y me siento mal. Porque no importa desde qué punto de vista lo analice, no puedo evitar sentir que he hecho algo malo.

He traicionado a Fenn.

Lo cual es absurdo, me reprendo a mí misma, y rechazo el pensamiento tan rápido como surge. No salimos juntos. Fue él quien cortó.

Sin embargo, el sentimiento persiste. Lawson es su amigo. Las reglas de la sociedad civil nos dicen que esos límites son sagrados. Cruzarlos de una forma tan atroz es una clara declaración: «Espero que esto duela».

Pero nunca me propuse vengarme.

A pesar de todo, y en contra de mi buen juicio, aún quiero a Fenn. Separar lo que hizo, la mentira, de todas las formas en que me ayudó a recomponerme después del accidente es más fácil de decir que de hacer. Los meses durante los que fue mi único amigo. Mi mejor amigo. Me veía de una manera única.

Ahora sé que era porque él había estado allí. Él era la figura borrosa que veía al otro lado del cristal, mientras el agua me subía por las piernas. Él me sacó del lago y dejó mi cuerpo inerte en el suelo, con los labios azules y la frente llena de sangre. Sabía lo cerca que había estado de la muerte y lo lejos que había llegado desde entonces.

—Ojalá estuvieras aquí —le digo en voz alta a mi madre—. Me ayudarías con esto si estuvieras aquí. O, al menos, espero que lo hicieras. —Me muerdo el labio—. Me gustaría pensar que no me juzgarías ni me sermonearías. Que te limitarías a escuchar.

Delante de mí, Bo y Penny ladran. Levanto la vista y veo a Fenn en el borde del sendero; está calmando a los emocionados traidores que saltan sobre él y compiten por llamar su atención.

Ojalá los hubiera entrenado para atacar con una orden.

Una oleada de nervios me golpea de la nada. Estoy medio mareada y a punto de vomitar. Como si hubiera sufrido una insolación repentina. Fenn se me acerca y no tengo ni idea de cómo hablarle.

—Hola —me saluda con timidez, con las manos metidas en el bolsillo central de la sudadera gris con capucha. Lleva el lado izquierdo del pelo revuelto, como si acabara de levantarse de la cama—. Tu padre me ha dicho dónde estabas.

Resoplo.

—Me sorprende que no haya hecho que te perdieras.

—Para ser sincero, a mí también. Aunque ha dejado claro que no es mi mayor fan. —Fenn se encoge de hombros—. Ha cedido cuando le he dicho que quería encontrarte para disculparme.

Las ganas de burlarme me hacen cosquillas en la garganta y salen como una risa áspera.

—Bueno, siento que hayas perdido el tiempo. —Llamo a Bo y Penny con un silbido, pero dan vueltas como un par de niños hasta arriba de cafeína y no podría importarles menos que necesite escapar rápido—. No creo que tengamos nada más que decirnos.

—No debería haber cortado contigo por mensaje —dice en un tono grave y que destila remordimientos—. Ayer me pasé todo el día y toda la noche en mi habitación machacándome mentalmente. —Sacude la cabeza, disgustado. Como un reproche a sí mismo—. Cada vez que me dan a elegir entre el bien y el mal, siempre elijo el mal. Soy un maldito desastre.

—Lo que tú digas, Fenn.

—Por favor —insiste, y avanza conmigo cuando me alejo—. He venido a disculparme por ser tan insensible.

—Me da igual. Contigo siempre pasa algo. —Me detengo. Un nudo de desesperación se aloja en mi garganta—. No quiero tus disculpas por tu mensaje cutre de ruptura. Estoy harta de ellas.

—Sabes que haría cualquier cosa… —Su voz se quiebra ligeramente— para que las cosas hubieran sido diferentes entre nosotros.

La ira brota de la desesperación como una flor que se abre después de un aguacero. La cura más rápida para la depresión es la

rabia que Fenn me provoca cuando demuestra, de forma tan despreocupada, que nunca entenderá lo que me provocan sus mentiras por omisión.

—¿Harías cualquier cosa? ¿No te das cuenta de la estupidez que es eso? Han pasado semanas y aún no admites lo que pasó en el baile. Porque eres egoísta, Fenn. Prefieres cubrirte las espaldas, aunque eso signifique hacerle daño a alguien que dices que te importa. Así que, como he dicho, no quiero una disculpa.

Una vez más, se apresura a seguirme el paso mientras yo llamo a los perros y dejo claro que soy yo quien quiere alejarse de él.

—Casey, para.

—No. No caeré otra vez en tus trampas. Dices que quieres hacer las cosas bien. Estás listo para ser honesto. Luego me dejas con un mensaje una hora antes de que quedemos para hablar. Eres un cobarde. Y no seré el blanco de tus bromas nunca más.

—No eres una broma —insiste.

—No es tan difícil ser sincero —suelto con amargura—. Solo tienes que apretar los dientes y soportarlo. Es muy sencillo. —Y, entonces, pierdo la conciencia o, al menos, esa es la única explicación que se me ocurre para justificar lo que ocurre a continuación. Mi boca entra en piloto automático, como si mi cerebro hubiera decidido que no tengo poder de decisión en esto—. Así: anoche me enrollé con Lawson.

Me mira durante varios segundos. Sin pestañear. Es como un motor que no arranca. Una batería muerta. Paralizado y chasqueando. Vacío.

Me retumba el pulso en los oídos mientras observo su rostro en busca de cualquier señal de reconocimiento. Espero una reacción. Cualquier cosa.

Entonces, sus sinapsis empiezan a dispararse. Sin mediar palabra ni inmutarse lo más mínimo, gira sobre los talones y se marcha.

De inmediato, toda la furia que he sentido al confesarle la verdad se ve anulada por el peso de ver a Fenn devastado.

Supongo que la honestidad no siempre es la mejor política.

Capítulo 42

Lawson

Esta noche estoy inexplicablemente sobrio. Solo en mi habitación. Caliente bajo el resplandor de una de las primeras películas de acción de Keanu en la tele. Por primera vez en, mierda, media década, no estoy de humor para una alteración química. Incluso he rechazado el porro que me han ofrecido los chicos de la puerta de al lado. Es posible que sea la primera vez en mi adolescencia que paso de colocarme.

Un giro sorprendente de los acontecimientos que podría haber compartido con mi terapeuta, si no me hubiera echado porque su sobrina me hizo una paja.

Aun así, a pesar de la reflexión gratuita del día, me siento inquieto.

Ni siquiera Keanu en una tabla de surf puede calmar el oleaje que se produce dentro de mi cabeza.

La irrupción de RJ en la habitación tampoco ayuda.

—¿Estás libre esta noche? Necesito un copiloto —anuncia. Lleva unos pantalones cargo negros y una sudadera negra con el logo de un grupo del que nunca he oído hablar.

—¿Hemos dejado a Sloane y necesitamos ligar? —Le dirijo una mirada y luego vuelvo a contemplar la belleza de baja calidad del sur de California en grano de película en VHS.

—No, eso lo hicimos ayer. —Su respuesta me resulta incomprensible—. Las peleas son esta noche. Necesito que vengas conmigo.

—Sí, sobre eso. ¿Por qué narices las has pasado al domingo? Los tíos necesitan un día para que se les baje la hinchazón de los ojos y la mandíbula.

—Yo no reprogramé una mierda.

—Ya… Un mensaje de Carter decía que el rey había hablado.

RJ se pasa ambas manos por el pelo, como si quisiera arrancárselo de raíz.

—Lo único que le dije fue que anoche tenía planes y…, ¿sabes qué?, olvídalo. No importa. Fenn ha desertado y no se lo pediré a Silas, de modo que te toca a ti. Vámonos.

Levanto las cejas.

—¿Vas a pelear?

—No, a abdicar.

—¿Qué diablos significa eso?

—Vamos, Lawson —gruñe.

Luego sale y deja la puerta entreabierta de forma algo osada, seguro de que me uniré a él.

Y, a pesar de mi firme plan de no salir de esta habitación esta noche, me encuentro siguiéndolo por el campus como un perfecto espécimen pavloviano.

No sé muy bien qué coño ha pasado.

—Te noto raro —me dice mientras caminamos por la hierba alta, más allá de los supuestos límites permitidos a los estudiantes.

Los jardineros no se molestan en mantener el césped de esta zona con la esperanza de que sirva como elemento disuasorio, pero ni siquiera nos frena un poco cuando nos dirigimos al perímetro del bosque circundante. Es una noche muy oscura a causa de la nubosidad, que oculta la luna y convierte en peligrosos los surcos y las raíces que sobresalen. Incluso los animales y los insectos parecen reacios a salir esta noche.

Por alguna razón, parece un mal presagio.

—Me notas raro —repito.

—No has dicho una palabra desde que hemos salido. No es propio de ti.

—Sí, eso era retórico.

La verdad es que languidezco en una especie de limbo mental. Lucho con nuevas y extrañas emociones a las que no encuentro sentido, y que parecen intensificarse cada vez que dejo que mis pensamientos vaguen. El recuerdo de anoche aflora a la superficie.

No soy médico, pero, si tuviera que hacer una hipótesis, diría que siento culpa.

Fenn no se merece mi simpatía, pero no soy un cabrón: lo que ocurrió anoche fue una clara traición a nuestros años de amistad. La culpa me pesa mucho en este momento. Y es solo una emoción entre muchas.

En cierto modo, Casey ha sido la primera. En el sentido de que estuve casi sobrio durante todo el encuentro, algo un poco lamentable.

Lamentable, no porque no me lo pasara bien. Lo hice. Pero no estoy acostumbrado a sufrir las consecuencias de mis actos con la cabeza despejada.

—¿Y ahora qué? —pregunto mientras las linternas que rebotan como luciérnagas entre los árboles convergen en nuestra posición.

—Ahora encontramos a Duke.

Cuando llegamos a la escena del crimen, me obligo a no mirar el camino secreto que conduce al invernadero del jardinero. El pequeño refugio secreto adonde llevé a Casey anoche, y donde es probable que cometiera uno de los mayores errores de mi vida.

El invernadero principal está abarrotado de tipos sedientos de sangre que se han pasado la tarde haciendo flexiones y sacando dinero del cajero. En el centro del lugar, dos primates erguidos y emocionalmente atrofiados se arrancan las camisetas y flexionan los músculos para el voraz público, mientras se preparan para librar una batalla primitiva en lugar de encontrar cualquier otra forma de lidiar con el perpetuo trauma del instituto.

RJ localiza a Duke en cuanto entramos y se abre paso a empujones entre la multitud hacia él. Estoy atrapado en su estela y no puedo evitar convertirme en el tercero en discordia en su discusión.

—Mira quién ha venido a relacionarse con la plebe —comenta Duke con una sonrisa sarcástica que no oculta su reciente y constante amargura.

Últimamente, el gobernante destronado del montón de basura se comporta como un divorciado que ve cómo su ex se muda con su nuevo novio al otro lado de la calle.

—He venido a hacer un trato —replica RJ, a modo de tregua—. A estas alturas, te pagaría por quitarme esta mierda de encima.

—De modo que no puedes con ello, ¿eh? —La sonrisa de Duke se ensancha—. Esta corona es un poco más pesada de lo que parecía, ¿verdad?

—No entiendo por qué alguien la querría —replica RJ, completamente exasperado con todo este calvario.

Me trago una carcajada. No he conocido a nadie que ansíe menos el poder o la autoridad que RJ.

—Este instituto es un desastre, Jessup. Esta gente está loca. Lo único que quiero es acabar con todo.

—Dilo —le ofrece Duke—, y te quitaré la responsabilidad de encima.

—Tengo mis condiciones —responde RJ—. No lo dejaré para que instaures otra vez tu reinado tiránico.

Duke pone los ojos en blanco. Lo aburre, pero ya babea con la idea de mangonearlos a todos de nuevo.

—En primer lugar, en lo que respecta a tus «reglas», hay una zona desmilitarizada entre nosotros.

Duke se burla, desconcertado.

—¿Qué narices significa eso?

—Significa que estoy exento de tus normas de mierda, de tus impuestos y de cualquier otra idea descabellada que se te ocurra. A partir de ahora, soy una nación soberana. Lo que ocurra dentro de mis fronteras no es de tu maldita incumbencia.

—Bien. Como quieras.

—Segundo, deja a Lucas en paz. El pobre chaval no tiene un centavo.

—¿Qué eres, su madre?

Me distraigo, o tal vez es algo más parecido al pánico, cuando de repente veo entrar a Fenn. Se queda cerca de la puerta durante un minuto, mientras recorre con la mirada a la multitud que grita. Aunque no tengo dudas de que nos ha localizado, se mantiene distante, lo que aumenta mi ansiedad. Ahora recuerdo por qué hago todo lo posible por evitar la sobriedad. Para ser franco, no la recomiendo.

En circunstancias normales de embriaguez, me olvidaría de todo. Pero Fenn ha estado muy triste estos días, en plena crisis existencial,

y yo me siento como si acabara de dispararle a la madre de Bambi. Y luego me hubiera tirado a su novia.

—Con todo esto —le dice Duke a RJ con una palmada en la espalda—, ahora podemos ser amigos.

—Yo no iría tan lejos —responde él en un tono seco—. ¿Tenemos un trato?

—Trato hecho. —Duke extiende una mano.

En cuanto RJ baja la guardia para ofrecerle un apretón de manos, Duke se echa hacia atrás y le suelta un gancho de izquierda.

Una fuerte exclamación surge del gallinero, y la gente deja de prestar atención a la pelea de los de segundo con la esperanza de que estalle una verdadera reyerta.

A su favor, RJ recibe el golpe como un campeón, aunque por la mañana tendrá el labio hinchado.

—Golpe bajo —le dice a Duke.

—Lo siento. —Duke sonríe con alegría—. Tenía que hacerlo oficial. Ahora estamos en paz —responde, porque debe tener la última palabra. Siempre.

RJ mueve la mandíbula y acepta el golpe de despedida como el precio que pagar en esta negociación.

—Más te vale.

—Vamos. —Duke le pasa un brazo por encima del hombro—. Casi somos familia, ¿verdad? Te tiras a mi ex.

—¿De eso va la cosa? Fase dos: ¿usarme para recuperar a Sloane?

Se ríe.

—Tío, si crees que podría engañarla para meterla en mi cama, es que no la conoces.

—Tienes razón.

—¡Vale, escuchad! —El maestro de ceremonias de esta noche se coloca en el centro del círculo, donde el combate anterior ha dejado una mísera mancha de sangre y sudor—. De la clase de primero, Wynder y Hamill, un paso al frente.

Los siguientes púgiles emergen de sus respectivas esquinas para enfrentarse. El dinero pasa de mano en mano a su alrededor, las apuestas se mueven en una cuidadosa coreografía.

—Vamos —me dice RJ—. Estoy harto de esta mierda.

Solo hemos dado dos pasos antes de que se monte un escándalo entre la multitud que se aglomera. Una sensación de inquietud me sube como la hiedra por la columna vertebral cuando veo que Fenn se abre paso hasta el centro del recinto y empieza a hablar delante de los dos luchadores que esperan.

—Quiero ser el siguiente —exige.

Y de repente, se me acelera el pulso. Mierda.

Confuso, el maestro de ceremonias mira a RJ en busca de una decisión, ajeno al reciente traspaso de poder.

—¿Qué haces? —pregunta RJ con el ceño fruncido a Fenn. Igual que el resto de la sala, percibe la furia con la que ha reclamado el derecho a vengarse.

Fenn ignora a su hermanastro.

—Lawson —grita.

En el recinto reina un silencio sepulcral. Parece una morgue.

Fenn clava su mirada decidida en la mía.

—Te estoy retando.

El silencio se rompe, y el bullicioso clamor a modo de respuesta de la multitud es a la vez eufórico y perplejo. A mí no me sorprende en absoluto este giro de los acontecimientos. Sé por qué estoy aquí y lo que me espera. Es evidente en el rostro serio de Fenn.

RJ se vuelve hacia mí en busca de una explicación, pero lo ignoro y me reúno con Fenn en el círculo. Encorvo los hombros. Me obligo a mirarlo a los ojos.

—Lo siento —me disculpo mientras Fenn se quita la camiseta y la arroja a los pies de los espectadores, que están rabiosos de emoción.

—Que te den.

Fenn no espera a que suene la campana. Ha venido dispuesto a machacarme hasta dejarme inconsciente, y yo se lo permito. Los primeros golpes son una catarsis para ambos. Recibo los puñetazos porque no tengo derecho a oponer resistencia. Siento los ojos hinchados y la boca llena de sangre. Llámalo penitencia. Llámalo autocompasión.

Me lo merezco.

—Defiéndete, cabrón. —Con una mirada feroz, Fenn me agarra la parte delantera de la camisa y me hace caer sobre una rodilla con un derechazo—. Pégame, maldita sea.

Siento el cuerpo entumecido. Mis terminaciones nerviosas están tan maltratadas que apenas sienten los golpes. Un violento zumbido resuena en mis oídos con cada chasquido de hueso contra hueso. Al final, la rabia de Fenn, y su frustración por mi reticencia a intercambiar golpes con él, lo impulsan a hacerme una llave en la cabeza y apretarme hasta que me veo obligado a darle un codazo en las tripas para liberarme.

—Ya está —sisea—. Devuélveme el golpe, maldito cabrón.

Me ataca de nuevo, y esta vez me inmoviliza con una rodilla entre los omóplatos. Mi retardado sentido de la supervivencia entra en acción, y ambos funcionamos con nuestro cerebro reptiliano. Lucho por darme la vuelta y le golpeo la mandíbula con un puño, y entonces los dos nos ponemos en pie. Lo golpeo. Y luego le pego otra vez. Porque yo también estoy enfadado. No con él, sino conmigo mismo.

Y, de repente, se me ocurre que lo único bueno que me ha pasado durante todo este año horrible es lo único que se supone que no debía disfrutar.

Nos convertimos en animales furiosos y sangrientos en el cuadrilátero. Infligimos dolor y escupimos malicia hasta que nuestros brazos se vuelven pesados, el aire es demasiado denso para llegar a nuestros pulmones y nos ahogamos en nuestra propia adrenalina.

Lo golpeo en los riñones, lo que hace que se doble y lo obliga a enredarse conmigo. En una ráfaga de rabia ciega, le doy un codazo en la sien y pierdo el equilibrio. Me embiste contra el suelo. Fenn consigue ponerse sobre mí y se sienta sobre mi pecho, con las facciones tensas por el tormento y el odio. Aleja el puño mientras lo miro fijamente, consciente de que despertaré en el hospital o tirado en una zanja.

Pero el golpe nunca llega.

Fenn se detiene, pues parece que, de repente, es consciente de los límites de su propia violencia.

—Estás muerto para mí —murmura, y se levanta—. Esta vez has ido demasiado lejos, Lawson. —Reconozco a mi padre por la forma en que me mira con desprecio y asco—. Hemos acabado.

Capítulo 43

Fenn

La boca me sabe a metal y a tierra. Siento un latido en la sien que se me extiende por la cara y se instala en el párpado hinchado y la mandíbula dolorida. Respiro de forma entrecortada mientras atravieso el denso bosque, doblando las ramas de los árboles y alejando las telarañas. El dolor es claridad. La claridad del propósito, pero también de las consecuencias. Todo esto era inevitable. Desde el momento en que me fui al cobertizo para botes. Siempre supe que terminaríamos aquí.

No sé qué hora es cuando llego bajo la ventana de Casey. Tarde. Lanzo piñas y guijarros contra el cristal hasta que ella aparece y la abre de un tirón.

—Madre mía, Fenn —suelta—. ¿Qué narices estás…? —Se detiene de golpe. Atónita ante la brutal imagen que hay ante ella—. ¿Te encuentras bien? ¿Qué te ha pasado?

Me rompe el corazón que muestre un ápice de preocupación.

Levanto el teléfono.

—¿Responderás a mi llamada cuando te llame? No quiero gritar en tu ventana y despertar a todos.

—No creo que debas…

—Fui al lago porque Gabe me mandó un mensaje durante el baile para que nos viéramos en el cobertizo. Eso es lo que quería decirte la otra noche, antes de que tu padre nos interrumpiera.

Parpadea un par de veces. Luego dice:

—Déjame ir a por el móvil.

La llamo, responde al primer timbrazo y aparece otra vez en la ventana. Lleva puesto el pijama rosa que tanto me gusta y el pelo rubio cobrizo recogido en una coleta baja.

—Esa noche, Gabe tenía un negocio, así que no habíamos tenido ocasión de pasar el rato juntos. Sin embargo, ya estaba listo para

salir, por lo que sugirió que nos colocáramos en el cobertizo para botes. Yo ya estaba borracho, pero me apunté.

Las palabras salen en voz tan baja que apenas las escucho en mi propia cabeza, por encima del pitido que me zumba en los oídos. Supongo que esto es lo que se siente al disociarse. Estoy fuera de mi cuerpo, como una corriente de conciencia que emana de algún lugar profundo de mi psique y que no controlo del todo.

—Cuando llegué allí, Gabe no estaba por ninguna parte. En cambio, vi que la parte trasera de un coche sobresalía del agua. Las luces traseras rojas. Salté al lago para comprobar si había alguien dentro y te encontré.

Casey me mira, fascinada. Tiene la boca ligeramente abierta y los ojos como platos y aterrorizados, como aquella noche.

—Cuando conseguí abrir la puerta, y mientras intentaba quitarte el cinturón de seguridad, me di cuenta de que había una chaqueta enganchada en el freno de mano. Estaba en el lado del conductor. Quienquiera que la llevara puesta, se la había quitado a toda prisa para escapar. —Cierro los ojos un momento. Bueno, el ojo. El otro ya está cerrado por la hinchazón—. Al ver la chaqueta, de inmediato supe a quién pertenecía. Era de Gabe.

Su rostro palidece. Casi soy capaz de ver las imágenes que se abren paso en su mente. Los *flashbacks* que la despiertan gritando en mitad de la noche. Cómo su cerebro la arrastra constantemente de vuelta al agua. Ahora, sé que está viendo la cara de Gabe a su lado en ese coche.

—De modo que agarré la chaqueta y te saqué. Te llevé a la orilla. Encontré tu móvil en un bolsillo y envié un mensaje a Sloane para que te encontrara. Luego me fui y me monté en un coche de vuelta a Sandover. Escondí la chaqueta, pues era la única cosa que podría vincular a Gabe con el accidente. Y nunca se lo dije a nadie hasta ahora.

Desearía más que nada en el mundo haber sido mejor persona entonces. Haber entendido el efecto que tendrían mis decisiones.

—Protegí a mi mejor amigo —admito con pesar—. Gabe me cubrió las espaldas con la Policía hace un par de años, y se lo debía.

Mi lealtad estaba con él esa noche. No te conocía entonces, y lo siento. Ojalá hubiera sido diferente.

Hay urgencia en su expresión, como si quisiera hablar, pero tuviera la garganta cerrada. No le doy la oportunidad.

—He venido a despedirme. Por fin me doy cuenta de lo grave que es lo que te hice, Case. Te destrocé. Te robé todo lo bueno que tenías. Te he arrastrado hasta Lawson. Es mi culpa, y lo entiendo. Y estoy cansado de molestarte, de perseguirte. No te rogaré más por una segunda oportunidad. Tenías razón. Tengo que madurar.

Casey se limpia una mejilla.

—No quería hacerte daño.

—Lo sé. Me lo merezco. —Me trago el dolor que se apodera de mi garganta—. Te quiero de verdad.

—Lo sé. —Su voz es apenas un susurro.

—Por eso tengo que alejarme.

Y eso es lo que hago.

Me alejo y no miro atrás.

De vuelta en la residencia, llamo a un coche y subo a por una camiseta. RJ ya está en la cama durmiendo y no se da ni la vuelta antes de que salga de nuevo.

Sentado en el bordillo del aparcamiento, mi determinación se endurece. He tenido la oportunidad de hacer lo correcto durante meses. De decirle a Casey lo que había pasado. De no meterme en su vida, donde no me correspondía. Pero he sido egoísta. Delirante. He buscado sin cesar una razón para justificar cada límite que rompía, aunque era muy consciente de que la destrozaría. De forma irreversible. De que le robaría su fe en la humanidad y la convertiría en otra chica hastiada y amargada, destruida por un novio de mierda.

De repente, pienso en mi madre. En que todo habría sido diferente si nunca hubiera enfermado. Agradezco que no vea en lo que me he convertido.

Una hora más tarde, un coche se detiene delante de mí. El conductor se muestra escéptico ante mi aspecto y, sin duda, echa mano de la pistola que lleva bajo el asiento cuando me levanto del bordillo.

—¿Adónde? —pregunta, receloso de la respuesta.
—A la comisaría.

Capítulo 44

Fenn

He perdido la noción del tiempo en esta pequeña habitación. Las paredes beige pálido se arrastran ahora hacia mí, y tengo la sensación de que se acercan más cada vez que parpadeo. Cierro los ojos un segundo. Un minuto. Ya no lo sé. Cada vez que abro el único párpado sano, otra sacudida me golpea los músculos de la cara como una pistola eléctrica. La sangre me zumba. Estoy sentado en una silla de metal duro, que combina con una mesita, y escucho los pasos ocasionales y las conversaciones amortiguadas al otro lado de la puerta.

Cuando de repente se abre, casi me levanto del asiento por el alboroto que se produce.

—Fenn, Dios santo. ¿Te han hecho esto? ¿Qué ha pasado?

Mi padre irrumpe el primero con dos tazas de café. Coloca una delante de mí, y veo su expresión de asombro.

Casi había olvidado la discusión.

—No, no pasa nada —respondo con voz ronca, y, por lo seca que tengo la garganta, deduzco que he dormido un poco más de lo que pensaba—. Es algo de lo que tenía que ocuparme.

Papá acerca una silla para sentarse a mi lado y analiza mi rostro descolorido.

—¿Qué significa eso?

—A menos que Fennelly tenga intención de presentar cargos por agresión —explica una segunda voz—, le aconsejo que no diga nada más en esta sala.

Un hombre vestido con un traje oscuro y con un maletín en una mano se apoya en la puerta. Señala con la cabeza una cámara situada en una esquina, cerca del techo.

—De acuerdo —respondo, y le devuelvo el gesto.

No necesito una bola de cristal para saber que es mi abogado. Parece y suena como tal. Se presenta como John Richlin, de Richlin,

Ellis y Oates. Es prometedor que su nombre sea el primero en el membrete.

—Dime qué ocurre —insiste mi padre, más nervioso de lo que recuerdo haberlo visto en años. Pero no está enfadado, por extraño que parezca. Más rara aún es la idea de que lo vi hace un par de días. Parece que ha pasado un siglo desde que le di un puñetazo en la mandíbula.

El recuerdo hace que una oleada de culpabilidad aflore a la superficie. No sé cómo soy capaz de mirarlo a los ojos ahora mismo. Durante los últimos años, David ha sido un padre de mierda, un padre ausente. En todos los sentidos, se merece que le den un puñetazo en la mandíbula. Sin embargo, me revuelve el estómago recordar lo que hice.

—Hijo —me apremia cuando paso demasiado tiempo mirándome los nudillos desgarrados e hinchados—. Sea lo que sea, estoy aquí para ayudarte. Háblame.

Cuando los agentes me han dejado la primera vez en esta sala de interrogatorios, he practicado esta conversación, pero no he llegado a una versión satisfactoria antes de quedarme dormido.

—Me he entregado —suelto al final.

—¿Por qué? —interrumpe antes de que pueda explicarme.

—¿Has firmado una confesión por escrito? —pregunta Richlin.

Papá levanta una mano para callar al abogado.

—No lo entiendo. Dime qué ha pasado. ¿Hay algún herido?

—¿Recuerdas aquel accidente en el baile de graduación del año pasado? ¿Con la hija del director?

Confundido, busca mi cara con la mirada.

—El coche que cayó al lago.

Asiento y cuento todo. Los llevo de vuelta a esa noche, que he revivido cientos de veces desde entonces. Explico que cubrí a Gabe. Que sospecho que fue él quien drogó a Casey y la dejó en el coche para que muriera. Que, en lugar de decir la verdad, mentí por él y oculté las pruebas.

—Lo he admitido todo —termino—. Le he dado la chaqueta de Gabe a la Policía.

Sin decir palabra, Richlin sale de la habitación. Se oye una conversación apagada en el pasillo de fuera.

—Dios, Fenn. —Papá suspira—. ¿En qué pensabas?

—¿En ese momento? Pensé en hablar con Gabe y averiguar qué había pasado. En conocer su versión de lo ocurrido y ayudarlo a encontrar la manera de arreglarlo. Pero entonces sus padres lo enviaron a la escuela militar y desapareció. Me decía a mí mismo que pronto tendría noticias suyas y que todo se arreglaría. Pero no fue así, y, cuando quise darme cuenta, habían pasado meses.

Lo miro. Incómodo. Avergonzado. Me siento peor que la mierda y totalmente indigno del perdón de nadie. Pero…

—Lo siento, papá. He metido la pata hasta el fondo.

—Oye. —Me agarra las manos—. Oye, no pasa nada. Lo resolveremos, ¿de acuerdo? Estoy aquí. Me encargaré de esto.

—¿Por qué? —murmuro para mi sorpresa.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué te molestas siquiera? —Aprieto los labios en un intento de controlar el intenso escozor que siento en los ojos—. Me he comportado como un capullo. La última vez que nos vimos, te pegué, joder.

—Sí.

—Pues adelante, entonces. —Dejo escapar un suspiro cansado—. Reniega de mí. Déjame aquí para que me pudra. Dios sabe que me lo merecería.

Nos hemos hecho mucho daño durante mucho tiempo. Me convencí de que no lo necesitaba. De que no lo quería en mi vida. A la primera oportunidad que tuviera, me largaría y no volvería jamás.

Pero, cuando los agentes me dieron un teléfono, solo había un número que marcar.

—Escucha, yo era el adulto, ¿de acuerdo? —Papá me da un suave apretón en la mano izquierda, que no tengo tan magullada como la derecha—. Dependía de mí hacerlo mejor. Mantener a nuestra familia unida tras la muerte de tu madre. No lo hice bien, y nuestra relación se resintió. —Respira hondo y se inclina más cerca mientras su voz se suaviza—. Estaba perdido sin ella. Ver cómo se iba fue lo más duro que me ha pasado en la vida. Nunca imaginé cómo sería la

vida cuando ella no estuviera y, de repente, apenas era capaz de levantarme de la cama por las mañanas. Pasé demasiado tiempo autocompadeciéndome en lugar de recordar que tú también estabas ahí, y que también sufrías. Necesitabas a tu padre. Fue culpa mía, Fenn. Fue mi culpa.

—Tampoco ayudé mucho —admito. Los primeros meses después de la muerte de mamá fueron un infierno. Pero con el paso de los años, solo empeoró—. No tendría que haberme desbocado como lo hice.

—No. —Me dedica una sonrisa triste—. Pero eso también es culpa mía. Debería haber puesto límites. Haber estado más presente. Me resultaba más fácil centrarme en el trabajo y dejarte a tu aire que arriesgarme a tener una conversación difícil.

—¿Y ahora qué? —pregunto, agotado y completamente fuera de mi elemento.

—Intentaremos hacerlo mejor. Perdonarnos. Ser un poco más amables. Somos muy afortunados de tener la oportunidad de volver a ser una familia. Con Michelle y RJ. Sé que ella quiere llevarse bien contigo. Y espero que él esté dispuesto a conocerme mejor. ¿Quizá podamos darle una oportunidad a nuestra familia?

Vacilo, y me pregunto si algo de esto es siquiera posible. Formar una nueva unidad familiar. Michelle es una mujer bastante agradable, si dejamos a un lado su cuestionable gusto por los hombres y su elección del momento oportuno. RJ parece quererla mucho. Y, en cuanto a hermanastros, he tenido suerte. No es el peor compañero de cuarto que podría haber tenido este año. Dadas las circunstancias, supongo que no es un trato terrible.

—Sí —digo—. Creo que puedo hacerlo.

No empezaré a autocompadecerme. No existe una versión del último año en la que yo sea la víctima. Aun así, me estremezco al pensar que, por fin, hemos dado un giro a la situación. Que existe la posibilidad de que recupere a mi padre.

Llaman a la puerta y, entonces, el abogado vuelve a entrar.

—Esta es la situación —anuncia Richlin en pocas palabras—. Lo han acusado de manipulación de pruebas, abandono del lugar de los hechos, obstrucción y omisión de denuncia.

—Madre mía —susurra mi padre.

¿Tantos cargos?

—Es muy posible que el fiscal añada algunos más —continúa Richlin.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta papá con impaciencia.

—Por ahora, he conseguido que lo pongan bajo su custodia. Tendrá que comparecer ante un juez en los próximos días. Mientras tanto, hablaré con el fiscal sobre cómo podríamos cooperar a cambio de ciertas consideraciones.

—¿A cambio de qué? —exige saber papá, que ahora suena más como el hombre al que, de niño, veía pasearse por su despacho mientras regañaba a sus subordinados.

—Quizá consigamos que reduzcan los cargos, o incluso que los desestimen. Hay muchas variables. Entre ellas está lo que tenga que decir el chico de los Ciprian. Prefiero no hacer promesas hasta tener más información.

—Vámonos de aquí —le pido a mi padre—. Solo quiero irme.

Me muero de hambre. Estoy agotado. Apenas soy capaz de mantener la cabeza erguida. Los moratones y las fracturas capilares me palpitan con cada respiración mientras los restos de la adrenalina se consumen por completo en mi sangre.

Sobre todo, quiero largarme de aquí antes de que la Policía cambie de idea y decida encerrarme en una celda hasta la vista. Papá le pide al chófer que me deje en la residencia. Insiste en que me quede con él en el hotel de la ciudad durante los próximos días; después de todo, estoy expulsado temporalmente, pero lo convenzo de que necesito mi propia cama y cambiarme de ropa.

RJ se despierta cuando me oye salir de la ducha.

—Lo siento —me disculpo en voz baja mientras guardo mis cosas de aseo—. Duérmete otra vez.

Se incorpora, aturdido.

—¿Qué pasa? ¿Vas a alguna parte? —Se frota los ojos—. ¿Y qué narices pasó anoche con Lawson?

Me tenso al escuchar su nombre.

—Duérmete. Es muy pronto para eso.

Casi está amaneciendo, pero RJ ha decidido que no vale la pena tratar de dormirse de nuevo.

—¿Qué pasó anoche? ¿Adónde fuiste después de la pelea?

—Fui a ver a Casey. Le conté la verdad.

—Guau. ¿Cómo se lo tomó?

Me encojo de hombros, porque, ¿cómo respondo a eso?

—No lo sé. Me marché después.

—Vale…

—Y fui a la comisaría. Lo confesé todo.

Se estremece y se frota los ojos de nuevo mientras se desliza para apoyarse en el cabecero.

—Oh. Mierda, Fenn.

No tiene nada de gracioso, pero me río para mis adentros. Cómo puede cambiar todo en un día.

—¿Les has contado lo de Gabe? —pregunta RJ, que, de repente, está más despierto.

Su urgencia me confunde un poco.

—Sí. No tenía elección. Debía hacer lo correcto por Casey.

Y, de forma extraña, ha sido liberador. Entrar en una comisaría por voluntad propia me ha hecho sentir libre. Me he comportado mal durante tanto tiempo que ha sido agradable hacer algo bien por una vez.

Me sentí bien al hacer lo correcto.

El pensamiento me provoca otra risita, que se desvanece cuando noto la expresión de disgusto de RJ.

—¿Qué? ¿Estás enfadado porque he vendido a Gabe?

—Enfadado no. —Se aparta el pelo de la frente—. Pero me gustaría que lo hubieras consultado conmigo primero. Sloane y yo ya no estamos seguros de que fuera Gabe el que condujera el coche.

Me quedo helado.

—¿Qué quieres decir?

—Seguimos una pista la otra noche —explica—. Pensaba contártelo hoy, o supongo que ayer… —Echa un vistazo a la luz del sol que se cuela por las persianas de la ventana—. Pero estuviste fuera todo el día y toda la noche. No apareciste hasta las peleas.

Asiento con la cabeza.

—Conseguí que me llevaran a la ciudad después de hablar con Casey. No soportaba estar en el campus. Tenía que salir de aquí.

—¿Casey? —pregunta, inexpresivo—. ¿Cuándo hablaste con Casey?

—He ido a su casa esta mañana. Me ha contado lo suyo con Lawson…

—¿Qué pasa con Casey y Lawson? —RJ se queda boquiabierto antes de que pueda responder. Mi hermanastro no es tonto—. Oh, mierda. No ha sido capaz.

—Sí. —Entonces exorcizo a la fuerza todos los pensamientos sobre mi examigo de la cabeza. Tengo demasiada mierda con la que lidiar, y el tema principal es la bomba que RJ me ha lanzado al regazo—. ¿Cuál es esa pista sobre Gabe? ¿Y por qué narices no me enviaste un mensaje?

—Nunca dejo rastro digital, tío. Deberías saberlo.

—Tú y tu maldito código de moralidad *hacker.* ¿Qué has averiguado?

—Gabe estuvo con Mila toda la noche. Se fueron del baile y volvieron a su dormitorio. Ella lo dejó en el campus por la mañana.

Respiro.

—¿Hablas en serio?

—Eso es lo que dice Mila.

—Entonces, ¿por qué me dijo que nos viéramos? —pregunto y, de repente, me siento confuso—. Se suponía que habíamos quedado. Me habría mandado un mensaje para decirme que, al final, se marchaba con Mila.

—No lo sé. Quién sabe si podemos fiarnos de ella. E, incluso aunque estuvieran juntos, eso no lo descarta como sospechoso. Mila no recuerda la hora exacta a la que se fueron del baile. Gabe podría haberse escabullido con Casey, estrellar el coche, volver al baile y marcharse con Mila.

—Señor. Esto es un desastre.

—¿Qué ha pasado con la Policía? —pregunta en tono sombrío.

—No mucho. He confesado y luego me han dejado cuatro horas solo en una sala de interrogatorios. Papá ha venido a recogerme. Se

quedará cerca. Tengo que hablar otra vez con el abogado dentro de unas horas.

—Joder. ¿De qué clase de problema hablamos?

—Papá está convencido de que pueden evitar que vaya a la cárcel. Yo no estoy tan seguro.

Los dos nos quedamos pensando en esa posibilidad durante un rato. RJ me observa, pero no habla, como si no estuviera seguro de qué decir ahora mismo. Sin embargo, no me importa el silencio. Después de todo lo que he hablado esta noche, lo agradezco.

Capítulo 45

Casey

Sloane mira con el ceño fruncido el plato que apenas he tocado mientras recogemos la mesa después del desayuno. Papá se ha ido al campus mientras mi hermana y yo aún estábamos en la cama. Entre semana, sale de casa a las siete y media para estar en su despacho a las ocho menos cuarto.

—¿Estás bien? —me pregunta—. No tienes muy buena cara.

Tiro las tortitas a la basura ante la mirada devastada de Bo y Penny, que me observan con grandes ojos de cachorro triste.

—Estoy bien.

Sloane enjuaga los platos y yo cargo el lavavajillas. La rutina ayuda, más o menos.

—Solo estoy cansada —añado, dado que no aparta su mirada escrutadora de mi cara—. Y no tengo ganas de ir a clase.

No hablamos mucho de camino al St. Vincent y nos separamos en el vestíbulo sin decir palabra. Me siento como si me moviera a cámara lenta mientras fuerzo las piernas para que me lleven hasta la taquilla. Ni siquiera la cara sonriente de Jaz me levanta el ánimo.

—¿Dónde demonios has estado? —me reprocha cuando me acerco. Pone los brazos en jarras—. Te he mandado mensajes todo el fin de semana.

—Lo sé. Lo sé, lo siento. —Abro la taquilla y paso los dedos cansados por la pila de libros—. Ha sido… intenso.

—¿Quieres contármelo?

Suelto un suspiro mientras me giro hacia ella con el libro de cálculo en una mano.

—¿Lo dejamos para otro día? Hay mucho que contar.

—Bien. —Señala el libro con el dedo índice—. En la comida. Tú. Yo. Cotilleos. Y muchos.

Esbozo una sonrisa genuina.

—¿Quieres contármelo? —repito sus palabras—. ¿Cuáles eran esos misteriosos planes del sábado por la noche de los que no querías dar detalles?

Jaz cierra su taquilla y enlaza su brazo con el mío.

—Salí con Gray —confiesa.

Abro los ojos de par en par.

—No.

—Sí. —Sus labios esbozan a regañadientes una sonrisa—. Es un puñetero chico de coro, un santurrón, Casey.

—En realidad no, si tenemos en cuenta que engaña a su novia.

—Quiero decir literalmente. Cantó de verdad en un coro hasta los trece años. —Suspira con fuerza—. ¿Por qué no me advertiste de que era un buen chico? No me gustan los buenos. Son demasiado… agradables.

Me echo a reír.

—Uno, que sea simpático no resulta horrible. Y, dos, repito lo dicho: ¿cómo puede ser bueno si es infiel?

—¿Lo culpas a pesar de la persona con la que sale? —Jaz responde con un bufido.

—Algo así, sí. No se necesita mucho esfuerzo para dejar a una persona antes de salir con otra.

Pregúntale a Fenn. No por lo de «otra persona», sino por lo fácil que es romper con alguien.

«Te quiero de verdad».

«Por eso tengo que alejarme».

El recuerdo de la visita nocturna de Fenn y su posterior confesión me ha carcomido toda la mañana. No he pegado ojo. Apenas soy capaz de concentrarme en nada más.

«Para», quise gritarle.

«Detente».

«No te vayas».

«Yo también te quiero».

Cree que me lanzó a los brazos de Lawson, y no se equivoca. Lo hizo. Pero una noche con otro no ha eliminado lo que siento por Fenn. No borra meses de largas conversaciones y el intercambio

íntimo de palabras, secretos y miedos. Él me conoce mejor que nadie en este mundo, incluso que mi propia familia.

Ahora entiendo por qué mintió sobre la noche del baile. Intentaba proteger a su amigo. No lo justifico, pero tiene sentido. Conoce a Gabe desde que eran niños. Gabe ha estado a su lado toda su vida. Estuvo ahí cuando su madre murió. Por supuesto que no quería traicionar ese vínculo.

—En defensa de Gray —dice Jaz, que me devuelve al presente—, quería romper con Bree. Le pedí que no lo hiciera.

—¿Por qué no? —pregunto.

—Porque ha pasado una semana y este idiota está dispuesto a declararme amor eterno. —Resopla—. No estoy lista para casarme. Aunque tiene una polla maravillosa.

Suelto una carcajada.

Cuando entramos en clase, el aula se queda en silencio, algo habitual estos días. Al pasar por delante de sus pupitres, Bree habla con Ainsley sin parar sobre una nueva marca de maquillaje que ha probado. Su amiga frunce el ceño, pero no dice nada.

Desde que le quité a Lawson, está casi del todo inactiva. De vez en cuando, suelta alguna palabra sarcástica, pero la mayor parte del tiempo mantiene la boca cerrada. Si he sacado algo bueno de la locura que han sido estos últimos dos meses, es que he vencido a mis abusonas. Supongo que algo es algo.

Lucas está sentado en el escalón delantero cuando Sloane detiene el coche en el camino de entrada a casa después de clase. Me había enviado un mensaje para avisarme de que vendría, pero no esperaba que ya estuviera esperando. Cuando nos acercamos, se levanta y, aunque me ofrece su sonrisa con hoyuelos, no se me escapa un destello de preocupación en su expresión.

—Hola. —Lo saludo con un rápido abrazo.

—Hola.

—Pasa.

Sloane abre la puerta y entra delante de nosotros mientras los perros corretean alrededor de nuestras piernas.

—¿Los sacas a que hagan pis? —me pregunta por encima de un hombro.

—Sí, claro.

Lucas y yo salimos por la puerta trasera.

—He venido a ver cómo estabas —empieza cuando tomamos asiento en el patio trasero.

—¿Por?

—Bueno…, ya sabes —dice, vacilante—. La gran pelea…

—No sé de qué hablas. ¿Qué gran pelea?

—Fenn y Lawson se pelearon anoche.

Mierda. Claro. De repente, mi cerebro lo pilla todo, y me siento una tonta por no haber anticipado las consecuencias.

—Uno de los chicos rompió las reglas y lo grabó, porque fue brutal. Vi el vídeo antes de que Duke lo obligara a borrarlo. —Lucas pone una mueca al recordar lo que fuera que le hizo eso a la cara de Fenn—. Fue incómodo de ver, no te voy a mentir.

Trago saliva.

—Así que todo el mundo lo sabe.

—Sí y no. Es decir, todos supusieron que se trataba de una chica, pero no creo que nadie sepa que esa chica eres tú.

Es un alivio, al menos. No imagino lo humillante que sería si todo Sandover supiera que me enrollé con Lawson. Y si mi padre se enterara… Me estremezco solo de pensarlo.

—¿Puedo preguntar…? —Lucas se detiene, dubitativo.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Me parece justo. —Se aparta, con las manos en el aire, en señal de rendición—. Cambiaré de tema: el baile de invierno.

Retrocedo.

—¿En serio?

—En serio. Creo que deberíamos ir.

—Interesante, porque yo creo que deberíamos pasar.

—Oh, venga. Has vuelto a Ballard y no has sufrido ningún ataque de pánico. De modo que hagámoslo. No podemos perdernos un rito

tan terriblemente embarazoso de la adolescencia como este.

—Claro que sí.

—Cielos, Tresscott. —Lucas tiene esa molesta sonrisa persuasiva, y la despliega con total desprecio por su vida o su integridad física—. Me matas. No me obligues a hacer esto solo.

—¿Sabes? —digo cuando me agarra las manos como si fuera a ponerse de rodillas para suplicarme—. Podrías negarte a participar en un ritual tan arcaico. Creía que los bailes no eran lo tuyo.

—No lo son —refunfuña—, pero he investigado un poco para un par de estudiantes de primer año de Ballard y haremos el intercambio en el baile.

—¿Intercambio? ¿Investigación? ¿Te has convertido en agente secreto desde la última vez que hablamos?

Lucas se ríe.

—RJ me está metiendo en el negocio.

—¿El negocio? ¿Su negocio de intercambio de información?

—Sí.

Recuerdo una conversación que tuve con RJ hace un tiempo, en la que admitió que es un genio desenterrando información sobre la gente. Un maestro en descubrir secretos. Se jactaba de que ese era su superpoder.

—No sabía que RJ te había metido en todo eso.

—Es divertido —responde Lucas, y sus hoyuelos aparecen de nuevo—. Y no te creerías lo bien que se paga. Entrego dos memorias USB y cobro quinientos dólares por cada una. Son mil dólares por unas horas de búsqueda en internet.

—Eso suena lucrativo.

—Lo es. De todos modos, aunque no tuviera otra razón para estar allí, te pediría que vinieras —añade con firmeza.

—Ah, ¿sí? ¿No deberías pedírselo a tu novia, la fan de los videojuegos?

—Ballard no permite que los alumnos de los institutos públicos asistan a los bailes —me recuerda, un poco petulante—. Así que supongo que eres mi única opción.

—No lo sé. —Todavía vacilo—. No estoy de humor para asistir a un gran evento social este fin de semana, Lucas.

—¿Estás lista para un poco de sinceridad de la buena? —pregunta cuando sigo sin comprometerme—. Necesitas sacarte a Fenn y Lawson de la cabeza. Corta esas cuerdas emocionales y vuela libre.

—Ah, ¿sí? Y un baile me ayudará a hacer eso, ¿eh?

—Si nos colamos juntos en la fiesta, sí. —Suena confiado—. Abraza el caos, Case.

No puedo evitar reírme de lo decidido que está a animarme. Y supongo que ha funcionado. Me siento mejor. Y, si voy a atreverme con otro baile, quizá con Lucas haya más posibilidades de que me lo pase bien.

—Vale —cedo—. Si no cambio de opinión antes.

—No lo harás.

Una vez que se ha marchado, me voy a mi habitación a hacer los deberes hasta la cena. Sloane ha salido a correr mientras estaba con Lucas, y vuelve justo cuando papá termina de freír las gambas al ajillo.

—Voy a darme una ducha rápida —informa mientras sube las escaleras a toda prisa.

Llevo el plato de arroz aromatizado con verduras que he preparado y lo pongo en la mesa. Diez minutos después, los tres nos sentamos a cenar. Mientras comemos, noto que Sloane me dirige varias miradas incómodas, pero, cuando le pregunto qué pasa, me dice que no es nada y se concentra en sus gambas al ajillo.

Sin embargo, conozco a mi hermana, de modo que, en cuanto papá desaparece en su estudio para leer y tomar el té, me abalanzo sobre ella.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras recogemos la mesa.

—Hay una novedad —dice con voz suave, y mira hacia el pasillo —. No quería decirlo delante de Lucas antes, y papá ya estaba en casa cuando he vuelto de correr.

—¿Qué ha pasado? —Ya sé que no son buenas noticias, por lo que me preparo para su respuesta.

—Fenn se ha entregado en comisaría. Les ha contado lo que hizo la noche del baile. Robar pruebas, encubrir a Gabe. Todo.

El oxígeno abandona mi cuerpo, y se me agarrotan los pulmones.

—¿Hablas en serio?

—Sí. RJ me ha enviado un mensaje con lo básico después de clase. Nos hemos visto mientras corría y me ha contado los detalles. No hay demasiados —admite—. Todo lo que sé hasta ahora es que Fenn ha confesado, que su abogado gestiona la situación y que su padre también ha volado hasta aquí. RJ dice que deberíamos esperar que la Policía aparezca por aquí y te interrogue de nuevo.

Siento que palidezco.

—Mierda. Papá va a alucinar.

Imagino que se pondrá furioso cuando descubra que me ha permitido pasar tiempo con el chico que me sacó del coche y me dejó allí inconsciente. Sin embargo, eso no me preocupa tanto como los problemas a los que Fenn pueda enfrentarse.

Siento las manos débiles y temblorosas mientras coloco los platos en el fregadero.

—¿Crees que irá a la cárcel? ¿Lo han acusado?

Asiente de forma sombría y enumera los cargos.

Me siento mareada, se me ha revuelto el estómago.

—¿Y si respondo por él ante la Policía? Les digo que sé que él no conducía.

—No creo que esa sea la cuestión —suelta Sloane—. No sospechan que provocara el accidente, pero ocultó pruebas de una posible escena del crimen después de que sucediera. Eso es grave.

Grave no.

Gravísimo.

Y la idea de que encierren a Fenn por eso me pone, literalmente, enferma. Paso el resto de la noche con náuseas. A pesar de mi sensatez, no puedo evitar enviarle un mensaje a Fenn.

Yo: Me he enterado de lo que has hecho. ¿Te encuentras bien? ¿Alguna novedad?

No responde, y tengo la sensación de que lo hace a propósito. Casi lo veo paseándose por su dormitorio, diciéndole a RJ que se niega a arrastrarme de nuevo a este lío. «Ya es bastante malo que la

interroguen otra vez —dice—. No puedo cargarla con todos mis problemas también».

Escucho su voz en mi cabeza. Firme. Llena de fortaleza, decidido a mantenerme al margen.

«Te he destrozado».

Sus palabras roncas y tristes flotan en mi cabeza y me forman un nudo en la garganta. Fenn cree que me protege al ignorarme. Piensa que me ha roto.

Tal vez nos rompimos el uno al otro.

Esa idea terrible me acompaña toda la noche. Mi móvil permanece en silencio. Pasan las horas y no consigo dormir. Estoy tumbada en la oscuridad, atormentada por un flujo constante de pensamientos y un perpetuo dolor de estómago que no desaparece. Siento una sensación de vacío en las tripas que no cesa, un malestar persistente y un hueco en mi interior.

Pensé que podría castigar a Fenn por lo que hizo, pero intentar apartarlo de mi vida solo nos ha hecho más daño a los dos.

Al final me quedo dormida. Lo sé porque, alrededor de las dos de la madrugada, una pesadilla me obliga a abrir los ojos. Me despierto tosiendo y jadeando.

Por extraño que parezca, no me ahogaba. La casa estaba ardiendo. No veía las llamas, pero olía el humo. Llenaba mi habitación, se filtraba por todos los rincones, subía por las paredes hacia el techo. En cuestión de segundos, toda la habitación era una sofocante nube gris. Cometí el error de inhalar y el humo se abrió camino hasta mis pulmones.

Actué con rapidez. En cuanto me di cuenta de que no podía quedarme en la habitación, saqué la caja de zapatos de la mesilla y corrí hacia la puerta. Sentía que el cuerpo de Silver se sacudía dentro de la caja con cada paso apresurado, y sus fuertes gritos rompían el silencio de la noche. Estaba viva.

Pero ahora estoy despierta. No hay humo en el dormitorio. Y Silver sigue muerta.

Suelto un sollozo por la boca que proviene de lo más profundo de mi alma.

Dios mío. ¿Qué demonios me pasa?

Las lágrimas me inundan los ojos, un dolor agudo me golpea y me hace acurrucarme en la cama. Respiro profunda y agónicamente mientras la vergüenza y el horror me queman la garganta.

La tiré a la basura.

Tiré su cuerpo a la puta basura.

Con fuertes sollozos desgarradores, salgo de la cama y me pongo en pie a trompicones. No recuerdo la última vez que sentí tanto dolor. Ni siquiera las secuelas del accidente ni haber perdido a todos mis amigos desencadenaron una respuesta semejante.

Abro la puerta de golpe e irrumpo en el pasillo. Penny se asusta y se pone a ladrar, pero ni siquiera intento calmarla. Corro descalza hacia el dormitorio de mi padre.

Ya está despierto cuando entro, me siento y enciendo la lámpara que hay junto a su cama. Mira mi cara, empapada en lágrimas, escucha los ruidos desgarradores que salen de mi boca y aparta las mantas.

—Casey —me dice con una preocupación horrorizada que me hace llorar más.

—¿Dónde tiraste la basura? —exclamo, y me esfuerzo por respirar. Me mareo y me tambaleo.

Papá me sostiene con una mano fuerte y firme.

—¿Qué? ¿Qué pasa, cariño?

Penny aún ladra como una loca en la puerta, lo que hace que Sloane salga de su dormitorio.

—¿Qué pasa…? —La voz soñolienta de mi hermana llena el pasillo.

—¿Dónde dejaste la bolsa de basura con el cuerpo de Silver? —pregunto, y miro fijamente a mi padre con los ojos muy abiertos y anegados de lágrimas—. ¿Dónde está? Tenemos que enterrarla.

—Casey…

—Por favor —le ruego. Me lanzo sobre él y aprieto la cara contra su camiseta—. ¿Por qué me dejaste hacerle eso? ¿Por qué?

—Casey.

—¿Por qué? —Tiemblo, me estremezco y lloro como un bebé en sus brazos—. Estoy muy avergonzada. ¿Por qué me dejaste hacer eso?

—Casey, la enterramos.

Capítulo 46

Casey

La suave voz de mi hermana me llama la atención. Levanto la cabeza y busco su mirada.

—¿Co… co… cómo? —tartamudeo. Mientras respiro entre lágrimas, paso la mirada de Sloane a nuestro padre—. ¿La enterrasteis?

Él asiente para confirmarlo.

—La enterramos.

—¿Cuándo?

—En cuanto tiraste la caja. Subiste a tu habitación, la sacamos de la basura y la enterramos.

—¿Por qué?

Sloane se acerca y me rodea la cintura con un brazo. Es más alta que yo, así que apoya la barbilla en mi hombro sin problemas.

—Porque sabíamos que te arrepentirías si no tenía un entierro apropiado.

Me invade otra oleada de emoción que hace que me flojeen las rodillas. Me hundo en el abrazo de mi hermana.

—Tenías razón, la gente madura —dice papá, que me recuerda lo que dije aquel día en la cocina—. Y los seres vivos mueren, pero lo único que nunca morirá es tu compasión, cariño. No puedes cambiar lo que es inherente a tu alma. Querías a ese conejo, igual que has querido a todos los animales que has acogido.

—¿Dónde la enterrasteis? —Mis lágrimas se secan y gotean despacio por las comisuras de mis ojos.

—Tu hermana eligió un bonito lugar a la sombra, en la propiedad, detrás del cobertizo del fondo, en esa zona vallada a la que los perros no van.

Mi respiración se calma poco a poco. Trago saliva y hablo con un nudo en la garganta.

—¿Puedes llevarme?

Papá se sobresalta.

—¿Ahora?

—No, podemos esperar a mañana —respondo con voz temblorosa —. Pero no te olvides.

—No lo haré —me promete. Luego me toma la barbilla con una mano y me levanta la cabeza para mirarme a la cara—. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza.

—¿Seguro? ¿Quieres que te prepare una taza de leche caliente? ¿Té?

—Estoy bien —afirmo, y no miento. Siento que me he quitado un gran peso de encima. Imaginar el cuerpo de Silver en la basura había roto algo en mi interior, pero esos pedazos desgarrados de mi corazón se unen de nuevo poco a poco—. Volvamos a la cama.

—Me parece bien —dice.

—Te acompaño a tu habitación —espeta Sloane, que me toma de una mano.

Le damos las buenas noches a nuestro padre y vamos a mi habitación, pero, en lugar de dejarme allí, Sloane entra y se sienta en el borde de mi cama.

—Tenemos que hablar.

—Es tarde, Sloane. Y acabo de bajar de una montaña rusa emocional. ¿Podemos dejarlo para mañana?

—No, no podemos. De hecho, este es el momento perfecto para discutirlo. Ahora estás dolida y has bajado la guardia.

—Eso suena siniestro. —Me trago mi enfado, me meto otra vez bajo las sábanas y me las subo hasta el cuello—. De acuerdo. Habla. De todas formas, no me habría dormido enseguida.

—Mira, entiendo que has pasado por mucho. Lo comprendo. Y tienes razones para estar molesta y desanimada, y para sentir cualquier otra cosa. —Exhala y niega con la cabeza—. Pero lo que estás haciendo no te ayuda. Toda esta historia de la chica mala tiene que parar. No eres tú.

—No estoy fingiendo. Es mi reacción tras haberme cansado de que todos me tratéis como si fuera un ratoncito frágil. —El resentimiento me aprieta la garganta—. Sobre todo tú.

—¿Por eso te bañaste en ropa interior con Mila y te castigaron? ¿Porque tu familia te asfixia? Bueno, siento que te agobien las personas que se preocupan por ti.

Otra vez estoy cansada. Agotada. Por supuesto. Sloane siempre tiene que ser la mártir. Es hilarante que me diga que tenemos que hablar de mí, pero que haga que todo gire en torno a ella.

—No quiero discutir contigo, Sloane. —Se me calientan los ojos de nuevo—. Solo quiero que me entiendas.

—Lo intento.

Se acerca a la cabecera de la cama y saca mi mano de debajo de las sábanas. Se lo permito porque sus dedos están muy calientes y, de repente, me siento helada. Vacía.

—Háblame, Case. Por favor. Te escucho.

Me duele el corazón. Siempre hemos estado unidas. Supongo que no había otra elección. Mamá se fue y tuvimos que navegar por un mundo hostil, sin nadie que nos enseñara a sobrevivir. Papá ha hecho lo que ha podido, pero no comprende por lo que hemos pasado. Por lo que pasaremos. Desde que éramos pequeñas, he recurrido a Sloane para que me ayudara a entender estas cosas. Para bien o para mal, ha sido mi modelo a seguir. Quizá por eso discutimos tanto últimamente. Le cuesta mirarse al espejo.

—Metí la pata —confieso—. Me enrollé con Lawson.

Casi se le salen los ojos de las órbitas. Abre la boca y la cierra de nuevo.

—Y se lo conté a Fenn, que, por supuesto, no se lo tomó bien. Apareció aquí anoche cubierto de sangre y magulladuras.

Baja la cabeza y se muerde la lengua. Su enorme muestra de contención no me pasa desapercibida.

—He conseguido liarlo todo más y no sé cómo dejar de empeorar las cosas.

Cuando el silencio se alarga tanto que me incomoda, Sloane se recoloca y se sienta con las piernas cruzadas para poder mirarme.

—En un mundo perfecto, ¿cómo querrías que acabara esto?

—¿Esto?

—Bueno, ¿quieres estar con Lawson? —Parece que contiene una arcada por el solo hecho de mencionarlo. Es doloroso de ver.

—No. No lo creo. Simplemente sucedió.

Se estremece y afirma con la cabeza antes de que me sienta tentada a traumatizarla con los detalles.

—¿Y Fenn?

Si imaginarme con Lawson la pone físicamente enferma, sospecho que la idea de que Fenn siga formando parte de mi vida casi debe matarla.

—Sabe que lo que hizo me dolió, y se ha esforzado por arreglarlo. Apareció aquí anoche para confesar y admitir, por fin, lo que pasó en el baile. Y ahora va y se entrega. Podría ir a la cárcel. Y sé que debería estar enfadada con él por lo de aquella noche, culparlo por dejarme allí y no decirme que había sido él, pero tampoco estaría viva si no hubiera aparecido. Me habría ahogado. —Se me cierra la garganta—. Como mamá.

—Lo entiendo. Me siento igual. Quiero odiarlo, pero me cuesta —admite, aunque a regañadientes.

—No lo odio en absoluto. Lo he intentado y no puedo. Estoy atascada —continúo—. No puedo pasar página y me siento muy triste todo el tiempo. Ha metido la pata y lo está pagando. Pero yo también.

El mayor defecto de Fenn es tratar de serlo todo para todos. Quiso protegernos a su mejor amigo y a mí, que, por casualidad, nos encontrábamos en extremos opuestos de una situación con la que tuvo la mala suerte de tropezar. Trató de hacer lo correcto de la manera equivocada. Fue un error, y lo ha admitido.

—Me hizo daño, pero yo también a él. Y a sabiendas.

Sloane guarda silencio un momento.

—De acuerdo —responde al final—. Ahora te hablaré desde la experiencia. Guardar rencor nunca te consolará ni curará la herida de su traición. Creí que olvidaría a RJ, pero lo único que hice fue volverme loca. En algún momento, si odiarlo te hace daño, tienes que intentar perdonar.

—Quiero perdonarlo. —Me muerdo el labio—. Pero ¿no me hace débil eso?

—No —contesta, y su voz es rotunda—. No si la disculpa es sincera. Perdonar a alguien que crees que se lo merece requiere

mucho valor. Y más aún darle otra oportunidad.

Me clavo los dientes en el labio inferior.

—Aún me parece una debilidad. ¿Por qué siempre perdono a la gente tan deprisa? ¿Cuántas oportunidades le di a Gillian esta primavera, antes de darme cuenta de que era una víbora? E, incluso ahora, puedo fingir que le guardo rencor, pero no es así. Me enfrenté a ella en una fiesta, ¿te lo dije?

—No.

—En ese momento me hizo bien —admito—. Me pareció justo. Pero, al día siguiente, me sentí mal por ello. —Me río de mí misma—. Ni siquiera puedo seguir enfadada con una chica que cuchicheaba a mis espaldas, aunque se suponía que era mi mejor amiga. Ojalá fuera más fuerte con ese tipo de cosas. Como tú.

—Tú eres fuerte —insiste.

—Claro —me burlo.

—Casey. Mírame.

Me obligo a mirarla a los ojos.

—Eres tan fuerte como yo, quizá incluso más. Y no necesitas ser como yo. Somos personas diferentes. Crees que mi versión de la fortaleza es la única que existe. Que se supone que tienes que ser dura e insensible, guardar rencor, enfrentarte a las zorras en las fiestas…

Me río con suavidad.

—Lucharé contra mis enemigos hasta la muerte. Esa es mi fuerza. ¿Y la tuya? Matarás a tus enemigos con amabilidad.

—Eso suena patético —refunfuño.

—No lo es. De hecho, resulta admirable. La bondad es una fortaleza. La compasión, como decía papá. El perdón. Tu versión de la fuerza es la paciencia y la resistencia. Deja de rehuirla. Ojalá tuviera la mitad de tu ternura. —Ahora parece avergonzada—. Intento ser más delicada últimamente. No sé si funciona.

Sus palabras me hacen reflexionar. Siempre he visto a Sloane como impenetrable, como una fuerza de la naturaleza más poderosa que cualquier tormenta. Alguien que se enfrenta al mundo sin inmutarse. Pero, si lo pienso bien, se ha ablandado un poco desde que conoció a RJ. Se ha vuelto un poco más tolerante con los

demás. Menos rígida. Pero no menos formidable. Todavía la elegiría la primera en el balón prisionero, por encima de cualquiera.

—No hay nada malo en ser amable. —Me pasa un brazo por encima de un hombro y me acerca para que recueste la cabeza en su regazo—. O un poco vulnerable a veces. Eso no significa que no seas fuerte. No conozco a nadie capaz de soportar el año que has pasado y seguir en pie. Nunca olvides quién eres.

—Vale. ¿Y quién soy? —pregunto con una sonrisa.

—Eres la puñetera Casey Tresscott, y eres realmente increíble.

Capítulo 47

Fenn

—Ya verás como todo saldrá bien —insiste papá mientras abre la bolsa de bocadillos que ha comprado en una cafetería de camino a Sandover.

Tomo un café y me siento en el sofá.

—No permitiré que te metan en la cárcel por salvar a una chica de que se ahogara. Eso no tiene sentido.

—No me acusan de haberla salvado —le recuerdo.

Papá me lanza una mirada admonitoria. Por increíble que parezca, aún no ha recuperado el sentido del humor. Y, aunque agradezco sus intentos de tranquilizarme, soy menos optimista sobre mi destino.

—Si ese departamento de Policía hubiera hecho su maldito trabajo el año pasado, no estaríamos en esta situación. No dejaré que cuelguen a mi hijo porque todavía no han atrapado al verdadero criminal. Además, la seguridad en Ballard falló de forma abismal. Drogas en el campus. Estudiantes deambulando por ahí fuera. Hay muchos culpables en esto. Tú eres el menor de sus problemas, Fenn.

Tal vez es la cantidad de cargos que no había considerado lo que me asusta. O la forma en que el jefe de Policía, completamente avergonzado, resopló y me miró por encima del hombre, cuando, al fondo del pasillo, el oficial de admisiones le informó del motivo por el que había arrastrado mi trasero hasta su comisaría.

—¿Con o sin huevo? —pregunta papá a RJ mientras lee los garabatos de los envoltorios de los bocadillos.

—Sin huevo. Gracias.

RJ acepta un bocadillo y un café y mantiene una distancia prudente mientras come en su escritorio. Creo que aún está preocupado de que lo culpen si acabo entre rejas. En última instancia, fue su investigación lo que precipitó mi súbita erupción de conciencia.

He intentado decirle que no pasa nada, pero supongo que, cuando se conozcan todos los hechos, le preocupará que David no vea las cosas de la misma manera. Si yo tengo algo que decir al respecto, RJ no tiene nada de qué preocuparse.

—No creo que dependa de nosotros —le digo a papá, que se pone otra vez nervioso.

—Ya veremos —responde él, aceptando el reto.

Aunque mi apetito se ha esfumado en las últimas horas, me meto algo de comida en el cuerpo de todos modos. Ayuda a calmar los nervios. Un poco.

Me estoy bebiendo el resto del café cuando el teléfono de papá suena. Lo saca del bolsillo y murmura:

—Por fin. —Luego suelta—: ¿Qué hay de nuevo, John?

Se aleja dando zancadas, con el móvil en una oreja y los ojos fijos en el suelo. Asiente mucho con la cabeza, lo que no me parece una mala señal.

—¿Sí? —Levanta la cabeza—. ¿Estás seguro?

La atención de mi padre recae sobre mí, pero no soy capaz de descifrar su expresión.

—De acuerdo. Entonces volveremos esta tarde. —Se guarda el teléfono en el bolsillo y se vuelve hacia nosotros con una extraña sonrisa—. Era el abogado. Eres libre.

La silla de RJ cruje mientras se balancea hacia delante.

—Espera, ¿qué?

—¿En serio? —Casi me atraganto al intentar tragar saliva—. ¿Cómo?

—Han retirado los cargos. John aún no tiene claro por qué. Ni siquiera se había puesto en contacto con el fiscal.

—De modo que ¿eso es todo? —pregunta RJ, que se hace eco de mi propia confusión—. ¿ Fenn ya no es sospechoso?

—Eso parece. John verá qué más puede averiguar, pero parece que esta vez hemos tenido suerte. Es evidente que han entrado en razón y se han dado cuenta de que no era beneficioso demonizar a un buen samaritano por sus propios errores.

Llamadme pesimista, pero me cuesta creer que los agentes de Policía se hayan levantado esta mañana decididos a ser los buenos.

Por mi experiencia, ese no es su procedimiento estándar. RJ y yo intercambiamos una mirada de un lado al otro de la habitación. Si este año nos ha enseñado algo, es a esperar qué más puede pasar.

Nada es tan fácil.

—De acuerdo, entonces. —Papá sacude la cabeza con cara de satisfacción—. Volveré al hotel y me iré. —Hace una pausa y me dedica una sonrisa insegura—. A menos que quieras que me quede unos días más. Que me asegure de que todo está arreglado.

—¿Eh? No, vete. Nos molestas —digo con una sonrisa.

—O ven a casa unos días. A olvidarte de todo. Puedo decirle al director que es un asunto familiar. Los dos —añade, y mira a RJ.

—No te preocupes —insisto—. Estoy bien aquí.

—Lo mismo digo —añade RJ—. Pero no me hagas ir a clase. Pensaba que esta espera de la llamada del abogado duraría todo el día. Me he preparado mentalmente para ello, por lo tanto, no deberíais obligarme a asistir a clase.

Muevo las cejas hacia mi padre.

—Si RJ se marcha ahora, llegará a la segunda hora…

—Vete a la mierda —gruñe mi hermanastro, y me lanza el envoltorio vacío.

Lo atrapo con facilidad.

—Oye, no es culpa mía que no estés expulsado.

—No es algo de lo que estar orgulloso, Fennelly —me regaña papá, pero sus labios se mueven con humor—. Está bien. Me voy.

No somos una familia de abrazos —apenas hemos soportado estar en la misma habitación en los últimos años—, pero, en aras de la reconciliación, me levanto y le doy a mi padre un incómodo abrazo con un solo brazo.

—Gracias por venir —le digo con brusquedad—. Significa mucho para mí.

—Por supuesto. —El abrazo es incómodo para los dos, ya que nos falta práctica. Pero es un progreso—. Si necesitas algo, siempre estaré aquí para ti. Lo mismo te digo a ti, RJ. —Papá coge su chaqueta y se la pone—. Vale, ya me voy. Cualquier cosa que se te ocurra, llámame. Nos vemos en Acción de Gracias. —Se detiene en la puerta—. Ah, y espero que los dos os unáis a nosotros en un viaje

familiar durante las vacaciones. Michelle no acepta un no por respuesta.

Pongo los ojos en blanco, porque está claro que utilizará esta experiencia como moneda de cambio para las temidas vacaciones de Navidad.

—Sí, vale —gimo—. Pero esto es chantaje, y lo sabes.

—Dile que no se emocione con las pedicuras madre e hijo —interviene RJ—. Y que queremos nuestra propia habitación.

Satisfecho, papá asiente.

—Bien. Hablamos pronto.

Todos nosotros hemos pasado por un proceso de aprendizaje. Somos un grupo de solitarios que tratan de averiguar cómo vivir los unos con los otros. Cómo crear algo nuevo con los pedazos de nuestras antiguas vidas. Tengo la sensación de que será complicado, pero creo que ya es hora de que dejemos de resistirnos a lo inevitable. Ahora somos una familia. Pase lo que pase.

—Eso ha sido sorprendente. —RJ lleva su desayuno a la mesa de café y se sienta a mi lado en el sofá—. ¿Qué crees que ha pasado?

—Ni idea. Tal vez solo es lo que él ha dicho, que no querían atención negativa.

—No sé por qué, lo dudo.

Como si nuestros esfuerzos hubieran sido en vano, se oye un suave golpe en nuestra puerta. RJ se levanta con rapidez para contestar.

—Hola. ¿Está Fenn?

Casey.

Se me detiene el corazón al escuchar su voz.

Me pongo en pie de un salto, miro por encima del hombro de RJ y veo que me sonríe con timidez. Ayer me envió un mensaje para preguntarme si estaba bien y si había novedades, por lo que supongo que Sloane le contó que me había entregado. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no llamarla, para no pedirle consuelo y escucharla decirme que todo saldría bien.

Me resistí a ese impulso porque ya es hora de que deje de arrastrar a Casey Tresscott a todos mis líos. Ella no se merece toda la incertidumbre y la confusión. Cuando le dije que tenía que

alejarme de ella, era de verdad. Ya le he hecho mucho daño y he roto su inocencia en pedazos. No soportaría herirla otra vez.

Y, sin embargo, aquí está, en mi puerta, con sus ojos azules cargados de preocupación por mí.

—¿Podemos hablar a solas? —pregunta.

RJ me mira en busca de una respuesta y nota mi leve asentimiento, de modo que abre la puerta y la deja pasar.

—No hay problema.

Un segundo después se va y cierra la puerta en silencio.

De repente, me aterroriza estar en una habitación con ella. Estoy avergonzado por lo que le he hecho y aún me duelen mis propias heridas recientes. Me abruma la historia que nos une, pero también la sensación de que nos hemos convertido en extraños, en dos personas que han olvidado cómo hablarse.

Se alisa la parte delantera de la sudadera morada, la que le gusta combinar con unas mallas negras. Es uno de mis conjuntos favoritos. Bonito y discreto, y tan del estilo de Casey.

—Es probable que no quieras verme, lo sé, pero creía que era algo que tenía que decirte en persona.

—¿Por qué no estás en clase?

Ella se encoge de hombros.

—La respuesta a eso tiene relación con lo que he venido a decir.

—Vale —respondo con torpeza.

Me siento en el borde de la cama y hago un gesto con la cabeza para invitarla. Me parece de mala educación tener una conversación íntima con un bocadillo de salchichas y huevo a medio comer.

—Acabo de volver de la comisaría. —La miro a los ojos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—El detective que trabajó en mi caso, ¿Carillo? ¿El del lunar en la frente y el corte de pelo horrible?

Suelto una risita.

—Sí. Sé a quién te refieres.

—Ha llamado esta mañana temprano y nos ha pedido que fuéramos a la comisaría. A mi padre y a mí. Así que hemos ido en coche y nos hemos sentado con Carillo y el jefe de Policía… No

recuerdo su nombre. Me han hecho un montón de preguntas sobre ti, Gabe y la noche del baile.

—Sí. Imaginaba que eso pasaría. ¿Qué les has contado?

—Exactamente lo que les dije la última vez. Hemos repasado lo que recuerdo y lo que no. Les he hablado del recuerdo que tuve en terapia en que le ofrecía a alguien llevarlo en el coche y que quizá vestía de rosa, pero lo han ignorado.

La ira me comprime el pecho. ¿Tan difícil sería para estos capullos tomarse este caso en serio? Una chica casi muere, joder.

Casey percibe mi frustración y asiente.

—Créeme, lo sé. Son unos inútiles. De todos modos, han enumerado todos los cargos contra ti y han dicho que querían discutir los siguientes pasos con nosotros.

Enderezo los hombros. De repente, me doy cuenta de que sé adónde va esto.

—Les he dicho que, por lo que a mí respecta, aquella noche arriesgaste tu propia seguridad para rescatarme —continúa Casey, lo que confirma mis sospechas—. Cualquier otra cosa que hicieras o dejaras de hacer no importa. No tuviste nada que ver con las drogas ni con que el coche acabara en el lago. No estabas seguro de lo que significaba la chaqueta; solo tenías una teoría. He dicho que cometiste un error, pero que no eres un criminal. Y que nunca conseguirán que testifique contra ti.

—Maldita sea, Casey.

Soy incapaz de quedarme quieto, por lo que me levanto de la cama de golpe y me paso ambas manos por el pelo.

—Estaba dispuesto a aceptar la responsabilidad de lo que hice —digo, frustrado—. No tenías que protegerme.

—¿Recuerdas lo que me dijiste la noche después de la fiesta del mes pasado? ¿Después de que me sacases de ahí como un cavernícola? —Ladea la cabeza—. Aseguraste que siempre estarías allí para salvarme. Bueno, esta es una calle de doble sentido, Fenn. Te he protegido de la misma forma que tú siempre has hecho conmigo.

Me dejo caer en la cama junto a ella.

—No deberías haberlo hecho.

—Estoy de acuerdo en que no estamos de acuerdo —añade con el leve atisbo de una sonrisa—. Entonces, ¿supongo que ya te han dado la noticia? ¿Que retiran todos los cargos?

—Sí, el abogado ha llamado justo antes de que llegaras. Estoy libre de cargos.

Ella asiente, satisfecha.

—Perfecto. Vale. Ahora que nos hemos quitado esto de encima, ¿qué te gustaría escuchar primero, las buenas o las malas noticias?

—¿Qué?

—¿Buenas o malas? Elige.

—Buenas —respondo por instinto, porque este año he recibido suficientes malas noticias para toda una vida.

—La buena noticia es que mi padre reconoce que me salvaste la vida y ha accedido a que sigamos viéndonos. En plan, salir de verdad. No solo como amigos.

El corazón se me para en seco.

—¿Qué? —No entiendo qué me dice.

Ella ignora mi expresión atónita.

—La mala noticia es que nos veremos limitados a pasear con los perros durante un mes y, tal vez, alguna que otra invitación a cenar. Con papá presente, claro. Después de eso, valorará las noches de pelis. ¡Oh! Más buenas noticias: podemos ir al baile de invierno juntos. A esta le siguen otras malas noticias: Lucas, Sloane y RJ tienen que venir con nosotros, y no se nos permite bailar lento. —Casey sonríe—. Pero ojos que no ven, corazón que no siente.

Estoy aturdido. Me limito a mirarla, incapaz de comprender qué está pasando.

—Casey —digo al final.

—¿Eh?

Me trago el nudo que se me forma en la garganta.

—Nos despedimos.

—No, tú te despediste. Y yo no lo acepto. Quiero estar contigo, Fenn. —Se pasa la lengua por los labios y luego los aprieta, insegura —. ¿Tú quieres estar conmigo?

El nudo se hace más grande y me ahoga. Carraspeo.

—¿Por qué estás tan decidida a darme más oportunidades?

—Porque tú lo vales.

Me echo a reír, del todo asombrado por esta chica. De verdad, no sé qué pensar de ella.

—Pero, si hacemos esto —continúa—, necesito que abandones la idea que tienes sobre cómo se supone que debo ser. La dulce e inocente Casey, que necesita tus mimos constantes. No necesito eso, Fenn. No me conocías bien antes del accidente. Sí, puedo ser dulce, pero también arremeto cuando me enfado. Quizá soy inexperta, pero también quiero bañarme en ropa interior. A veces me despierto por las pesadillas o lloro por un animal herido, pero eso no me hace débil.

—Eso ya lo sé —digo tajante.

—No soy la misma persona que era en primavera —admite—. Siento que algunas partes de mí han cambiado. Me siento más fuerte. Y no puedo seguir adelante contigo a menos que sepa que me aceptarás exactamente como soy, no como quieres que sea.

—Casey, eres una de las personas más fuertes que conozco. Sin lugar a dudas —aseguro con una ligera sonrisa—. Y estaré a tu lado cuando les des por el culo a esas zorras del colegio o cuando quieras bañarte en ropa interior o cometer una locura. Estaré a tu lado pase lo que pase. Hasta la muerte. Así que sí, claro que te acepto tal como eres. —La miro fijamente—. Pero no entiendo cómo eres capaz de aceptarme. Yo lo estropeé todo.

—Mira. Me mentiste —dice con franqueza—. Eso me hizo daño, pero también comprendo que te encontrabas en una encrucijada imposible y que tomaste una decisión, que resultó ser un error, en una fracción de segundo. Lo has reconocido. Es lo más que puedo pedir.

—Si hubiera sido mejor persona, no habría esperado tanto —señalo.

—En cualquier caso, te perdono.

Esas dos palabras me producen un efecto que no esperaba. Es como tomar aire. Me he pasado meses arañando la superficie, sin llegar a acercarme a la luz, y, de repente, veo el cielo.

Me tiembla la voz cuando digo:

—No sabes lo mucho que significa para mí.

—Sí —contesta con suavidad—. Porque yo también necesito pedirte perdón. Estaba tan enfadada que no me importaba hacerte daño. Eso tampoco fue justo. Lo siento, Fenn. Lo de Lawson y todo eso. Ojalá pudiera arreglarlo, pero sé que nada de lo que diga cambiará lo que hice.

El recordatorio es como un puñetazo en las tripas. No sabía cuánto podía herirme hasta que me soltó aquella bomba. Lo peligrosa que podía ser. Incluso sin intentarlo. Aunque me lo mereciera.

—No me perteneces —digo con la voz ronca—. No tengo derecho a decirte qué hacer o con quién estar.

Por mucho que me gustaría sentir lástima por mí mismo, era Lawson quien me debía algo. Él es quien tendría que haberlo evitado. Si nuestra amistad le importaba algo. Evidentemente, esperaba demasiado de él.

—Esa es la cuestión —dice Casey, que desliza su mano en la mía —. Esta vez soy yo la que te pide una segunda oportunidad. —Entrelaza nuestros dedos—. Tal vez estamos condenados. Quizá metamos otra vez la pata. Pero estoy harta de fingir que no quiero estar contigo. Que mi corazón no se rompe cada vez que nos alejamos de nuevo.

—Casey… —Me quedo a media frase, incapaz de encontrar las palabras.

—¿Sientes lo mismo por mí? —pregunta, tan esperanzada que casi me desmorono.

—Sabes que sí, pero no quiero ser la razón por la que te conformes con menos que la felicidad plena.

Me aprieta la mano, con una extraña luz en su expresión.

—¿Quieres que sea feliz?

—Más que nada.

—Entonces perdonémonos, Fenn. Dejemos atrás la noche del baile y empecemos de cero. O, mejor dicho, volvamos a ser como antes de que salieran a la luz todos los secretos y las mentiras. —Me acaricia los nudillos con la punta de los dedos—. Llévame al baile de invierno este fin de semana.

Madre mía. Estaba listo para hacerlo, para aceptar mi destino. Le dije adiós y le di la oportunidad de vivir una vida lejos de mí, de todas las formas en que la he destrozado.

Pero, maldita sea, no puedo decirle que no. Esta chica tiene un poder absoluto sobre mí. Estoy a su merced.

—De acuerdo.

Una sonrisa brillante le ilumina el rostro.

—¿De acuerdo? ¿Querrás venir al baile conmigo?

—Por supuesto. —Le levanto la mano y le planto un beso en ella —. Iré contigo.

Capítulo 48

Casey

El tema del baile es como si el invierno hubiera vomitado sobre la Antártida y esta sobre Frozen. He visto tantos pingüinos de cartón piedra que tengo suficiente para el resto de mis días, y no sé muy bien a quién se le ocurriría reciclar los decorados de la obra de Navidad y meter figuras de cartón de Elsa y Anna en un trineo en lugar de la de Papá Noel. Teniendo en cuenta que es una escuela que recibe millones de dólares en donaciones anuales, uno habría pensado que contrataría a algún diseñador caro para decorar los bailes. Aunque debo reconocer el mérito de quien haya colocado los cientos y cientos de copos de nieve de papel, con purpurina plateada, que cuelgan del techo. Eso es dedicación.

—Por eso la gente se droga. —Fenn se inclina para hablarme con la mirada fija en los ondulantes copos de nieve sobre nuestras cabezas.

Entramos en el gimnasio con el estribillo de un viejo tema de *indie-rock* cuyo nombre no recuerdo. Mi madre solía ponerlo en el coche cuando éramos pequeñas. Me recuerda al largo camino a casa desde el supermercado o a cuando me sentaba en la acera mientras esperaba que acabara la canción. Ni siquiera sé si son recuerdos reales o si mi imaginación rellena los huecos de las historias que Sloane me contaba sobre ella, pero me parecen reales cuando escucho la melodía, y eso me hace sonreír.

—Estás increíble. —Es la tercera vez que me hace un cumplido sobre el vestido. Sonríe ante la falda corta con vuelo.

Hace unos días, Sloane y yo fuimos de compras a Parsons, y este bonito vestido plateado me llamó la atención en cuanto lo vi. Plateado en honor de mi querida Silver, en cuya pequeña lápida he dejado un ramo de crisantemos amarillos esta semana.

—No hace falta que lo repitas —digo con timidez.

—Sí, tengo que hacerlo.

Él tampoco está nada mal. Con su altura y los hombros anchos es el perfecto ejemplo de cómo debería llevarse un traje. No puedo dejar de recorrerle las solapas, suaves y almidonadas, con las manos. Es extrañamente hipnotizante.

—Podemos irnos cuando quieras si te sientes incómoda —me susurra al oído mientras apoya las manos en mis caderas y baila cerca de mí.

—No, me lo estoy pasando muy bien —aseguro—. Es como si hubiéramos viajado en el tiempo, ¿sabes? Como si lo hubiéramos vuelto a hacer.

Sonríe y me estrecha más contra su pecho mientras me dibuja círculos con las yemas de los dedos en la parte baja de la espalda.

—Sé a lo que te refieres. No estaba seguro de volver a uno de estos eventos. Definitivamente, no habría imaginado que estaríamos aquí juntos.

—He pensado en ello… —empiezo.

—Ah, ¿sí? —Fenn baja la mirada para encontrarse con mis ojos.

—En qué nos equivocamos la primera vez.

—De acuerdo…

Se muestra comprensiblemente cauteloso. Nos prometimos que, si nos dábamos una segunda oportunidad, dejaríamos atrás el pasado. Nada de echarnos en cara nuestros errores cada vez que discutamos. Ahora nos movemos en una estricta zona libre de culpa.

—Tenemos que acordar que confiaremos el uno en el otro.

Sus hombros se relajan con una exhalación de alivio.

—Eso suena razonable.

—Prefiero que alguien sea sincero conmigo a que intente evitar hacerme daño, ¿sabes?

—Lo mismo digo.

—Hay una especie de manipulación en la omisión de información. No me gusta sentirme controlada. Y tampoco me gustaría que te sintieras así.

Fenn me besa la parte superior de la cabeza.

—Acepto el trato. Te prometo que nunca volveré a decepcionarte.

—Se te permite meter la pata a veces —le recuerdo con un tirón juguetón de las solapas—. Solo tratemos de no cometer los mismos

errores dos veces.

Me mira por encima del hombro.

—Cambiando de tema… ¿Cuánto tiempo crees que pasará hasta que Sloane deje de vigilarnos?

Sigo su mirada cuando giramos y veo a Sloane y RJ vigilarnos, sin disimular demasiado, a través de la multitud.

—No es sutil, ¿verdad?

—Como una sirena antiaérea.

Me río entre dientes y, poco a poco, nos alejamos de sus miradas indiscretas.

—Al final dejará de hacerlo —aseguro—. Sloane necesita un poco de tiempo para procesar la nueva normalidad y confiar otra vez en ti.

—Creo que subestimas el placer que siente al despreciarme.

Sí. Esos dos están lejos de volver a ser amigos. Por mucho que Sloane haya predicado el perdón últimamente, aún no está preparada para confiar en Fenn, y menos en lo que respecta a mí. Aun así, es suficiente que haya accedido a no darme la lata con que volvamos a estar juntos.

—Si te sirve de consuelo, se irá a la universidad el año que viene. Ni siquiera Sloane puede tener ojos en todas partes a la vez.

Frunce el ceño con escepticismo, y me resulta adorable. Le ha metido el miedo a morir en el alma. Supongo que para eso están las hermanas mayores.

—Hablando de volver a confiar en la gente…

Se le ponen los hombros rígidos. Fenn sabe exactamente lo que diré incluso antes de que suelte las palabras, y pone los ojos en blanco con un suspiro frustrado.

—Enfurrúñate todo lo que quieras —me burlo.

—No estropeemos una noche tan bonita. —Su voz se vuelve áspera. Cansada.

—Lo siento, pero no puedes perdonarme y seguir guardándole rencor a Lawson.

—Contraargumento: sí que puedo.

—Fenn.

—Soy multitarea.

Es un grano en el culo.

—¿Qué importa ya? Estamos juntos. Te quiero a ti. ¿No puedes dejarlo estar?

—No se trata de celos —insiste.

—Entonces, ¿qué es?

La voz de Fenn se vuelve más agitada.

—Ha traicionado nuestra amistad. Yo nunca le habría hecho eso.

—Quizá no de forma premeditada…

Me lanza una mirada de advertencia.

—No me debías ninguna lealtad, Case. No estábamos juntos. Pero Lawson sí. De modo que no, no puedo perdonarlo.

—Tampoco me persiguió —argumento mientras libro una batalla en mi interior entre la culpa y la frustración—. Tan solo ocurrió.

—Lo siento, no me lo creo. Lawson es un pedazo de mierda conspirador. Todo lo que hace es para infligir el máximo daño posible. Puede irse al infierno.

El semblante de Fenn se vuelve sombrío de forma drástica, y está claro que esta noche no llegaremos a ninguna parte, así que lo dejo estar. No tiene sentido arruinar toda la noche por esto. Es mejor dejar que pase un tiempo, para que la cabeza se le enfríe y la herida no esté tan fresca.

Paramos de bailar un rato y Fenn va a por un par de copas mientras yo corro al baño. Cuando llego a las puertas dobles, Gray Robson me intercepta con una sonrisa incómoda. Parece una estrella de cine con su traje negro y su atractivo rostro bien afeitado.

—Casey, hola.

—Hola. —Esbozo una sonrisa rápida.

—Yo, eh… —Se mete las manos en los bolsillos del pantalón—. ¿Has hablado con Jaz últimamente?

Maldita sea. Jaz me ha dicho esta semana que Gray la presionaba para salir de manera oficial, y ella no está de acuerdo. Me arrepiento de haberlos presentado. Sobre todo, ahora, cuando siento la mirada asesina de Bree clavada en nosotros. Está en la mesa del ponche con Ainsley y, aunque no sea la más lista del grupo, hasta Bree sabe cuándo su novio trama algo turbio.

—Hablo con ella todos los días en clase —digo antes de acercarme a la salida.— Lo siento, ¿podemos hablar más tarde?

Tengo que ir al baño.

Su voz grave y frustrada me detiene.

—¿Podrías decirle que me llame? Por favor.

Mi respuesta carece de simpatía:

—Ve a bailar con tu novia, Gray —suelto, y salgo por la puerta.

A mitad del pasillo, escucho unos pasos detrás de mí. Me cago en la puta. Me giro, pues pienso que Gray me ha seguido, pero no es él.

Me quedo paralizada en el sitio.

—Hola —me saluda Lawson.

Se me aceleran los latidos del corazón como si de un coche de carreras se tratara mientras se acerca lentamente a mí. Como Fenn, sabe llevar un traje como nadie. Y me sobresalto al darme cuenta de que se ha cortado el pelo: los mechones castaño claro ya no le llegan a la altura de los hombros, sino que se le enroscan bajo las orejas. No hemos hablado desde la noche del invernadero. No sabía qué decirle, y está claro que a él le ocurría lo mismo, porque tampoco me ha tendido la mano.

—Hola —respondo con suavidad—. ¿Cómo estás?

—Bien —balbucea, y luego esboza una sonrisa pícara—. ¿Alguna vez ha sido de otro modo?

Veo más allá de la respuesta arrogante.

—Eres un mentiroso terrible, Lawson.

Sus ojos grises brillan pensativos.

—En general, no. Solo contigo, Casey.

No sé por qué, pero se me acelera el pulso.

—He tratado de hablar con Fenn en tu nombre —empiezo.

—Claro que sí. —Se ríe por lo bajo—. Pero no lo hagas. Tiene todo el derecho a odiarme. —Lawson se acerca y susurra—. Solo he venido a ver cómo te encuentras. Ni siquiera te escribí después de esa noche para preguntarte. Eso estuvo mal.

—Estaba bien —le aseguro—. Todavía lo estoy.

Una sonrisa suave y triste se dibuja en sus labios.

—Vale. De acuerdo. —Se aleja de mí—. Eso es todo lo que quería saber. —Da otro paso hacia atrás—. Me alegro de que os vaya bien. De verdad.

—Gracias —murmuro.

—Cuida de Bishop. Alguien tiene que hacerlo ahora que me han desterrado.

Siento una punzada de culpa en el pecho.

—Lawson…

—Era una broma, Tresscott. Solo una broma. —Se aleja, pero se detiene de nuevo y se da la vuelta para mirarme. No soy capaz de descifrar su expresión—. ¿Puedo preguntarte algo?

Trago saliva.

—Claro.

—Tú y yo… —Se le hunden las mejillas, como si se mordiera el interior de la boca—. ¿Fue algo… fortuito? No había… sentimientos, ¿verdad?

Vacilo.

—Ningún sentimiento —confirmo.

Lawson asiente.

—Sí. Vale. —Veo un destello de arrepentimiento en su rostro—. Podríamos haber sido amigos. Siento haberlo estropeado.

Luego desaparece por las puertas dobles, que se cierran tras él.

Tiene razón. Podríamos haber sido amigos. Me quito a la fuerza esa triste idea de la cabeza y al fin, y gracias al cielo, llego al baño de mujeres. Cuando salgo, un minuto después, me tropiezo con Lucas, que sale del baño de hombres, justo enfrente.

—Qué casualidad encontrarte aquí. —Se le marcan los hoyuelos.

—Qué casualidad —convengo.

Entre risas, nos juntamos en medio del pasillo. Técnicamente, Lucas ha venido al baile con nosotros. Ha llegado a Ballard en el mismo coche que Fenn y RJ, mientras que yo he venido con Sloane, pero apenas lo había visto desde entonces.

—¿Qué tal la misión? —me burlo—. ¿Has hecho tu entrega?

Lucas resopla.

—Deja de hacer que suene tan… ilegal.

Lo desafío con la cabeza.

—¿No lo es?

—Toda la información que he reunido para esta gente está disponible en internet. —Parpadea con inocencia—. No he tenido que *hackear* nada.

—Ajá. Claro. —Alargo una mano y tiro de su solapa a modo de acusación—. No me creo que sea amiga de un criminal.

—Casey, cielo, eres amiga de muchos criminales —responde Lucas entre risas.

No puedo evitar unirme a él. Tiene razón. Todos los chicos de Sandover han cometido una infracción u otra.

—Supongo que si tuviera que elegir a mis favoritos de entre todos los delincuentes que conozco, tú estarías entre los tres primeros —digo de forma generosa. Extiendo una mano para arreglarle la flor que lleva en el ojal, que está un poco torcida.

—Gracias —me responde.

—Es una monada —añado mientras toco la flor. Las puntas de mis dedos recorren los suaves pétalos de la rosa, que es de un tono rosa intenso que…

«Puedo llevarte».

Mis dedos se congelan. Miro fijamente la rosa y se me hace un nudo en la garganta al sentir un *déjà vu.*

«—¿Seguro que no te importa?

»—Claro que no. De todas formas, estoy lista para irme. Me duele la cabeza, no sé por qué. No he dejado de hidratarme.

»—Vale, genial. Seré rápido —me asegura Lucas—. Solo tengo que darle esto a Gabe y luego nos iremos a casa».

El horror se apodera de mí y me deja sin habla por un momento.

—¿Casey? —me llama, preocupado—. ¿Estás bien?

Me alejo de él. Respiro con dificultad mientras apoyo la espalda contra las frías taquillas metálicas, que casi chisporrotean al entrar en contacto con mi piel, de repente caliente.

—Fuiste tú —suelto.

Aparecen más recuerdos en mi mente confusa.

«—Casey, ¡despierta! ¿Qué demonios te has tomado?».

Sus ojos oscuros parpadean, inquietos.

—¿De qué hablas?

—Fuiste tú —repito—. Fuiste tú quien nos llevó al lago.

Capítulo 49

Casey

Aunque no tenga una imagen mental clara de Lucas colocándose al volante del coche o de mí abrochándome el cinturón en el asiento del copiloto, el pánico que le invade la mirada es confirmación suficiente.

—Fuiste tú —repito por tercera vez.

Esas dos palabras dominan mi vocabulario mientras mi cerebro lucha por entender por qué Lucas haría algo así.

Pero era él. Llevaba el mismo traje y la misma rosa en la solapa. Bueno, no la misma rosa. La del baile de graduación murió hace meses, pero el color. Recuerdo el color rosa intenso. Y recuerdo que estiré la mano para enderezarle la flor en el ojal porque estaba torcida, igual que he hecho ahora.

Recuerdo que sentía que me iba a estallar la cabeza, así que, cuando Lucas dijo que tenía que hacer un recado para su hermano, me ofrecí a llevarlo.

Recuerdo que caminé hasta el aparcamiento y abrí el coche, con la sensación de que la cabeza se me nublaba y me pesaba cada vez más.

—Te dije que me dolía la cabeza —murmuro, y respiro de forma entrecortada—. Me dolía demasiado para conducir.

Unas gotas de sudor le salpican la frente. No habla. Me mira como si hubiera visto un fantasma. Inmóvil como una estatua.

—Me quitaste las llaves. Dijiste que iríamos rápido al cobertizo para botes y luego me llevarías a casa. —Las sienes me palpitan, igual que aquella noche—. No sé por qué perdiste el control del coche. Yo… —Me esfuerzo por atar cabos—. La droga que me diste ya me había hecho efecto…

—Yo no te drogué —suelta Lucas, con la cara pálida—. ¡Madre mía, Casey! ¿Crees que te drogué?

—Me drogaste —repito de forma distraída, sin apenas prestar atención a su negación—. Por eso te ofreciste a conducir…

—No, conduje porque tú no tenías fuerzas —protesta.

—… Y perdiste el control y acabamos en el lago. Me dejaste en el coche y huiste.

—No —gime Lucas—. No pasó eso.

Me zumban los oídos. De repente siento un dolor en la frente; el resultado del golpe que me he dado contra el salpicadero. Un dolor fantasma me recorre el pecho a causa del hematoma diagonal que me ha dejado el cinturón de seguridad que me ha mantenido atrapada mientras el agua me subía por las piernas y el vestido se convertía en líquido. Apenas siento los labios cuando hablo.

—Entonces, ¿cómo ocurrió?

—Creí que habías muerto.

Su confesión, llena de tristeza y vergüenza, resuena en el pasillo. Desencadena una oleada de furia, candente y cruda, que me vibra en las yemas de los dedos.

—¿Qué pasó en el coche, Lucas?

—Empezó incluso antes de subir al coche —dice con un gemido estrangulado. Se echa a caminar, a moverse de forma errática. Pone los ojos como platos, como si fuera a huir o a atacarme en cualquier momento—. Gabe estaba trapicheando en el baile, pero Mila no lo dejaba en paz y él quería irse a casa con ella. A enrollarse o lo que sea. Se suponía que se encontraría con Fenn, pero se quedó sin batería en el móvil, de modo que me pidió que le dijera que había un cambio de planes. Me dio su alijo para que lo llevara al cobertizo. Escondía sus cosas bajo un tablón suelto cada vez que venía a Ballard.

Lucas deja de caminar y se detiene frente a mí. Todos mis instintos me dicen que me aleje de él mientras pueda, pero quiero saber qué más puede contarme sobre el baile. Y me aterroriza lo que ocurrirá si me voy y me persigue.

—Tomé prestada su chaqueta, estaba listo para irme. No encontraba a Fenn, así que le escribí un mensaje diciéndole que no se reuniera con Gabe, pero nunca lo envié porque tú me interrumpiste, y luego lo olvidé. Me preguntaste adónde iba y me

dijiste que el cobertizo estaba demasiado lejos para ir andando y te ofreciste a llevarme. Dijiste que de todos modos querías marcharte porque te dolía la cabeza.

—Porque me drogaste —escupo.

—No te drogué. —Frunce el rostro por la angustia y aprieta los puños—. Lo juro por Dios, no lo hice, Casey. Lo que sea que tomaras, o que te dieran, ocurrió antes de que subiéramos juntos al coche. Cuando empezamos a conducir, ya estabas colocada. Apenas podías andar. No podías mantener los ojos abiertos. Si soy sincero, al principio pensé que tenías migraña. Te tapabas los ojos como si la luz te molestara. Te senté en el asiento delantero para que no te desplomaras en el aparcamiento, y durante todo el camino hasta el cobertizo para botes intenté mantenerte despierta.

Se golpea la frente con ambos puños, visiblemente ansioso.

—De repente, tuve un mal presentimiento, y pensé que sufrías algo más que una migraña. Incluso me pregunté si te habrías hecho una contusión en el baile. Me acerqué para darte unos toquecitos en una mejilla y decirte que no te durmieras. Fuera estaba muy oscuro. Me salí del camino, el coche derrapó y, de repente, empezó a entrar agua por el parabrisas.

Lucas se hunde en el suelo y se acurruca contra las taquillas.

—Te sangraba la frente. El agua entraba a raudales en el coche. No te movías. Intenté tomarte el pulso, pero no había nada —dice, y se lleva las rodillas al pecho—. Ni siquiera un aleteo, Case. Creí que habías muerto.

Me alejo de él, conmocionada.

—Y me entró el pánico. Mi padre me habría matado, literalmente, si me hubieran arrestado por haber estrellado un coche con una chica muerta y drogada en el baile de graduación. Y habrían dicho que te drogué o algo así. Quiero decir, ¿qué narices se suponía que debía hacer? —Emite un ruido de atragantamiento—. El agua subía rápido. Y tú ya te habías ido. O eso creía. Te busqué el pulso una y otra vez, lo juro. Nunca te habría abandonado si hubiera sabido que estabas viva.

Me lanza una mirada desesperada, teñida de tristeza. Estoy pegada a la pared opuesta, también con taquillas, y siento el pecho

dolorido y la respiración entrecortada. Ahora estoy inmóvil. Sería incapaz de moverme, aunque quisiera, debido a la sensación fantasma del agua subiéndome por las piernas.

—Se me enganchó la chaqueta en el cinturón de seguridad y no se movía, así que me la quité. Cogí la bolsa de Gabe y salí pitando de allí. Corrí tan rápido como pude hasta la carretera principal y pedí un Uber frente a las puertas de Ballard. Cuando volví a la residencia de Sandover, el director de la residencia me pilló subiendo la escalera. Estaba empapado y parecía culpable. Me hizo abrir la bolsa y ¿qué fue lo único que se me ocurrió decir en ese momento? Que las drogas eran de Gabe.

Lucas se muerde el labio inferior con fuerza. Parece a punto de echarse a llorar.

—No pensaba caer por esa mierda. De ninguna manera. Pero sabía que Gabe se pondría furioso conmigo, de modo que le rogué a papá que no le dijera que había sido yo quien lo había delatado. No sé lo que le dijo. Gabe se fue, y yo me quedé aquí. Y tú…, pensé que estabas muerta.

—Las luces rojas —susurro.

Él levanta la vista.

—¿Eh?

—¿Alguna vez ves las luces rojas?

—¿De qué hablas?

—Yo las veo. Todas las noches. Porque me dejaste allí.

Se pone en pie y se abalanza sobre mí.

—Lo sé. Joder, lo sé. —Apoya las manos en la taquilla, a ambos lados de mi cara—. Lo siento mucho, Casey. Metí la pata hasta el fondo. Me entró el pánico, lo admito. Pero nunca quise que salieras herida. El choque fue un accidente…

—Me diste por muerta, Lucas. —Lo aparto de un empujón.

—Creía que ya estabas muerta —insiste—. Me conoces, Casey. Sabes que nunca te haría daño.

—Pero lo hiciste. Y lo has mantenido en secreto todos estos meses. Dejaste que me torturara obsesionándome con lo que pasó aquella noche. ¡Incluso fingiste ser útil cuando te conté lo que recordaba! «A lo mejor era una chica» —lo imito, en tono burlón.

Me agarra de un brazo antes de que me escabulla, y me obliga a quedarme donde estoy.

—Lo siento. Por favor, no te vayas. Necesito que me creas.

—Déjame ir —digo en voz baja.

—Perdonaste a Fenn —me suplica, y me aprieta el brazo con fuerza—. Eso significa que también puedes perdonarme.

—Suéltame el brazo.

Apenas puedo pronunciar la última palabra, pues me lo arrebatan de repente.

El corazón me late con fuerza cuando veo que RJ y Fenn sujetan a Lucas por los hombros. Sloane pasa junto a ellos corriendo y me rodea con un brazo protector.

Lucas no se resiste. Todo su cuerpo se desploma, sus músculos ceden y casi se cae al suelo. RJ lo levanta de un tirón, pero no con violencia. No sé cuánto han escuchado de la conversación, pero tengo la sensación de que entienden que Lucas no supone un peligro para nadie. La tristeza se apodera de mi corazón cuando nuestras miradas se cruzan.

—Lo siento, Case —susurra.

—Lo sé —digo.

Porque veo que el remordimiento y la vergüenza casi le arañan la piel. Sus ojos, aturdidos, son incapaces de enfocar mientras se balancea sobre los pies.

Me hizo algo terrible. Eso es innegable, pero me parece que le creo cuando asegura que no se habría marchado si hubiera pensado que estaba viva.

Aun así, eso no me impide asentir cuando mi hermana dice que llamará a la Policía. Cuando me confirma que está de camino, al fin, suelto un suspiro y retiro las uñas de la piel, enrojecida y rasgada, de la palma de mi mano.

Capítulo 50

Silas

Al verla ahora, no sé cómo he aguantado a Amy tanto tiempo. Siempre ha sido insegura. Paranoica hasta la médula. Incluso esta noche, semanas después de que hayamos roto, todavía no es capaz de evitar que sus ojos vaguen en mi dirección. Esas miradas por encima del hombro cuando cree que no la miro. Es tan obvio. Cree que lleva ventaja por haberme evitado toda la noche, pero no es un castigo, está obsesionada con que note que me ignora. Es tan de instituto que me dan ganas de vomitar.

—¿Alguna vez asistiremos a alguno de estos bailes sin que Casey desencadene una cacería humana? —pregunto a Lawson, que está a mi lado, junto al fotomatón vacío.

Hace un momento, ha sido como un *déjà vu.* Una súbita y frenética carrera para averiguar dónde se había metido la hermana pequeña de Sloane. Resultado: más de lo mismo. Excepto que esta vez ha acabado con Lucas escoltado fuera del edificio por dos agentes de paisano.

—No creía que Lucas fuera de esos —observo—. No hay nada más despiadado que dejar a una chica atrapada en un coche que se hunde.

Lawson apenas gruñe. Todavía se está recuperando de los moratones de su pelea con Fenn la otra noche. Parece peor que aquella vez en que se vio acorralado por el hermano mayor de una chica. Se la llevó a las Bahamas y luego la dejó en el aeropuerto porque se emborrachó y se metió en el *jet* privado de otra persona.

—¿Qué crees que le pasará ahora? —pregunto. Lawson se encoge de hombros mientras le da otra vez a la petaca.

Sonrío.

—¿Sigues enfurruñado?

Desde la pelea con Fenn, el grupito de RJ y Sloane ya no le da ni la hora. La verdad, no veo el problema. Que les den a todos. Estoy

cansado de ellos y sus rencores, de que se tomen las discusiones tan a pecho y les den la espalda a sus amigos a diestro y siniestro. Míranos a mí y a Lawson: nos peleamos fuera del bar, intercambiamos algunas palabras duras y luego lo dejamos atrás. Sloane y su equipo deberían seguir nuestro ejemplo. Y, si no pueden, bueno, entonces quién los necesita.

Pero Lawson es como un perro abandonado a un lado de la carretera, que mira con nostalgia el parachoques mientras se aleja.

—Que les den —le aconsejo—. ¿A quién coño le importa?

—Llegados a este punto —murmura en el borde de la petaca—, no creo que ninguno de ellos me meara encima aunque estuviera ardiendo.

—Entonces supéralo y sigue adelante. ¿Qué sentido tiene deprimirse por gente que no importa?

Lawson se encoge otra vez de hombros e inclina la petaca.

—Eran mis amigos.

Lo que él diga. Me deprime. Si me quedo mucho más tiempo quizá me tire del tejado.

Veo a Mila y Oliver en una mesa con gente de Ballard y me voy, cansado del mal humor de Lawson. Bordeo la pista de baile y me acerco a ellos. Mila es la primera en verme y mueve la cabeza para llamarme.

Me saluda con una sonrisa.

—Silas.

—Mila —respondo.

Tiene buen aspecto. Me sorprende que las carabinas del centro la hayan dejado entrar con ese escote. Casi se le salen las tetas del ajustado vestido rojo. Había olvidado lo *sexy* que es cuando se esfuerza. Aunque, visto desde fuera, parece que Oliver no le presta la atención que desearía. Le mira fijamente un lado de la cara mientras él habla con sus colegas.

—No sé qué le hiciste a Amy —dice con una sonrisa maliciosa—, pero creo que te sienta bien.

—Si tú lo dices. —Me siento a su lado—. Pasó hace mucho tiempo.

Oliver se ríe para sus adentros.

—Tío, te odia a muerte. Yo vigilaría tu bebida. No me extrañaría que te pusiera veneno.

—Si hace que este baile termine antes, puede que me guste.

Todos se ríen, pero solo bromeo a medias. Es como si cada año olvidara lo insoportablemente patéticos que son estos eventos. Y predeciblemente decepcionantes.

—Está claro, me he puesto los zapatos equivocados —comenta Mila. Me pone los pies en el regazo con un mohín triste—. Quítame estas cosas. Por favor. Busca un cuchillo de plástico y empieza a serrarme los tobillos.

Sonrío.

—No puedo dejar que vayas descalza por el gimnasio.

—A menos que quieras coger la tiña. —Oliver pone cara de asco.

Dios, daría lo que fuera por matricularme de nuevo en Ballard. Salir de una puñetera vez del puto instituto. Creo que ese lugar ha conseguido contagiarme, y me ha arrastrado a su nivel. No sé cómo sobreviviré otro semestre sin perder puntos de coeficiente intelectual.

De repente, Mila pone una cara rara. Sigo su mirada hacia RJ y Sloane, que han vuelto a entrar para coger su bolso y chaqueta de una mesa.

—Dios, tú también, no —digo ante la expresión de anhelo.

—Cállate. —Me da una patada en el estómago—. No eres quién para hablar.

—¿Todavía suspiras por el que se te escapó? —Oliver la esquiva cuando ella mueve un brazo para golpearle un hombro—. Viene hacia aquí. Date prisa y enséñale las tetas.

Los ojos grises de Sloane me atraviesan cuando ella y RJ pasan por delante de nuestra mesa. Luego desvía la mirada hacia Mila y sus labios carnosos se curvan en las comisuras.

—Besa bien, ¿eh? —se burla, y tira de la mano de RJ, que va detrás de ella.

Mila se da la vuelta, furiosa, y aparta las piernas de mi regazo. Si pudiera lanzar dagas por los ojos, Sloane estaría muerta.

Oliver sonríe como un idiota.

—¿A qué iba eso?

—Zorra —sisea ella.

Como un perro con un hueso, Oliver no afloja.

—¿Qué, has besado a RJ? ¿Cuándo demonios ha pasado eso?

Mila pone los ojos en blanco y se muerde el interior de una mejilla.

—Vino a la fiesta de la semana pasada, ¿recuerdas? Se pasó toda la noche ligando conmigo. Luego nos enrollamos un poco.

El quarterback de Ballard suelta una carcajada.

—Oh, mierda. Qué gracioso. ¿Dónde demonios estaba yo?

—¿La semana pasada? —exclamo, confuso—. Estaban juntos entonces. —Y, según recuerdo por los entrenamientos de natación, RJ insistía bastante en la naturaleza inquebrantable de su relación.

—Al parecer, ella lo preparó todo —continúa Mila, con los dientes apretados.

—¿Por qué? —pregunta Oliver con la mirada perdida.

—Para hacerme quedar como una estúpida. Porque Sloane es una mierda de persona.

—¿En serio? —No quiero reírme de ella, pero es algo triste—. ¿No te cansas de desear todo lo que tiene Sloane?

Mila me mira de reojo.

—¿Y tú no te cansas de desear a Sloane?

—Tío. —Oliver se ríe a carcajadas—. ¡Esa ha tenido que doler!

Es un niñato.

—En ese sentido, creo que es hora de tomar otra copa —anuncio, y me levanto.

Mila me da una patada en la espinilla.

—Tráeme una a mí también.

—Píllatela tú.

Frunce los labios ante el desafío y se levanta poco a poco.

—¿Sabes?, puede que me guste un poco este nuevo Silas.

—Bien por ti.

Oliver se distrae con algo que dice su compañero de equipo y le da un golpecito en un brazo a Mila para pedirle que le traiga también una copa. Juntos, Mila y yo vamos a las mesas de los refrescos y tomamos un par de botellas de agua con gas. Aquí hace un calor infernal y empieza a oler como un contenedor lleno de frascos rotos

de perfume y colonia que se cuece en un callejón detrás de un restaurante de comida rápida.

—¿Qué tienen los juguetes de Sloane que te ponen tan celosa? —me burlo de Mila.

—Debe ser fascinante estar tan loco —me responde—. ¿Cómo funciona tu cabeza?

—¿Hasta dónde llegó? —Intento ahogar una sonrisa burlona, pero no dejo de imaginarme lo ridícula que estaba Mila al pensar que tenía una oportunidad con RJ—. ¿Solo la punta, o…?

—Que te den. —Se aleja de la mesa y se dirige hacia el hueco que lleva a los vestuarios. Me incita a seguirla—. Sabes que estás totalmente obsesionado con ellos.

Admiro su culo, bajo la tela elástica de su vestido rojo.

—No soy yo el que se deja atrapar por sus extraños juegos de rol.

—Ya te gustaría.

—Si quisiera a Sloane, la tendría. No merece la pena.

Despacio, hago retroceder a Mila hacia el hueco oscuro, justo fuera de la vista de la sala abarrotada. Mila entrecierra los ojos. Me pone a prueba, como si fuera un desafío.

—¿Y Amy? —se burla—. ¿También es demasiado problemática?

La aprieto contra la fría pared de ladrillos pintados y le clavo las manos en sus delgadas caderas.

—Supongo que me aburro con facilidad.

—¿Te aburres ahora?

—Todavía no.

Le cubro la boca con la mía y le abro los labios con la lengua. Su cuerpo se ablanda contra mí y me devuelve el beso. Sus uñas me arañan ligeramente el cuero cabelludo mientras su lengua provoca a la mía.

Supongo que una parte de mí siempre ha encontrado a Mila atractiva. A pesar de lo que piensa Amy, nunca le presté demasiada atención a nadie mientras estuvimos juntos. Nunca se me habría ocurrido preguntarme qué posibilidades tenía con Mila Whitlock. Ahora, todo está decidido.

Cuando suelta un suspiro, le abro las piernas con una rodilla y deslizo una mano bajo el vestido. La rozo hasta la piel caliente de la

cara interna del muslo. Hasta el lugar cálido y apretado que hace que me muerda el labio inferior.

Le bajo las bragas y deslizo un dedo en su interior. Mi pulgar encuentra el punto que hace que le tiemblen las piernas. Está muy mojada.

—¿De dónde ha salido este Silas? —pregunta sin aliento contra mi boca.

No respondo. Aprieto la mano contra su cuerpo y hago que se le corte la respiración.

Mila me roza el cuello con los dientes.

—¿Finges que soy Sloane?

—¿Acaso importa? —Agrego otro dedo, y lo empujo más profundo dentro de ella—. Tú finges que soy RJ. O Duke. O cualquiera que Sloane haya tenido y tú no puedes tener.

Mila arquea la espalda. Tira de mi camisa y de mi chaqueta para instarme a que siga.

Por el rabillo de un ojo, veo pasar a Oliver por la entrada del hueco. Aunque no se da cuenta de que estamos ahí, no intento pasar desapercibido ni me molesto en ralentizar mis movimientos. Mila, sin embargo, siente que algo ha cambiado y abre los ojos. Justo pasada la esquina donde contenemos la respiración, oímos a Oliver preguntar si alguien la ha visto.

Mila se pasa la lengua por el labio inferior. Empieza a moverse sobre mi mano y me coloca una rodilla alrededor de la cadera mientras aprieta los hombros contra la pared.

Es lo más *sexy* que he visto nunca. Estoy masturbando a esta chica mientras su cita está a seis metros, ajena a nosotros.

No es una noche perdida, después de todo.

Capítulo 51

Lawson

Estoy cansado de esta música de mierda y del zumbido incesante de las voces. Me siento como atrapado en una colmena. Todos los que me caen remotamente bien ya se han marchado. O, en el caso de Silas, ha desaparecido por completo. No tengo ni idea de adónde ha huido.

De modo que he terminado. Estoy listo para vaciar el puesto de helados. Mientras me abro paso entre la multitud de obstáculos que bailan y hablan, intento no pensar en todo lo que ha pasado esta noche. Como el rechazo público cortesía de Fenn y compañía. O la tensa conversación con Casey en el pasillo.

O el hecho de que ella ha dudado.

No quiero pensar en eso ni preguntarme si significa algo. Porque, por supuesto, no significa nada. De todos modos, es probable que lo haya imaginado.

No.

Puedo convencerme de muchas cosas, pero no de eso.

Casey vaciló cuando le pregunté si sentía algo por mí.

—Cuidado —me increpa alguien cuando chocamos al salir por la puerta.

—Lo siento —digo entre dientes.

Ambos entrecerramos los ojos en señal de reconocimiento cuando mi mirada se cruza con la de Amy.

—Da igual —murmura en voz baja.

—Amy —le digo de forma amable—. Estás muy guapa.

Y lo está. Ese vestido de color bronce le resalta las manchas verdes de sus iris marrón claro. A la luz fluorescente del vestíbulo, su pelo parece un poco rojizo. Se lo ha rizado en ondas sueltas que le caen sobre los hombros. Le queda bien, hasta invita a pasarle los dedos…

Respiro de forma enérgica.

—Ajá, seguro —dice en tono sarcástico, en un intento de pasar a mi lado—. Que tengas buena noche, Lawson.

—¿Fuiste tú? —le suelto.

Amy se detiene y me lanza una mirada irritada.

—¿Que si fui yo?

Me quedo boquiabierto mientras observo la cara, pecosa y del montón. Es curioso, pero me quedo de piedra.

—De acuerdo, yo… —Hago una pausa para recuperar la compostura y pensar en la mejor manera de expresarlo—. No te lo tomes a mal, pero… ¿me la chupaste en el baile?

Silencio absoluto.

Amy me mira fijamente, con los labios entreabiertos por la sorpresa. Pero sus ojos… Los cierra enseguida, aunque creo vislumbrar un destello de pánico antes de que lo haga.

—Vete a la mierda, Lawson.

Se echa las ondas castañas por encima del hombro y entra.

Supongo que me he equivocado.

Me encojo de hombros y envío un mensaje a mi servicio de coches habitual para pedir un conductor. Poco después, estoy de vuelta en Sandover y deambulo por el patio con una botella de champán en una mano y una de ginebra en la otra, porque mi habitación me resultaba demasiado sofocante.

Sin un rumbo fijo, acabo en el campo de fútbol, una gran extensión vacía rodeada de gradas que llenar con mis fantasmas. Todas sus miradas decepcionadas se posan en mis hombros caídos. Doy zancadas hacia el centro del campo y emerjo en la inmensa oscuridad. Un espacio abierto. Echo la cabeza hacia atrás y respiro las estrellas, luego me encuentro en desacuerdo con la gravedad y me desplomo sobre la suave y punzante comodidad de la hierba. ¿En qué demonios pensaba? Tenía una misión: no desflorar al alma gemela de mi amigo.

Lo peor es que lo sabía. No iba a sacar nada de corromperla, de aprovecharme de su sinceridad. Porque podría haber parado. Hubo un momento en que podríamos haber sido amigos. Excepto porque soy incapaz de no decepcionar a todo el mundo.

Sloane ya me odiaba antes. Ahora tendré suerte de escapar a un intento de asesinato. Ni siquiera Silas y su complejo de ficticio mártir de paciencia infinita ha superado mi inutilidad. Soy demasiado fastidioso incluso para recibir la compasión de Silas.

Una puta broma.

Y tienen razón. Todos. Desperdicio cada talento y ventaja. Un beneficio para nada ni para nadie. Soy caos y destrucción; aburrido de mi propia existencia, clavo los dedos en el suelo en busca de algo que me sostenga.

Tengo sal en los labios cuando saco el teléfono del bolsillo. Trago una bocanada de ginebra, que me escuece en los dientes, y busco un contacto al que rara vez acudo.

—¿Lawson? Dios, ¿qué hora es?

—Hola, papá.

—¿Qué pasa ahora?

—No, solo llamaba porque…

—¿Estás borracho? Lo juro por Dios, Lawson. ¿Es tan jodidamente difícil que no te metas en problemas? Venga, ¿cuánto costará pagar tu fianza esta vez, eh?

—No, no estoy…

—No puedes evitarlo, ¿verdad? Aprovechas cada oportunidad que se te da para ser un desastre constante.

—Sí. De acuerdo, papá. Gracias. Te dejo.

El teléfono se me resbala de la mano y cae a la hierba. Lo dejo ahí y rebusco en el bolsillo una bolsita de plástico con unas pastillas que no distingo bien en la oscuridad. Quizá Valium. O Vicodina. Es posible que, en algún momento, haya tomado codeína, pero ni siquiera se muy bien cuánto tiempo hace de eso. En cualquier caso, estoy seguro de que el cirujano general no vería con buenos ojos mezclar estas pastillas con alcohol.

Menos mal que no está aquí.

Trago saliva y dirijo la mirada hacia las estrellas mientras dejo que su suave barrido por el cielo me ayude a cerrar los párpados.

Malditas pelirrojas. Mujeres con el pelo rubio cobrizo como las manzanas envenenadas.

Joder.

Esta vez la he fastidiado pero bien. Y no hay vuelta atrás.

Capítulo 52

Casey

Tras desmaquillarme, recogerme el pelo y ponerme el pijama, voy a la cocina a buscar algo, pero encuentro que papá me espera en la encimera.

—¿Te apetece una taza de té? —me dice.

—¿Qué te parece un helado?

Sonríe.

—Eso también me sirve.

Saco una tarrina de menta con chocolate para él y otra de cereza negra para mí, y, luego, dos cucharas soperas del cajón.

—Sloane me ha contado la versión corta —dice mientras ambos nos sentamos—. Ojalá me hubierais llamado desde el baile.

Es especialmente diplomático. A pesar de su voz suave y su expresión amable, veo que echa humo por dentro. Una parte de mí también.

—Si alguno de nosotros se hubiera detenido lo suficiente para tomar aliento, sin duda lo habríamos hecho —aseguro.

La verdad es que, por mucho que Sloane haya mantenido la compostura, las dos hemos perdido la cabeza. Asombradas de que Lucas hubiera hecho eso. Devastadas al haber descubierto al fin la verdad. Ha sido una noche infernal. Todavía no estoy segura de haber asimilado del todo la situación, y espero despertarme mañana y romper a llorar de estrés.

—Lo más importante —añade, y hunde la cuchara en el helado—. ¿Cómo estás?

—¿Sinceramente? No tan aliviada como esperaba.

Papá no responde. Hace lo mismo que la doctora Anthony cuando espera a que yo llene el silencio. Disfruta de su helado y me deja espacio para ordenar mis pensamientos mientras busco los trozos de chocolate en mi tarrina.

—Durante todo este tiempo pensaba que lo más duro era no saber. Que, en cuanto todas las preguntas tuvieran una respuesta, me quitaría un peso de encima. Pero, ahora que la verdad ha salido a la luz, creo que no me siento diferente.

—Además, es una traición terrible. No estoy seguro de que debas presionarte tanto para sentirte de una forma determinada ahora mismo.

—Estoy muy sorprendida de que fuera Lucas —admito—. En ningún momento sospeché de él.

—No creo que nadie lo hiciera.

Pienso en cómo ha terminado la noche, con la Policía entrando para arrestar a Lucas. Nos han tomado declaración a todos y el agente que me ha interrogado me ha dicho que Lucas se enfrenta a una larga lista de cargos. Abandonar la escena de un crimen, no denunciar un crimen. Posiblemente, incluso intento de homicidio.

Esto último me provoca una punzada de duda. Clavo de nuevo la cuchara en la tarrina. Luego titubeo.

—Ha insistido en que él no me drogó.

Papá me estudia.

—¿Le crees?

Después de un rato, asiento.

—Quizá sea ingenua, estúpida o cualquier otra cosa, pero de verdad creo que Lucas es incapaz de drogar a nadie. Quizá su hermano, pero él no.

—Esperemos a que la Policía termine su investigación y veamos qué averiguan. —Papá hace un ruido burlón—. No es que tenga demasiada fe en su trabajo.

—Yo tampoco —digo con ironía—. Pero espero que den con algo útil después de interrogar a Lucas y a Gabe.

El dolor me forma un nudo en la garganta al recordar la expresión de Lucas. La culpa y el horror por lo que había hecho. A pesar de la compasión que no puedo evitar, también siento rabia.

—No sé cómo fue capaz de racionalizarlo todo en su cabeza. Cómo podía mirarme a los ojos todos los días mientras me mentía. Tienes razón. Es una traición terrible —digo con la boca llena de

helado, porque hace que todo sea más fácil de tragar—. Ha sido otro baile de Ballard para recordar, ¿eh?

Papá tose con la cuchara en la boca.

—Creo que eso se queda corto.

Me río.

—¿A qué hora vienen los contratistas a instalar las rejas en mis ventanas?

Deja el helado y suspira.

—Sé que he sido duro contigo este último año. Un poco sobreprotector, quizá.

—¿Un poco? —Arqueo una ceja.

—Es prerrogativa de un padre preocuparse por sus hijas. Pero ya no eres una niña, lo reconozco. Y estoy muy orgulloso de cómo te has comportado esta noche.

—¿Quieres decir que no estoy bajo arresto domiciliario hasta los treinta?

—Ten paciencia conmigo. Soy viejo.

—No tanto.

—Pero también sé que tengo que dejar de mimarte excesivamente —admite a regañadientes—. Me guste o no, Sloane y tú estáis creciendo. No podéis ser mis bebés para siempre.

—Ugh, papá. —Me da vergüenza cuando se pone de este modo.

—Lo sé. Aun así, me alegro de que estés a salvo.

—Yo también. Vale, creo que me voy a la cama. —Con un enorme bostezo, dejo caer la cuchara en el fregadero y cierro la tarrina de helado—. Estoy a punto de dormirme de pie.

—Por supuesto. Tienes que estar agotada.

Papá se acerca, me abraza y me da un beso en la frente antes de que escape.

—Te quiero. Siempre estaré aquí para ti. Pase lo que pase.

—Yo también te quiero, papá.

Ha sido un largo viaje para los dos. Hemos descubierto nuestro rol y nuestros límites con el otro, después de que el año pasado nuestra relación volara por los aires.

En lo que a padres se refiere, podría haberlo hecho mucho peor.

Después de ducharme y lavarme los dientes, vuelvo a mi habitación con la intención de tirarme sobre las almohadas y dormir, tal vez, hasta el último curso. Sin embargo, cuando abro la puerta, Fenn está apoyado en mi escritorio. Apago la luz de mi habitación enseguida y cierro la puerta tras de mí.

—¿Estás loco? —susurro—. Si mi padre te pilla, llamará a los SWAT.

Fenn esboza una sonrisa ladeada.

—Quería saber cómo estabas —murmura.

—Un mensaje habría bastado.

—No. —Se acerca a mí para rodearme la cintura con los brazos—. No habría bastado.

Entonces me besa. Es un beso dulce y breve que termina antes de que yo se lo devuelva.

—Pero me iré si tú quieres —añade en voz baja.

—Yo no he dicho eso. —Ahora que está aquí, con la frente pegada a la mía y el pecho caliente contra mi cuerpo, me alegro de que haya venido—. Puedes quedarte un rato. Si prometes no hacer ruido.

Fenn se lleva un dedo a los labios. Luego presiona sus labios contra los míos.

De alguna manera, cada vez que nos besamos, descubro algo nuevo sobre él. Descubro una nueva forma en la que me derrite por completo. Mientras mis dedos recorren sus hombros anchos y su pelo, noto por primera vez cómo se le eriza la piel de la nuca cuando le acaricio el vello.

—Sé que acabo de verte —respira contra mi boca—. Pero ya te echaba de menos.

Y, en ese momento, encuentro el alivio que me faltaba, la sensación de que todo ha concluido. Todo el calvario del último año. Ya no viviré angustiada, preguntándome cuándo llegará el próximo golpe sorpresa o mirando constantemente por encima del hombro en busca de más malas noticias. Se acabó el miedo de ser yo. El miedo de permitirme amarlo.

Fenn nos conduce hasta mi cama. Nunca hemos tenido problemas con los ojos cerrados. Cuando nuestros cuerpos se encuentran, no

hay malentendidos. Creo que es cuando mejor estamos. De manera sincera y completa.

Se tumba bocarriba contra las almohadas y me atrae hacia él y arrastra mi pierna por encima de su cadera. Lo siento duro bajo mi muslo. Se le corta un poco la respiración cuando le paso las uñas por debajo de la camiseta y por el abdomen.

—Siento que esta noche haya acabado así —dice.

—Yo no. Ya habrá otros bailes.

—¿Seguro que no prefieres una habitación de hotel la próxima vez? Podemos saltarnos las formalidades.

Le doy un golpe en el hombro.

—No eres tan encantador.

Fenn se pasa la lengua por los labios, sin ocultar lo más mínimo su sonrisa burlona.

—No lo sé. Creo que podría serlo.

Me acuna la nuca para acercar de nuevo mis labios a los suyos. Es como si, de repente, no fuera capaz de pasar ni un segundo sin besarme. Ahora que hemos encontrado la manera de estar otra vez juntos, ninguno de los dos quiere perder el tiempo. De modo que nos quedamos tumbados, enredados, mientras volvemos a descubrir cómo hacer que el otro respire un poco más fuerte.

Su boca contra mi cuello. El pulgar que me roza los pezones con suavidad por encima de la camiseta. Por la forma en que me agarra la parte posterior del muslo contra su erección, sé que está a punto de saltarse los límites para acercarse a mí.

—Dios, te deseo. —Entonces nos da la vuelta y se clava entre mis piernas. Su mano se desliza bajo mi camisa.

Todo mi ser quiere entregarse a este momento. Tener esto con él, pero dudo. Porque una pequeña parte de mí, aunque muy fuerte, aún lamenta haber perdido esa oportunidad con él.

—Espera —susurro.

Me mira a los ojos y me aparta el pelo de la cara.

—Desperdicié mi primera vez —admito.

No me arrepiento de haberme acostado con Lawson, pero lamento que eso signifique que Fenn y yo no tendremos ese momento.

—Quiero hacerlo otra vez. Y, esta vez, quiero que sea especial. No apresurado. ¿Sabes?

Fenn se aparta, se tumba sobre la espalda y me mueve la cabeza para que me apoye en su pecho.

—Lo entiendo. De verdad. No quiero presionarte para que hagas algo para lo que no estás preparada.

—Estoy lista —digo, y contengo una carcajada—. Muy preparada, pero quiero que sea lo correcto. Si es que eso tiene sentido.

—No me voy a ninguna parte, Case. Te quiero y siempre te esperaré.

El corazón se me hincha en el pecho, tanto que siento presión en la caja torácica. Le agarro la camiseta con el puño y me inclino para besarlo.

—Te quiero —digo, y veo cómo se le dibuja una sonrisa en los labios—. Te quiero mucho.

—Nos sobra tiempo —me promete Fenn—. Esperaremos. —Me besa de nuevo—. Esperaremos.

Epílogo

Fenn

Dos días después

Todo en estos viejos dormitorios es ruidoso. Las tablas del suelo crujen. Las bisagras chirrían. A pesar de mis mejores intentos, cuando vuelvo a nuestra habitación, justo después del amanecer, mi entrada no es nada sutil. RJ se revuelve en la cama y se quita las legañas de los ojos.

—Hola —murmura—. ¿Acabas de llegar?

—Sí. Siento haberte despertado. He tratado de no hacer ruido.

Estoy agotado, pero demasiado emocionado para dormir, así que paso las dos horas siguientes viendo la tele mientras RJ duerme. Se levanta de nuevo sobre las ocho y media, va al baño y se sienta conmigo en el sofá, donde me mira de reojo.

—Ya van dos noches seguidas en las que te escapas para ir allí. Sabes que tu suerte no durará, ¿verdad? Tresscott se dará cuenta pronto.

—Necesitaba verla —respondo—. Todo esto ha sido demasiado para ella, ¿sabes? Me gusta comprobar que sigue bien después de todo lo que pasó en el baile. Estoy seguro de que puede manejarlo, pero quiero que sepa que la elijo a ella primero. Que es mi prioridad.

—Claro. —Permanece serio un momento y asiente. Luego una sonrisa burlona se dibuja en sus mejillas—. Y después de asegurarte de que está bien…

—No, no es así. Vamos despacio. Todavía tengo mucho que hacer para demostrarle que la merezco.

—Bien por ti, tío. De verdad.

Hubo un tiempo en que pensé que la relación entre RJ y yo era insalvable. Me había esforzado mucho para construir un vínculo fraternal con él, pero entonces me vio a través del filtro de uno de los peores días de mi vida. Me preocupaba no recuperar nunca esa confianza. Pero el mérito es suyo; RJ no se rindió conmigo. Incluso a

pesar de que estoy seguro de que habría sido más fácil apaciguar a Sloane y darme la espalda, me defendió. Nunca lo olvidaré. Y, mientras nuestros inadaptados padres traten de hacer que esta gran familia feliz funcione, siempre lo protegeré.

—Todavía no me creo que fuera Lucas —dice RJ, cabizbajo.

Estaba muy unido al chico, y sé que esto le afecta. No tanto como a Casey, pero todavía está conmocionado.

—¿Qué crees que significaba el mensaje de Gabe? —pregunto de repente, ahora que pienso en Lucas—. Cuando le escribió que me dijera que sabe la verdad.

—¿Quizá se refería a la verdad sobre quién conducía el coche?

—Tal vez, pero parecía más una acusación, ¿sabes? Algo relacionado conmigo, personalmente.

—Sí, pero, para serte sincero, no tengo ni idea. Y no parece que Lucas vaya a informarnos pronto.

—Odio los misterios. —Lanzo un suspiro y me quedo pensativo—. ¿Sabes qué me gustaría?

RJ me echa un vistazo mientras cambia de canal.

—Un *bloody* mary y unas tortitas.

Se anima.

—¿Crees que lo traerían aquí?

La puerta se abre de golpe con un chirrido tan ensordecedor que toda la planta debe de haberse despertado.

Una pesada bolsa cae al suelo.

Luego se hace un silencio de estupefacción y RJ y yo nos volvemos para mirar al recién llegado en el umbral.

Gabe entrecierra sus ojos oscuros, tan familiares, y escudriña la habitación que solía ser en parte suya. Se fija en las cosas de RJ y luego vuelve su atención hacia mí.

Mi mejor amigo frunce el ceño y pregunta:

—¿Qué me he perdido?

Sobre la autora



Elle Kennedy es una de las voces más destacadas de la novela romántica. Tras graduarse en Letras Inglesas por la Universidad de York en 2005, decidió orientar su vida profesional a la escritura, y desde entonces ha ido consolidando una gran carrera literaria: una treintena de novelas que recorren la temática amorosa desde distintos géneros.

Es autora best seller del *New York Times*, el diario *USA Today* y el *Wall Street Journal*.

Sigue a Wonderbooks en www.wonderbooks.es en nuestras redes sociales y suscríbete a nuestra newsletter.

Acerca tu teléfono móvil a los códigos QR y empieza a disfrutar de información anticipada sobre nuestras novedades y contenidos y ofertas exclusivas.










Primera edición: enero de 2026
Título original: *Rogue*

© Elle Kennedy, 2023
© de la traducción, Gemma Benavent, 2026
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2026
Se declara el derecho moral de Elle Kennedy a ser reconocida como la autora de esta obra.
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Taller de los Libros
Imágenes de cubierta: Freepik - gbart
Corrección: Isabel Mestre, Sofía Tros de Ilarduya

Publicado por Wonderbooks
C/ Roger de Flor n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
www.wonderbooks.es

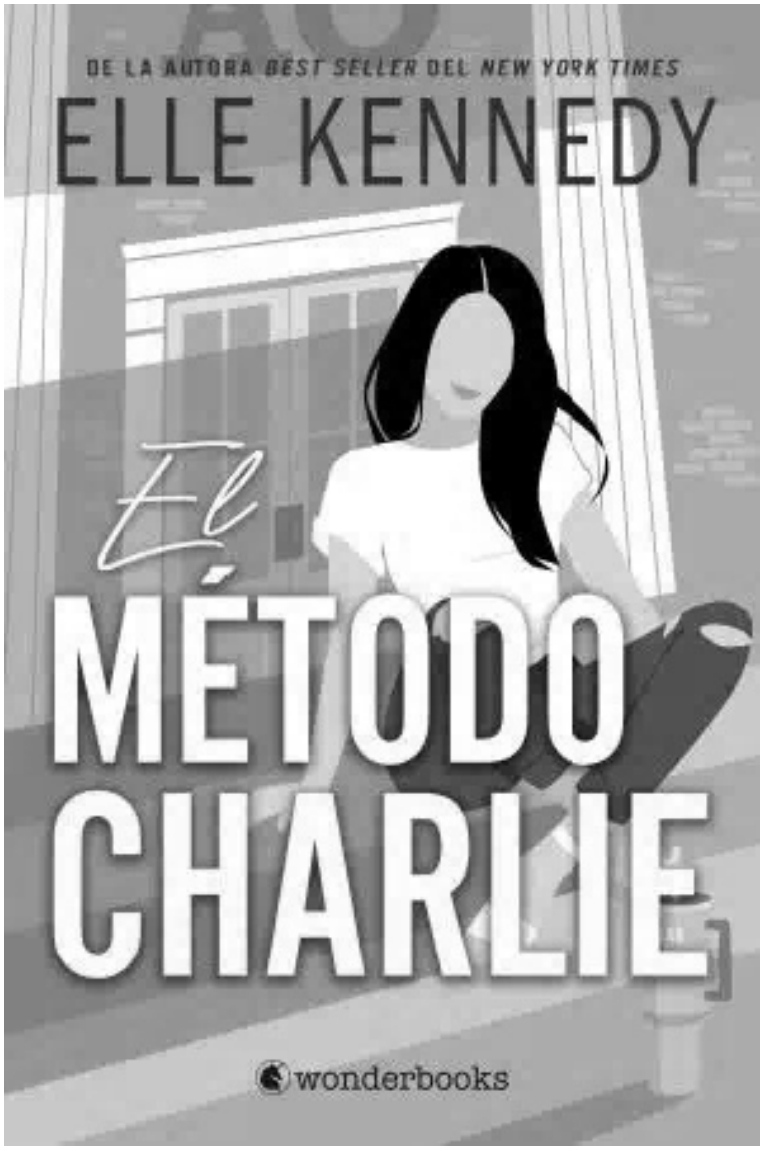
ISBN: 978-84-18509-85-8
THEMA: YFM
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Epílogo
Sobre la autora



El método Charlie

Kennedy, Elle
9788410425545
528

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La fórmula perfecta es uno más dos

Charlotte vive una doble vida. De día es la chica perfecta de la hermandad, estudiante de ingeniería biomédica e hija adoptiva de una familia de superdotados. Por la noche, es Charlie: una temeraria amante en busca de diversión que chatea con dos tíos buenos en una *app* de citas.

Will Larsen puede parecer un chico despreocupado, pero su padre congresista es un auténtico dolor de cabeza, y lo último que quiere Will es que se entere de que él y su mejor amigo Beckett Dunne, un australiano relajado pero con el corazón roto a causa de una relación anterior, a veces comparten chicas.

Cuando Charlie por fin los conoce en persona las cosas se ponen calientes… Pero la vida real amenaza con romper su fantasía, y si quieren protegerla, tendrán que tomar decisiones difíciles.

No te pierdas la adictiva serie *Campus Diaries, best seller* del *New York Times* de la autora superventas de *Kiss Me*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Fuera de juego

Keelan, Avery
9788410425453
528

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Y si fingir que estás enamorada… hace que te enamores de verdad?

¿Queréis la receta del peor cumpleaños de la historia?

Corazón roto, vestido arruinado… y vomitarle encima al chico más bueno (e insoportable) del campus: Chase Carter. Estrella del *hockey,* rompecorazones profesional y, para rematar, jugador del equipo rival.

¡Feliz cumple, Bailey!

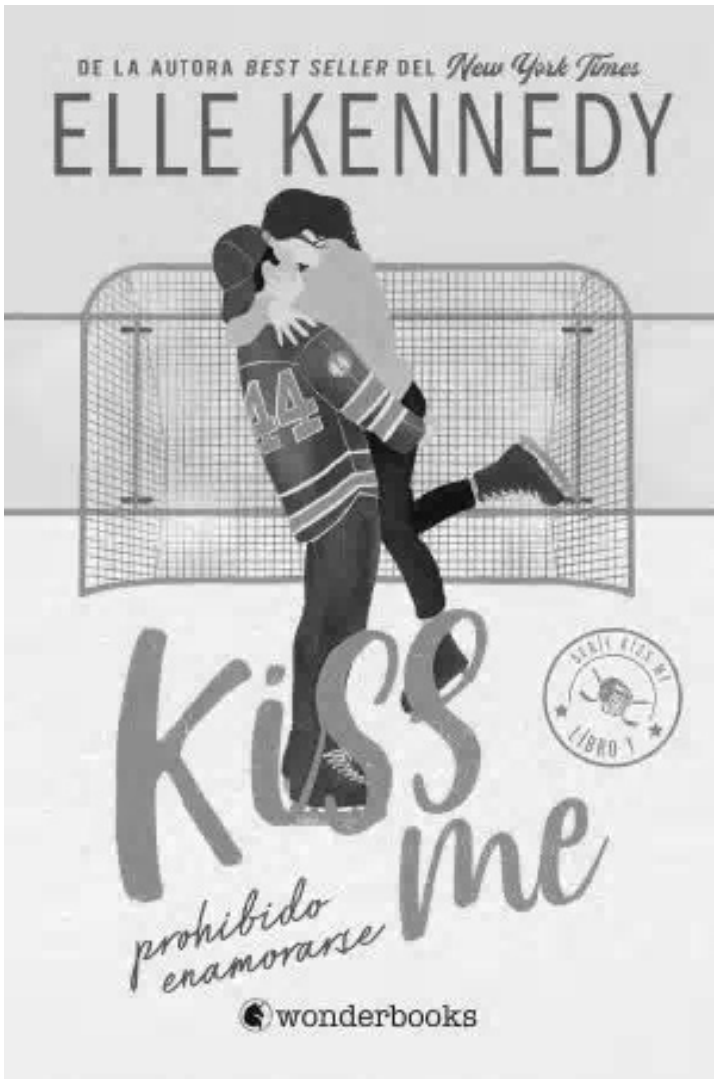
Chase podría haber pasado de ella. Pero no. La ayuda. Es amable. Demasiado amable. Y cuando Bailey le propone fingir un romance para darle celos a su ex (Luke, alias el Capullo), Chase acepta encantado. ¿Vengarse de su archienemigo con besos de mentira? ¿Dónde hay que firmar?

Solo que… los besos no parecen tan falsos. Y las miradas, tampoco.

Ahora Bailey no sabe qué es peor: que Luke quiera recuperarla… o que ella ya no quiera dejar de fingir.

Enamorarse del enemigo nunca estuvo en el plan…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Prohibido enamorarse

Kennedy, Elle
9788418509698
408

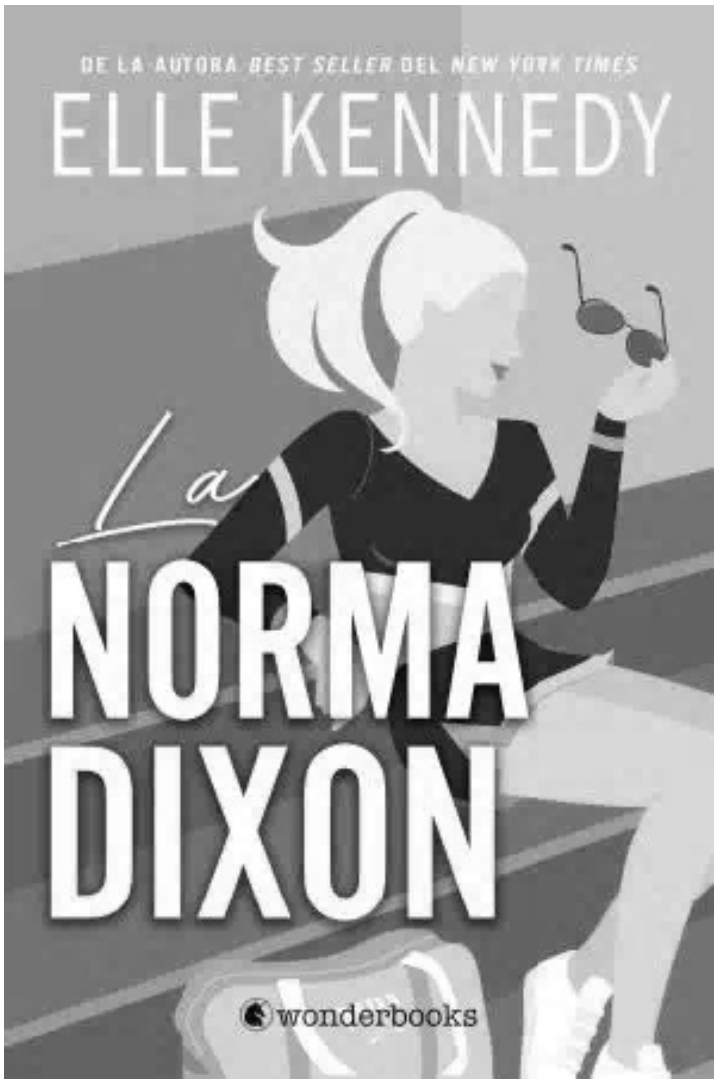
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hacer un trato con un chico malo nunca sentó tan bien

Hannah Wells ha encontrado por fin un chico que le gusta, pero se siente insegura en la seducción y el sexo. Si quiere conseguir que el chico que le interesa le preste atención, va a tener que salir de su zona de confort… Incluso si eso significa ser la tutora de Garrett Graham, el insoportable y arrogante capitán del equipo de hockey, a cambio de que finja salir con ella para así dejar de ser la chica invisible de la universidad.

Garrett, por su parte, sueña con ser jugador de *hockey* profesional, pero sus malas notas ponen en peligro su futuro. Ese es el único motivo por el que accede a ayudar a Hannah a poner celoso a otro. Pero cuando un beso inesperado conduce al sexo más salvaje de su vida, a Garrett le queda claro que no le basta con fingir. El problema ahora es que tiene que conseguir que Hannah se enamore de él.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La norma Dixon

Kennedy, Elle
9788410425026
504

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

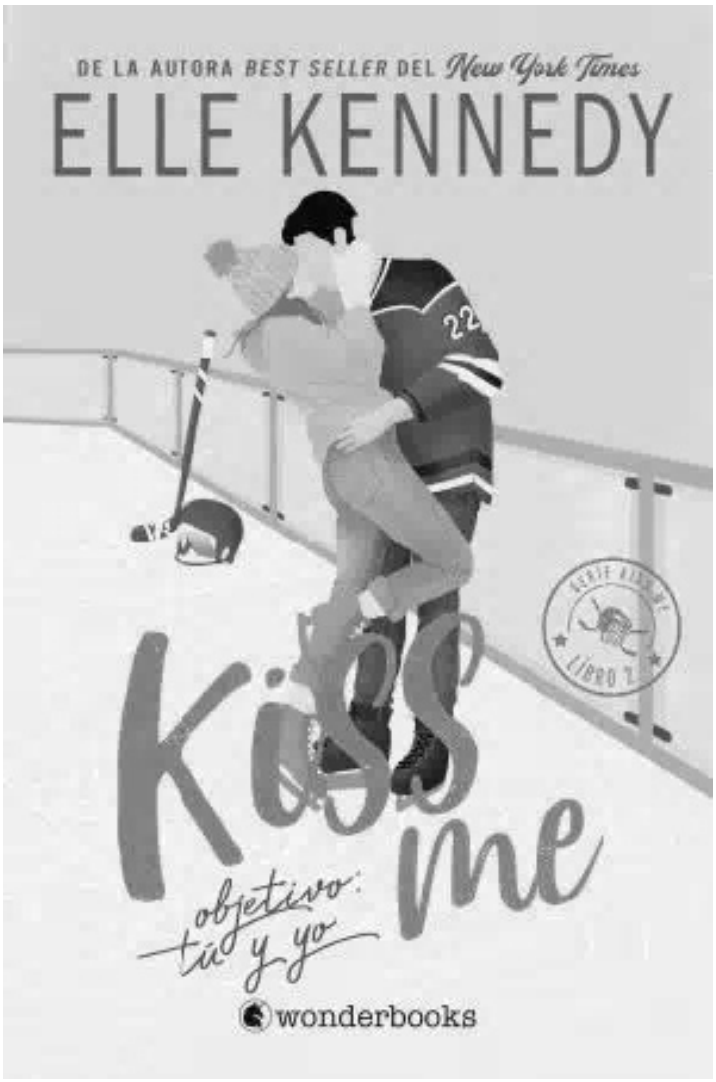
Romper las normas nunca sentó tan bien

A Diana Dixon se le presenta un verano movidito: es una animadora que está ensayando para un concurso de bailes de salón, hace malabarismos con dos trabajos y lidia con un exnovio que no entiende que ya no son pareja. Desde luego, no tiene tiempo que perder con Shane Lindley, su nuevo vecino, un jugador de *hockey* prepotente y con fama de rompecorazones. Para que la convivencia sea pacífica, habrá que instaurar algunas normas: nada de fiestas y, sobre todo, ningún contacto entre ellos.

Pero cuando Shane decide fingir que tiene novia para poner celosa a su ex, ¿quién mejor que su vecina descarada para interpretar el papel? Diana se muestra reticente, eso implicaría romper sus propias normas, pero al final accede. Aunque, claro, no esperaban la chispa que empieza a arder entre ellos… ¿Tendrán el valor de convertir su farsa en algo real?

No te pierdas la adictiva serie *Campus Diaries, best seller* del *New York Times* de la autora superventas de *Kiss Me*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Objetivo: tú y yo

Kennedy, Elle
9788418509711
360

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un error inocente podría separarlos para siempre

John Logan es uno de los chicos más populares de la universidad. Es la estrella del equipo de *hockey* y puede conquistar a cualquier chica. Pero detrás de su sonrisa deslumbrante y de su actitud de chico seguro de sí mismo se esconde la tristeza por la vida que le espera después de la universidad: un callejón sin salida que lo alejará del deporte para siempre.

Un encuentro inesperado y *sexy* con Grace Ivers, una estudiante de primero, es la distracción perfecta para no pensar en el futuro, pero cuando un error banal hace saltar por los aires la relación que estaban construyendo, Logan decide que pasará el último año de universidad haciendo cualquier cosa para que Grace le dé una segunda oportunidad. Esta vez, sin embargo, las reglas las dictará ella… y no piensa ponérselo fácil.

Best seller del *New York Times,* no te pierdas la serie adictiva que ya ha enganchado a miles de lectores

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)
